LOS HILOS
DEL PODER
Trilogía El pasado siempre vuelve nº 3
JORGE ZARAGOZA GÓMEZ

LOS HILOS DEL PODER

(Tercera parte de la trilogía -

El pasado siempre vuelve)

Jorge Zaragoza Gómez

© Jorge Zaragoza Gómez, 2022
Visítame en: https://www.jorgezaragozagomez.com

Todos los derechos reservados. *Los hilos del poder* es una novela de ficción cuya trama y personajes son imaginarios.

ÍNDICE

ÍNDICE
MIRADA HACIA ATRÁS
LA SEÑAL
LA TORMENTA
LA NOCHE DE LOS CERDOS
LOS OLVIDADOS
EL MATADERO
ÚLTIMA ESPERANZA
EPÍLOGO

MIRADA HACIA ATRÁS

ALICANTE – OCTUBRE 2009

1

Aquella noche Cecilia Blanes soñó de nuevo con su madre. Volvía a tener doce años y jugaban sobre la arena tibia de la playa, con el sol resplandeciendo sobre el agua y la espuma fresca acariciando sus pies. Primero era ella quien tenía que perseguirla, y cuando conseguía atraparla, se invertían los papeles. Así una y otra vez. Corrían, reían con el suave ronroneo de las olas al romper como único ruido de fondo. De repente, como en un sortilegio maligno, unas nubes amenazantes aparecían en el horizonte, oscureciéndolo todo. La luz había desaparecido y el mar, ahora atronador, se embravecía a cada segundo. Era entonces, cuando su madre se desplomaba. Un cuerpo inerte, con los labios sellados, los párpados cerrados y una piel tan pálida como el vestido blanco que llevaba. Cecilia acercaba su mano y le acariciaba el rostro, en un intento vano de que se levantara. Al no conseguirlo, empezaba a agitar su cuerpo, con fuerza, y aunque quería pedir auxilio, no conseguía emitir ningún sonido. Llovía, y el agua resbalaba por su cuerpo. Las olas rugían con fuerza a su vera. Solo entonces, al ser consciente de que no podía hacer nada y de que la había perdido para siempre, su madre abría los ojos y se quedaba mirándola en silencio hasta que con una voz ronca le repetía aquellas palabras que la empujaban de nuevo hacia el abismo: «*Debes perdonar a tu padre*».

Cecilia despertó empapada en sudor.

—Otra vez —murmuró, mientras observaba a través de la ventana como una penumbra azulada se dibujaba sobre la ciudad.

Tras varios giros sobre el colchón decidió que ya tocaba su paseo matutino. La doctora le había recomendado andar por aquello del embarazo y ese nuevo trabajo en la gestoría le obligaba a pasar demasiadas horas sentada, de modo que se había impuesto salir a caminar cada mañana media hora antes de empezar la jornada laboral. Desde hacía varias semanas no se saltaba la regla ni un solo día. Era importante para la salud del bebé.

Se incorporó sobre la cama y la pregunta estalló como un relámpago en su cabeza*: ¡Cómo podían haberla puesto de patitas en la calle de un día para otro!* Se suponía que quién entraba en un banco se podía jubilar en él. Y sin embargo, la conversación con su jefe había sido rápida, en exceso, casi telegráfica. Se le veía incómodo mientras le comunicaba el despido, y le ofrecía un finiquito miserable y, cómo no, toda la ayuda posible para encauzar su futuro desarrollo profesional en otra empresa. «…El sector bancario se enfrentaba a una

crisis sin precedentes…, era una cuestión de números…, no tenía nada que ver con su capacidad para el trabajo…», le había dicho con los ojos entornados, fijándolos en los papeles que tenía frente a él.

Esas palabras todavía resonaban en su cabeza. Malditas arpías, los miles de millones de beneficio anuales y las ayudas del estado no les impedían echar la gente a la calle de forma impune. Había hecho bien callándose su futura maternidad, no se merecían saberlo. Siempre había salido hacia adelante y esta vez no iba a ser diferente.

Por si no fuera suficiente, otra vez papá. Salía a diario en la prensa y en las noticias. ¿*Qué demonios era esa historia de qué estaba envuelto en una investigación policial*? La mañana del día antes, el parte de las siete de la mañana de la emisora número uno de radio había abierto con el asunto. Por no hablar de las fotografías publicadas por la prensa y las cadenas de televisión que le mostraban teniendo sexo explícito con una mujer en una sucursal bancaria. ¿Es que no tenías otro sitio dónde ir? Estupendo, no podía ser mejor. Papá protagonista estrella en los medios de comunicación. Era cierto que a ella no le tocaba lidiar con el asunto, no se la había mencionado jamás, pero, ¿cómo demonios podía haber llegado a semejante extremo?

Cecilia suspiró hondo. Saltó ahora sí de la cama, optó por no poner la radio, ya había tenido suficiente con las últimas horas, y recorrió el pasillo hasta la cocina. Necesitaba el té negro con una nube de leche por sus venas, el único que se permitía en todo el día. Echó un vistazo al móvil que dejó sobre la mesita y comprobó que el último intento de llamada de su padre había sido el día anterior a mediodía. Habían pasado muchas horas. Por un momento dudó. ¿Le habría ocurrido algo? Sintió un escalofrío por el estómago y fue a devolver la llamada, pero en el último instante dejó el teléfono a un lado, como si le quemara. *Mejor no*, se dijo.

Definitivamente no quería saber nada de él, no se lo merecía. Papá, siempre con esa capacidad para cargarse todo en un instante. Esta vez no le iba a perdonar. Aunque se lo suplicara mil y una veces y se arrastrara ante ella con su cara de bueno y sus palabras estudiadas, ella se mantendría inflexible.

Tan solo diez minutos más tarde, gracias al té y una ducha rápida, se encontraba mejor. Se puso ropa cómoda, comprobó que no se había dejado ninguna luz encendida y salió a la calle. Una ráfaga de aire fresco y limpio le produjo una agradable sensación. Llevaba unos pocos meses alquilada en aquel apartamento de la calle Sevilla, cerca

de la Plaza de Toros, y debía reconocer que el barrio le gustaba. Inspiró, llenándose los pulmones, y empezó a andar. Un repartidor de prensa hablaba con el propietario de la librería de su misma calle. Cecilia se asombró por lo intempestivo de las horas. Al pasar junto a ellos les dedicó una mirada y una sonrisa en forma de saludo. Tuvo la impresión de que hablaban sobre la crisis del sector y las dificultades para que el negocio sobreviviera. ¿Otro que echaría el cierre en poco tiempo?

Unos metros más allá, frente a ella, una furgoneta blanca permanecía estacionada sobre la acera y le pareció ver a dos hombres en su interior revisando concentrados unos papeles. *Un día animado para las horas a las que estamos*, pensó, y emprendió la marcha hacia la Plaza de la Pipa.

Haría el recorrido habitual y acabaría comprando para Ana, su vecina, una barra pequeña de pan y esa ensaimada rellena de crema que tanto le gustaba. La mujer había cumplido ochenta años, vivía sola y, a pesar del poco tiempo transcurrido desde que se mudara, habían trabado una buena amistad. Cecilia sabía que ese aporte extra de energía dulce por la mañanas era un capricho apreciado por la anciana, y la mujer, por su parte, siempre que cocinaba le pasaba un plato de cuchara caliente para la cena. «Anda, cógelo, que ahora tienes que comer por dos», le recordaba con su voz de abuela bonachona.

Con una leve sonrisa bailándole en los labios bordeó los juegos infantiles de la plaza y a continuación enfiló la calle de Torres Quevedo por detrás de la antigua fábrica de tabaco. La prensa había anunciado que las obras iban a convertir la estructura de naves y edificios en un centro cultural: «Las Cigarreras». Ese era el nombre con el que se conoció a la fábrica, ya que en sus inicios y durante muchos años contrató casi exclusivamente a mujeres para la elaboración de los cigarros y sus derivados, llegando a tener a más de cinco mil trabajadoras a finales del siglo XVIII, según había leído ya no se acordaba dónde. *Finalmente, un buen uso para la ciudad*, concluyó satisfecha. Dudó si subir hacia el Castillo de Santa Bárbara, pero cuando llegó a la carretera que bordeaba las laderas del monte Benacantil se sorprendió de lo congestionado que estaba el tráfico esa mañana y decidió bajar por la calle Cuesta de la Fábrica. Para el bebé sería mejor evitar ese aire contaminado.

Había recorrido un buen tramo, cuando unos metros más adelante, vio como la furgoneta blanca que acababa de pasar se subía a la acera

para estacionarse impunemente. Cecilia se quedó un momento mirando la maniobra desconcertada. ¿*Pero qué demonios hacía el conductor*? Resoplando, se arrimó a la pared para sortear el vehículo. Apenas tuvo tiempo de escuchar cómo se abría el portón corredizo posterior y los pasos que se acercaron, ágiles, siniestros, por detrás. El conductor también había salido y se encaraba con ella. ¿Era el mismo hombre que había visto aparcado en su calle, unos minutos antes? Esta vez tuvo tiempo para fijarse en él. Más ancho que alto, con la nariz desviada y una cicatriz en la mejilla.

Algo no cuadraba. Su sentido de alerta se activó. Iba a gritar cuando un par de manos como tenazas la agarraron por el estómago, haciéndole levantar los pies del suelo y le introdujeron una pelota de trapo en la boca. Por instinto propinó una patada al que venía de cara. Fue un intento vano y el hombre lo aprovechó para agarrarla por los pies y entre los dos la llevaron en volandas hacia la parte posterior del vehículo. La lanzaron como si fuera un saco y se golpeó la frente sobre el suelo. Sintió una llamarada de dolor en la ceja izquierda. Lo último que deseaba era que le ocurriera algo al bebé. *Dios mío, ¿qué está pasando?*. Los dos hombres entraron en la furgoneta y le cubrieron los ojos con una venda, mientras le ataban las manos a la espalda con una brida de plástico y le tapaban la boca con cinta para que no pudiera deshacerse del trapo y gritar. Uno de los hombres le susurró que si no quería que le hicieran daño se estuviera quietecita. El otro ya había arrancado la furgoneta y se empezaban a mover calle abajo.

Quería llorar. No, aquello no podía ser real. Todo era una maldita pesadilla. Una confusión. Ella no había hecho nada. La brida de plástico que le sujetaba las manos había empezado a clavársele en la carne y sentía una fuerte quemazón en las muñecas. No debía perder el control, ni hacer nada que pusiera en riesgo a su bebé.

Iban rápidos, y al tener las manos atadas, Cecilia no podía evitar que su cuerpo rodara y golpeara contra las paredes del vehículo al tomar las curvas. Tenía que mantener la calma y centrarse en reunir cualquier dato que pudiera serle útil en el futuro. Se puso a contar mentalmente para calcular el tiempo transcurrido, e intentó memorizar los rasgos del hombre que había visto frente a ella durante una fracción de segundo. *La cicatriz, no te olvides de la cicatriz, Cecilia*, se dijo. Por fin la furgoneta se detuvo. Calculó que habían transcurrido unos treinta minutos en el más absoluto silencio.

Sin decir una palabra la tomaron nuevamente en brazos, como si fuera un simple bulto. Estaba a merced de aquellos hombres. La transportaron hasta el interior de una vivienda y la soltaron sobre una cama. Debía de tratarse de un chalet aislado, porque mientras la llevaban cargada pudo notar el olor a césped recién cortado, y el rumor del viento entre los árboles.

Lo último que escuchó antes de que se cerrase la puerta fue: «*pórtate bien si no quieres que te hagamos daño*», acompañado de unas caricias paternales por el pelo.

En la soledad del cuarto, sintió tal impotencia que no pudo contener las lágrimas. Una arcada hizo que se atragantara. Entonces lo vio claro, ni su familia ni ella tenían dinero bastante como para que alguien pudiera secuestrarla para pedir un rescate, además era evidente que no se trataba de un secuestro aleatorio. La furgoneta estaba aparcada en la puerta de su casa, y la habían seguido desde entonces. Sólo había una explicación posible que justificara lo que le estaba ocurriendo. Maldijo su suerte. Todo era por el inspector del Cuerpo Nacional de Policía, Santi Blanes. Su padre.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

2

Santi Blanes se sentía cansado esa mañana. El ruido del oleaje contra las rocas del Cabo de las Huertas junto con la amalgama de pensamientos que se acumulaban en su cabeza, le habían permitido dormir escasamente un par de horas. La noche anterior, hasta bien entrada la madrugada, había estado compartiendo con Clara, Cornelius y Antonio la información que poseían sobre Pelayo Pellicer y su organización secreta. Menudo cabrón. Ese malnacido había tejido la trampa perfecta para colgar el asesinato de Magdalena a Lucian el rumano, y una vez fallecido este, el caso había quedado cerrado. La muerte de Urrutia no era un suicidio, se lo habían cargado, y se asegurarían de que las pruebas le incriminaran a él como el responsable. Por si fuera poco, las jodidas fotos que le habían sacado con esa mujer en el cajero eran sangre fresca y muy atractiva para unos medios de comunicación ansiosos de carnaza y que pondrían rápidamente a la opinión pública en su contra. Otro cepo en el que se había dejado atrapar como un novato.

—Joder Santi, eres un desastre —dijo en voz alta.

Acostado todavía en la cama, se frotó la cara con las manos. Le entró un violento ataque de tos seca pero no pudo esputar nada. *Vas a morir*. Evidentemente esas no habían sido las palabras de Mónica, la neumóloga, sobre el diagnóstico. Sin embargo, no se necesitaba ser un genio para leer entre líneas. *Morir*. Sintió vértigo. Las palabras se repetían en su cabeza como un eco continuo. No era la primera vez. Tras el fatídico accidente de coche cuando bajaban de Jijona, tocó fondo y pensó en quitarse la vida en más de una ocasión. Ahora ardía de nuevo en un auténtico infierno. Tenía claro que la única solución era no quedarse parado.

En el pasado Cecilia le había dado las fuerzas necesarias para salir adelante. Esta vez no iba a ser diferente y además en esta ocasión también contaba con su futuro nieto. Sintió un alivio momentáneo que le humedeció los ojos. Pero el tiempo escaseaba. Se trataba de un tema de prioridades. Como el buen profesional que era sabía que actuar con celeridad era la clave.

En primer lugar debía contactar con Cecilia para explicarle la situación y cómo iba a arreglarlo todo. Su hija era terca y cabezota como una mula, pero, le gustara o no, escucharía todo lo que le tenía que decir. Luego se ocuparía de Pelayo y esa organización secreta para poder demostrar su inocencia y, llegado el caso, morir en paz. Tampoco olvidaba a Amira, cuando le exigió que encontrara a los responsables del asesinato de su hijo Samir, un joven con toda la vida

por delante al que unos hijos de puta habían quitado la vida sin misericordia.

Poco tiempo y muchas cosas por resolver. Pero antes que nada, necesitaba una ducha y un café. Al desnudarse, se observó en el espejo del armario. Su mirada, adiestrada por su experiencia profesional en el estudio del ser humano, se fijó en las arrugas de la cara. Sin embargo, a pesar de tener algo más de sobrepeso que hacía unos años, se vio con la figura erguida, intacta y unos ojos vivos e inteligentes. Blanes sonrió repentinamente al hombre reflejado en el espejo, se puso las mismas ropas de la noche anterior y salió al salón a ver si había alguien despierto.

El sol era un disco ambarino que empezaba a ascender sobre el horizonte azul. Tras los ventanales del chalet del Cabo de las Huertas se extendía un manto de césped, y entre palmeras y plantas con flores de colores, la silueta del palo y las velas de un barco se balanceaba en un mar revuelto. Era una de esas mañanas en las que Santi lamentaba profundamente no poder encenderse un cigarrillo y disfrutar de esa primera calada larga, repleta de nicotina. Pensaba en el tabaco cuando reconoció ese aroma algo frutal que tan fácil le era de identificar y miró hacia la derecha. Clara, frente a la ventana y de espaldas a él, estaba sentada en el salón y sostenía unas hojas en sus manos. La carpeta que el periodista holandés había preparado con los documentos de Pelayo, y sobre los que habían debatido tantas horas la noche anterior, descansaba sobre la mesa, frente a ella. La mujer llevaba un elegante pijama de seda masculino color azul noche y la luz natural enmarcaba su cabello largo y ondulado. Debió escuchar algún ruido porque se giró hacia él. Se quedaron unos segundos sin decir nada, mirándose. Santi se pasó la mano por la cabeza rapada.

—Ayer no tuvimos tiempo de hablar. ¿Qué hiciste tras renunciar a tu placa? —preguntó él al fin.

—Me fui unos días a descansar a un chalet en Zermatt, Suiza, propiedad de la familia de Cornelius —respondió Clara, seca—. Necesitaba alejarme de todos y algo de tiempo para pensar y ordenar mis ideas.

—¿Y lo conseguiste?

Ella le miró con dureza. Más todavía.

—Enviaron a un asesino profesional para acabar con mi vida.

—Hijos de puta —murmuró Santi.

El silencio se fue espesando.

—¿Quieres contarme qué ocurrió? —prosiguió él.

Clara bajó la cabeza y le explicó que habían enviado un hombre apuesto y elegante, y que ella, como una colegiala, había picado el anzuelo. Estuvo muy cerca de perder la vida en dos ocasiones, y en una de ellas tuvo que escapar corriendo por la nieve, desnuda en

medio de una terrible tormenta alpina. Si no hubiese sido por un anciano y su perra, una rottweiler, que habitaba en una cabaña aislada en medio del valle, no estaría sentada ahí mismo para poder contarlo. Santi vio cómo le brillaban los ojos y le pareció que en el fondo, ella y él no eran tan diferentes.

—¿Dices que una perra te salvó?

—Juana, pero como diría Joël, eso es otra historia. Pero no hablemos tanto de mí. Y a ti, ¿qué tal te ha ido?

Santi se desplomó en el sofá a su lado y lanzó un suspiro largo.

—Han pasado pocos días, sin embargo también es una larga historia. Y poco agradable —matizó mirándola de reojo.

—Felicidades, únete al grupo, tal vez así tengamos opción para un bono descuento.

Blanes sonrió con tristeza.

—También me tendieron una trampa. ¿Has visto las fotos de los periódicos?

Ella asintió, antes de responder.

—Lo cierto es que tenías más pelo, ¿qué le pasó a tu larga melena plateada? —parecía un intento de no abordar un tema tan espinoso como el de las fotografías.

Santi lo agradeció y se llevó las manos a la cara. Se iba a estirar el pelo hacia atrás, pero en su lugar encontró de nuevo la cabeza rasurada. Los años le pesaban en el alma y le dio miedo parecer un viejo. Ambos se sostuvieron un rato la mirada. Blanes no supo bien qué decir, de modo que la mujer siguió.

—¿Ya no fumas? —Clara apoyó la mano sobre su rodilla.

Algo desconcertado Santi retomó lo que quería contar.

—Como te decía, a mí también me tendieron una trampa.

Ella se acomodó un poco mejor en su asiento, atenta.

—¿Y eso?

—Me van a colgar la muerte de Urrutia. Una más.

Clara se llevó una mano a la barbilla y se la frotó suavemente.

—Santi, ya sabes que la tasa de suicidios entre policías es muy alta. Tal vez anoche sacamos conclusiones precipitadas. El trabajo que se tiene que soportar —meneó la cabeza—, la presión constante ante la sociedad, la justicia y los jefes. Son muchos factores. Urrutia estaba bajo mucha presión y tal vez también tuviera problemas personales. Si sumamos…

—Urrutia formaba parte de esa organización —atajó Blanes con repentina dureza—. Toda una vida juntos y al final descubres que en realidad tu compañero es un auténtico desconocido. Tengo claro que Urrutia no se suicidó, lo eliminaron.

—No olvides que los policías siempre tienen a mano la herramienta para acabar con su vida.

Blanes negó con la cabeza.

—¿No lo sabías? Se ahogó con una bolsa de plástico anudada al cuello —Santi apoyó los codos sobre las rodillas—. O lo ahogaron —murmuró—. Son tantos los fallecidos, Magdalena, Lucian, Soler, Urrutia —se quedó unos segundos pensativo, como alarmado de su propia enumeración—. ¿Crees que todas las muertes valen lo mismo?

Ella se quedó un momento pensativa.

—¿Qué quieres decir? —su voz sonó cauta.

Santi chascó los labios antes de hablar.

—Tengo la impresión de que en nuestro trabajo hay dos tipos de muertes, las que hay que investigar a toda costa y encontrar al culpable y las que se pueden cerrar de forma rápida.

Clara entornó los ojos.

—Venga, desahógate —le animó a continuar.

El policía se volvió a recostar sobre el sofá.

—Un joven magrebí golpeado y lanzado al fondo del mar con un bloque de cemento atado al tobillo, no le importa a nadie —el policía torció sus labios—. La hija del Presidente del Tribunal Supremo es otra pieza más importante —apretó los puños y los nudillos se quedaron blancos—. ¿Sabes una cosa? —Clara abrió sus ojos negros y atentos—. La credibilidad de una sociedad se define por cómo cuidamos a todos los ciudadanos, sean débiles o fuertes. Voy a encontrar también a los responsables de la muerte de Samir, como le juré a su madre, antes de… —se calló, el pronóstico sobre su tumor no era tema que importara a nadie.

—¿Antes de qué?

Antonio apareció de repente al trasluz. A la luz del día, ahora que lo podía ver bien, Santi se reafirmó en los setenta años que le había echado la noche anterior. A pesar de su edad todavía conservaba una buena planta. Tenía la piel curtida y bronceada, el pelo blanco y unos pequeños ojos verde oliva que parecían examinarlos con atención. El pijama de seda color burdeos junto con unos pómulos marcados le otorgaban un cierto aspecto aristocrático.

—¿Queréis café? —preguntó mientras examinaba de abajo a arriba a Santi, con un leve gesto reprobatorio.

Antes de que pudieran responder, Antonio se adelantó con otra pregunta.

—¿No habrás dormido con ese chándal y camiseta?

Blanes agachó la cabeza. Se miró primero los pantalones y a continuación la camiseta y no respondió. El expolicía se retiró hacia la cocina moviendo la cabeza.

—Antonio lleva las riendas, ¿no? —le susurró Santi a Clara.

—¿Qué quieres decir?

—Que el marqués de Sade guía lo que hacéis.

Clara no pudo disimular una sonrisa antes de hablar.

—En realidad es Cornelius quien ha guardado todos los casos sobre los que escribió en el pasado. Es un periodista muy meticuloso. Antonio nos ha ayudado, parece no haber perdido su olfato de policía, pero el que fue hilando y encajando los trozos de la trama que nos condujo a Pelayo Pellicer fue Cornelius.

El hombre no tardó en volver con una bandeja y una cafetera italiana humeante. El aroma a café recién hecho impregnó toda la sala. Santi lo tomó solo y Clara con leche y dos terrones de azúcar. Un plato con pastas holandesas acompañaba a la bebida. Santi recordó con una sonrisa a Cecilia con un gran vaso de té negro en lugar de café y cómo el acre sabor del tanino en la lengua escaldada le había desagradado cuando ella se lo dio a probar por primera vez, siendo apenas una adolescente.

—Debemos actuar rápido. No sabemos cuánto tiempo podremos permanecer seguros en esta casa —empezó el expolicía—. Iremos a Madrid de nuevo. Clara, tú visitarás a tu padre. Si como sospechas pudo tener contacto con Pelayo en el pasado, la información que nos proporcione puede ser el catalizador que acelere el desarrollo de los acontecimientos.

—Catalizador —repitió Santi en voz baja.

—¿Por qué dices que esta casa no es segura? —Blanes tragó saliva.

—Localizaron a Clara en Suiza. Pensábamos que sería difícil llegar hasta ella estando tan lejos. Y lo hicieron —se pasó la mano por el mentón—. Lo de esta casa no lo sabe nadie y está a nombre de una sociedad holandesa, de la cual el cien por cien de las acciones son propiedad de otra sociedad en las Islas Caimán. Pero, no podemos descartar que nos descubran. Y ya sabes que si lo hacen, vendrán y nos harán daño donde más nos duela.

Esas palabras explotaron en la cabeza de Santi Blanes con la potencia de una bomba atómica. En su caso, sí que sabían cómo le podían hacer daño de verdad.

MADRID, 24 HORAS ANTES

3

Esa mañana, Fernando Cortés limpiaba meticulosamente sus gafas mientras reflexionaba. Era un hombre alto y ancho, de espeso bigote. Se pasó las manos por la cabeza en la que ya hacía muchos años no le quedaba ni un pelo. De carácter obstinado, en ese momento su semblante parecía desconcertado más que otra cosa. Se encontraba en su despacho del Centro Nacional de Inteligencia en su sede de Madrid y había estado cavilando toda la noche sobre la información que había recibido en su correo electrónico.

No eran noticias agradables. Como director de inteligencia era consciente de que el CNI había pasado por muchos escándalos, sobre todo en sus orígenes, en los ochenta, cuando todavía era llamado Centro Superior de Información de la Defensa, CESID, y a decir verdad, se produjeron varios desaciertos en su gestión. Fueron tiempos difíciles, recién salidos de la dictadura. Pero desde entonces La Casa, como la conocían los que en ella trabajaban, se había modernizado mucho. Había sido necesario disponer en España de un servicio de inteligencia especializado que pudieran afrontar con eficacia los nuevos retos del país y su transformación en los últimos años era motivo de orgullo para Fernando Cortés.

Según rezaba el artículo 1 de la ley 11/2002, el CNI era el Organismo Público responsable de facilitar al Presidente del Gobierno y al Gobierno de la Nación las informaciones, análisis, estudios o propuestas que permitieran prevenir y evitar cualquier peligro, amenaza o agresión contra la independencia o integridad territorial de España, los intereses nacionales y la estabilidad del Estado de derecho y sus instituciones. Y desde el año 2003 en el que se había incorporado, Fernando Cortés había dado su vida para que así fuera.

Suspiró y se metió un caramelo de menta en la boca.

Si la información del correo era cierta, entonces se encontraba ante un caso en el que unos cuantos exagentes de La Casa, liderados por Pelayo Pellicer, habían formado en el pasado una unidad secreta para poder espiar a sus anchas a cualquier personalidad de la política, las finanzas, los medios de comunicación… y además se habían convertido en los responsables de multitud de actividades criminales, entre las que se incluían el asesinato. Con total impunidad. No parecía posible mantener esa capacidad operativa sin el apoyo de alguien todavía en servicio. Una persona, o tal vez un grupo, todavía en activo y que les echaba un cable. La simple posibilidad de que fuera cierto hizo que Fernando Cortés sintiera un escalofrío y frunciera los labios como si fuera a soltar un exabrupto. No quería pensar la cantidad de veces que se habría violado la ley si lo que había leído era cierto. Un

lío de tal magnitud que no quería, bajo ningún concepto, que se pudiera vincular de alguna manera a La Casa. Por desgracia, esa vinculación existía desde el justo instante en el que había abierto aquel documento anexado al correo electrónico.

¿Cómo manejar la situación?

Primero había que corroborar si algo de lo que contenía el documento era cierto. Luego, en función de lo que encontrara, tendría la obligación de informar al ministro de Defensa y al Presidente del Gobierno.

La agente Inés Hudson, a pesar de su apellido inglés, era gallega desde los tiempos en que un antepasado suyo salió de forma precipitada de Cork, en Irlanda, para instalarse en La Coruña, en el año 1825. Conservaba una fotografía de época y había heredado de él una tez blanca y el pelo naranja ondulado, cuyos rizos a veces ocultaban unos brillantes ojos miel, que parecían querer escudriñarlo todo. Era una mujer pequeña, menuda, y estaba a punto de cumplir los cuarenta y cinco. Nunca había tenido un cuerpo atlético y jamás había practicado deporte. «Ni gorda ni delgada», habrían sido sus palabras, aunque en los últimos tiempos la grasa en la zona abdominal y en los muslos se acumulaba con demasiada facilidad. Desde el último invierno se había propuesto correr un par de veces por semana, aunque jamás tuvo continuidad y había intentado, sin éxito, reemplazar sus botes de cerveza vespertinos por otros sin alcohol, que no le sabían igual.

Inés Hudson no se había ganado mucha simpatía entre el resto de colegas. Algo que molestaba a sus compañeros era que siempre decía las cosas a la cara, sin cuidar las formas, y encima, tenía el don de no equivocarse nunca. Y lo sabía. La Casa la había fichado muchos años atrás. Se licenció *cum laude* en dos carreras a la vez: Derecho y Ciencias Políticas. En realidad las había estudiado por hobby, porque ella siempre tuvo muy claro a lo que se quería dedicar.

Una mañana fría de febrero de 1977, Nicolás Hudson, policía nacional, El Irlandés para los compañeros, salió de su casa para incorporarse a la Comisaría Norte de Madrid. Ni su esposa, ni su hija Inés sabían que sería la última vez que verían con vida al agente. Poco antes del mediodía, el coche zeta en el que prestaban servicio fue alertado por la alarma que había saltado en una joyería de lujo. Los dos policías se acercaron al local y todo les pareció normal. Pero no era así: en un santiamén, un tipo aparecido de la nada los recibió a tiros. El Irlandés se llevó tres balazos, uno de ellos directo al corazón. El destino de las personas podía dar un giro drástico en apenas unos segundos. Llegaron más patrullas y finalmente el atracador resultó malherido y arrestado.

Inés Hudson descubriría poco tiempo después que el hombre

disfrutaba de un permiso penitenciario el día que acabó con la vida de su padre. Cumplía una condena de treinta y cinco años en prisión por haber matado en un atraco a un empleado de banca en Albacete, en el año 1968. El hombre, en la cárcel de Carabanchel, de acuerdo a los responsables de la junta de tratamiento seguía representando un peligro para la sociedad. Pese a ello, algún juez enarbolando la bandera de la reinserción y el derecho que todo ser humano tiene para reencauzar su vida, le había concedido aquel permiso que acabaría de nuevo con la vida de una persona.

Treinta y dos años después, aquella niña se convirtió en la número uno de la promoción de inspectores en la Academia Superior de Policía. Empezó en la misma comisaría que su padre durante un par de años, como inspectora en la unidad de delitos violentos y más tarde en homicidios. Era lista, perspicaz, intuitiva, no parecía tener miedo a nada y siempre estaba unos pasos por delante de los demás. Desde el CESID no tardaron en ficharla. Fernando Cortés necesitaba modernizar la imagen de La Casa, y de paso incorporar a su equipo a gente muy cualificada. Inés Hudson cumplía a la perfección aquel papel y además era una mujer en un mundo de hombres. Doble tanto. Al principio trabajó en contraespionaje pero enseguida se la llevó al servicio de inteligencia.

Cuando Cortés sopesó lo que contenía el informe, supo que era imprescindible actuar. Llamó a Inés Hudson para que se presentara en su despacho. Siempre ocurría lo mismo cuando era un tema clasificado como secreto. Llevaban años trabajando juntos pero no había dejado de ser una auténtica policía en ningún momento. Era todavía una guerrera, no otra chupatintas más con ganas de escalar en el organigrama.

Ese día llevaba puestos unos vaqueros y una camisa blanca holgada.

—¿Sigues todavía con el asunto de la organización neonazi? —le invitó con la mano a que se sentara.

—Sí, con esta jodida crisis económica mundial era de esperar que la ultraderecha lo aprovechara.

Las organizaciones neonazis no solían ser investigadas por el servicio de inteligencia, ese tipo de trabajo le correspondía a la policía ordinaria. Inés era la jefa de una sección de seis personas, una unidad operativa. Una de las tareas de dicha unidad consistía en investigar amenazas a la clase política por grupos violentos. En este caso la presidenta del gobierno de Navarra empezó recibiendo correos intimidatorios que poco a poco fueron subiendo de tono, volviéndose más siniestros y ya abiertamente amenazantes. Tuvieron que intervenir desde el momento en que habían forzado la puerta de su casa y la habían llenado de mensajes escritos con spray del tipo: «Vas

a morir puta lesbiana» y acompañados de esvásticas de un metro por todas las habitaciones de la vivienda. Por fortuna, la prensa se había quedado al margen y en los rastreos rutinarios que la unidad realizaba en las bases de datos de los cuerpos de seguridad del estado, el caso les llamó la atención y se hicieron cargo del mismo. Tal vez tan solo se tratara de una prueba para un nuevo candidato que quería formar parte de la organización, pero había que asegurarse.

En la zona se había establecido recientemente una ramificación de una importante banda de Madrid. Era un grupo muy violento, protagonista de las más variadas agresiones. La policía llevaba meses detrás de esa organización neonazi y habían intervenido en la casa de uno de los cabecillas un manual titulado *Resistencia sin líder*. Un panfleto de adoctrinamiento en el que se afirmaba que un resistente era un líder, un guerrillero, un espía, un asesino y por encima de todo un jefe que sólo respondía ante su consciencia, con carta blanca de actuación como más le conviniera.

Podía tratarse de un lobo solitario, un hecho aislado, sin más pretensiones, pero había que asegurarse. Era un caso más de amenaza contra la seguridad nacional y los colaboradores de Inés trataban de averiguar si podía tener algún vínculo con la banda nazi que se expandía rápidamente por el territorio nacional gracias a sus ingresos económicos: organizaban conciertos de música, tenían tiendas de ropa y editoriales de libros, unos negocios perfectamente legales que les garantizaban dinero para financiar sus actividades delictivas.

—Tengo una misión delicada para ti —suspiró Fernando Cortés reclinándose en su asiento.

—Fernando no me jodas —Inés Hudson resopló como un toro—. *Carallo*, tenía previsto viajar a Navarra mañana. Ya sabes que yo soy una mujer de acción —contorneó las caderas y unos michelines del color del tocino asomaron bajo la camisa blanca. Luego se echó la larga melena pelirroja hacia atrás—. Tú ya sabes lo que me gusta — adoptó la postura de disparo, las manos juntas y los dedos índices apuntando al hombre. Imitó un tiro, *pam*, mientras subía los brazos arriba y luego se sopló el dedo como si enfriara el cañón del arma.

—¿Cuántos años llevas fuera de Galicia?

—Desde los dieciocho, cuando me vine a Madrid a trabajar y sacarme dos carreras.

—Ya es hora de dejar ese «acentazo» gallego, ¿no crees?

—Oye, a mucha honra, eh.

—Dejémonos ya de chorradas —el director de inteligencia volvió a señalar la silla.

—Vale —contestó Inés Hudson y se sentó muy seria.

Cortés la miró a los ojos buscando cómo empezar.

—Como te decía es un trabajo delicado. Si la información que he

recibido es correcta la imagen de La Casa, podría verse muy afectada.

—Entiendo, jefe.

—Sin embargo, si sabemos manejar bien nuestras cartas y las cosas salen bien, podría suponer un importante avance profesional.

—*Carallo* jefe, ¡cuántas veces te lo tengo que decir! —la gallega se removió sobre la silla—. No quiero un puesto de chupatintas alejada de la calle. A mí, me va la acción.

Fernando Cortés alzó la mano e Inés pareció entender que había llegado el momento de dejarle hablar. Fernando dedicó la siguiente media hora a relatar la historia que había recibido en aquel correo electrónico anónimo.

—¿Y no sabemos quién es la fuente de semejantes afirmaciones? —la historia referida por su jefe había suscitado un intenso interés en la agente Hudson.

—De momento ese dato carece de importancia. Tú céntrate en la información que te he facilitado.

—O sea, que no tienes ni idea de quién escribió el email ni la credibilidad que tiene todo ese embrollo. Es que la historia que me has contado suena… —pareció meditar las palabras que debía usar—, a la invención de un puto perturbado.

La cara de Cortés pareció admitirlo, y se limitó a asentir antes de proseguir.

—Debes saber que desde este mismo instante quedas relevada de todas tus tareas.

—*¡Carallo!* —le interrumpió ella—. Ya te dije que mañana marchaba a Navarra.

—¡Ni *carallo* ni leches! —Fernando dio una palmada sobre la mesa —. Tu única misión a partir de ahora es averiguar qué hay de verdad en esa historia. No hablarás con nadie de la misma. Me informarás únicamente a mí, ¿has entendido?

—¡Pues claro! —exclamó Inés Hudson con el rostro encendido—, ¿o te crees que soy tonta? Anda, qué menudo marrón jefe.

—En efecto, puede ser un auténtico marrón —la voz de Cortés pareció suavizarse—. Si la historia es verdadera… tendremos que informar y andar con mucho cuidado de que no se nos vaya de las manos. Podríamos iniciar una crisis institucional de gran alcance — Fernando cambió el semblante, más relajado—. ¿Por dónde vas a empezar?

Inés lo conocía bien. Su jefe quería asegurarse de que el asunto se trataría a su forma. Él tenía claro los pasos a seguir, pero prefería dejarle hablar a ella. Si como era habitual coincidían, la dejaría hacer, y en el caso de que algo no saliera según lo esperado, tendría a mano una cabeza que cortar.

—Empezaré por lo fácil —la agente Hudson se levantó y empezó a

gesticular—. Primero buscaré en la base de datos y en los archivos de La Casa los expedientes de Pelayo Pellicer. Veremos lo que me encuentro. Después buscaré lo que las diferentes administraciones saben de él, multas, deudas con Hacienda, licencias de armas, lo que sea y cotejaré la información que tenemos sobre esas supuestas sociedades y las propiedades a nombre de su esposa que se mencionaban en el correo.

—De acuerdo —Cortés asentía repetidamente con la cabeza, aprobando cuanto decía la eficaz Hudson.

—En función de lo que encuentre, iré a Alicante a tratar de esclarecer el caso de Magdalena de Pombo, comprobar la veracidad de la supuesta inocencia del rumano, hacer una visita a la casa donde al parecer intentaron asesinar a la exinspectora… —era extraño, pero dejó de hablar y de moverse durante unos segundos—. En la comisaría no me pondrán fácil el trabajo, jefe. ¿Te acuerdas la última vez con aquel comandante de la Guardia Civil en Laredo?

—Seguridad Nacional, ya sabes. Tendrán que facilitarte toda la información, les guste o no. Si tienes problemas llámame y verás que rápido te llevan en brazos, como una auténtica reina.

Inés Hudson arqueó las cejas.

—No vas a estar sola, cuentas conmigo —confirmó Fernando y meditó un instante—. Si acaso al principio. Cualquier contratiempo me lo haces saber y en el momento que encuentres algo sospechoso, me informas y ya decidiremos como seguir.

Lo primero que hizo Inés Hudson muy a su pesar fue cancelar el viaje y la reserva del asador que tenía previsto visitar en Pamplona. «La mejor chuleta de vaca vieja del mundo», rezaba el eslogan de su página web. *Debía de estar cojonuda con una buena botella de vino tinto de la región*. Suspiró y abrió la aplicación que gestionaba los expedientes de La Casa. P-e-l-a-y-o P-e-l-l-i-c-e-r, tecleaba una a una las teclas con los dedos índices. ¿Sería ese hombre como aseguraba aquel correo enviado de forma anónima el cabecilla de una organización secreta, que en el pasado había trabajado en el CESID dirigiendo una trama delictiva que todavía seguía activa?

A ver qué me encuentro. Inés pulsó la tecla «Intro» y la aplicación informática empezó a trabajar. Se quedó mirando la foto cuando se licenció como inspectora de policía. Una leve señal del ordenador le avisó de que la búsqueda había acabado, así que volvió a dirigir la vista a la pantalla. Un recuadro rojo enmarcaba un mensaje con el que nunca se había encontrado: Acceso no autorizado. *Pero ¿qué…?* Aporreó de nuevo las teclas con los dedos índices pero el sistema parecía bloqueado. Reinició el ordenador y repitió la operación con idéntico resultado.

A continuación llamó al encargado del registro, quien tras una

espera de veinte minutos al teléfono, le comunicó que no constaba ningún informe a nombre de Pelayo Pellicer. Fernando Cortés le había dicho que no hiciera mucho ruido, de modo que llamar directamente a la jefa de recursos sería el equivalente a lanzar un petardo en una biblioteca. Le quedaba una opción. Floren, a punto de jubilarse, llevaba desde la creación de La Casa haciendo su trabajo en la dirección de recursos. Todo lo que ese corpachón tenía de grande lo tenía también de bueno y no fue difícil convencerle para quedar a comer ese mismo mediodía. De hecho, había sido tremendamente sencillo gracias a la pasión que ambos compartían por la gastronomía.

El siguiente paso fue consultar la hemeroteca. Ahí tuvo algo más de suerte. El nombre de la esposa de Pelayo Pellicer aparecía en una noticia de sociedad vinculado a una obra benéfica de la ONG que presidía. Había una fotografía, un primer plano de la mujer paseando por un camino de tierra, entre chabolas, y donde se explicaba que iban a dotar de calefacción a la barriada para afrontar los rigores de un invierno que se pronosticaba iba a ser duro. La elegancia no parecía encajar en aquel escenario. Media melena rubia perfectamente peinada, labios falsos, pómulos marcados, un collar de perlas reluciente en el cuello y un traje de chaqueta clásico, color crema, posiblemente más caro que todo su fondo de armario.

—Menuda pija —resopló entre diente Inés Hudson. Al comprobar la hora en el reloj no pudo reprimir otro «*carallo*» y salió disparada al bar donde le esperaba Floren.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

4

Santi Blanes tuvo que hacer cuatro llamadas e identificarse como inspector de la Policía Nacional para poder hablar con el director de la sucursal bancaria donde supuestamente estaba empleada Cecilia. La primera sorpresa llegó al descubrir que ya no trabajaba para el banco desde hacía un mes y medio.

—No me ha dicho nada —masculló con el gesto torcido. El temor de que lo peor podía estar sucediendo se acrecentó en su pecho. Empezó a respirar con dificultad—. ¿Dónde demonios trabaja ahora? Joder, cómo no me ha dicho nada.

Debía centrarse y actuar con rapidez. Podía ser que se avergonzara de ver a su padre todos los días en las noticias y había decidido permanecer escondida sin responder a ninguna llamada, bien fuera en su casa o en la de alguna amiga. *¿Quiénes eran sus amigas?* Apretó los puños con fuerza. Debía acudir a su apartamento en busca de información. No podía ni debía perder un solo segundo.

La discusión con Clara y Antonio duró poco. Que se fueran ellos de vuelta a Madrid para planificar cómo conseguir las escuchas y fotografías de Pelayo Pellicer. Clara también se encontraría con su padre, el famoso inspector Sánchez. Podía tener información importante para el caso.

El nombre, inspector Sánchez, le sonaba de algo a Blanes, aunque no acertaba a adivinar lo que era. Ahora mismo Cecilia era su prioridad. Debía llegar hasta ella y confirmar que se encontraba bien. Ella y el bebé. Antonio había insistido en que podían haber desplegado un dispositivo de vigilancia. ¿Y? Conocía muy bien el juego, tantos años como inspector le ayudarían a detectarlo de inmediato. Conocía a los agentes que harían la vigilancia, los coches que usaban y más importante todavía, conocía el procedimiento.

Lo cierto era que toda precaución sería poca, de modo que resultaba de vital importancia dificultar su identificación. Se sorprendió de que El Marqués tuviera un bigote postizo, y también le prestó un elegante traje de corte inglés y bajo el cual se iba a enfundar un chaleco antibalas. Unas gafas de sol Persol de pasta marrones y plegables eran también parte del modelo escogido por Antonio. Santi tomó el *attrezzo* en sus manos y fue a cambiarse a la habitación.

Una vez en el baño sonrió satisfecho al comprobar que la imagen que le ofrecía el espejo le hacía casi irreconocible. Sin que se le ocurriese una razón que lo explicara, se encontró recordando aquel momento en la sucursal bancaria, con la mujer, tan sólo unos pocos días antes, borracho como una cuba. Cuando aquel hombre hizo saltar

el flash, y los fotografió, vio su propio rostro colorado sobre el cristal, empañados los ojos y comprendió con una certeza inexplicable que esa sería de verdad la última vez que tomase un trago. A pesar de su adiestramiento tras los años como inspector de policía, tenía la convicción de que el cuerpo a veces poseía una especie de conciencia propia, que tomaba decisiones incontestables y permanentes. Y el suyo la había tomado. No podía llegar de nuevo a los extremos y al abismo al que había caído unos años atrás atrapado por el alcohol, cuando murió su mujer. Ahora, de golpe, con Cecilia y su nieto ocupando su mente al completo, se había interrumpido la caída.

Seguía pensando en ello cuando se tumbó unos segundos en la cama sin desvestirse. Se concentró en la respiración. Tan sólo unos días atrás se hubiera fumado cigarrillo tras cigarrillo, mirando el techo, pero las molestias al inhalar le confirmaban que había tomado la decisión correcta y el tabaco no era más que un lujo del pasado. Luego se puso en pie y anduvo de un lado a otro, parándose ante la ventana donde un mar picado le pareció un foso de tinieblas bajo una cúpula gris de nubes bajas que había llegado a toda velocidad desde el horizonte. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Las palabras de Antonio todavía resonaban en el interior de su cabeza. «Y ya sabes que si lo hacen, vendrán y nos harán daño donde más nos duela». Su intuición, ese sexto sentido que le había acompañado todos los años de policía, le decía que su hija y futuro nieto podían estar en peligro. La adrenalina bombeada en su sangre por esos pensamientos le otorgaban una extrema lucidez. Había llegado el momento. Cerró la puerta y bajó.

Antonio parecía malhumorado. Seguía con el mismo pijama de seda color burdeos y las zapatillas de felpa. Al verlo aproximarse se acercó hasta él.

—¿Estás seguro de que vas a ir? Tal vez deberíamos indagar más, antes de hacer ningún movimiento. Es arriesgado salir ahí fuera. Te juegas que te encierren y entonces serás de muy poca ayuda para tu hija.

—Ella puede estar en peligro —dijo Santi Blanes, o quizá fue, ese hombre tan elegante ataviado con aquel traje de corte inglés que vio reflejado sobre la puerta corredera de cristal blindado que daba acceso al jardín.

La escueta respuesta fue suficiente para atajar más preguntas. Antonio le tendió las llaves de un *Smart Roadster*, un pequeño automóvil deportivo descapotable inspirado en los coches británicos de los años sesenta. «Pesa poco, ya verás lo divertido que es de conducir y si los de tráfico te detienen, siempre podrás decir que lo robaste», le había explicado el expolicía. Al llavero con la insignia de la casa automovilística le acompañó una bolsa con un juego de

ganzúas, una pistola, un silenciador, munición, guantes y una linterna. Santi se aseguró también de poner el chándal viejo, la gorra y las zapatillas de deporte por si tenía que cambiar de atuendo.

Antonio tomó el arma, una Walther P99 y con el cañón hacia el suelo extrajo el cargador, comprobando que no hubiera ninguna bala en la recámara y verificó el funcionamiento del seguro y del mecanismo interno. De una pequeña bolsa sacó un parche de limpieza y con una varilla lo pasó por el ánima del cañón. Estaba limpio. Luego montó de nuevo el arma, con las quince más una balas de 9mm Parabellum y cogió el tubo de acero, de un palmo de largo y color negro, y lo ajustó despacio, atornillándolo con tres vueltas en la boca del arma. Se trataba de un moderno supresor de sonido de la misma marca Walther.

—Está en uso únicamente por la policía secreta alemana. Perderás algo de precisión a más de 8 o 10 metros, a cambio, nadie escuchará los disparos —en ese momento elevó la automática y apretó el gatillo. Apenas un ruido imperceptible. La bala se había colado por la rendija de la puerta y había acabado incrustada en el tronco de una de las palmeras del jardín, tras la piscina.

El Marqués no ha perdido la puntería, pensó Santi.

Clara no se había acercado en ningún momento a hablar con él. Santi notó por el rabillo del ojo cómo ella les miraba andar hacia el garaje. Él por su parte, no giró la cabeza en ningún momento. Era mejor que las cosas quedarán así. Un escudo para ambos. Cabía la posibilidad de que nunca la volviera a ver y ya había hecho bastante daño durante toda su vida a todos aquellos, en particular a las mujeres, que le rodeaban.

El coche no estaba hecho para ser cómodo, pero al girar la llave de contacto las revoluciones del motor rugieron con fuerza haciendo vibrar las paredes del garaje. *Pequeñito pero matón. En efecto, va a ser divertido*, pensó. Blanes había dejado la bolsa en el maletero delantero y esperó a que la puerta corredera exterior estuviera completamente abierta antes de pisar el acelerador. Nunca había conducido tan cerca del suelo. Con una excepción, el verano del fallecimiento de su esposa, que fueron con unos amigos y Cecilia a un circuito de karts en Benidorm. Santi pensaba que iba a dominar la carrera de principio a fin, pero el golpe que le dio su hija por detrás cuando estaba en la zona de boxes le puso nervioso. Eso, o tal vez no era tan buen piloto como pensaba. Para sorpresa de todos, la ganadora fue finalmente su mujer, que mostró una pericia y habilidad al volante que ninguno se esperaba. *Nunca subestimes a nadie*, y se ajustó el chaleco.

Sonaban los acordes de *Let it be* de los Beatles por los altavoces. Santi tarareaba *There will be an answer, let it be*. Llevaba el codo apoyado en la ventanilla abierta y hubiera dado media vida por poder

fumarse un cigarrillo y sentir el chute de nicotina por sus venas. En busca de distracción giró la cabeza. El panorama nítido de la bahía alicantina se desplegó ante sus ojos: un mar revuelto azul cobalto con el ancho cabo de Santa Pola al fondo y la línea de costa que se prolongaba por la derecha bajo las faldas de la Serra Grosa, con la carretera asomándose a la cornisa acantilada sobre las edificaciones de los años setenta y ochenta, ya envejecidas por el paso del tiempo. El hombre elegante en el pequeño *roadster* llevaba un rato pensativo. Desde el café en el lujoso chalet, llevaba considerando posibilidades y probabilidades de cómo debería actuar si no encontraba a su hija. Necesitaba ayuda y confiaba en que ella no se la iba a negar. Sería la última vez. Se lo debía.

El coche se detuvo en el semáforo al final de la carretera de la Cantera. Santi bajó el espejo de cortesía. Permaneció un rato observándose, como si buscase a alguien que ya no pertenecía al presente, un rostro que no acababa de reconocer del todo. Se pasaba la mano por la cabeza rasurada cuando los pitos del coche de atrás le sacaron de su ensimismamiento. Se acomodó las gafas de sol, se caló la gorra de estilo inglés y enfiló la vía que le llevaría por detrás del Castillo Santa Bárbara hasta la casa de su hija.

Blanes dio un par de vueltas para comprobar que no había ningún dispositivo de vigilancia en la zona. Finalmente aparcó a un par de manzanas de la vivienda. Su aspecto le hacía difícilmente reconocible, pese a que sus ropas no encajaban con el carácter humilde del barrio. Cuando llegó a la calle Sevilla se detuvo en un escaparate e hizo otro breve reconocimiento.

Vía libre.

Llegó hasta el portal y pulsó varias veces el timbre del piso de su hija, el 2ºA, sin respuesta alguna. Una angustia creciente se apoderaba de su pecho. Por suerte, ya tenía planificado el siguiente paso. En una ocasión, su hija le había hablado de lo buena persona que era su vecina, una mujer mayor de la que no recordaba el nombre, pero con quien su hija había entablado una buena amistad. Posiblemente la mujer hacía el papel de madre y ella a su vez le correspondía con atención y compañía.

Por fortuna tan sólo había un par de viviendas por planta. Ansioso, Blanes pulsó el 2ºB. Tras unos segundos de espera y un corto diálogo por el interfono el inspector subió hasta el rellano del segundo piso. Llevaba la automática Walther en la espalda, a la altura de la cintura, cubierta por la chaqueta. Llamó varias veces al apartamento de su hija y cuando iba a poner la oreja sobre la madera para escuchar si había alguien en casa, la puerta de la vecina se abrió.

Blanes dio un respingo y se incorporó con una sonrisa forzada en el rostro.

—Hola…

—¿Es usted Santi, el padre de Cecilia?

—Sí.

—Cecilia no está, pero por favor, pase.

—Gracias.

La mujer le invitó a entrar. Era muy bajita y calzaba unas zapatillas de felpa. A pesar de la temperatura agradable que reinaba en el apartamento, llevaba un jersey de cuello vuelto de lana gris que sobresalía de la bata a cuadros. Lo acompañó hasta una pequeña sala de estar donde había una vieja radio y una máquina de coser Singer de los años cincuenta. Blanes le calculó por encima de los setenta y cinco años, muy bien llevados. La anciana se movía con soltura, ágil, pero al llegar a la esquina del sofá, tropezó y casi se cae.

—Vaya…

—¿Está usted bien?

—Sí, pero por favor siéntese. ¿Le apetece algo de beber?

—Se lo agradezco, no tomaré nada, tengo algo de urgencia —el cañón de la automática se le clavó en la espalda cuando Blanes se recostó en el sofá—. Lo cierto es que no quiero entretenerla mucho tiempo —la mujer que ya se dirigía hacia la cocina se detuvo y se giró hacia él. El policía observó cómo le temblaba ligeramente el labio superior—. Estoy buscando a Cecilia y no consigo localizarla. ¿La ha visto o sabe dónde podría estar?

La mujer torció el gesto y se sentó frente a él, en una butaca color verde que le recordaba mucho a la que tenía la tía Encarni en la casa del pueblo. La madera crujió bajo su peso.

—¿Sabe?, su hija me habla mucho de usted. Sé que han tenido ustedes sus diferencias, ¿pero qué padre no las tiene con sus hijos?

Vaya sorpresa, Cecilia hablaba con ella a menudo de él. Y por como lo había dicho, parecía que no siempre era de forma negativa. Una brizna de esperanza le ascendió por el estómago y por primera vez sintió una cierta euforia.

—Aunque últimamente está muy decepcionada. No debe ser fácil ser la hija de un inspector de policía que sale a diario en las noticias.

Santi se tensó, pero la mujer continuó sin darle tiempo a hablar.

—No se preocupe, no voy a avisar a nadie —esbozó una media sonrisa—. Se habrá dado cuenta de que no tengo televisión, tan sólo esta vieja radio. Los medios de comunicación nos manipulan. Yo prefiero el contacto con las personas, no lo que nos quieran hacer ver desde fuera. Y sí, su hija está enfadada, muy enfadada, pero en el fondo le quiere y le apoya. Confía en usted.

—¿Qué sabe de ella? —Blanes se había incorporado y tenía las dos manos apoyadas sobre las rodillas.

—La escuché salir esta mañana, temprano, como de costumbre

para hacer su paseo diario. Pensé que luego me traería algo dulce de la panadería. Es muy cariñosa —unos ojos marrones que en el pasado debieron haber sido de gran tamaño cobraron brillo bajo los párpados caídos.

—¿No vino a verla después?

—No —negó la mujer con la cabeza—. Pensé que tendría prisa por el trabajo y ya pasaría esta noche a verme. Muchas veces lo hace así, depende del día.

—¿Escuchó la puerta de nuevo?

—¿Sabe? No me paso la mañana escuchando cuándo entra o sale su hija…

—Entiendo… —Santi se recostó de nuevo—. ¿Por casualidad no tendría usted una llave de su apartamento?

La pregunta pareció pillar por sorpresa a la anciana.

—Me gustaría asegurarme de que no le haya ocurrido nada —dijo Santi con convicción—. Una comprobación rutinaria.

La anciana parpadeó rápido unas cuantas veces.

—Espere, déjeme llamarla primero al móvil, no sea que no quiera hablar con usted —Santi se sorprendió de la soltura que tenía la mujer con el teléfono a pesar de su edad. Marcó dos veces el número sin resultado—. Pensaba que tal vez no querría hablar con usted.

Santi observó cómo la mujer llegaba hasta la cocina y tomaba un bote de cristal con lo que le parecieron galletas. Rebuscó en su interior y al poco volvió con un llavero en sus manos. Era una mujer precavida, de eso no cabía duda. El policía ya le estaba esperando en pie. Cogió las llaves y fueron a la otra casa.

—Vamos a ver —dijo sin poder evitar que su voz sonara tensa.

Cuando Santi Blanes abrió la puerta de la vivienda de su hija, lo primero que sintió fue ese aroma familiar, difícil de identificar, que le ofrecía la estancia. Una mezcla de productos de limpieza, o tal vez, alguna colonia o la mezcla de ambas. No sabía con seguridad de que se trataba pero no cabía duda, era el apartamento de Cecilia.

La casa era humilde. En exceso tal vez. Había una taza sobre la mesa del comedor. La tomó en sus manos. Estaba fría. Se la acercó a la nariz y se imaginó a Cecilia inspirando los aromas de té negro que acostumbraba a tomar para desayunar. Santi centró entonces la mirada en unas fotos que descubrió sobre el aparador. El marco plateado descansaba sobre una madera desvencijada y agrietada. Era una fotografía repleta de luz, con un cielo azul nítido de fondo. Allí estaban las dos, el pelo largo al viento, jugando sobre la blanca arena de la playa. En el rostro de su mujer Santi apreció una sonrisa triste, tal vez un presentimiento de lo que iba a ocurrir. Recordaba a la perfección aquel día de diciembre, soleado, con una temperatura de más de veinte grados. Las navidades en Alicante solían ser cálidas. No

podía olvidar aquella fotografía: estaban de vacaciones y se habían acercado hasta la playa del Postiguet para dar un paseo. En el norte de España había que llevar gorros, bufanda y guantes y sin embargo, aquella mañana, todos se habían descalzado y corrían con los pies sobre la arena de la orilla, juguetonamente, con la espuma de las olas que rompía sobre sus pies.

Santi Blanes suspiró hondo y cerró los ojos, como si estuviera de nuevo allí, en ese instante de breve felicidad. No podía quitarse del pensamiento una y otra vez el dolor que había infligido a su hija con la pérdida de su mujer en aquel accidente de coche cuando bajaban de Jijona. Tras el fallecimiento de su esposa, Cecilia le había dicho que no podrían superar el dolor juntos. Debían hacerlo por separado. Y desde ese momento ella jamás había aceptado la poca ayuda económica que él había insistido en ofrecerle. Tal vez un gesto para no deberle nada. Las pocas veces que se vieron durante los meses siguientes al trágico desenlace tuvieron numerosas y agrias discusiones. Era cierto que ella nunca le había echado en cara de forma directa la muerte de su madre, pero Santi era consciente que Cecilia ya tenía un implacable veredicto y le consideraba como el único culpable. *A menudo la mejor manera de decir las cosas era no decirlas de forma directa*, pensó. Luego cayó al abismo cuando el alcohol se apoderó de su vida. Unos meses en los cuales la culpa lo juzgaba de manera continua y él no era capaz de someterla. Hasta que por fin dejó de hacerse daño. Y todo volvió, en la medida de lo posible, a la normalidad.

—Si le parece le dejo que mire lo que quiera —las palabras de la anciana le devolvieron a la realidad—. Yo me vuelvo a mi casa. Si necesita algo, ya sabe dónde puede encontrarme.

A Santi le pareció que la mujer forzaba una sonrisa. Le hizo un ademán afirmativo con la cabeza y se acercó hasta la habitación. La cama estaba sin hacer. Cecilia siempre había sido muy ordenada, eso no podía haber cambiado. No había recogido la taza de té de la mesa. Que se marchara al trabajo sin colocar la sábana y la almohada de forma milimétrica era algo fuera de lo normal. Pero claro, recordó la conversación con el director de la sucursal, su hija ya no trabajaba allí. Aun así, era extraño. Salvo que hubiera tenido que salir de forma precipitada o por algún imprevisto. Su mirada recaló entonces en otra fotografía familiar sobre la mesita de noche. De nuevo, se trataba de un retrato familiar: la niña, su mujer y él. Parecía claro que su hija echaba de menos un pasado que no podía volver.

Su sexto sentido se activó. Ese que tantas veces le había ayudado como inspector de policía. Salió corriendo hacia la casa de la vecina. Había cerrado la puerta. Era débil, de madera, y acercó el oído a la rendija. Le pareció que la anciana estaba hablando por teléfono.

Golpeó, pero no obtuvo respuesta. Maldita sea cómo había podido ser tan estúpido.

Volvió corriendo al otro piso para echar un último vistazo y ver si encontraba algo, una pista, cualquier cosa que le permitiera saber qué le había pasado a Cecilia. Fuera, poco a poco, unas sirenas iban subiendo de volumen. El presentimiento de que iban a por él se formó en su pecho. Abrió la cortina y a través de la ventana el inspector percibió el destello de las luces giratorias de los coches patrulla que venían a toda velocidad. *Estoy acorralado*. Unos segundos más tarde, subía a la carrera por los peldaños que conducían a la azotea. La puerta estaba cerrada y lanzó varias patadas sin éxito.

—¡¿Quién anda ahí?! —escuchó desde el hueco de la escalera.

Blanes asomó la cabeza. Un agente le apuntaba cinco pisos más abajo con un arma.

—¡Las manos en alto!.

Blanes reculó, lanzó un fuerte puntapié y ante el último embate la puerta cedió.

—¡Deténgase!

Fue lo último que escuchó un antes de salir a la terraza.

Las nubes eran cada vez más negras y bajas, como si amenazaran con una tormenta. Unas sábanas colgadas en el tendedero ondulaban por el viento, cada vez más fuerte y frío. Tras la ropa de cama, distinguió una silla. La colocó bajo la manivela, inclinada, para dificultar la apertura desde la otra parte. Le haría ganar algo de tiempo. Unos segundos preciosos.

Miró a su alrededor. Tenía dos opciones. La primera, la fácil, consistía en saltar un murete que daba a la azotea de la finca colindante y que conectaba a continuación con otros edificios. La segunda, más dificultosa, consistía en encaramarse a la barandilla orientada hacia la Plaza de Toros y afrontar un vacío de metro y medio hasta la azotea vecina. Tenía pocos segundos, los policías no tardarían en llegar y sabía que cualquiera en su sano juicio habría tomado la primera opción. Sólo le quedaba una posibilidad real de escapatoria. Si Santi Blanes hubiera sabido lo que estaba a punto de suceder, posiblemente habría tomado la otra opción.

Con la ayuda de ambas manos y un fuerte impulso se subió al bordillo. El viento era ahora racheado. Fuerte. Santi Blanes sintió una especie de mareo al ver la caída y el hueco oscuro, abajo, en la profundidad. Una ráfaga por poco le hace perder el equilibrio. *Joder Santi, aquí y ahora, no. No es el momento todavía*. Cerró los ojos, inspiró hondo y saltó con todas sus fuerzas con la imagen de Cecilia en su mente.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

5

Con dos cafés y un par de ansiolíticos como todo alimento, Clara Sánchez salió al jardín del chalet del Cabo de las Huertas que daba a la línea de costa. Un Levante que le golpeaba con fuerza la cara había arrastrado unas nubes negras bajas que habían ensombrecido la mañana, dándole a esta un aspecto más tétrico. Cerró los ojos y respiró profundamente. El aroma a salitre intenso que inundaba sus fosas nasales era tan diferente al de su estancia en Suiza, más aséptico y frío, o el de su Madrid natal, urbano y lleno de humo, y sin embargo le ayudaba a sentir algo de paz en su interior.

Confiaba en que Santi tuviera suerte y encontrara a su hija. Aquel hombre le había hecho daño, pero no más que los pocos con los que había coincidido a lo largo de su vida. Sin ir más lejos aquel supuesto agente inmobiliario indio. Resopló enfadada. Había caído como una colegiala adolescente en sus redes. Ella, que salvo la espiral de vicio al empezar la universidad, y que juró no repetir en su vida, siempre había mantenido a raya a ese tipo de individuos. Gracias a su padre. ¿Qué demonios le había pasado aquella noche en Zermatt? Rara vez se había dejado llevar por la pasión. Sin embargo, aquel primer beso lento y profundo con ese desconocido le hizo encoger su estómago mientras su mente se llenaba con una única idea: que aquel hombre la poseyera y la hiciera sentir el placer que siempre le había sido esquivo. El olor corporal del indio, el sabor de su boca, los gemidos de ambos mientras se acariciaban… *¡Deja de pensar en ello!*

—Clara, Clara —se repitió un par de veces en un tono imperativo.

Hasta hacía bien poco había ejercido como inspectora de policía. Tal vez la carrera policial más corta de la historia: a los treinta y nueve años ingresó en la Escuela Nacional de Policía en Ávila, se licenció como la primera de la promoción y tras unas cuantas semanas destinada en la comisaría de Alicante, decidió presentar su renuncia.

Lo volvió a pensar. Ella inspectora de policía. ¿Qué la había arrastrado a esa decisión? Por una parte estaba su padre, el apuesto y famoso inspector Sánchez, seguro tenía su parte de culpa. De eso no cabía ninguna duda. Pero había más. Mucho más. Todos esos años como psicóloga había visto tantas mujeres maltratadas que no habían sido capaces de salir de aquel pozo de violencia y vejaciones, de dolor y humillación, que tuvo que tomar finalmente la decisión de no volver a estar ciega ante el daño de las injusticias y el sufrimiento de los inocentes. Había aprendido a leer el rostro de una víctima avergonzada, igual que en un libro abierto, y había explicado muchas veces que no debía ser suya la vergüenza, sino del otro. Tal vez en el fondo, todo se tratara de un oscuro afán de castigar. Sacar la rabia

interior para que la justicia dejara de ser algo etéreo y pasara a convertirse en algo real, moldeable en sus manos. Poderla aplicar a su antojo para que cada cabrón pagara por sus pecados como se merecía, permitiendo a las víctimas poder disfrutar de su momento de revancha, pero sobre todo permitiéndoselo a ella.

Sí, por eso se hizo policía. Para aplicar la ley con todas sus fuerzas y vengarse de todos quienes merecían castigo. Ahora, tras el traspiés en la comisaría de Alicante, su paso por Zermatt —por el que por poco no lo cuenta— y lo mucho que le había ocurrido en su visita a Madrid, seguía adelante a pesar de todo. Por cada una de las víctimas. Por ella misma, también.

Volvió al interior de la vivienda para prepararse otro café y buscar esas galletas holandesas de mantequilla que le volvían loca. Puso la cafetera italiana en el fuego y se quedó prendada mirando el mar. Unas voces la sacaron de su ensimismamiento. Juraría que era Cornelius. De forma sigilosa se acercó al salón, tras la puerta corredera.

—¿De verdad quieres que regresemos? —nunca había escuchado al holandés emplear ese tono de voz—. ¿Por qué no dejamos que las fuerzas del orden hagan su trabajo?

—Ya sabes que son unos ineptos e incompetentes —Antonio no abandonaba el tono reflexivo y seguro que siempre utilizaba—. Además me temo que esa organización tiene todavía conexiones a alto nivel que pueden…

—Entiendo por lo tanto que tú fuiste durante muchos años un perfecto inepto e incompetente —le interrumpió el periodista.

Clara escuchó la risa ahora cínica del expolicía.

—Cornelius, yo tenía una gran ayuda de la que los demás carecían —una pausa de unos segundos—. Te tenía a ti. Gracias a tu trabajo como periodista de investigación, tus ganas de no dejar ni un solo caso sin resolver, tu pasión para ayudar a los necesitados…

—Déjalo Antonio —le interrumpió de nuevo. Parecía realmente enfadado—. No me vengas con esas.

—Sabes que es verdad. De no ser por ti, ¿qué habría sido de mí?

—No te acerques —replicó el holandés—. No vas a conseguir nada con tus caricias.

Otra vez una risa, aunque esta vez le pareció más auténtica, no sarcástica. El periodista continuó hablando.

—¿Desde cuándo nos hemos convertido en unos ángeles vengadores? Casi nos matan a todos en nuestra última visita a Madrid —había vuelto a elevar el tono de voz—. ¿Y si llegan a coger a Clara en aquella casa? ¿Qué hubiéramos hecho?

Clara se imaginó a Cornelius mordiéndose el labio, su semblante turbado por la preocupación.

—Ves, no sabes qué demonios habríamos hecho —el suspiro que lanzó el periodista le alcanzó de pleno—. Si no es por tu pericia al volante y la valentía de Clara al empuñar la pistola y disparar a aquel malnacido que nos perseguía ahora podríamos estar los tres muertos.

—*Memento mori.*

Clara escuchó un golpe, tal vez la mano del holandés contra la mesa.

—¡Ya estamos con tus malditas frases en latín!

—Recuerda, todos vamos a morir —le aclaró Antonio y sonó nuevamente conciliador—. Cornelius, siempre tan catastrofista. ¿Quién ha muerto? ¿Quién ha sufrido algún daño? Te voy a dar un dato que tal vez te interese como buen periodista que eres. El año pasado más de dos mil personas murieron en la carretera en accidentes de tráfico. ¿Te parecen pocos? ¿Acaso has dejado de conducir por ello? ¿Sabes cuántas murieron por el impacto de un rayo?

—¡Por favor, basta!

—Entre diez y quince personas. Eso dicen las estadísticas. Al final nuestra vida, o muerte, según lo quieras ver, se reduce puramente a una cuestión de azar. Además, las razones no importan ahora. Cuentan los posibles resultados.

El silbido de la cafetera empezó a subir de intensidad. *Maldita sea*. Clara reculó de puntillas hasta la cocina y empezó a tatarear una canción, fingiéndose atareada. Antonio llegó el primero.

—Vaya susto me he pegado —dijo al verla—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Perdona, ¿cómo dices? —la inspectora seguía canturreando, como si estuviera distraída.

—Te habíamos visto afuera en el jardín, no sabíamos que estuvieras en la cocina. Podías habernos avisado y te hubiéramos preparado algo.

Cornelius llegó en ese instante. Tenía los ojos caídos y vidriosos.

—Ya sé lo que has venido a buscar —dijo el periodista con un tono de voz apagado y una sonrisa forzada.

De uno de los armarios bajos sacó una caja metálica circular azul con la imagen de un molino de viento sobre la tapa. Le costó bastante, ya que el borde era fino y no podía hacer palanca con los dedos, pero finalmente consiguió abrirla con la ayuda de un cuchillo. Parecía que faltaban las que había tomado en el desayuno. Las galletas de variadas formas circulares aparecieron rebosantes de azúcar, separadas por un fino papel blanco. Clara notó como empezaba a salivar y se moría de ganas por coger una, ¿qué tipo de droga adictiva habrían puesto como ingrediente a esas delicias de harina, mantequilla, leche y azúcar?

Llevaron la cafetera y los dulces al comedor. La exinspectora

todavía no se había acostumbrado a la amplia lámina de cristal de la mesa, y mucho menos a la base de hormigón que simulaba unas algas. Era como desayunar sobre una obra de arte. Vio que Cornelius iba a hablar pero ella lo atajó de inmediato. Recordaba con todo detalle lo que le había dicho el holandés al ver su expresión de estupor la primera vez que entró en el salón.

—Esta mesa evoca los corales marinos en sus arrecifes —Clara señalaba con la mano las hojas enroscadas sobre la que descansaba la superficie perfectamente pulida—, muy acorde con la filosofía de la vivienda. Esas fueron tus palabras.

Cornelius correspondió con una sonrisa. Dominando el espacio en uno de los lados de la estancia la inmensa pantalla de televisión emitía con el volumen casi silenciado un programa de actualidad donde los tertulianos debatían sobre las noticias de sociedad. De momento, no hablaban de Alicante ni del inspector Santi Blanes. Era cuestión de tiempo, el famoso inspector jefe de homicidios de la policía nacional que había resuelto la muerte de Magdalena de Pombo y Soto estaba desaparecido y era el principal sospechoso del asesinato de un compañero. En los últimos días se había convertido en la portada y arranque de muchos medios de comunicación y programas televisivos. Carne fresca para unos periodistas deseosos de poder ofrecer la ansiada cuota de sangre a su audiencia.

El café humeaba y a Clara le pareció que seguía las mismas formas sinuosas de las algas, como si hubieran salido del fondo de mar en un día brumoso y se alzaran hasta desvanecerse en el cielo. Le dio un pequeño sorbo y notó de inmediato el placer de la cafeína por sus venas. Antonio rompió el silencio.

—Debemos volver a Madrid.

Madrid, esta vez el nombre de la ciudad ocupó la mente de Clara. Todavía tenía pendiente saldar una cuenta con su padre, el inspector Sánchez. Por fin había alcanzado la madurez y el temple suficiente para afrontar esa mirada acerada y decirle a la cara lo que se había callado durante tantos años. Que no se fuera al infierno con la conciencia tranquila. Por no hablar de ella. «Deja de decir mentiras e inventarte cosas, Clara». La voz de su madre salió del escondrijo que había estado ocupando durante años. Se le cerró la garganta, una reacción visceral producto de la rabia. Clara apretó la mandíbula: ya era una mujer adulta y todo eso lo había dejado atrás. Había conseguido sacarla a la fuerza de su vida, quitándole el puesto de madre que nunca se había ganado ni merecido.

Una vida que siempre recordaba atormentada, retorcida y más de una vez cruel. De alguna manera, esa existencia le había permitido desde bien pequeña acostumbrarse a luchar cada día para poder sobrevivir. Clara sacudió la cabeza para disipar todos esos

pensamientos de su cabeza, como si fueran el humo tenue de su café. Tomó una galleta y la masticó con suavidad. *Qué delicia*. Otro trago a la taza de café bien azucarado le ayudó a centrar sus ideas.

—Clara, ¿has escuchado lo que acaba de decir Antonio? —observó Cornelius contrariado. Clara le miró y algo debió detectar este en su mirada ya que le ofreció acto seguido una explicación—. Es muy arriesgado.

Ella asintió con la cabeza mientras se deleitaba con el sabor cremoso de la mantequilla y el azúcar.

—Está diciendo que debemos volver a Madrid para buscar pruebas que inculpen a Pelayo Pellicer y esa organización secreta —el periodista meneó la cabeza, entre incrédulo y desasosegado—. Ya hemos visto que esa gente es realmente peligrosa. Casi perdemos la vida una vez, no juguemos con el azar de nuevo —le dedicó una mirada de soslayo al expolicía.

—Esta vez no fallaremos —Antonio se cerró la bata a la altura del pecho y ajustó la cintura con ayuda de la cinta—. No se esperaban que fuéramos a por ellos una vez. Todavía lo esperarán menos esta segunda. Hay que considerar que cuando los depredadores salen a cazar a menudo olvidan proteger su guarida. Es muy posible que anden ahora mismo por Alicante. Y Dios quiera que no nos encuentren.

La imagen de Santi vino de golpe a la cabeza de Clara. ¿Habría encontrado a su hija o cabía la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo, algo grave e irremediable? Se estremeció al pensarlo. Como en un sortilegio, en el mismo instante que había pensado en Blanes, sobre la gran pantalla, apareció una secuencia de fotos: el Presidente del Tribunal Supremo, su hija Magdalena, Lucian el rumano, el subinspector Urrutia… hasta que finalmente la pantalla mostró un primer plano de él. No era su mejor fotografía. Estaba en el despacho, con barba de un par de días y mirada triste y endurecida. Debía encontrarse en medio de una investigación cuando se la hicieron.

—Subid el volumen —pidió Clara con la voz agitada.

A pesar de sus kilos de más Cornelius fue el primero en llegar dando rápidos y cortos saltos hasta la mesilla donde estaba el mando de la televisión. En el estudio del programa había empezado una discusión acalorada con las fotos de Santi de fondo proyectadas en pantallas digitales. Una de las tertulianas, conocida periodista de un importante canal de noticias nacional, lanzaba tantas acusaciones contra el inspector como balas disparaba una metralleta. Clara había leído en un artículo que la crisis había afectado a todos los sectores y había impactado de forma directa en las clínicas de cirugía plástica.

—Desde luego no será por ti, se te van a salir por arriba del top blanco —dijo a media voz cuando la mujer se había inclinado hacia

delante y unos generosos pechos quedaron encuadrados para la audiencia.

El efecto de las pastillas había empezado hacía un rato y Clara sentía una paz complaciente recorriendo todo su cuerpo. Decidió tomar asiento en una de las butacas, reclinar el respaldo y escuchar con atención los ataques y reproches entre los contertulios.

—Vamos a ver, vamos a ver —la periodista empleaba un tono de voz agudo y cada dos por tres se pasaba las manos por la media melena rizada que colocaba de forma estratégica—, blanco y en botella —abrió las palmas de las manos—. Aunque la investigación se encuentra bajo secreto de sumario, fuentes fidedignas me han hecho llegar información muy importante para el caso.

—¿Podrías detallar a qué fuentes haces referencia? —el tertuliano que acababa de interrumpirle era un joven, rollizo, con los mofletes muy grandes y rostro barbilampiño adornado por unas gafas gruesas de pasta negra. Vamos, el típico empollón de la clase—. Porque de momento la información oficial es bien escueta y todo indica que el subinspector Urrutia se suicidó en aquella habitación de hotel.

Una gran risa fingida resonó por los altavoces y la mujer tomó entre sus manos unos folios, se ajustó el top blanco y se bajó las lentes de cerca que tenía sobre la cabeza.

—Nuestro querido inspector estuvo casi seis meses de baja tras el fallecimiento de su esposa en el accidente de tráfico —pausa estratégica—. Accidente en el que al parecer había ingerido más alcohol del permitido…

—¡Alto! —gritó el hombre joven—. No se pueden lanzar acusaciones falsas como si esto fuera…

—Orden, orden —el moderador intentaba reconducir la discusión ya que varios de los presentes habían pedido atropelladamente la palabra. La cámara enfocó un primer plano de la periodista—. Vamos a dejar que Mariola acabe y luego, será tu turno para poder expresar tus opiniones —el primer plano pasó al joven de los mofletes y las gafas de empollón que pareció acatar el dictamen aunque a regañadientes

—Bien pero que ella luego no me interrumpa a mí, como hace siempre —dijo en voz baja, resignado.

La cámara pasó de nuevo a la mujer.

—Primero, la esposa de Santi Blanes fallece en un accidente de tráfico siendo él quien conducía el coche y habiendo tomado unas copas —reforzó cada una de las letras de la palabra— de más, y por lo que me imagino, si todavía cobija un mínimo de humanidad, se sentirá culpable —de fondo se escuchó otro comentario del joven y rechoncho tertuliano donde insistía que el inspector había quedado libre de cargos tras la investigación llevada a cabo y que fue obviado

por la periodista—. Estuvo —miró los papeles buscando el dato—, seis meses de baja tras el trágico incidente y se reincorporó al puesto de trabajo con signos evidentes de alcoholismo, como demuestran las recientes imágenes que ya todos conocemos —se quitó las gafas y frunció los labios—, tomadas en esa sucursal bancaria de la ciudad de Alicante donde una prostituta de origen centroafricano le estaba practicando sexo oral.

—¿Acaso eso le convierte en un asesino? —el joven pestañeó escandalizado, se revolvía en el asiento—. Se equivocó, de eso no cabe la menor duda, pero ¿dónde está en este país la presunción de inocencia? ¿Cómo se le puede acusar de ser responsable del fallecimiento del que fue su compañero de trabajo durante tantos años?

—¡Ese hombre es una vergüenza para los cuerpos de seguridad del estado! —gritó otro tertuliano de mayor edad, melena blanca ondulada y gafas circulares que le proporcionaban un cierto aire de intelectual de los años sesenta—. En estos momentos de crisis lo que necesitamos es un cuerpo de policía que ayude a nuestros ciudadanos y no unos alcohólicos convertidos en proxenetas.

En cuestión de segundos el caos se apoderó del estudio, cada uno de los presentes daba su opinión sin respetar al resto, hasta que la cámara enfocó de nuevo al moderador y la melodía del programa empezó a sonar.

—El inspector Santi Blanes —el conductor del debate alzó una mano hierática, entornó los ojos y empleó un tono de voz todavía más grave—, ¿Ángel o demonio? No, no se vayan todavía, tres minutos para la publicidad. A la vuelta vamos a ofrecer un dato que nos dará la pista definitiva que puede esclarecer la intrigante muerte del subinspector Urrutia y ayudarnos a descifrar, de una vez por todas, por qué el inspector jefe de homicidios de la comisaría de Alicante Santi Blanes se encuentra en paradero desconocido.

Cornelius se levantó y apagó el televisor.

—Ya hemos tenido bastante circo romano.

—¡Espera un momento! —reclamó Antonio—. Vamos a escuchar cuál es ese dato importante. Nos interesa saber lo que manejan, ya sabes, la información es poder, venga de donde venga.

—¡No me lo puedo creer! —el holandés reculó y se llevó el mando a la espalda, las manos a la altura de la cintura—. ¿Es que no has tenido suficiente? —a la vez que masculló algo ininteligible en neerlandés.

Clara percibió un destello de rabia en los ojos verdes del expolicía.

—Cornelius dame ese mando —ordenó.

—Este mando, la televisión y cada una de las cosas que ves en esta casa —su cabeza recorrió toda la estancia, de abajo a arriba y de

izquierda a derecha—, me pertenece. Te recuerdo que es de la familia Gaant —estaba encarado a Antonio y mantenía las dos manos tras la espalda con el mando bien apretado—. Es mío así que no te lo voy a dar.

Antonio empezó a ponerse colorado como la estructura en madera, un entresijo de ramas enlazadas, que colgaba tras él de una de las paredes. En lugar de dos adultos parecían un par de niños enrabietados por alguna tontería. Clara sintió que debía intervenir y se interpuso entre ambos hombres.

—Paz —dijo en voz suave, extendiendo sus brazos—. No hace falta que la sangre llegue al río —miraba a uno y a otro de forma indistinta, hasta que se centró en el holandés—. Cornelius detesto más que tú el espectáculo al que está expuesto Santi y si por mí fuera, ninguno de los ahí presentes cobraría ni un puto euro ni estaría un minuto en antena para interpretar el papel que les han asignado. Pero Antonio —miraba a uno y a otro de forma alterna—, tiene razón en una cosa. Nos interesa conocer cualquier dato que la investigación esté manejando y a menudo estos periodistas son como culebras: serpentean y son muy hábiles para conseguir información confidencial. Creo que de eso tú sabes mucho.

—¿Y la verdad? ¿Dónde queda? —interpuso Cornelius que por fin había llevado la mano con el mando del televisor por delante, más relajado.

—Difundir información sin fundamento no es un método periodístico muy riguroso —puntualizó Clara—, aunque he de reconocer que nos interesa escuchar todo lo que puedan decir de Santi.

—*Veritas filias temporis* —murmuró Antonio.

Cornelius lanzó el aparato sobre el sofá y se marchó hacia la planta alta de la vivienda despotricando con palabras ininteligibles.

—La verdad es hija del tiempo, —matizó Antonio en voz baja mientras cogía el mando para encender la televisión de nuevo.

—No hacen más que su trabajo —dijo el expolicía cuando ya entraba en antena de nuevo el programa matutino—, igual que hizo Cornelius durante muchos años.

De nuevo empezó a sonar la melodía de cabecera del programa y enseguida la cámara encuadró un primer plano del moderador. Tenía el rictus serio y los ojos entornados. Hablaba con un tono dramático, para crear un ambiente de suspense, con el fondo de unos acordes musicales.

—Hemos tenido acceso a un dato que puede dar un giro radical en la misteriosa desaparición del inspector Santi Blanes y se lo vamos a ofrecer en unos segundos.

Venga escúpelo ya, Clara apretó los dientes.

MADRID – OCTUBRE 2009

6

Floren esperaba a Inés Hudson sentado en una mesa en la parte más alejada de la pared donde colgaba una televisión. Echaban un documental sobre las grandes migraciones de mamíferos en la sabana africana. Floren era un hombre grande por varias razones: era obeso, medía cerca de dos metros y era toda una institución en La Casa, donde llevaba toda una vida trabajando en la dirección de recursos. Había ayudado a Inés en otras ocasiones. Aunque llevaba barba de varios días, si había que juzgarle por su cara, nadie hubiera dudado en decir que se trataba de un hombre tranquilo y amable.

Ahora estaba concentrado y escuchaba atento la exposición de Inés, que debía darle la información justa para que no saltaran sospechas y le ayudara con la discreción de otras veces.

—¿En qué año entraste en La Casa? —la agente le observaba curiosa.

Floren soltó una carcajada.

—Tú todavía debías estar estudiando EGB en tu Galicia querida.

El hombre le hizo un gesto con la mano a la camarera para que se acercara. Tenían poco tiempo así que se decantaron por uno de los platos del día, manitas de cerdo con garbanzos, un par de copas de vino tinto de Mencía y una botella de agua sin gas.

—Cuéntame que es eso tan importante que tienes que preguntarme —se cruzó de brazos y la miró fijamente. No era hombre acostumbrado a los rodeos.

—Todavía no me has respondido a mi pregunta —insistió ella—. ¿En qué año empezaste a trabajar en La Casa?

—En 1985, de eso sí que me acuerdo perfectamente. Para ser más exactos, el mismo mes que España se incorporó a la Comunidad Económica Europea, en junio. Era una época de cambios y modernidad —compuso un gesto lacónico—. Cómo pasa el tiempo, a veces tengo la sensación de que fue ayer —soltó una risotada que retumbó como un trueno entre montañas—. Han pasado casi veinticinco años. Es curioso como la memoria…

—¿Te suena el nombre de Pelayo Pellicer? —Inés se había incorporado en la silla.

Floren se quedó pensativo unos instantes. Parecía que iba a decir algo cuando la camarera llegó con una olla humeante que dejó en medio de la mesa.

—Ahora os traigo el cucharón para que os podáis servir —dijo la mujer antes de marcharse de nuevo a toda velocidad.

—Estoy todavía buscando en estos archivos —Floren se señaló con el dedo índice la sien y empezó a darse golpecitos sobre la misma—,

pero este disco duro ya tiene algunas particiones dañadas. Yo no tengo esa memoria tuya. ¿Debería sonarme?

Inés entrecerró los ojos, dudando hasta dónde debía, o más bien podía, contarle.

—Estuvo trabajando en La Casa seguramente hasta principios de los ochenta. O al menos esa es la información que me gustaría contrastar. En caso afirmativo, qué cargo tenía, cuantos años estuvo, en fin, todo lo que puedas averiguar.

—¿Y qué has encontrado tú en la base de datos?

—*Carallo*, el problema es que al acceder al sistema y teclear ese nombre y apellido me encontré por primera vez con un acceso no autorizado.

Floren chascó la lengua y sonó como el bufido de una res. Su mirada se posó en la olla humeante, como si allí se encontrara la respuesta.

—O trabajó para La Casa, o le investigamos, eso parece probado. Pero es muy raro —meneaba la cabeza como un toro bravo—. Tu nivel de acceso es alto. ¿Has hablado con Cortés?

—Sí, y tampoco.

Floren abrió sus grandes ojos.

—¿Cómo puede ser?

—*Éche o que hai* —respondió ella con su marcado acento gallego.

—¿Qué has encontrado de él en los archivos públicos?

—Un ciudadano modélico, ningún problema con Hacienda, ninguna multa, el dinero justo para poder vivir con cierta comodidad… como te decía, en apariencia un ciudadano bastante modélico. Salvo en una cosa —levantó un dedo frente a los ojos del hombre.

—¿Cuál?

—Tiene licencia para armas de fuego cortas.

—¡Vaya con don Pelayo!

Floren tomó la cuchara y sirvió primero el plato de Inés. A continuación rellenó hasta rebosar el suyo. El aroma le trajo a Inés el recuerdo de los guisos que su abuela le preparaba con tanto cariño.

—En estos días de otoño, gris y lluvioso como el de hoy, un plato así viene estupendo —Floren sopló sobre el caldo de la cuchara un par de veces y la engulló de una—. Ya verás, no vas a poder resistirte a esta cremosidad. D-e-l-i-c-i-o-s-o-s —enfatizó cada una de las letras henchido de satisfacción.

Inés le imitó. Estaba rico, pero lejos del listón que había dejado en su memoria y en su paladar su abuela. En su receta ella le añadía unas verduritas y taquitos de jamón, todo troceado muy pequeño, y, sobre todo, la cocción a fuego lento. «Inés, tienes que escuchar el *chup chup*», le repetía siempre cuando siendo una niña, desde abajo, ella

miraba como la mujer dominaba con maestría los fogones de gas. Había fallecido cuando Inés era todavía muy joven, apenas tenía trece años, pero la recordaba como una mujer muy activa y trabajadora. Tal vez tuviera la suerte de haber heredado alguno de sus genes.

—¿Todavía tienes acceso a los viejos archivos de papel? —la agente era consciente de que el tema era sensible y viendo cómo su compañero disfrutaba de esa manera con los garbanzos, podría tratarse de un momento perfecto.

Floren devolvió la cuchara de golpe al plato. Unas gotas de caldo naranja mancharon el mantel y salpicaron también la camisa del hombre.

—¿Tan importante es lo que te llevas entre manos?

Inés también devolvió el cubierto a la mesa, pero con suavidad.

—Puede estar en juego la credibilidad de La Casa.

Floren agachó la cabeza, le dio buena cuenta al plato y se sirvió otra ración.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

—¿Recuerdas el resultado final?

Floren se pasó la servilleta por los labios.

—Sí, ya sé, no hace falta que me lo repitas. El fin justifica los medios —devolvió la servilleta a su lugar al lado del plato frunció los labios antes de retomar la conversación—. Porque eres tú, sabes que a otra ya la habría mandado a la mierda.

Inés le lanzó un beso al aire y una sonrisa.

—Ese es mi Floren.

—Lo intentaré mirar. No te garantizo nada. Ya conoces el protocolo. Tengo unas ganas ya de jubilarme —le pareció que dejaba caer la frase con un tono apagado—. Llevo muchos años deseando que llegue este momento y ya solo me quedan unos cuantos meses.

—¿Qué harás?

—Vivir.

—¿Vivir?

Floren se recostó en la silla y entornó los ojos como si estuviera frente a un paisaje largamente soñado.

—Nos iremos a la casa de la madre de Macarena en Cádiz. Sol, paseos por la playa, buen pescadito y vino blanco, leer —abrió su boca y unos grandes dientes blancos, con aspecto de postizos, brillaron bajo la luz del tubo de luz del techo—, eso es vivir. Tal vez si podemos, haremos algún viaje. Y poco más. No te creas, no tenemos grandes sueños para nuestra jubilación.

Inés asintió con la cabeza y vio en la pantalla de la televisión de la pared de enfrente como miles de ñus cruzaban al trote por la planicie del Serengueti, una de las grandes migraciones de mamíferos que se producían una vez al año. Recordaba haber visto con anterioridad el

documental, si no el mismo, uno muy parecido. Inés echó entonces una mano al bolso y le enseñó la foto impresa de la esposa de Pelayo Pellicer que había obtenido en la búsqueda de la hemeroteca. El hombre la tomó entre sus dedos. Parecía un cromo en las manos de un gigante.

—La calidad no es muy buena.

—Recién sacada en La Casa. Parece que con la crisis la impresora va a tener que aguantar algún añito más.

—¡A ver si la jubilan pronto como a mí! —vociferó Floren entre risas y concentró la vista en la mujer pixelada que tenía entre sus manos.

Miles de ñus avanzaban por la sabana hasta que llegaban al cauce de un río, y en manada, se disponían a cruzarlo. Sí, seguro, ese documental ya lo había visto. ¿Cómo se llamaba el río? Mara, el nombre le vino de golpe. El río Mara. Los animales se lanzaban al agua y empezaban a nadar hacia la otra orilla, seca y árida. Había un desnivel importante y los ñus afrontaban la pendiente con unas fuerzas que iban en descenso. Un bien número de ellos, desfallecidos, resbalaban de nuevo al agua y morían ahogados o aplastados por sus congéneres, ciegos en su ruta ancestral. Sí, lo tenía grabado como tantas otras cosas, con todos los datos incluidos. Varios miles de esos animales morían ahogados y eran el alimento de cocodrilos y buitres. Constituían también un importante eslabón de la cadena alimenticia del río para los peces y otros pequeños animales. Esa memoria que Dios le había dado había sido su salvación múltiples veces y, a menudo, también su perdición.

—Creo que si hubiera visto antes esta jeta tan tuneada la recordaría —dijo finalmente Floren convencido tras acercar y alejar varias veces la cara a la fotografía de la mujer.

—¿Tuneada?

—Ya sabes, que ha pasado por el taller de chapa y pintura —Floren puso morritos y empezó a reír a carcajadas—. ¿Quién es la susodicha?

—La esposa de Pelayo Pellicer.

—El misterioso hombre que debo buscar en los archivos.

Inés puso una gran sonrisa. Floren no le iba a fallar.

—¿Vamos a por otro plato? —ella levantó el cucharón de la olla y sirvió primero a su compañero que ya se relamía.

Inés Hudson se levantó a las cinco de la mañana para coger el primer tren con destino a Alicante. Lo hizo lanzando el despertador contra el suelo para hacerlo callar. Luego miró la ropa deportiva junto con las zapatillas por estrenar que se había dejado preparada sobre un arcón la noche anterior. Lanzó una carcajada al ver el material tan ordenado. *Carallo, ya empezaré con el running cuando vuelva de Alicante.*

Tampoco estoy tan mal, y se acarició el michelín que sobresalía bajo la parte de arriba del pijama. Se duchó, se vistió con los pantalones vaqueros, una amplia camisa holgada de tonos oscuros y un jersey de lana que a menudo usaba como bata. Se puso la funda para la pistola, una semiautomática CZ 75 del calibre 9 mm y abrió la nevera para ver qué podía tomar de desayuno. Rebuscó entre los dos packs de latas de cerveza y sacó un paquete de jamón serrano.

—La proteína no engorda —masculló entre bocados.

Tenía el don de poder comer salado y beber cerveza recién levantada, aunque mantenía el alcohol a raya en los días de trabajo. Como máximo una en la comida y otra en la cena para que incluso fueran saludables, como había leído por Internet.

Confiaba en que antes de llegar a la estación del tren en la ciudad de Alicante, Floren ya le hubiese puesto al día con respecto a cualquier avance de lo que hubiera encontrado en los archivos de papel de La Casa sobre Pelayo Pellicer. Ojalá hubieran inaugurado ya la famosa línea de Alta Velocidad para unir la capital con el Levante. Dos presidentes del Gobierno con sus respectivos ministros, venían prometiendo el adelanto ferroviario desde el año 2001, y todavía no se veía cercana la fecha. En el asiento de al lado un joven con melenas de heavy roncaba de forma suave, como el ronroneo de un gato, con unos auriculares en los que se podía intuir, la música de Metallica. Inés sacó la carpeta de la cartera y revisó por un lado la información que había conseguido recabar sobre Pelayo Pellicer, Santi Blanes y Urrutia y por otro los datos proporcionados en aquel misterioso correo electrónico que Cortés le había dado el día anterior.

Se centró en primer lugar en el desaparecido inspector de homicidios. Una hoja de servicio impecable hasta ese trágico siniestro de tráfico en el que su mujer había perdido la vida. Ni un solo caso de homicidio sin resolver. Teniendo en cuenta el índice de criminalidad de la Comunidad Valenciana, uno de los más altos de España, ¿estaba ante el inspector de homicidios perfecto? Lo más llamativo que había encontrado en la hoja de servicios era la baja tras el accidente y, por supuesto, el desenlace final sobre el asesinato de Magdalena de Pombo y Soto, hija del fallecido Presidente del Tribunal Supremo del país. No era frecuente que el principal sospechoso del crimen falleciera antes del juicio y este tuviera que ser sobreseído. Inés Hudson albergaba un escepticismo bien fundado hacia los hechos improbables, y este, sin duda, lo era. Salvo eso, el discurrir cotidiano en la vida de Santi Blanes era un ciudadano medio bastante normal: padre de una hija, vivienda con hipoteca a punto de liquidar, un utilitario con algunos años, sin deudas y una vida aparentemente sencilla. La única excepción eran las sórdidas fotografías en la sucursal bancaria.

—Nos ha salido putero el inspector.

No había acabado la frase cuando una mujer con cara de cigüeña pasó a su lado con un carro por el pasillo del vagón. Ofrecía bebidas y refrigerios. Inés pidió un sándwich de jamón york y queso y un café solo que la mujer le sirvió en vaso de papel. Cuando le dio el primer sorbo a la bebida se escaldó la lengua y maldijo como no le había avisado que, aunque el cartón estuviera frío, aquel café parecía sacado del mismísimo infierno.

Aún maldiciendo, pasó a comprobar la información que tenía sobre Pelayo Pellicer y el subinspector Urrutia. ¿Por dónde empezar? Tenía claro lo primero que haría al llegar a Alicante: un par de comprobaciones y una visita. Ella debía saber algo. Luego se dirigiría a comisaría, a ver qué tal se le daban las cosas con el comisario Muñoz. Cortés ya le había advertido de que en caso de problemas o poca colaboración, se lo hiciera saber.

Inés Hudson miró por la ventana donde la llanura cuarteada en superficies ocres y naranjas de La Mancha se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Las diez y cuarto. Ya llevaba más de cinco horas activa, tras el nuevo intento fallido de salir a correr a primera hora de la mañana. No le vendría mal una cabezada. Antes chequeó el móvil para comprobar si Floren le había llamado o enviado algún SMS. Nada. Cerró los ojos. El ronroneo del tren la transportó a su infancia y se quedó ligeramente adormilada.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

7

Durante el escaso lapso de tiempo que Santi Blanes cruzaba el espacio que le separaba del otro edificio, el tiempo se detuvo. De pronto lo veía todo a cámara lenta, como en sueños o, peor aún, en las pesadillas de las que cuesta despertar. El bordillo estaba más lejos de lo que iba a alcanzar con el salto. *Dios mío, no voy a llegar, me voy a estrellar contra el suelo*. Le sorprendió que, en lugar de bloquearse por el pánico, su mente y cuerpo se fusionaran con un único propósito: agarrarse a aquel poyete. Su cuerpo chocó contra la pared exterior de caravista, *bom*, y sintió un dolor llameante en el costado y la rodilla izquierdos, que le empezó a escocer de inmediato. Sus manos habían conseguido agarrarse a la cornisa. Tenía el cuerpo colgando en el vacío. Tomó una bocanada de aire. *Tengo que subir como sea*. Se aferró con ambas manos y todas sus fuerzas, hasta sentir que los músculos le iban a estallar, pero su forma física no era la de antaño. Tenía los antebrazos agarrotados. Una gota de sudor frío le resbalaba por la frente. Cerró los ojos. Calculó que le quedaban unos pocos segundos. Hizo, en vano, otro intento para auparse, y al resbalar se rozó con los ladrillos en la pierna. *Au*. Volvió a respirar profundo. Comprobó con pánico que la mano izquierda empezaba a desfallecer y no tenía las fuerzas necesarias para poder soportar su peso.

—¡Inspector!

La voz provenía del edificio desde el que había saltado. Santi no reunió las fuerzas suficientes para girar la cabeza y mirar. Escuchó como llegaban más agentes que hablaban de forma acalorada sobre cómo actuar.

—No puedo más —alcanzó a balbucear. No estaba seguro de que ni tan siquiera hubieran podido oírle.

—¡Aguante inspector, voy a ayudarle!

Santi miró hacia abajo. La oscuridad no dejaba ver el final del abismo, moteado de los tendederos de las viviendas, que zigzagueaban bajo sus piernas. Oyó como una voz de mujer decía que no merecía arriesgar la vida por un miserable. Sin embargo, al poco percibió un cuerpo que pasaba volando por encima de él felinamente y rodaba sobre el suelo de la terraza por encima de su cabeza. Blanes tenía los dedos de la mano izquierda tan agarrotados que soportaba casi todo su peso con el brazo derecho. *Es el final*. Cuando cerró los ojos vio a Cecilia. Le sonreía. Entonces resbaló y se abandonó a la caída como si fuese un escape o una salvación, la expiación de todas sus culpas, el final. Pero, como en un milagro una mano fuerte le sujetó con firmeza por el antebrazo.

—¡Lo tengo!

Levantó la cabeza y vio la cara que hacía tan solo unos minutos le había apuntado con el arma reglamentaria y le había dado la voz de alto. Era un agente joven, en muy buena forma. A Santi ya no le quedaba ni un músculo activo, los depósitos de energía se habían agotado totalmente. Lanzó el brazo izquierdo para agarrarse al del hombre pero era inútil. Notó que se deslizaba ligeramente hacia abajo. De repente, un tirón le recordó que no estaba todo perdido. Parecía que el joven había conseguido alzarle unos centímetros.

—¡Inspector! —el policía tenía una voz potente—. ¡Agárrese con la otra mano a mi brazo!

Blanes consiguió levantar el hombro izquierdo y coger a aquel agente que se había jugado la vida por salvarle. Aprovechó para relajar unos segundos el bíceps, exhausto, del brazo derecho. *Tal vez no esté todo perdido*.

—Voy a subirle —el joven tenía la cara desencajada por el esfuerzo —. Ayúdeme. Haga palanca con las piernas contra el muro.

El resto de compañeros lanzaban gritos de apoyo al policía. Ningún otro se había atrevido con el salto para ayudar.

Santi apoyó la punta de aquellos zapatos tan caros que le había proporcionado Antonio. Al tener una suela de cuero, lisa, no sirvieron para nada. *Mierda*. Estaba agotado. Para empeorar todavía más las cosas, sintió como se escurría dentro de la manga del traje de paño inglés. Un escalofrío le bajó por la espina dorsal. *No, Dios mío*. A partir de ese momento todo se desarrolló a una velocidad vertiginosa. La tela empezaba a desgarrarse.

—¡Deme la otra mano! —gritó el agente desde arriba.

Ya era demasiado tarde. La chaqueta se había rasgado del todo y Santi sintió como su cuerpo empezaba a hundirse a plomo en el vacío. Era el fin. Primero golpeó contra las cuerdas de un tendedero con una fuerte quemazón en la cara. Sus manos quisieron aferrarse a algo, sin éxito. Tuvo la fortuna de chocar contra otra estructura metálica extensible que le mordió la piel, unos metros más abajo. El golpe le hizo voltear, con la cabeza hacia abajo. Le pareció ver una mesa de plástico blanco acercándosele a toda velocidad hasta que todo se fundió en negro.

Poco antes de las diez de la mañana el enfermero Carrasco llegó hasta la sala donde la doctora Ortuño comprobaba la radiografía de uno de los pacientes. Parecía que iba a ser un comienzo de guardia apacible pero aquella promesa de tranquilidad se desvaneció a primera hora de la mañana cuando un ciclista llegó malherido por una caída a una zanja mal señalizada de unas obras cercanas. Unos gamberros se habían llevado las vallas de advertencia y el hombre había salido catapultado. Varias magulladuras y la clavícula fracturada. Aun así,

nada que ver con la noche anterior. El compañero saliente le había dado el parte de una jornada extenuante. Una caída de un motorista con rotura múltiple de tibia y peroné, dos jóvenes que se habían peleado por lo que hubo que dar más de quince puntos y arreglar el tabique nasal de uno de ellos. Y lo más grave, un accidente de coche en la avenida de Alcoy. El hombre llevaba exceso de velocidad y se había acabado empotrando con la esquina de un bloque de viviendas que albergaba una tienda de muebles. Su pronóstico era muy grave.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Está llegando una ambulancia. Un hombre que ha sufrido una caída desde altura considerable y presenta una fuerte contusión en la cabeza.

La doctora Ortuño miró de reojo por la ventana y divisó unas nubes negras que se aproximaban a toda velocidad. Hubiera jurado que la previsión del tiempo era buena. La ambulancia llegaba justo en ese instante. La doctora salió hacia la entrada de urgencias al encuentro de la camilla. El médico del SAMU le puso al tanto.

—Varón, cincuenta y siete años, caída desde un séptimo piso…

—¡Desde un séptimo piso!

—Al parecer varias cuerdas de tender la ropa fueron amortiguando la velocidad del impacto y acabó de cabeza contra una mesa de plástico. Tuvo suerte de no ir directo contra el cemento del patio interior —la doctora observaba al paciente mientras escuchaba las explicaciones del médico—. Lo hemos intubado y está estable hemodinámicamente, en apariencia sin otras lesiones, ni fracturas abiertas ni hemorragia externa —tuvo que parar unos segundos porque le faltaba el aire para hablar—. Un milagro —dijo finalmente.

—Rápido, a rayos —le ordenó al enfermero que la asistía—. Un TAC —no necesitaba dar más explicaciones—. Preparar ingreso en la UCI para vigilancia neurológica. Es posible que haya que operar.

La doctora Ortuño se podía considerar una guardia fronteriza que controlaba quien podía quedarse en la tierra, o por el contrario, debía emprender el viaje al más allá. El futuro de las personas que ese día cruzaran por la puerta corredera de urgencias estaba en sus manos. Su trabajo consistía en decidir las medidas que habría que tomar para sanarles, y si se equivocaba, podía ocurrir que el paciente muriera o despertara con una minusvalía para el resto de su vida. En el caso de un paciente con una fuerte contusión cerebral, la tomografía computarizada, conocida como TAC, era el examen médico de diagnóstico por imágenes para evaluar el alcance de la lesión. Luego podría ser necesario actuar de urgencia en el caso de tener que intervenir por una hemorragia, fractura o cualquier otro problema derivado del trauma.

La doctora era una mujer muy activa. Llevaba enganchada desde

hacía un par de años al triatlón y antes de entrar de guardia ya había hecho unas series de velocidad de carrera a pie a cuatro minutos el kilómetro y un entreno de natación de cerca de tres mil metros. Morena, de cuerpo atlético y una melena rizada hasta la mitad de la espalda, gracias al deporte podía canalizar su energía y centrarse en el trabajo para ser más eficaz. Pero esa mañana se había torcido más rápido de lo que hubiera deseado: si había algo que detestaba eran las lesiones en la cabeza. El mínimo error podía tener consecuencias fatales. Oyó que Juan, el enfermero le decía algo.

—Es él.

—¿De quién me hablas?

—¿De quién va a ser? —el enfermero meneó la cabeza, mirándola —. Del inspector de homicidios que está desaparecido y del que habla media España.

La mujer se fijó en la cara del paciente. Era verdad, se trataba del hombre que no había dejado de salir desde hacía un par días en todos los medios de comunicación. Lo conocía ella y, como bien había dicho Juan, toda España. Se había rasurado el pelo, tenía unos cortes superficiales en la frente y mejilla derecha y vestía una ropa muy elegante… pero sí, era él. Recordaba las imágenes en la sucursal bancaria y también que muchos periódicos le acusaban de ser el principal sospechoso del asesinato de un compañero. ¿Qué demonios hacía vestido con ese traje?

—Yo no estoy aquí para juzgar a nadie. Eso les corresponde a otros —dijo en voz baja—. Como si has matado a tu unidad entera. Yo estoy aquí para salvarte y tú no vas a ser el primer paciente que muera en mi turno de guardia.

A partir de ese instante se orquestó el baile, en apariencia caótico pero perfectamente engrasado, que se produce en todos los servicios de urgencias. La camilla volaba por los pasillos hacia la zona de rayos para la realización del TAC. El alta para la UCI se estaba preparando en caso necesario: se le iba a asignar el BOX 12 que había sido liberado la noche anterior por una mujer que había fallecido por una sepsis general tras permanecer diez días con respiración asistida y en coma inducido.

—¿Quién está hoy operando? —preguntó a su asistente.

—El doctor Quiles.

La boca de la mujer dibujó una sonrisa.

El doctor Quiles era un reputado médico que llevaba un par de años consecutivos valorado como el mejor neurocirujano del país. El único en haberlo conseguido dos veces consecutivas y de lo que se sentía especialmente orgulloso. El motivo era que para la obtención de ese premio se tenía en cuenta a los pacientes y también a los compañeros. «El premio lo hago extensible a todo el equipo,

anestesistas, enfermeros y celadores. Sin ellos las cosas no saldrían tan bien», fueron sus palabras cuando le entrevistaron en el periódico local. Ese tipo de reconocimiento era su vitamina para seguir trabajando. Cuando un paciente llegaba mal y, tras la operación, su vida mejoraba, encontraba el mayor premio y satisfacción posibles.

El doctor Quiles entornó los ojos y se rascó la nuca. Estaba concentrado sobre la pantalla del ordenador donde se veían las diferentes tomas del cerebro de Santi Blanes.

—No sé, parece que ha habido suerte —apartó la cara y miró a la doctora que también examinaba las imágenes—. El cuerpo humano es un misterio. ¿Se ha caído de un séptimo piso?

—Creo que la caída fue amortiguada por varios tendederos y una mesa de plástico.

—Una mesa de plástico —repitió el profesor, como si recordara algo importante—. Al principio de mi carrera, cuando estaba de residente en Navarra, tuvimos una mujer que se había dado un golpe con la puerta de un armario. Se sintió mal y su hija tuvo que llamar a urgencias. Cuando entró con un chichón como único signo externo del golpe, estaba inconsciente. Tras cinco días en la UCI falleció. Todavía no sé el motivo. Este hombre se ha caído de un séptimo piso y mira —el dedo señaló una zona de la imagen—. Solo aprecio este hematoma subdural en la región pariotemporal derecha. Que preparen el quirófano.

El enfermero le limpió la cabeza. En esta ocasión se había librado de tener que rasurar al paciente, la tarea que menos le gustaba, ya que venía perfectamente afeitado.

—Bisturí.

La fina película de dermis se abrió como una cremallera mientras una enfermera utilizaba un aspirador para quitar la sangre. Con la ayuda de unas pinzas mantuvieron la piel abierta. Se veía el cráneo. Después llegó el desagradable momento donde el doctor Quiles empleó un taladro para hacer un agujero en el hueso y sacar la sangre contenida. Gracias a la precisión de las imágenes de la tomografía sabía perfectamente donde tenía que actuar. En poco más de veinte minutos habían tapado el orificio, suturado la piel y trasladado a Santi Blanes a la Unidad de Reanimación para vigilancia neurológica.

—Todo ha ido a la perfección. A ver cómo responde —suspiró, aliviado.

LA SEÑAL

MADRID – OCTUBRE 1982

1

Clara no era huérfana, pero en aquel internado, se sentía como si lo fuera. Su madre había venido a visitarla en un par de ocasiones pero ella se había negado a abrir la boca en su presencia y su padre, tras los primeros encuentros de control, no había vuelto a aparecer. Al menos que ella supiera.

Se había acostumbrado con facilidad a la nueva rutina. Dormía con las otras internas en un espacio común de camastros con una pequeña mesilla en la que albergaba todas sus posesiones. Sin embargo, la más preciada de todas ellas, la guardaba bajo el colchón, entre la sábana y la funda, al abrigo de ojos extraños. Había sido un regalo muy especial de la única persona que echaba de menos y la única que parecía comprenderla. Su abuela Veneranda. Se lo había regalado, unos pocos días antes de su decimotercer cumpleaños, cuando en compañía de su madre fueron a visitarla en la residencia de ancianos. El paquete iba envuelto en un llamativo papel de colores brillantes y cuando Clara lo abrió, al principio, se quedó sin saber cómo reaccionar. Se trataba de un diario color crema. Llevaba una pequeña tira con candado para cerrarlo. Desde ese instante, la diminuta llave siempre iba con ella, a buen recaudo.

De madrugada, cuando las demás dormían, ella lo sacaba de debajo de la cama y bajo la ligera luz de una farola que se filtraba por la ventana, escribía sus sentimientos o las vivencias del día. Como no quería que nadie descubriera sus pensamientos, estableció una serie de reglas que lo hacían ininteligible. Para Clara, era una forma de liberar la tensión y el sufrimiento. Las palabras la ayudaban a ahuyentar todo aquello que la atormentaba. La escritura se convirtió en un analgésico para controlar el dolor. Otra vía de escape que había encontrado en el internado junto a los libros de la biblioteca y a Maia, su mejor amiga. Esos tres elementos se habían convertido en su santuario donde le era posible olvidar las cosas oscuras de su casa, incluso a sus padres.

Los fines de semana era sin ninguna duda lo más duro, ya que muchas de las niñas salían afuera del colegio para estar con sus familiares. Clara se había negado a todos los ofrecimientos de su madre, y aunque Maia la invitó en más de una ocasión a acompañarla, siempre encontraba una excusa para quedarse en el colegio. Tantas horas entre aquellos muros fueron el detonante para descubrir a los clásicos de la literatura. Ya no estaba sola, se encontraba en compañía de cientos de escritores que le ofrecían entretenimiento y, sobre todo, le permitían volar lejos de aquellas paredes y vivir nuevos mundos. Primero fueron los libros de aventuras: *Robinson Crusoe*, *Los tres mosqueteros*, *Moby Dick*, pero pronto descubrió también a los clásicos y

navegó hasta Ítaca.

De entre todos los libros, había uno que adoraba por encima de los demás: *El Principito*. La obra escrita por Antoine de Saint-Exupéry a mediados del siglo XX. La hermana Verónica, la bibliotecaria, se lo había recomendado. «Ya verás, aunque te parezca un libro infantil por la sencillez de su narrativa, se tratan temas tan profundos como el sentido de la vida, el amor, la amistad, la soledad y la pérdida», habían sido las palabras cuidadosamente escogidas y que habían servido a la perfección como anzuelo. Al principio Clara pensó que Verónica estaba equivocada, pero según avanzó en la lectura y reflexionaba sobre lo leído, no pudo más que agradecerle aquella propuesta. Una de las frases del libro se convirtió en su mantra los años que tuvo que pasar en el internado: «Mantén la ilusión y la inocencia a pesar de las malas experiencias».

Ese domingo Maia volvió con la mejilla izquierda marcada por cinco dedos. Ninguna de las otras niñas dijo nada. Clara la vio y solo se le ocurrió darle un abrazo. Maia, al principio se mantuvo rígida como un palo, pero finalmente la apretó fuertemente contra ella. Esa noche, la cena consistía en una sopa que parecía más bien agua recalentada y unos pocos trozos de pan, que al impregnarse del insípido caldo cobraban volumen y al menos ayudaban a calmar el estómago.

Cuando se fueron a la cama, los sollozos de su amiga se escucharon un largo rato. Clara esperó a que todo estuviera en el más absoluto silencio para meterse en la cama con ella. Se abrazaron, y sin decir una palabra, durmieron de un tirón hasta que la primera luz de la mañana las despertó en idéntica posición en la que se habían acostado.

—¿Quieres contarme lo que pasó? —Clara le acarició el rostro.

Maia negó primero con la cabeza y luego sonrió. Le dio un abrazo muy fuerte y le susurró al oído.

—Sal de la cama, o nos meteremos en otro lío.

2

Pelayo Pellicer visitó al recién nombrado director del CESID en la sede de La Casa de la agencia en el Paseo de la Castellana. Gracias a su amistad con el Director de la Dirección General de Seguridad, Don Fernando Medina de Valderrama y su proximidad con el ministro de Interior, su nombre estaba bien posicionado en las quinielas para hacerse cargo de uno de los puestos más jugosos de la nueva central de inteligencia española.

Los servicios secretos se habían tenido que crear y desarrollar durante el régimen anterior y por lo tanto estaban viciados en su origen. Ni los organigramas, ni la dependencia, ni las pautas de conducta de los agentes eran las mismas en una democracia que en una dictadura. Pelayo conocía por lo tanto el esfuerzo de renovación del personal que necesitaba la institución y las palabras que debía emplear en la reunión. Era consciente de que el nuevo hombre fuerte de espionaje español mantenía una estrecha relación con el ministro y que ambos debían lavar la cara del CESID.

Pelayo había sido informado por su amigo Medina de Valderrama de que el brazo derecho del nuevo director iba a ser un militar con la responsabilidad de acabar con el golpismo en las Fuerzas Armadas. Una nueva competencia para el CESID. El otro puesto trascendental sería un nuevo grupo operativo para vigilar los nuevos peligros internos que acechaban a la joven democracia. Una unidad secreta dentro de los servicios secretos españoles y con un elevado presupuesto para poder realizar sus funciones. Se necesitaba un hombre que no fuera militar y con la experiencia y afinidad imprescindible para el cargo. El Director General de Seguridad le había confesado que el ministro había propuesto su nombre para liderar a los agentes más secretos, audaces y peligrosos del CESID. Sus principales funciones incluirían el contraespionaje y la lucha contra el creciente robo en tecnología y espionaje industrial. Tendrían manga ancha para hacer uso del presupuesto sin ningún tipo de control.

En esos momentos, en un despacho en la penumbra, Pelayo Pellicer estudiaba con atención al nuevo director de los servicios secretos españoles. El hombre que se había levantado para estrecharle la mano era flaco, alto y tenía una nariz pequeña, picuda y unas cejas muy negras y pobladas. Él se mantenía sentado.

—Me han hablado bien de usted —dijo el director del CESID.

Pellicer se sentía observado como una rata de laboratorio. El hombre continuó hablando, sin dejar de mirarle.

—Necesitamos unos servicios de inteligencia menos castrenses y que estén al nivel de los países occidentales. La CIA, el MI6 o el

MOSAD son el espejo donde debemos mirarnos. Lo necesita el CESID, pero sobre todo, lo necesita el país.

La conversación se prolongó durante más de una hora. Pelayo había jugado sus cartas con la habilidad de un profesional del póker, incluidos un par de faroles arriesgados que habían resultado ganadores.

Al acabar, Pellicer sonrió con aquella sonrisa cálida que parecía que todo lo comprendía. Confiaba que el nuevo puesto fuera suyo si conseguía cerrar el asunto tan importante que el inspector Sánchez se llevaba entre manos. ¿Qué tipo de información había conseguido el inspector Resines para poder acabar con el ministro de Interior y otros muchos según había alardeado en repetidas ocasiones? Su futuro dependía de aquel hombre y de que encontraran las supuestas fotografías.

Necesitaba que Sánchez cumpliera con su misión cuanto antes. Después llamaría a Medina de Valderrama para decirle que lo tenía todo bajo control y el ministro se encargaría de confirmar su nombramiento, que debía permanecer en el más absoluto de los secretos. Una vez liderara la nueva unidad clandestina, no habría límites para los planes que tenía en la cabeza.

3

Cuando Sánchez llegó al club La Paloma en el que había quedado con el inspector Francisco Resines sabía que se había ganado la confianza del hombre duro y al que muchos temían en Madrid. La última vez que estuvo ahí, gracias al acuerdo al que había llegado con el camarero —vaso de refresco rebajado de cola en lugar de ron—, había conseguido mantenerse sobrio y que el inspector finalmente soltara la lengua tras cinco copas. Estaba cada vez más cerca de descubrir dónde guardaba las supuestas fotografías que tanto interés tenía en recuperar el Director de la Dirección General de Seguridad.

En el cartel que colgaba de la pared de la calle, las hileras de bombillas se encendían y apagaban de forma incesante, de forma que parecía que corrieran de un lugar a otro. Enmarcaban un rótulo luminoso con «LA PALOMA» escrito en letras rojas, y un par de pájaros con las alas abiertas que también destellaban de forma intermitente. En esta ocasión, más adentrados en la noche que la anterior vez que estuvo allí, un portero de traje gris se paseaba calle arriba y abajo. Sánchez observaba atento desde el otro lado. De vez en cuando, los posibles clientes asomaban la cabeza al interior del local, donde unas fotos en una vitrina anunciaban las atracciones del espectáculo.

Sánchez le dio las últimas caladas al cigarrillo, lo lanzó al asfalto y aplastó el punto de luz con el tacón de madera del botín. Había llegado el momento. Un grupo de hombres discutían con el portero sobre el importe a pagar para ver el espectáculo: setecientas pesetas. Él, por su lado, con mostrar la placa, pudo acceder sin abonar la entrada.

El inspector descendió unos escalones enmoquetados hasta una especie de vestíbulo donde se encontraba el guardarropa. La música pachanguera, que al principio parecía un eco lejano, se escuchaba cada vez con más fuerza. De allí, tras unas cortinas oscuras, surgía una sala de baile con cabida para unas doscientas personas sentadas y de pie y un par de grandes barras, cada una a un extremo del salón. A la izquierda estaba la cabina del pinchadiscos.

El local estaba casi lleno y la escasa iluminación no permitía distinguir la porquería de la moqueta ni las quemaduras y rasgaduras de los sillones que ya conocía Sánchez. Las mesas circulares diminutas donde se agrupaban los clientes estaban repletas de vasos de tubo, botellines de refrescos y ceniceros con montañas de colillas.

Al fondo, dominándolo todo, con un cigarro en la boca y la mirada de depredador, estaba Resines. Cuando Sánchez lo alcanzó, el fornido policía le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara a su lado, los

dos de cara a la pista de baile. Era una silla incómoda, con el escay rojo agrietado, mostrando sus tripas de espuma amarilla. En ese momento empezó a sonar estridente una canción de Donna Summer, *Last Dance*. Tres chicos con chaquetas de cuero se lanzaron a bailar al lado de unas chicas con pinta de ser del local. Una de ellas se movía levantándose la falda y el más fuerte del grupo la agarró por las muñecas para contornearse juntos al ritmo de la música.

—Con tanta mierda de libertad y chorradas, la juventud está descontrolada —gruñó Resines con el cigarro a medio fumar en la boca—. Un poco más de mano dura, eso es lo que les hace falta.

—Y una buena afeitadora de pelo para quitar tanta greña.

El inspector más temido de Madrid rio primero y luego hizo un gesto con la mano. El camarero llegó con una urgencia desmedida.

—Un cubata de Larios —dijo y miró a Sánchez.

—Yo un ron cola —y levantó el dedo índice—. Con un hielo nada más.

Resines le ofreció un cigarrillo. El chico con la cazadora de cuero que imitaba el look de Travolta en *Grease* cada vez movía con más fuerza los brazos de la chica sobre la pista de baile, que parecía no lo estaba pasando bien.

—Como siga así le voy a tener que dar un par de hostias bien dadas —la voz del inspector sonaba ronca, luego giró la cabeza y le miró directo a los ojos—. Vamos al tema, Sánchez.

Resines se agachó y le acercó la cara.

—Ahora que sabemos que El Largo hacía negocios con el clan de Los Charlines y que los muy cabrones se lo cargaron, tenemos que darles una lección que no olviden nunca —empleaba un tono más suave de lo habitual—. Sabes Sánchez, descubrir que El Largo me estaba traicionando y hacía negocios a mis espaldas ha sido un golpe muy duro —parecía que aquel hombretón también escondía su corazoncito—. Recuérdalo siempre, lo importante es el equipo, donde cada pieza es clave —frunció la nariz—. Con respecto a Los Charlines, ya sabes cómo funciona esto, ¿no?

Sánchez intuía saberlo, pero hizo un amago con la cabeza para dejarle hablar y de esa manera ir ganándose poco a poco su confianza, como en la anterior ocasión.

—Son como bestias, si no les paramos los pies y marcamos nuestro territorio, querrán coger algo más, y así hasta que, cuando no nos hayamos dado cuenta, estén encima de nuestra chepa —se llevó la mano por detrás de la nuca y su boca dibujó una mueca de disgusto—. Hay que darles una lección que no olviden jamás.

Sánchez realizaba continuamente pequeñas oscilaciones de asentimiento con la cabeza y le miraba de forma fija a los ojos. Resines le relató cómo había planeado la venganza para honrar la

muerte del Largo y dejar un mensaje claro y contundente a la principal red de traficantes de heroína de Madrid. Tenían que aprender con sangre que había líneas que no se podían cruzar. Y si las cruzaban, tendrían que asumir las consecuencias.

En el local empezó a sonar la música de *Thriller*, la última canción de Michael Jackson y el grupo de jóvenes dejó de bailar y volvió a sus mesas. Sánchez pensó que habían hecho bien. Resines hubiera cumplido con su palabra de darle un par de hostias al gallito de camiseta blanca, cazadora de cuero negra abierta y tupé engominado que cada vez adoptaba una actitud más violenta con la chica.

De repente la música cesó y de las cortinas del fondo de la pista, surgieron ruidos de equipos de alta fidelidad mal controlados, varios zumbidos y pitidos que acabaron con un par sonidos tan estridentes que hizo que todo el público callara como por arte de magia. Luego, sonó de nuevo una música de baile y al fondo apareció un tío alto, moreno de piel, vestido con un elegante frac de chaqueta plateada y con bombín en la cabeza, que micrófono en mano anunció a las bailarinas que iban a actuar en el espectáculo. Resines se terminó el cubata de un trago largo.

—¿Quieres otro? —preguntó—. ¡Venga coño, que es gratis!

Sánchez temía que el alcohol no le permitiera hacer su trabajo de forma correcta. Con la excusa de ir al aseo, le hizo un gesto al camarero, que era otro respecto a la noche anterior, para que le siguiera.

—¿Quieres ganarte dos mil pelas? —le preguntó.

El hombre abrió mucho los ojos y luego negó con la cabeza.

—No quiero problemas con la bofia.

Se dio media vuelta pero Sánchez lo agarró por el hombro.

—Te daré tres mil pelas si te limitas a mezclar agua en la cola en el vaso cada vez que te pida un cubata.

El camarero le miró dubitativo y finalmente asintió. Cuando Sánchez regresó a la mesa ya había dos nuevas bebidas sobre la misma. El hombre del frac anunciaba la próxima actuación: «La perla del Caribe», que resultó ser una mulata de origen sudamericano con mucho pecho y generosas caderas. La mujer empezó a moverse con movimientos sensuales sobre el escenario bajo la voz jadeante y sin aliento de Nina Simone con *Feeling Good*. Llevaba poca ropa, unas plumas que tapaban lo justo, y que al poco tiempo empezó a quitarse hasta quedarse completamente desnuda con los últimos acordes de la canción y bajo los aullidos de una clientela cada vez más excitada. Siguieron saliendo otras mujeres al mismo ritmo que Resines ventilaba los cubatas. Por fin, el tipo del frac había anunciado que llegaba el descanso de media hora antes de que el espectáculo prosiguiera. Era el momento. Sánchez le dio un trago a su copa antes de hablar.

—Tanta libertad no es buena, drogas, delincuencia, estábamos mucho mejor antes —se bebió de un trago lo que le quedaba de cola mezclada con agua—. Al menos sabíamos lo que había que hacer —se quedó unos segundos meditativo—. La vida era más sencilla. Y nuestro trabajo también —apostilló—. Ahora dependemos de un político que no tiene ni puta idea sobre lo que se necesita para limpiar la basura de las calles.

Resines rio hasta que el tabaco le hizo toser y le hizo un gesto al camarero para que trajera dos consumiciones más.

—Si el golpe de estado del año pasado hubiera salido adelante —la lengua de Resines parecía de trapo por la cantidad de gin-tonics que había ingerido. Cogió por el hombro a Sánchez—. No te preocupes, compañero. Yo tengo fotografías que pueden salvar nuestro culo.

Sánchez se acercó todavía más. El inspector prosiguió.

—Es como un seguro de vida. Si alguna vez tengo problemas o alguien quisiera putearme, yo tengo una bala en la recámara —los ojos de Resines brillaban y su aliento apestaba a alcohol—. Una bala de plata

—¿De quién son las fotos?

El dedo índice de Resines señaló hacia arriba, donde una bola metálica resplandecía por las luces de colores.

—Del señor ministro y otras personas importantes —dijo, no sin cierta dificultad con una lengua cada vez más pesada.

Sánchez se acercó a su compañero y le agarró también del hombro para preguntarle en voz muy baja.

—¿Dónde las guardas?

Resines entornó los ojos. Por un momento Sánchez temió haber alertado al agresivo inspector. Sin embargo, al poco sus labios dibujaron una sonrisa. Echó mano al bolsillo y sacó un llavero. Señaló una de las llaves, la más pequeña en forma de triángulo.

—En una consigna, a buen recaudo —balbuceó y continuación se lo guardó de nuevo en el bolsillo del pantalón.

El espectáculo empezaba de nuevo y aunque los ojos de Sánchez miraban con atención la actuación de una pareja de baile acrobático, sus pensamientos estaban muy lejos de aquel local.

LA TORMENTA

ALICANTE – OCTUBRE 2009

1

Clara Sánchez se moría de ganas de conocer aquella noticia que podía provocar un giro a la investigación sobre la desaparición del inspector de homicidios de la comisaría de Alicante. El presentador estaba dilatando la noticia en exceso. Parecía que finalmente, tras unos gestos teatrales, estaban dispuestos a ofrecer ese dulce tan sabroso que debía contentar a la audiencia.

—Mariola, ¿puedes explicar a qué información exactamente has tenido acceso? Queridos espectadores, recuerden que estamos ante una primicia a nivel nacional.

La cámara enfocó a la periodista. Clara se percató de que se había maquillado y peinado durante la pausa publicitaria.

—Según fuentes oficiosas cercanas a la investigación, se habría encontrado una cuenta numerada en Suiza vinculada al policía Santi Blanes —una sonrisa lobuna afloró en su rostro—. Al parecer, estaríamos hablando de cerca de un millón de euros.

—¡Dios mío! —gritó al otro lado del plató el periodista con las gafas de intelectual—. ¿Cuál será la procedencia de ese dinero? Porque por desgracia los sueldos de los funcionarios de los cuerpos de seguridad del estado no dan para tanto ahorro…

La pantalla de fondo del estudio se había dividido en dos: por un lado un imponente rascacielos de un importante banco de inversión Suizo y por el otro la fotografía de Santi Blanes y la algarabía de los tertulianos que volvía a resonar por los altavoces.

El expolicía iba a comentar algo cuando Clara apagó la televisión.

—Ahora sí que hemos tenido bastante.

Antonio se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Van a por él.

El Marqués, como Santi le habría llamado, tenía razón. Iban a convertirle en el chivo expiatorio del momento. En cierta medida, de cara a la opinión pública se lo había ganado a pulso.

—Inspectora, ¿no crees que es el momento de volver a Madrid y desenmascarar a los culpables de toda esta farsa? Si ahora mismo acudimos al fiscal no tenemos ni una única prueba sólida. Nos tacharían de locos, eso con mucha suerte —Antonio se había ajustado la bata. Adoptó una postura de catedrático, los brazos cruzados, la barbilla levantada—. Estoy convencido de que esa red guarda documentos secretos que son la clave de todo este embrollo. Si los encontramos, acabaremos con ellos.

¿Por qué la había llamado inspectora? Daba igual. Le gustara o no, el Marqués estaba en lo cierto: la única opción era atacar. De nuevo una idea loca, pero magnífica. Le retiró la mano que posaba sobre su

hombro.

—Necesito pensar un rato —y subió a la primera planta.

La habitación de Clara daba a la bahía. Se quedó mirando cómo las nubes bajas habían oscurecido la claridad de primera hora de la mañana. El viento se había levantado y rizos de espuma barrían la superficie del mar. Se acercaba tormenta. No estaba acostumbrada a paisajes tan bucólicos como aquel. Tanto azul, tanta naturaleza, le desconcertaba en igual medida que le atraía. Ella, una chica de ciudad. Al menos en la casa de sus padres había disfrutado en ocasiones de la pequeña terraza que daba a la plaza, pero en el internado no recordaba haber dirigido su mirada ni una sola vez a través de la ventana de la habitación que compartía con nueve chicas. Estuvo un rato contemplando el paisaje hasta que abrió la cómoda donde tenía guardada la poca ropa que había traído consigo. Entonces lo vio. El violín. Lo observó durante al menos un par de minutos, sin mover un solo músculo. Luego abrió el estuche, acarició sus cuerdas, las pellizcó acercando el oído y comprobó que estaba completamente desafinado. *Me lo temía*. ¿Qué habrían dicho los autores rusos que tanto había amado, Tchaikovsky, Dostoievski o Rubtsov? «El violín es el espejo de tu alma», las palabras de Emma, la profesora del conservatorio que había luchado para que abandonara el piano y se centrara en tan delicado instrumento de cuerda resonaron en su cabeza. ¿Sería cierto que existía un vínculo emocional entre el instrumento y el músico? ¿Una conexión por encima de la lógica que unía de por vida a ambos? El violín había sido el auténtico refugio de Clara durante su infancia en casa de sus padres. Su profesora le había exigido siempre el máximo, pero era ella misma quien se sometió a auténticas torturas: buscaba la precisión absoluta durante interminables horas de práctica, más allá de las exigidas por su maestra.

Lo acunó en la barbilla, con la delicadeza con la que alguien cogería a un recién nacido, y rozó con el índice y el arco cada una de las cuatro cuerdas, ajustando las clavijas. Repetía una y otra vez la operación. Las hacía girar, empuñaba el arco y comprobaba si era el sonido perfecto. Tras varios minutos, se dio por satisfecha con el resultado. Lo volvió a guardar en la caja.

El recuerdo de Maia en el internado cuando le dejó probar por primera el walkman la invadió. Tenía grabados en su mente los acordes de Mecano, en estéreo, que sonaban de forma alterna en uno y otro oído a través de las almohadillas de los auriculares. Entonces sin saber bien como ni porque, liberó al violín de lo que le pareció una celda y lo miró con detenimiento. «Los instrumentos son seres vivos que nacen y necesitan nuestro cariño. ¿De qué sirve un violoncelo o

una viola en su funda? Acabarán matándose uno a otro si están cerca, o peor aún, suicidándose. ¡Qué tortura y aburrimiento tan terrible! Tenemos la obligación de darles nuestro afecto todos los días. Como a un hijo». Otra vez Emma: su profesora estaba ahí, un fantasma del pasado que se le aparecía cada vez que veía un instrumento de cuerda.

Clara cerró los ojos, extendió el brazo y se dejó llevar. Lo necesitaba. Fue una liberación. El concierto para violín en Re mayor de Tchaikovsky, uno de los más famosos del compositor ruso, uno de los más bellos, pero también uno de los más difíciles, empezó a sonar como música celestial por la villa. Los rapidísimos pasajes del primer tiempo, un allegro moderato, parecían imposibles de interpretar. Sin embargo el arco y los dedos de Clara fluían como si fueran un único ente. Tocaba de cabeza, sintiendo las notas en la vibración de los dedos.

No estaba segura de cuánto tiempo transcurrió. Cuando por fin abrió los ojos se encontró frente al periodista holandés. Parecía una estatua.

—Dios mío, tocas como los ángeles —los grandes ojos azules del hombre cobraron un brillo especial.

Estaba mucho más relajado, ya no parecía tan enojado como tras la discusión con Antonio de momentos atrás. Clara permaneció en silencio y decidió volver a encerrar al violín en su celda. Se juró que esta vez le daría con más frecuencia el cariño y afecto que tanto necesitaba. No lo dejaría abandonado en su estuche tanto tiempo.

—Hacía mucho que no tocaba —ella arqueó una ceja—. No tengo muy claro qué me ha pasado.

No se atrevió a contarle cómo ese instrumento la unía con un pasado que había decidido enterrar para siempre muchos años atrás, el día que cumplió los trece años.

—Es una suerte —dejó caer el holandés.

—¿Una suerte? —replicó ella. No pudo contener una risa irónica—. ¿Suerte? —repitió de nuevo.

Cornelius tenía la cara contrariada.

—Sí, una suerte que sepas tocar tan bien el violín.

Clara se mordió el labio inferior y empezó a menear la cabeza.

—Eso no es suerte Cornelius, es el resultado de trabajo, esfuerzo y dedicación. De estar horas y horas practicando —guardó la funda en el cajón de la cómoda—. Fíjate, creo que tocar bien un instrumento es lo opuesto que hay a la suerte, al menos al concepto que tenemos de la misma con respecto al azar.

Cornelius abrió sus grandes manos.

—Disculpa, no quería incomodarte.

Pasaron unos largos segundos. Clara le devolvió una sonrisa.

—Perdona —volvió a morderse el labio—. Todo lo que nos está

pasando… —no pudo acabar la frase. Notó una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

El holandés se acercó para tomarla entre sus brazos.

—Dentro de poco lo habremos olvidado, ya verás —el hombre le acariciaba el pelo—. Tal vez al final Antonio tenga razón, como siempre, y no nos quede otra opción que pasar de nuevo a la acción.

El expolicía se había duchado. Estaba sentado en una esquina del salón, en un sillón de cuero marrón envejecido, bajo un aparato de alta fidelidad empotrado en la pared. Tenía una copa de balón que mecía con suavidad el dedo de brandy que se había servido. La música sonaba nítida por la estancia.

—Alguien que ha compuesto *Astral Weeks* a la edad de veintitrés años sufre una condena como la de Sísifo, porque ya no podrá hacer nada igual en toda su vida. Por mucho que empuje la piedra montaña arriba, cuando llegue a la cima se encontrará con esa obra divina y volverá a rodar ladera abajo. Así, en un bucle infinito —su dedo señaló hacia el aparato en el que se veía girar un CD tras una pantalla de metacrilato—. Van Morrison —aclaró mientras se mojaba los labios con la bebida—, ya nunca volvió a hacer nada igual.

Se incorporó y dirigió su mirada hacia el mar a través de los grandes ventanales.

—Esto es lo que propongo que hagamos…

ALICANTE – OCTUBRE 2009

2

Quedaba poco para llegar a Alicante. Inés Hudson miró hacia el asiento de su derecha. El melenudo que escuchaba Metallica y que el destino le había asignado como compañero de viaje se acababa de despertar. La música no había dejado de sonar a través de sus auriculares en ningún momento. Ni cuando se acurrucó y tomó el hombro de Inés como almohada. La agente había aprovechado todo el tiempo que el joven había pasado durmiendo para revisar minuciosamente todos los detalles de los expedientes. Floren no la había llamado todavía y eso la mantenía con cierto nerviosismo. Era importante saber si La Casa guardaba información sobre Pelayo Pellicer, su esposa, o cualquiera de los nombres que le había proporcionado y que aparecían en aquel misterioso correo electrónico que había recibido el día anterior su jefe, Fernando Cortés.

Inés miró a continuación por la ventanilla del tren el árido paisaje que discurría antes sus ojos.

—*Carallo*, poco verde tienen en esta tierra, —dijo.

Era la primera vez que visitaba Alicante. Lo más cercano que había estado había sido unas vacaciones en Benidorm con sus padres. De eso hacía mucho tiempo. Estuvieron tan solo una semana y viajaron desde La Coruña hasta la provincia de Valencia de un tirón. La baca del Seat 124 iba a reventar, porque tuvieron primero que llevar a sus tíos que vivían en Buñol. Aprovecharon ese trayecto de tantos kilómetros para disfrutar luego de unos días de veraneo en la ciudad de playa y sol por excelencia. Su padre condujo todo el rato, con su hermano al lado, y ella iba en la parte trasera, aplastada entre su madre y sus tías, ambas unas mujeronas con cierto sobrepeso, por expresarlo de una manera muy correcta. También recordaba a la perfección lo feliz que había sido. Eso teniendo en cuenta que según aterrizaron se fueron a la playa sin tomar ninguna precaución y la pálida piel de Inés se puso tan colorada que su madre le tuvo que dar un baño con agua fría y vinagre esa noche, en la que casi no pudo pegar ojo a causa del ardor. La imagen de su padre llevándola a hombros por el paseo de la playa se quebró con el tono de música de salsa que había instalado en el teléfono móvil tan sólo un par de días atrás. Inés miró ansiosa con el deseo de ver el nombre de Floren cuando comprobó que se trataba de Cortés.

—Jefe —soltó lacónica.

—Inés, ¿cómo te pillo?

—En el tren jefe. Pero eso ya lo sabías.

Escuchó una pequeña risa a través del diminuto altavoz.

—Si no hay retraso, en quince minutos estarás en Alicante.

Escucha, he hablado con el Comisario Provincial. Me ha dicho que el comisario Muñoz te espera esta tarde a las cinco. No puede atenderte por la mañana ya que está en Valencia y luego tiene una reunión inamovible con el subdelegado del Gobierno. Me ha dicho que no nos preocupemos, que están a nuestra disposición, para lo que haga falta. Hablará con él.

—Para lo que haga falta y discreción por su parte también, jefe.

Hubo una pausa antes de que la agente recibiera una respuesta.

—Inés, júrame una cosa.

—Antes dime de que se trata, jefe.

—No me lo cabrees a la primera de cambio. ¿Me lo juras?

Silencio.

—Inés, ¡júramelo!

—Jurado, jefe.

—¿Qué harás hasta encontrarte con el comisario?

—Lo primero coger el coche que he alquilado. Lo segundo, espero tener tiempo de hacer un par de comprobaciones.

—¿Un par de comprobaciones?

—Te llamo esta noche y te cuento.

—Si encuentras algo importante, me llamas antes. Ahora, tengo prisa. Inés, cualquier cosa que necesites, me lo dices —Fernando colgó.

Inés Hudson cruzó el largo vestíbulo bajo la cubierta metálica en forma de V invertida de la estación de trenes arrastrando a la carrera una maleta con ruedas y la mochila con los documentos y el material fotográfico colgada de los hombros. Al llegar afuera la recibió un día oscuro con nubes bajas y un viento desapacible. *¿Dónde está el famoso sol y la luz de esta ciudad?* La oficina de la empresa de alquiler de coches estaba en un pequeño local, justo enfrente. Un intenso tráfico bajaba por la avenida de Salamanca así que no pudo saltarse el semáforo en rojo como había pensado hacer.

El chico que se encargaba de entregar los vehículos no dejaba de mirar la pantalla del ordenador.

—¿Ocurre algo? —preguntó Inés.

El joven levantó el labio superior y se rascó la barbilla.

—Estoy comprobando y resulta que no queda ningún utilitario de la categoría que había reservado.

—Necesito un coche. Ya.

—No se preocupe señora, vamos a encontrar una solución.

¿Señora?, de buena gana le hubiera dado un sermón a aquel imberbe, aunque en esta ocasión por las prisas se lo ahorró. Inés empezó a tamborilear con los dedos sobre el mostrador.

—Ve, arreglado —dijo tras unos eternos segundos el chico—. Le podemos dar un modelo superior. Un BMW X3, con todos los extras —

el joven levantó la vista—. Y sin ningún recargo.

—¿Me confirmas que tiene GPS como solicité?

—Por supuesto señora —al sonreír Inés apreció que llevaba aparato dental. Le parecieron unos dientes desagradables, tal vez una impresión acentuada por cómo había vuelto a referirse a ella al acabar la frase.

—¿Sabes?, eso de… —la agente cerró los ojos y meneó la cabeza—. Bueno da igual.

Firmó varias copias del contrato, cogió las llaves y salió de forma precipitada hacia el parking de la estación.

La calle Virgen del Socorro dónde vivía el inspector Blanes resultó ser una vía de una única dirección con aceras estrechas. Según la recorría, a unos veinte metros de la portería, una furgoneta con un hombre con mono de trabajo en su interior controlaba la zona. *Qué carallo, lo están vigilando. ¿Pero quién?* Inés detuvo el coche unos metros más allá y miró la pantalla del GPS mientras de reojo observaba al individuo. Seguía con la vista fija en el portal de Santi Blanes. Luego aprovechó que un anciano tomaba el sol apoyado contra el murete tras el que se vislumbraba el azul del mediterráneo para preguntarle dónde demonios podía dejar el coche. Si por él hubiese sido se hubiera subido con ella hasta guiarla a la zona de la Playa del Postiguet. Ahí le había asegurado que no iba a tener ningún problema para aparcar. Fue curioso, porque en línea recta no habría más de cien metros hasta donde le había indicado y, sin embargo llegar en coche, le costó diez largos minutos.

Tuvo una suerte loca. Había empezado a dar la segunda vuelta por el entramado de plazas de aparcamiento bajo las palmeras cuando un todoterreno de gran tamaño salió y le dejó un sitio perfecto para el ancho del BMW. Aparcó con el morro del coche mirando hacia el mar. Las vistas eran espléndidas. El agua estaba picada y el viento de Levante traía un aire húmedo y salado. Cogió la chaqueta, comprobó que la cámara Réflex estaba en la mochila y anduvo por encima de un puente peatonal que cruzaba la Avenida de Jovellanos. Levantó la cabeza y vio la silueta de un castillo. *Así que este es el famoso Castillo de Santa Bárbara.* Giró la cabeza y observó el puerto. Había aprovechado un rato libre durante el viaje para leer un libro que había comprado en una tienda de la estación de Madrid sobre la ciudad de Alicante y su historia. Según el dependiente, había sido una suerte encontrarlo. El dueño del comercio era alicantino y de vez en cuando buscaba ejemplares con anécdotas sobre la ciudad para entretenimiento de todos aquellos que se desplazaban hacia la soleada ciudad en busca de un clima privilegiado y espléndidas playas. Había leído que la frase más famosa sobre Alicante y que se convertiría en slogan turístico de la capital, fue obra de Mariano Roca de Togores.

Oriundo de Orihuela, marqués de Molins, embajador y ministro que en el año 1841 dedicó unas letrillas al escritor Manuel Bretón que culminaron de esta guisa: «Sépades señor Bretón que de Poniente a Levante es sin disputa Alicante la millor terreta del mon».

Inés Hudson sacó la cámara y ajustó el teleobjetivo de 300 milímetros. Lanzaba fotografías como una turista entusiasmada y aprovechó para realizar un par de instantáneas del vigilante y la matrícula. Guardó la cámara en la mochila, sacó un mapa de la ciudad y luego volvió andando despacio hacia el coche. No quería levantar sospechas.

La siguiente dirección era la calle Sevilla donde vivía Cecilia, la hija del inspector. Esta vez la sorpresa fue todavía mayor. Había un par de coches patrulla aparcados en los alrededores. *Carallo, ¿qué festival es todo esto?* Un pequeño grupo de tres mujeres de avanzada edad con los carros de la compra repletos, hablaban sin parar, gesticulando, y de vez en cuando señalaban hacia la vivienda de Cecilia. Inés se acercó y les preguntó de forma directa.

—¿Qué ha ocurrido? —su mano señaló hacia la terraza donde había un par de agentes con unos chalecos amarillos puestos.

—¿No se ha enterado? —dijo la que parecía llevar la voz cantante.

Inés arqueó las cejas con perplejidad.

—Es la casa de la hija del inspector del que todo el mundo habla —prosiguió la mujer con un aire de confidencia—. Esta mañana vino a buscarla y la policía lo descubrió. En cinco minutos la calle estaba repleta de agentes, parecía una película, las sirenas, las calles bloqueadas —las amigas afirmaban con la cabeza—. El pobre hombre quiso escapar por la azotea.

—De pobre nada —le rectificó una de las otras, con una mueca indignada—. ¡Menudo pájaro!

—¿Qué le pasó al inspector?

—¿Pero no lo sabe? —la líder del grupo había retomado la palabra y la miraba ahora como si fuera una guiri—. Se cayó. Se cayó desde un séptimo piso.

—¿Cómo qué se cayó?

—Quiso saltar al otro edificio, pero ya no es ningún jovenzuelo.

—¿Desde ahí arriba? —Inés, con el dedo apuntando a lo alto del edificio, no podía dejar de mirar con aire incrédulo.

—Eso parece. Vino una ambulancia y se lo llevaron —bajó la cabeza como si no quisiera decir lo que dijo a continuación—. Lo más seguro es que estuviera ya muerto.

—*¡Carallo!* —se le escapó a Inés—. Muchas gracias, y tenga cuidado que esos cardos se le van a caer del carro.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

3

Santi Blanes percibió un aroma de etanol y lejía. Era como si tuviera alcohol en la boca. Intentó tragar y sintió una pelota en la garganta que no le dejaba pasar la saliva. Movió la lengua apelmazada de lado a lado y respiró. Se encontraba a oscuras. Quiso abrir los ojos pero era tal la pesadez en los párpados que no lo consiguió. Le parecía que una voz masculina hablaba en la distancia, aunque no fue capaz de distinguir lo que decía. *¿Dónde estoy?* Estaba cansado y se quedó adormilado de nuevo. Un rato después volvió a despertar. Percibía de nuevo al hombre hablando, esta vez de una forma clara y nítida.

—Se está despertando.

Notó que alguien le tocaba el hombro y le zarandeaba con suavidad.

—¿Me oyes?

Finalmente Santi Blanes abrió los ojos. Primero fueron unos puntos de luz sobre un fondo negro que no dejaban de girar. Parpadeó de forma rápida y la silueta de un hombre se dibujó ante él. Intentó enfocar la mirada pero la figura no se detenía, flotaba por el aire en forma de círculos. Era como si acabara de despertarse de una borrachera y tuviera una resaca de campeonato. Decidió cerrar de nuevo los ojos. La mano le volvió a mover el hombro.

—¿Puedes abrir los ojos otra vez?

Lo que consiguió abrir fueron dos finas ranuras. Tras unos segundos en los que la luz dejó de cegarle vio una cara que no conocía. Era un hombre de mediana edad con una bata blanca con unos pequeños ojos marrones que estaban muy cerca de su cara y no dejaban de moverse de lado a lado. Le miraban con meticulosa atención.

—¿*Dóndce esstoy*? —pronunció.

La lengua de Santi había recuperado algo de movilidad, aunque todavía no conseguía articular las palabras con fluidez.

—Hola. Me llamo Juan Carrasco y soy enfermero. Estás en el Hospital. Tuviste una caída y te estás despertando tras la operación.

Blanes descansó los párpados e intentó recordar. El hombre lo zarandeó.

—¿Sabes cómo te llamas?

—Santi Blanes —poco a poco la lengua recuperaba su movilidad.

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y siete.

—¿En qué año estamos?

—Dos mil nueve.

—¿Sabes lo que te ocurrió?

Santi se quedó adormilado otra vez. El enfermero sonrió contento. Había dicho su nombre y se acordaba del año en que se encontraban. La operación había ido bien. Anotó en la hoja del paciente la hora que se había despertado y fue a avisar a la doctora Ortuño. Esta le había pedido de forma explícita que quería ver al hombre apenas despertara. Una forma de asegurarse de que había pasado otra guardia sin enviar a ningún paciente al reino de los muertos.

Santi Blanes despertó de manera definitiva pasados unos veinte minutos. La luz blanca del techo lo cegó momentáneamente. Estaba en el hospital. ¿*Qué hago aquí*?, se preguntó con un conato de pánico y perplejidad. Recordó que el enfermero le había dicho que había sufrido una caída. Al principio le costó concentrarse. Tenía un dolor difuso en la cabeza que parecía irradiar a todo el cuerpo y un gran cansancio. Luego una sucesión de imágenes sueltas fue llegando a su memoria.

Durante unos segundos fue presa del pánico. La visión de la caída hacia aquel abismo negro cuando se encaramó al poyete hizo que sintiera náuseas. Un torrente de fragmentos en los que se vio volando hacia la otra terraza, aferrado de la barandilla para evitar caer al vacío, la ayuda que le intentó procurar el agente de policía para izarlo y entonces, aquella puñetera manga de la chaqueta desgarrándose y precipitando su caída al fondo.

Consiguió levantar el brazo derecho y palparse la cara. Notó que la mejilla izquierda le quemaba y tenía un vendaje. *Estoy vivo*. Estaba sorprendido. No se acordaba con exactitud de lo sucedido cuando se precipitó al vacío. Sí que guardaba imágenes borrosas de las cuerdas de los tendederos a toda velocidad y su cuerpo girando por el aire, como un muñeco de trapo, hasta que todo se fundió en el negro más absoluto. Si la muerte era esa oscuridad, no había mucho de lo que preocuparse.

Entonces ella ocupó todos sus pensamientos. *Cecilia*. El resto de acontecimientos pasaron a un segundo plano. Empezó a recordar que se había acercado a comprobar si su hija estaba bien ante el temor creciente de que, efectivamente, pudiera estar en peligro. Un fuerte dolor le atenazó el estómago. Tenía que salir de allí. El tiempo era un factor clave en todo aquel jodido embrollo.

La doctora pasó junto al agente de policía que hacía de centinela en la Unidad de Reanimación del Hospital de Alicante. No había podido resistirse a pasar a darse una vuelta y a comprobar el estado del inspector. Habían hurgado en su cabeza y siempre cabía la posibilidad de que algo hubiese salido mal. De camino el enfermero Juan Carrasco la ponía al tanto del estado de Blanes.

Este llevaba un rato con los párpados entornados meditando cómo podía escapar. Era seguro que le habrían puesto vigilancia, se trataba

de confirmar la hora del cambio de guardia. Ese era el mejor momento. Escuchó voces y se hizo el dormido.

—Santi Blanes.

Permaneció en silencio.

—Inspector, me parece que está despierto.

De la garganta de Blanes brotó una especie de ronquido.

—Soy la doctora Ortuño. Voy a hacerle unas preguntas.

—¿Dónde estoy? —se intentó incorporar sobre la cama pero la mano firme de ella se lo impidió.

—No, no intentes moverte todavía.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Te han operado.

—¿Dónde?

—En la cabeza. Tenías una fuerte contusión y hubo que sacar la sangre —la doctora trazó con el índice una circunferencia alrededor del vendaje—. ¿Recuerdas lo que te ocurrió?

Santi asintió despacio.

—Más o menos —el inspector mostró las palmas de las manos—. ¿Cómo es que estoy vivo? —preguntó sorprendido.

La doctora sonrió.

—Nunca ha fallecido ningún paciente estando yo de guardia —le guiñó un ojo—. No ibas a ser tú el primero.

—¿Estoy muy mal?

—Tu pronóstico es bueno. Tendrás molestias un par de días. Puede incluso que sufras dolores bastante intensos en la cabeza. Luego habrá que comprobar los puntos, tal vez otro TAC, pero si todo va bien, en poco tiempo podrás salir.

Santi se incorporó veloz. El dolor volvió a enroscarse en su estómago pero esta vez no hizo caso.

—¿Cuánto es poco tiempo?

—Relájate —la doctora puso una mano en el pecho del policía—. Lo que te ha ocurrido es serio pero como te he dicho creemos que tienes posibilidades de recuperarte bastante rápido. La medicina no es una ciencia exacta. Tenemos que ir evaluando la situación día a día.

Blanes le retiró la mano que lo había invitado a recostarse.

—Necesito hacer una llamada.

—Está prohibido que hable usted con nadie.

Blanes se mordió el labio y tomó la mano de la mujer. La apretó. Buscó sus ojos en un ademán de contenida súplica.

—Es por Cecilia, mi hija. Creo que está en grave peligro por mi culpa.

MADRID – OCTUBRE 2009

4

Siempre la recordaría como una mañana gris y fría. Clara Sánchez se despertó de golpe. No sabía dónde se encontraba. Tardó unos segundos en recordar que se habían alojado en un hotel de cinco estrellas en Madrid, cercano a la empresa Seguridad PyC propiedad de la esposa de Pelayo Pellicer. La habitación se encontraba casi completamente a oscuras. Miró el reloj. Había dormido diez horas seguidas. Hacía muchos años que no le ocurría, el incremento en la dosis de pastillas la noche anterior había conseguido el efecto buscado. Necesitaba orinar urgentemente. Encendió la lamparilla y saltó de la cama con la ropa interior puesta. Por poco se cae al tropezar con las prendas y los zapatos amontonados en el suelo. Unos segundos más y no le hubiera dado tiempo a llegar al cuarto de baño. Una vez resueltas las necesidades básicas recogió los vaqueros, la camiseta y el jersey de cuello vuelto del suelo y se vistió a toda prisa. Abrió la ventana y el frío seco de la mañana le lamió el rostro. *¿Cómo no me han despertado?* Necesitaba inyectarse cafeína por las venas y que su cerebro empezara a funcionar.

Bajó a la recepción a por café. Mientras lo bebía con cierta prisa le pidió a la camarera que encendiera la televisión. El día anterior las noticias sobre el estado del inspector eran muy confusas. El único parte médico contrastado había mencionado que se encontraba grave, pero fuera de peligro. El inspector había intentado saltar a la azotea de un edificio próximo al de su hija y al parecer se había precipitado al vacío. *No me creo nada*. Meneó la cabeza y se acabó la taza de un trago.

—¿Quiere ver algún canal en particular?

La chica llevaba un piercing en la lengua. Debía ser algo tremendamente incómodo. Clara pensó que tal vez, y aunque le doliera reconocerlo, se empezaba a hacer mayor.

—Me gustaría saber cómo se encuentra el inspector de policía de Alicante que ingresaron ayer en el hospital.

La joven respondió con una risa irónica.

—Menudo cab… —la chica rectificó y agachó ligeramente la cabeza—. Perdón no quería decir eso —dejó la taza que estaba secando en el mostrador—. En medio de esta crisis en la que muchos no llegamos a fin de mes y resulta que a este lo han pillado con un millón de euros a su nombre en Suiza —se acodó en la barra y bajó el tono de voz—. Espero que no salga de ese hospital con vida. Además, seguro que se cargó a su compañero.

—¿Por qué lo haría?

—¿El qué? —la joven sacó la punta de la lengua al acabar la

pregunta y la bola metálica brilló bajo el foco como una extraña perla.

—Acabar con la vida de su compañero.

Otra risotada sarcástica.

—¿Por qué va a ser?, por lo de siempre, por la pasta —lo dijo empleando un tono seguro y frotando el dedo pulgar contra el índice —. Esos dos debían estar metidos en negocios turbios, ya me entiende —la joven continuó su exposición de los hechos—. Seguro que trapicheaban con drogas y algo se torció entre ellos. Para un policía es más fácil acabar con la vida de otro que para una persona normal, ¿no cree?

Clara tardó en responder unos segundos.

—Sí, eso es verdad —admitió.

—Además, ¿vio las fotos?

La exinspectora Sánchez asintió con la cabeza.

—Pues eso, le gusta andar con putas.

La joven se fue hacia el otro extremo de la barra donde un par de hombres de traje parecían necesitar también el desayuno.

Santi Blanes ya había sido juzgado por la sociedad. Era un policía corrupto y mezquino envuelto en todo tipo de negocios turbios. Clara tenía el deber de actuar y desenmascarar a esa organización para poder limpiar su nombre y llevar entre rejas a ese grupo de asesinos sin escrúpulos que estaba detrás de todo aquello. Si sacaban a la luz a la organización creada al amparo de los servicios secretos españoles durante el nacimiento de la joven democracia del país, posiblemente estallara un escándalo de enormes dimensiones. Exespías del CNI habrían colaborado para extorsionar e incluso asesinar quién sabía a cuántos ciudadanos y desde cuándo. La mierda podría salpicar a mucha gente y eso nunca interesaba a los de arriba. *Que se jodan*.

Era el momento de empezar a poner todo por escrito, un cronograma de hechos y datos que facilitara la futura investigación que la fiscalía debería realizar. *Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para impedir que se salgan con la suya*. El correo enviado al jefe del servicio de información del CNI desde aquella cuenta Hotmail anónima creada un par de días atrás había sido el primer y decisivo paso.

Sacó el bloc de notas y trabajó durante casi una hora sin pausa para plasmar por escrito todas las referencias de las que disponía sobre aquella macabra historia. Una pregunta a la que no podía responder de momento era si existían en el presente miembros del CNI que apoyaran a Pelayo Pellicer. Esa organización secreta resultaba decididamente opaca pese a todo lo que habían investigado en los expedientes de Cornelius con paciencia. Tampoco había podido aclarar qué tipo de relación existía con Urrutia, si es que había algún tipo de conexión.

Cuando acabó tenía el borrador de dos documentos que sumaban cinco páginas. El primero se centraba en el asesinato de Magdalena de Pombo y Soto. *¿Había sido realmente motivado por la falta de apoyo del juez en el caso que llevó sobre el hijo de Pelayo y que acabó con el mismo en la cárcel?* Las referencias a las sentencias encontradas en la villa del magistrado así parecían confirmarlo. Esas mismas sentencias también reforzaban la idea de un pasado muy oscuro en la vida del ex Presidente del Tribunal Supremo que lo unía de forma estrecha con Pellicer. *¿En qué momento se rompió aquella relación? ¿Era el suicidio del hijo en la cárcel de Sotomayor el detonante de aquella cadena de muertes? ¿Tan grande era el odio escondido para provocar de esa manera el sufrimiento a Magdalena antes de su muerte y hacérselo saber a su padre antes de simular aquel suicidio? ¿Podría haber algo más doloroso que descubrir por parte de un padre que él era el causante del padecimiento indescriptible de su propio hijo?* Sacudió la cabeza, agotada.

El segundo documento se centraba en las recientes muertes en Alicante alrededor de Magdalena. En primer lugar Lucian el rumano con un pasado vinculado al proxenetismo y la violencia. Soler, un agente de policía víctima de un atraco violento por un toxicómano y Urrutia que se habría suicidado en aquella habitación del hotel. Demasiadas muertes en pocos días y lo cierto es que todas giraban en torno a Santi Blanes. *Ya no sé a quién creer o en quien confiar. ¿Y si hemos seguido la pista equivocada?*

Cerró el bloc de notas y acarició su lomo. No era tan bonito como el diario que la había acompañado en su infancia. En él había anotado su dolor, un daño que estaba relacionado sobre todo con sus progenitores. Papá y mamá, siempre ellos. Como era demasiado íntimo, se inventó una escritura secreta para que, en caso de caer en manos ajenas, nadie pudiera entender lo que allí dejaba por escrito. Había que tomar las palabras impares de la primera frase del párrafo y las pares de las segundas y luego aplicaba toda una serie de reglas para dificultar la lectura para todo aquel que las desconociera. Un método que le hacía sentir más segura. Aquel diario se perdió en el internado. Fue terrible. Tal vez si lo hubiera conservado se habría atrevido a intentar publicar aquella infancia truncada. El resultado podía no haber sido interesante desde un punto de vista literario aunque sin duda habría servido de liberación para su sufrimiento y tal vez de ayuda para otras que también sufrieron abusos en su infancia. Un diario que arrancaba con el regalo de su abuela cuando iba a cumplir trece años y había acabado el penúltimo año en el internado. Unos años que daban para mucho a pesar de haber sido robados.

Con esos pensamientos todavía en mente, Clara se extrañó de que aún no hubiera hablado con la improvisada pareja de investigadores que tenía como compañeros de aventuras. ¿Por qué tardaban tanto en

ponerse en contacto con ella? Sacó el móvil y marcó el número de Cornelius. Sin embargo, no fue el periodista el que respondió, sino Antonio.

—Dime —dijo con voz seca y casi inexpresiva.

—¿Dónde estáis?

—Todavía nos queda trabajo para al menos un par de horas.

—¿Va todo bien?

Escuchó de fondo como el holandés le preguntaba algo.

—Dice Cornelius qué cómo te encuentras. Anoche te vio preocupada.

—Dile que bien —una tímida risa le llegó a Clara por el altavoz—. Ya me he enchufado en vena la dosis de cafeína que necesita mi cuerpo para funcionar por la mañana. Eso sí, me falta una cosa.

—¿El qué?

—Esas deliciosas galletas de mantequilla holandesas.

Clara escuchó una conversación entre los dos hombres.

—Me dice que buscará una tienda para traerte algunas.

—¿Lo tenéis ya todo?

—La pistola de la que hablamos anoche se está haciendo difícil de conseguir. Pero entre el dinero de tu amigo periodista y mis contactos, todo se puede conseguir. *Possunt quia posse videntur*

Escuchó cómo el holandés le gritaba algo a Antonio.

—Pueden los que creen que pueden —explicó el expolicía respecto a su última perla en latín lanzada con su característico tono de intelectual. Clara se lo imaginó irguiendo la barbilla, mientras Cornelius conducía—. Nuestro plan es intrépido y necesitará de mucha valentía —continuó el expolicía—. Ha llegado el momento de la verdad. ¿Estás preparada?

—Antonio, estoy lista para la acción.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

5

Tan pronto como Inés Hudson descubrió que el inspector Santi Blanes podía estar muerto llamó por teléfono a su jefe, Fernando Cortés. El responsable del servicio de información no respondió, así que la agente le dejó un mensaje: «Es importante que compruebes con la comisaría de Alicante si Santi Blanes ha fallecido. Al parecer se ha caído desde una azotea cuando iba a buscar a su hija. Todo esto huele muy mal. Ya te contaré lo que he visto».

A las dos en punto, la agente Hudson encajaba el vistoso BMW X3 en la calle donde vivía Consuelo, la viuda del subinspector Urrutia. Era un barrio de viviendas unifamiliares y pareados distribuidos en urbanizaciones que se habían construido alrededor del campo de golf, en una zona de expansión de la ciudad hacia la playa de San Juan. Los carteles de venta sembrados como setas por toda la zona y la ausencia de grúas confirmaban que la crisis iba para largo. Aunque alguna vivienda era grande y ostentosa, el chalé en cuestión tenía bastantes años. Inés calculó que se debió haber construido en los ochenta y tendría unos ciento cincuenta metros construidos en una única planta. Había un par de coches aparcados bajo un techado metálico junto a una barbacoa de obra y una piscina pequeña en forma ovalada.

La mujer apareció al poco de apretar el timbre. Abrió la puerta del chalé y avanzó hasta la candela con desgana. Llevaba una falda larga y una chaqueta, todo de color negro y por el estado de sus cabellos, no debía haber pasado por la peluquería en varios días.

—¿Es usted la agente con la que hablé ayer por teléfono?

Inés le enseñó la placa. La mujer buscó en el manojo de llaves y tras forcejear con la cerradura, se apartó para dejarla pasar.

—Ya he repetido varias veces todo lo que sé a sus compañeros.

—Verá, es necesario que confirmemos algunos datos.

Al cruzar el umbral accedieron de forma directa al salón-comedor de la casa. Era una estancia espaciosa donde se mezclaba lo antiguo con mobiliario más moderno tipo Ikea. La estancia tendría sus buenos cuarenta metros. Inés había comprobado que Consuelo era ama de casa y la única fuente de ingresos había sido el sueldo de Urrutia durante los últimos años. Con el poder adquisitivo de la escala de subinspectores de la policía nacional no parecía fácil poder vivir en esa zona y menos todavía en un chalé con un terreno de al menos quinientos metros cuadrados. De repente apareció una niña de unos cinco años con un peluche en la mano. Se paró delante de ella y se la quedó mirando con unos grandes ojos marrones y expresión curiosa.

—¿Cómo te llamas? —sonrió la agente.

La niña salió corriendo sin responder.

—Mi nieta —dijo Consuelo. Su gesto se aflojó levemente—. Mi hija trabaja en el Ayuntamiento y un par de días a la semana la recojo yo a mediodía porque ella no puede. Él ya no está —por un momento le pareció que la mujer estaba a punto de llorar—. Pero la vida sigue, supongo.

La agente Hudson confirmó con un gesto grave la afirmación de Consuelo.

—Veo que se venden muchas casas en la zona —preguntó Inés.

—En el 2000, los precios subían al menos un quince por ciento de forma anual. Una auténtica locura hasta el año pasado que con la crisis todo se derrumbó —se quedó pensativa unos segundos—. Diría que el mercado se ha desplomado cerca de un treinta por ciento. ¿Se puede imaginar? Ahora hay muchos que no pueden pagar la hipoteca porque les han puesto de patitas en la calle y tendrán que vender por debajo del precio de compra —hizo una mueca de asombro—. «Los precios de la vivienda no bajarán nunca», nos dijo la chica de la inmobiliaria que nos la vendió.

La niña volvió a corretear por donde estaban.

—Anda ven conmigo —Consuelo la cogió de la mano y la llevó hasta el sofá frente a una gran pantalla de televisión—. Vamos a poner otra vez esa película que te gusta tanto.

Era cierto que los precios de los aparatos electrónicos provenientes del sudeste asiático se habían abaratado mucho en los últimos tiempos. Pero aquella pantalla no estaba al alcance de cualquiera. Los modelos de coches aparcados afuera bajo el porche tampoco eran utilitarios de gama baja y las matrículas no debían superar ni los cinco años de antigüedad en ninguno de los dos vehículos.

La mujer rebuscó en una estantería repleta de DVDs y sacó una caja donde se distinguía un león erguido majestuosamente sobre una roca con el sol poniéndose al fondo. La niña no dejaba de dar saltos entre los cojines.

—Simba, Simba —gritaba sin parar.

—Anda siéntate, hija —le pidió la abuela.

Consuelo introdujo el disco y la película se empezó a reproducir al parecer desde donde la habían dejado la última vez. La mujer se quedó un rato con los brazos en cruz, mirando la pantalla.

—Últimamente me está fallando el aparato.

La escena comenzaba con un cachorro de león que se encontraba en medio de una gigantesca estampida de ñus. *Maldita sea, me persiguen esos animales*, pensó Hudson. El rey, que era el padre del cachorro, lo salvaba, pero acababa muriendo pisoteado por los ñus tras ser empujado por su hermano. *¿Por qué en tantas películas de Disney morían los progenitores de los protagonistas? Debía ser una manera de despertar ternura y empatía con los personajes.* Inés Hudson se dio

cuenta de que siempre había sentido esa sensación de orfandad y se identificó con aquel cachorro de león.

Consuelo volvió y las dos se sentaron en un par de sillas de la mesa de comer cerca de donde la niña se había quedado hipnotizada ante la gran pantalla.

—Siento de veras lo de su marido —Inés estrechó una mano de la mujer: trataba de templarla antes de empezar con las preguntas—. Pero debemos hacer unas comprobaciones. Entiendo que a lo mejor ya ha respondido a mis compañeros, pero es importante que nos aseguremos. Cualquier detalle puede ser significativo.

—Adelante.

—¿A qué hora se fue?

—Jaime siempre madrugaba mucho. Se tomaba su tiempo para desayunar y asearse. Salió a las siete y media como de costumbre.

—¿No le llamó en todo el día?

—No —la mujer la observó con cierta condescendencia—. Nunca lo hizo en casi cuarenta años de matrimonio.

—¿Le comentó si había algún asunto que le preocupara de manera especial?

—No —los ojos de Consuelo se movieron y la pupila se le dilató.

Inés le volvió a coger la mano con calidez y confianza.

—Tal vez le comentara algo importante los últimos días. Algún detalle que nos pueda servir —su voz se volvió un susurro—. Tómese su tiempo.

Le pareció que Consuelo iba a decir algo cuando la niña se puso a vociferar dando saltos sobre los cojines.

—¡Abuela! —gritó—. ¡Se ha parado!

La mujer fue hasta el reproductor, extrajo el CD, lo volvió a introducir y buscó el sitio exacto que la niña le exigió como punto de partida para volver a ver la película. Cuando regresó, Clara vio que los ojos de Consuelo se habían empañado. A Inés le pareció que era buen momento para sonsacarle algo importante.

—¿Está segura que su marido no le contó nada? ¿Tal vez respecto al último caso que investigó junto con Santi Blanes? —Clara la miró directamente a los ojos—. Debió de estar bajo presión mientras investigaba el asesinato de la hija del presidente del Tribunal Supremo.

Ella sin embargo negó con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza.

—Jaime era muy reservado con respecto a su trabajo. Yo no preguntaba, ni sabía lo que estaba haciendo, ni tenía ganas de saberlo —acabó mirando hacia su nieta.

—Entonces no sabe si alguien o algo hizo que se preocupara de más en…

—Se supone que para eso les pagan a ustedes —la interrumpió con

acritud, había pasado a la ofensiva—. No tengo ni idea. No sé cuántas veces voy a tener que repetir lo mismo. Él no quería preocuparme con toda la miseria con la que tenía que lidiar en su día a día. Siempre repetía que era mejor que no lo supiera.

—Está bien —Hudson hizo un gesto de apaciguamiento—. No quiero abusar de su confianza, pero debo preguntarle todavía algo más.

La mujer se mordió el labio y asintió con la cabeza.

—¿Conoce usted al inspector Santi Blanes?

—Trabajó con mi marido durante más de diez años. A lo largo de todo este tiempo hemos coincidido en varios actos y celebraciones.

—¿De verdad piensa usted que puede estar implicado en la muerte de su marido?

La mujer iba a responder cuando la puerta se abrió. Era un joven fornido con el cabello corto al estilo cepillo. Anduvo con decisión hasta Inés.

—¿Y usted es?

Consuelo intervino.

—Le presento a Andrés, mi yerno. Como puede librar algunas tardes viene para llevarse a la niña —se giró hacia el joven—. Andrés, te presento a la inspectora… ¿Perdone, me puede recordar su nombre?

—Soy la inspectora Inés Hudson —le tendió la mano pero el joven no hizo amago de estrecharla.

En su lugar empezó a hablar en un tono cada vez más agresivo.

—A ver si dejan de molestar con tantas preguntas y se centran en su trabajo. ¿Qué es toda esa información que aparece en los medios sobre Santi Blanes?

Había aproximado su rostro anguloso a escasos centímetros de la agente. Consuelo se puso en medio, para calmar los ánimos.

—La inspectora se marchaba ya, ¿verdad? —manifestó la mujer que de forma muy clara quería finalizar con aquella visita.

—Estamos investigando todas las vías —Inés volvió a coger la mano de Consuelo—. Siento de verdad lo que les ha pasado.

—Le acompaño a la salida —la mujer se dirigió hacia la niña—. Reyes, ¿no saludas a tu padre?

—Hola papá —vociferó la niña que seguía sin pestañear delante de la pantalla.

—Anda, mira a ver si le das la merienda que no ha comido nada —prosiguió la viuda de Urrutia—. He preparado un plato con fruta pelada y cortada a trocitos. Lo tienes en la cocina.

Las dos mujeres salieron de la casa bajo la mirada retadora de Andrés que Hudson comprobó era de una dureza extrema. Cuando llegaron a la puerta metálica del jardín que daba a la calle Consuelo miró a Inés con los ojos húmedos.

—Santi Blanes no tiene nada que ver con la muerte de Jaime. Llámeme más tarde, debo decirle algo importante.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

6

La doctora Ortuño no sabía bien la verdadera razón pero había algo en la mirada de ese inspector de policía que la llevaba a confiar en él. El hombre tenía unos ojos grandes que mostraban ternura pero el hecho de que quisiera hablar con una persona de la comisaría para ayudar a su hija que podía estar en peligro fue el detonante final para que se decidiera. Se había encargado de verificar el nombre y el trabajo de la mujer con la que quería hablar antes de pasarle el teléfono al inspector.

—¿Luengo?

Santi había tenido un dolor intenso en la cabeza y le habían administrado unos analgésicos que le provocaban un cierto letargo. El silencio se prolongó más de lo que le hubiera gustado. Por un instante pensó que la oficial de policía iba a colgar sin llegar a hablar con él.

—Dios mío Santi, si supieras los rumores que se escuchan sobre ti —tenía la voz apagada, carente de esa vitalidad que la caracterizaba —. Ya no sé qué creerme.

—Luengo por favor escucha con atención lo que te voy a contar.

—Dame una razón por la que debería hacerlo —su voz era fría pero cautelosa.

—Se trata de Cecilia. Está en peligro.

Cuando Santi Blanes dejó de hablar con Luengo, se volvió hacia la doctora y la llamó con un gesto de la mano. Algo no estaba yendo todo lo bien que debía. Sufría intensos dolores de cabeza y sentía escalofríos. Rápidamente le pusieron una vía y le conectaron a una máquina para monitorizar el pulso, la respiración, la saturación de oxígeno y la presión sanguínea. La doctora Ortuño constató una vez más que Blanes se encontraba fuera de peligro pero siempre existía el riesgo de que se produjera una nueva hemorragia u otras complicaciones. También indicó que no fuera molestado absolutamente por nadie, lo más importante era que descansara y confiar en que la evolución resultara favorable. Había dos inspectores de policía que habían solicitado hablar con él pero lo había denegado porque no estaba lo suficientemente estable como para recibir visitas. Necesitaba descanso y tiempo para curarse. «Ya tendrán tiempo de interrogarle mañana, en función de cómo evolucione», fue todo lo que dijo. Y su tono no admitía réplica.

Juan Carrasco consideró que aquel nuevo día de locos en el hospital estaba a punto de acabar. Si no fuera por la satisfacción que le producía ayudar a la gente a encontrarse mejor y superar los problemas fisiológicos por los que se encontraban hospitalizados no

habría hecho los estudios de enfermería. El sueldo en sí mismo no era aliciente ni suficiente estímulo para las agotadoras guardias y jornadas de trabajo, eso era cierto. Por eso un trabajo como el suyo se tenía que ser vocacional. Quedaban cinco minutos para el relevo y ya había revisado el estado de los pacientes y actualizados los informes. Su cabeza lo llevó de pronto a otra parte y en su rostro se formó una sonrisa: no se podía creer que hubiera conseguido mesa para cenar en el restaurante de moda en San Juan pueblo. Una vitrina repleta de producto fresco de la bahía y una carta innovadora de montaditos a buen precio había sido la mejor carta de presentación del establecimiento. A partir de ahí el boca a boca había hecho el resto del trabajo a la perfección para posicionarlo como exquisito y acogedor espacio para una velada romántica.

Miró el reloj: tenía el tiempo justo de salir corriendo a casa, darse una ducha, arreglarse y recoger a Mari Cruz, la residente que había conocido hacía muy poco y con la que parecía tenía muchas cosas en común. Esa misma tarde habían charlado y reído durante un buen rato. Estaba muy ilusionado. Aquella mujer le atraía la mirara por donde la mirara. Mucho.

—Cinco minutos —dijo en voz alta con una sonrisa que iluminó su rostro y con la adrenalina circulando a toda velocidad por sus venas.

El pitido de aviso de uno de los monitores hizo que abandonara todo pensamiento sobre la prometedora noche que le esperaba y salió disparado a ver qué era lo que ocurría.

—Joder, es la habitación del policía.

El inspector se encontraba tendido boca arriba con los ojos cerrados. Miró rápido a la máquina. La línea del monitor del pulso era continua, con un pitido agudo de fondo. Carrasco le colocó la mano en la vena yugular externa. Había pulso. Iba a aplicar un masaje cardíaco cuando los ojos del policía se abrieron y lo miraron fijamente.

—Qué coño pasa a… —el enfermero no pudo acabar la frase.

Santi Blanes se incorporó de golpe, agarró por el cuello al enfermero y apretó con fuerza su rostro contra el colchón hasta casi asfixiarlo. Había aproximado su cabeza a la del hombre.

—Escucha bien lo que te voy a decir —la voz era dura y amenazadora—. No hagas ni un solo ruido si no quieres que te pase nada a ti o a la médico con la que te he visto flirteando esta tarde.

Juan Carrasco sintió un vacío en el estómago. No se podía mover, el miedo atenazaba cada uno de los músculos de su cuerpo. El inspector se bajó de la cama y apagó la máquina para que dejase de emitir aquel sonido infernal. Carrasco respiraba con dificultad por la presión de las manos del policía en su cabeza. Notó cómo el inspector acercaba la boca de nuevo a su oreja. Empezó a escuchar un susurro, como el deslizarse de una serpiente.

—Recuerda, si obedeces no te ocurrirá nada ni a ti ni a ninguno de tus seres queridos.

Le quitó la chaqueta verde de enfermero y le ató las dos manos por las muñecas. Luego le indicó que se tumbara en la cama, boca arriba.

—Abre la boca.

Le introdujo una pelota de tela. Tras desvestirle por completo, lo ató por los tobillos al pie de la cama.

Santi Blanes se quitó el vendaje tipo capelina que llevaba en la cabeza y se lo colocó como pudo por encima al enfermero. Carrasco deseaba en lo más profundo de su interior que todo acabara pronto.

—Ni se te ocurra intentar moverte o gritar —le susurró Santi Blanes y se fue a cerrar la puerta de la habitación—. Tienes dos opciones —le dijo al volver a su lado.

Juan tragó saliva. No se atrevía a mirar de forma directa a Blanes.

—La primera es la fácil. Te vas a quedar quitecito y callado hasta que alguien te descubra —Blanes le agarró con fuerza por la barbilla e hizo que sus ojos coincidieran. Los del enfermero estaban abiertos como platos—. Pestañea con el ojo derecho si me has entendido.

Esta vez el hombre intentó hablar pero se atragantó con el trapo que tenía en la boca. Minúsculas gotas de sudor perlaban su frente.

—Que pestañees con el ojo derecho si me has entendido, joder —repitió Santi.

Carrasco parpadeó con el ojo derecho.

—Todo va a depender de que confíe en ti o no. Ya verás. Es muy simple. Te voy a contar cuál es tu segunda opción.

Blanes acercó su cara todavía más a la del enfermero. Había cambiado su voz. Era más ronca, incluso la pronunciación se había vuelto más lenta.

—Si no confío en ti me veré obligado a golpearte con el aparato —señaló el monitor—, hasta que me asegure de que has perdido el conocimiento —le acarició la cara con ternura—. Ahora, pestañea con el ojo izquierdo si me has entendido.

Las gotas de sudor resbalaban por la frente Carrasco.

—Veo que lo has comprendido. Ahora debes elegir. Opción uno, te quedas tranquilamente tumbado en la cama a la espera de que venga alguien. Tienes que pestañear con el ojo derecho —Blanes se detuvo un momento, parecía asegurarse de que se explicaba de forma correcta —. Opción dos, te golpeo con fuerza para que pierdas el conocimiento. En ese caso, tienes que pestañear con el ojo izquierdo.

El hombre tragó saliva y tras unos segundos eternos, las pestañas del ojo derecho empezaron a oscilar verticalmente de forma incontrolable. Blanes le limpió el sudor de la frente.

—No me engañes o volveremos a encontrarnos.

Santi le tapó todo el cuerpo, tan sólo dejó al descubierto del cuello

hacia arriba con la cabeza medio cubierta por el vendaje y que sobresalía por encima de la sábana. Finalmente, antes de marcharse le pasó la mano por encima de los párpados para que los cerrara.

—Descansa.

Juan Carrasco se maldijo por ser un maldito cobarde. No quería mover ni un solo músculo para intentar liberarse de las ataduras. Aquella no era su guerra, lo suyo era cuidar de los pacientes. No tenía la más mínima intención de poner en riesgo su integridad física ni la de sus seres queridos. Valiente hijo de perra era ese inspector de policía.

—Hijo de perra —balbuceó en voz alta por el trapo que tenía en la boca y permaneció atado a la cama completamente inmóvil.

El plan que había concebido con Luengo estaba funcionando a la perfección. La mujer había logrado reemplazar al agente a la hora planeada. *¿Cómo lo habrá conseguido?*, se preguntó el inspector. Con toda seguridad, la someterían a un intenso interrogatorio cuando se descubriese su desaparición. Pero lo cierto es que en la zona no había cámaras y, según el parte de la doctora, el estado de Santi era grave. No se le debía molestar. Nadie podía esperar que el inspector amordazara y atara al enfermero y mucho menos que estuviera en condiciones de enfrentarse a alguien para darse a la fuga. El único aspecto negativo era haber amenazado de esa manera al enfermero, pero a Santi no se le había ocurrido otra manera de reducirlo sin causarle ningún daño físico.

Me tengo que dar prisa, pensó Blanes. Encontrar a Cecilia, esa era su auténtica prioridad. Avanzaba todo lo rápido que podía por los pasillos del Hospital General. Había cogido el informe que colgaba de la cama y lo llevaba en las manos, simulando que lo leía. De esa forma podía llevar la cabeza gacha. Al girar se encontró de bruces con una pareja de ancianos que caminaban despacio. Fue un milagro que no chocaran y la mujer cayera al suelo. La tuvo que agarrar por los brazos. Esta se le quedó mirando fijamente.

—¿Nos conocemos? —dudó tras unos segundos en silencio.

Blanes miró a la mujer.

—Sí, su cara me suena —respondió Santi con una amplia sonrisa—. Debe ser que viene mucho por el hospital.

El marido intervino con una voz quebradiza.

—Al menos una vez al mes.

—Ya, pero juraría que lo he visto en otro lado —insistió ella mirándolo con fijeza.

—También trabajo en la privada —su sonrisa era confiada, amable —. Si me disculpa, tengo que pasar por microbiología por un tema urgente.

—Anda vamos —el marido cogió por el codo a su mujer—, no ves

que tiene prisa.

Santi apartó de forma amable a la anciana y aceleró el paso para dirigirse al punto de encuentro que había acordado con Luengo. Antes de girar por el pasillo miró de reojo y se encontró a la mujer que lo observaba mientras gesticulaba con las manos.

MADRID – OCTUBRE 2009

7

Clara disponía de unas cuantas horas antes de volver a encontrarse con Antonio y Cornelius. Sabía que por fin había llegado el momento. Se sentía confiada en que esta vez iba a saldar su deuda más importante con el pasado. Un pasado que por fin quedaría atrás, borrado de su vida, de manera definitiva. Extrajo el pastillero que llevaba en el bolso y se tragó una píldora. Lo primero que debía hacer era adecentarse. Respiró hondo antes de lanzarse afuera con el paso acelerado.

Cuando salió a la calle la brisa fría y cortante en el rostro le recordó que había vuelto a Madrid. Atrás quedaba el clima amable y templado que había disfrutado durante los últimos días en Alicante. Los establecimientos de ropa de lujo se repartían por las inmediaciones del hotel, boutiques, marcas conocidas, escaparates elegantes. Andaba en silencio por la calle Serrano mientas contemplaba el perfil de las cúpulas y de las cornisas de los tejados. Aquella amplia avenida constituía el eje central de la moda de la capital. Clara saboreaba el espectáculo de las vitrinas pulcramente decoradas para los bolsillos de la gente pudiente. No dudó en franquear con gesto resuelto la entrada. Ahí podría conseguir todo lo que necesitaba. Tampoco tardó en decidirse por unas medias de costura, zapatos Ferragamo de medio tacón y un vestido gris de lana que dibujaba su silueta a la perfección. Faltaba la guinda: un abrigo largo de color crema que eligió con la sonrisa aprobadora y satisfecha de la dependienta. Cornelius le había prestado una tarjeta de crédito a nombre de una de las sociedades de la familia Gaant. Nunca antes había comprado sin necesidad de mirar el precio de las prendas.

—Parezco Julia Roberts de compras por Rodeo Drive, en Los Ángeles —dijo riendo por primera vez esa mañana.

Luego regresó al hotel. La chica de la cafetería arqueó las aletas de la nariz al reconocerla y la saludó desde la barra. Clara se sentó en uno de los taburetes y contempló el bar, que había quedado vacío a aquella hora. La chica se acercó.

—La veo muy elegante —dijo mirándola de pies a cabeza.

—Debo hacer una visita.

—¿Trabajo?

Clara asintió.

—Sí, tengo la posibilidad de firmar un contrato importante. Uno que me libere para el resto de mi vida.

Los ojos de la camarera brillaron con codicia.

—Qué suerte —dejó caer las palabras con un suspiro.

—No te creas, llevo muchos años detrás de ello. Y todavía no lo he conseguido aunque es muy importante para mí. Vaya ironía, ¿no?

La camarera no había abandonado su expresión de asombro. Por fin reaccionó.

—¿Desea tomar algo?

—Un café solo, con dos terrones de azúcar.

—¿Nada para comer?

Clara Sánchez tenía el estómago en un puño. Vomitaría todo lo que ingiriera esa mañana, así reaccionaba su cuerpo ante el estrés.

—No, el café es suficiente.

Lo tomó pausadamente mientras hojeaba un diario. Se saltó la sección de España, ya había tenido bastante en las últimas horas, y se fue directa a las páginas de cultura. Acababa de salir a la venta la última novela de Dan Brown, la primera publicación seis años después del superventas *El código Da Vinci*. Leyó que repetía personaje, el famoso Robert Langdon, profesor de iconología y simbología de la universidad de Harvard y que esta vez la trama giraba en torno a la masonería. *Me la compraré, la última fue entretenida*. Le pidió a la camarera que le pusiera el café en la cuenta y subió a la habitación para maquillarse sin prisa, acariciando los labios de un carmín sangrante.

Clara prefirió dar una larga caminata en lugar de pedir un taxi. Caminaba despacio, pensando en Santi Blanes. ¿Cómo estaría? Las noticias seguían siendo confusas con respecto a su estado. Tampoco había escuchado nada respecto a Cecilia. ¿Se encontraría bien su hija? Pelayo Pellicer podía ser muchas cosas, pero desde luego no era un necio. Si sus planes incluían capturar a la hija de Blanes era muy posible que ya lo hubiera hecho. Pelayo era un personaje siniestro que de alguna manera guardaba conexión con su padre. No podía olvidar su rostro cuando le hizo la última visita y le había enseñado aquella vieja fotografía que había cogido en la villa del juez. Su padre se había puesto tenso como nunca lo había visto. Se le había acelerado el pulso, intentó detenerla con sus manos temblorosas, y de su boca salieron las últimas palabras que le había escuchado de viva voz: «Aléjate de esas personas».

¿Qué viejos secretos escondes papá?

Esa fotografía donde se apreciaba al juez en su juventud acompañado de un grupo de hombres, había arrancado en él una furia que Clara conocía muy bien. El encuentro había dejado a su padre con una respiración sibilante y entrecortada que parecía acercarle más al mundo de los muertos que al de los vivos. Ella, por su parte, había saldado la cita con insomnio y pesadillas que todavía le duraban.

Había aprendido durante años a odiar aquel rostro que se había aficionado a ser admirado por todos y todas. El famoso inspector Sánchez. En lo más profundo de su ser, si lo pensaba con detenimiento, gracias a él, ella se había conocido de verdad a sí misma, hasta lo más recóndito. Empezó a odiarle en secreto. Lo hacía con una rabia que la quemaba por dentro, a fuego lento. Nadie sabía lo que de verdad había sucedido los años que convivió con ellos. El temor que la torturaba desde la última vez que vio a su padre era que nunca se hiciese justicia. ¿Acaso no iba a llegar el día en que enfrentaría esa mirada acerada para mostrarle el odio que había alimentado?

Lo pensó fríamente de nuevo. En realidad solo quería una cosa de él: que le pidiera perdón. Nada más. Todos estos años había deseado vengarse. Pero por fin se había dado cuenta de que en realidad lo único importante era que reconociese su culpa y admitiese la verdad. Tal vez entonces su rabia y dolor desaparecerían para siempre, aunque no confiaba mucho en ello.

La voz de su madre, que había estado latente tantos años volvió a resonar en su interior: «Clara, por Dios, no digas tonterías. Tu padre te adora», y la exinspectora sintió como si le dieran un puñetazo en la boca del estómago. Le costaba respirar. Cerró los puños. *Ya soy mayorcita para todo esto*.

Había transitado por avenidas y calles sin rumbo fijo, sinuosamente y caminaba despacio. Todo para retrasar el encuentro. Sacó el pastillero y con los dedos temblorosos se tragó otra píldora. No tardó en notar el efecto de la medicación. La rigidez que había experimentado durante todo el trayecto dio paso a una mayor relajación. La última parte del trayecto lo recorrió en una continua contradicción. Hacía años, siendo una niña, lo había hecho miles de veces de la mano de su madre. Ahora andaba en contra de su voluntad, pero una fuerza en su interior la mantenía firme en su decisión.

Se imaginó a sí misma por un instante dando la vuelta. Pero a medida que se acercaba a su casa empezó a alumbrar de nuevo el turbio sentimiento de rencor. Finalmente giró una esquina y se dio cuenta de que había llegado a su destino. Clara observó la fachada y le asaltó la misma sensación de unos días atrás, cuando por fin se había decidido a visitarles de nuevo. El gris de la pared se había descascarado, al igual que ellos. Era una finca grande, de muchos vecinos. No les iba a dar la oportunidad de prepararse. Habría sido un grave fallo por su parte. Se acercó a la portería conocedora de que era cuestión de tiempo que alguien le abriera. Al poco apareció un afable sesentón con lentes y un fino bigote que sacaba a pasear a su perro. Le sostuvo de forma muy amable la puerta al tiempo que hacía un

disimulado repaso de su cuerpo, desde la cabeza a los pies.

Clara aprovechó el trayecto en el ascensor para tomar aire y se convenció de que el momento que tantos años llevaba esperando había llegado. Sin embargo, al salir al rellano, se quedó bloqueada. Se vio en la cama simulando que dormía. Ese olor mezcla de alcohol y tabaco del aliento cálido de su padre cuando le daba el beso de buenas noches regresaba como si fuera real. Luego, él se metía con ella bajo las sábanas. Aquellas caricias que recorrían su cuerpo le provocaban una profunda repulsión pero a la vez una punzada de placer difícil de explicar, que la dejaba extraviada en un mar de culpabilidad. Dos sentimientos tan intensos y contradictorios que sentía como si se partiera en dos. Se limpió una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano. Tuvo el casi invencible impulso de salir corriendo y escapar de ahí. En su lugar tocó el timbre con decisión.

Fue su madre quien abrió la puerta. Una cara fruncida por mil arrugas y unos mechones de pelo blanco alborotados arqueó las cejas. Ella había sido una mujer preciosa, pero ahora el aurea de belleza se había esfumado y agrietado su rostro. Físicamente era una sombra de lo que fue, no solo por fuera, sabía que también por dentro estaba vacía. ¿Habría realmente pensado de verdad que eran todo mentiras de una niña para llamar la atención? ¿No había sospechado nunca del autoritario inspector Sánchez, que tantas noches la hizo llorar? Clara recordaba bien los gritos que siempre acababan con sollozos y un fuerte portazo. Ahora mismo no quería estar allí, pero ya era demasiado tarde.

—Hola mamá. —dijo Clara serenándose—. ¿Puedo pasar?

La mujer parecía no salir de su asombro. Fue la expolicía la que se tuvo que colar en el interior ante la pasividad de la madre. Al cruzar la puerta un escalofrío le recorrió la espalda, estaba haciendo un viaje en el tiempo. Había entrado en un museo donde nada había cambiado en veinte años. Ahí estaba ante ella de nuevo la casa de los horrores. Dio unos pasos cortos por el pasillo oscuro que conducía hacia una habitación rectangular, no muy grande, con dos sillones y un aparador. *Estará ahí*, consideró Clara. La estancia permanecía en penumbra, las persianas casi completamente bajadas. Efectivamente, descubrió la figura conocida sentada en su sillón.

En esta ocasión el inspector Sánchez no llevaba conectada aquella máquina repleta de tubos que lo ayudaba a respirar. Estaba de frente a ella, con un pijama y una manta a cuadros sobre las piernas. De fondo sonaba un debate de un programa de radio. Su padre tomó el transistor y lo apagó. Se miraron con fijeza durante un buen rato.

—Clara, Clara, Clara… —el sonido de su voz era silbante pero se había esforzado en emplear un tono dulce—. Sabía que vendrías otra vez.

Clara sonrió con tristeza. Esos ojos acerados podían leer en su interior. Siempre lo habían hecho. Se sintió de nuevo indefensa, como cuando era una niña.

—Te esperaba hace ya días —la boca de su padre dibujó una sonrisa lobuna.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

8

El comisario Muñoz recibió a Inés Hudson sentado tras la mesa de su despacho de la comisaría de Alicante. La oficina estaba amueblada con una mesa vieja y dos sillas. De la pared colgaban un cuadro del rey y fotografías de Muñoz con el traje de gala en diversos actos oficiales. La primera impresión que la agente Hudson tuvo de él es que el hombre sobrepasaba holgadamente los cien kilos de peso. Sin embargo, lo que realmente captó su atención fueron esos ojos azules, tan claros, casi blancos, que parecían una constelación de estrellas en miniatura. Muñoz la instó a sentarse con un gesto de la mano e Inés se dejó caer sobre la butaca. *Aquí huele a cerrado* y de forma instintiva miró a la ventana. El comisario se recostó sobre el sillón y la observó unos segundos con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—De modo que seguridad nacional se interesa por el caso —el hombre se acodó en la mesa y juntó sus manos—. ¿Podría saber cuáles son los motivos para que el CNI intervenga en una investigación interna?

Inés soltó una carcajada cargada de ironía. Su silla era más baja que la del policía, así que se incorporó en la misma. Lo miraba desde abajo, parecía una representación moderna de David contra Goliat.

—¿No le ha explicado el comisario provincial, su superior —enfatizó la palabra superior—, cómo funciona esto?

La tez blanquecina de Muñoz enrojecía por momentos.

—Yo hago las preguntas y usted me responde —Inés continuó con la explicación—. Dependerá de cómo nos llevemos que nuestra colaboración acabe bien, tal y como desean nuestros jefes.

Por un instante Inés no supo cómo iba a reaccionar el comisario. Finalmente el hombre se reclinó con calma y pasaron unos largos segundos hasta que su piel recuperó su tono lechoso habitual y se dispuso a hablar de nuevo.

—Usted dirá, agente Hudson —había adoptado un tono amable, menos prepotente que al inicio de la conversación.

Ya está más relajado el morlaco, pensó para sus adentros Inés.

—Vaya lío tiene usted montado, ¿no comisario? —Inés no era mujer de dar rodeos—. Asesinan en Alicante a la hija del Presidente del Tribunal Supremo. Su padre, un magistrado, reconocido por su valía y prestigio se quita a los pocos días la vida —continuó enumerando, implacable—. El principal sospechoso de violar y mutilar a Magdalena, Lucian, un rumano que lleva años viviendo por la costa española, y al que las pruebas incriminaban sin margen de duda como responsable de la muerte de la joven es detenido, pero —Inés arqueó sus cejas—, mire usted por dónde, por desgracia fallece en el hospital

a causa de las heridas de bala producidas en su detención. Al morir el principal encausado, el caso queda sobreseído. Una casualidad que no se produce muy habitualmente, ¿no cree comisario?

Muñoz fijó esos ojos traslúcidos en Inés.

—Agente Hudson, el inspector Santi Blanes estuvo a punto de morir aquella noche en el taller de coches. Si no llega a ser por la intervención del subinspector Urrutia, aquel malnacido le hubiera dado un tiro entre ceja y ceja. El rumano tuvo suerte y consiguió escapar y, por si fuera poco, cuando le localizamos oculto en aquella barca en el chalet, intentó acuchillar a los GEO que participaron en la operación. Es verdad —el comisario abrió sus grandes manos—, podíamos haberle invitado con una sonrisa y una botella de buen vino a que nos acompañara a la comisaría para esclarecer los hechos. Tal vez se hubiera portado de una forma más amable y educada.

—Comisario, permítame recordarle que ahí no acaban sus problemas —no pareció acusar el sarcasmo—. El subinspector Urrutia se quita misteriosamente la vida y su jefe, el ahora mismo más famoso inspector de policía de la historia de España, Santi Blanes, portada todos los días en los arranques de los noticiarios, un hombre con un expediente impecable, se da a la fuga. Como guinda, la inspectora Clara Sánchez renuncia a su cargo tras la supuesta resolución de uno de los casos más mediáticos de los últimos años en España. Comisario, ¿estamos en una jodida película de Hollywood o en Alicante?

El comisario frunció la nariz. Su voz adquirió un tono de voz ronco, vagamente amenazante.

—¿Qué es lo que quiere agente Hudson?

—La verdad comisario, he venido en busca de la verdad.

—La verdad —suspiró el policía y se pasó las manos por la cabeza.

A Inés le dio la impresión que ese pelo rubio y aplastado, grasiento, necesitaba limpiarse. Continuó con la lista de preguntas.

—Comisario, ¿qué son esos rumores que circulan por los medios de comunicación de que el inspector Santi Blanes tenía una cuenta numerada en Suiza?

Por primera vez le pareció que aquel hombretón ya no era tan grande. Muñoz se recostó de forma pesada y la silla crujió como si fuera a reventar.

—No consigo entender cómo esas sabandijas llegan a la información antes casi que nosotros. En el registro de la casa de Santi se encontró, guardado en un doble fondo de la mesa del comedor, documentación sobre la cuenta que ha mencionado. Estos bancos suizos no son propensos a facilitar ningún dato, pero gracias a la presión de la fiscalía y del ministerio del interior, han admitido que dispone de una suma cercana al millón de euros y una caja de seguridad. Esa información está bajo secreto de sumario. Pero claro,

son muchos los que han intervenido para conseguir que los suizos nos dijeran algo. La filtración puede venir de cualquier parte, los periodistas tienen sus medios.

A Inés le vino a la cabeza Consuelo, la mujer de Urrutia. Parecía que el subinspector también llevaba un nivel de vida por encima de su sueldo. Otra coincidencia sospechosa. Una más.

—¿Existían evidencias de que el inspector Santi Blanes pudiera tener relación con algún grupo delictivo de la zona?

El comisario sacudió la cabeza, enfático, renuente a contestar.

—Comisario, piénselo bien. No sería la primera vez que alguno de los nuestros actúa como asesor, o mejor dicho, facilitador para los malos. Ya sabe, chivatazos de alguna operación antidroga, consejos sobre cómo solucionar cualquier tipo de problema legal, cobertura en alguna detención. Son tantos y variados los servicios que podemos ofrecer a cambio de una contraprestación económica —suspiró con cierto melodrama—. Manejamos información muy valiosa para ellos, y a ellos, al contrario que a nosotros, si algo no les falta, es dinero.

—Santi Blanes es el mejor inspector de homicidios que he conocido. Me hubiera dejado cortar la cabeza por él.

—Sin embargo tras el accidente en el que falleció su mujer estuvo de baja una larga temporada.

—Fue un golpe muy duro. Creo que… —de repente se calló.

—¿Qué es lo que cree comisario?

Muñoz se rehízo. Volvió a fijar sus ojos en ella.

—Creo que Santi se consideraba el responsable de la muerte de su esposa. Nunca se lo perdonó y pasó una época muy mala. Aunque volvió a ser el policía que siempre fue, un inspector de homicidios ejemplar.

—¿Es cierto que bebía?

—Agente Hudson, ¿bebe usted?

—Desde luego no como para practicar sexo en un cajero a las diez de la noche y que encima me tomen unas fotografías.

El comisario se tomó unos segundos antes de continuar.

—Fueron unos meses muy duros, Santi quedó destrozado tras el accidente. Incluso pasó una temporada hospitalizado, en un momento dado incluso me pregunté si algún día llegaría a recuperarse. Finalmente regresó, como si no hubiera pasado nada.

—Cecilia, su hija, ¿qué relación mantenía con ella?

El comisario resopló como un toro.

—Yo creo que ella no se lo perdonó nunca. Lo del accidente, me refiero.

—¿Por qué cree usted entonces que se arriesgó a ir a su apartamento esta mañana?

Muñoz abrió las dos manazas y arqueó las cejas.

—¿Tenían bajo vigilancia su casa o la de la hija? —prosiguió la agente.

El hombre no disimuló una risa.

—Agente Hudson, por desgracia y muy a mi pesar no tenemos recursos ilimitados —carraspeó antes de proseguir—. Esto no es el CNI. De buen grado habríamos asignado dispositivos de vigilancia las veinticuatro horas en las dos viviendas, la de Santi y la de su hija. Pero tenemos que trabajar con lo que tenemos. ¿No sé si me entiende?

—Comisario, ¿quién era la persona de confianza de Blanes?

Muñoz se llevó una mano al mentón, pensativo. Parecía meditarlo con calma antes de precipitarse a dar una respuesta.

—Luengo —dijo finalmente.

—¿Quién es Luengo?

—La oficial que trabaja con Santi desde… —calló un momento. Parecía querer calcular el tiempo transcurrido mentalmente pero no debió llegar a ningún resultado satisfactorio—. Cuando me destinaron hace ocho años a la comisaría, estos dos ya llevaban trabajando juntos media vida.

—Me gustaría hablar con ella.

Muñoz asintió.

Inés iba a lanzar la última pregunta cuando el móvil vibró y dio un salto. Era Floren.

—¿Me disculpa?

Muñoz entornó los ojos y la invitó a coger la llamada. Una bocanada de aire fresco la recibió al salir fuera de aquel despacho.

—Floren, dime que tienes buenas noticias.

—Pues no tengo claro si son buenas o malas —Inés imaginó los grandes dientes blancos del compañero mientras lo escuchaba reír.

—Dame cinco minutos y te devuelvo la llamada. Me has pillado en medio de una conversación importante.

—Claro Inesita, no tardes que no me queda mucho para marchar — y colgó.

La agente Hudson volvió a entrar y se encontró al comisario con las manos entrelazadas y moviendo los pulgares, impaciente.

—Comisario, una última pregunta.

—Dispare.

—¿Qué le dice su instinto de todos estos asesinatos?

Muñoz lo pensó un instante. Parpadeó, cogido a contrapelo.

—¿Que qué me dice mi instinto?

—¡*Carallo*, comisario! Deje de cubrirse las espaldas, ¿qué le dice su instinto?

La cara y en especial las mejillas de Muñoz volvieron a adquirir un tono colorado. Parecía que iba a explotar.

—Mi instinto me dice que el malnacido que asesinó a Magdalena

está bajo tierra gracias al trabajo de mis hombres —dio un golpe sobre la mesa—. Y sí, agente Hudson, ahora mismo tengo mis dudas sobre si el inspector Blanes no estaba metido en algún asunto turbio que le haya permitido enriquecerse sin nuestro conocimiento. ¿Necesita algo más? —concluyó.

—Por el momento no. Por favor, avise a la oficial Luengo que necesito hablar con ella. Que tenga una buena tarde comisario.

Lo primero que hizo la agente Inés Hudson al salir de la reunión con el comisario Muñoz fue hacer una llamada. A ver que había descubierto Floren.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

9

Santi Blanes buscó una de las salidas de mantenimiento del hospital para evitar la principal. Tras tantas horas hospitalizado y con la calefacción por encima de lo normal, al salir afuera lo recibió una noche húmeda y de nubes bajas que le provocó un escalofrío. Enfiló un camino que partía del lateral del edificio hasta la zona del parking que le había indicado Luengo. De camino las nubes se abrieron y Blanes se detuvo. Alzó la vista. La pálida luz de la luna parecía flotar entre las aguas de un oscuro pantano. Empezó a toser pero no consiguió esputar nada. Luego continuó a pasos rápidos hasta el punto de encuentro. Tenía un dolor punzante en la cabeza.

El coche era un Opel ranchera de color azul. Cuando llegó le pareció que el joven que estaba sentado en el puesto del conductor se había quedado dormido. Le dio un par de golpes a la ventanilla con los nudillos y el chico se sobresaltó. Le miró con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto al mismísimo diablo. Nervioso le hizo un gesto al inspector para que fuera a la parte de atrás. Santi abrió el maletero, se introdujo y desde dentro bajó el portón. Ahí estaba la manta tal como habían acordado. Tras taparse, le gritó al conductor.

—Ya puedes salir.

Tumbado en la penumbra el dolor en la cabeza se acrecentó. Cerró los ojos para descansar. La fatiga lo rondaba, pero tenía cosas importantes que hacer, no era momento de relajarse. Debía evaluar de nuevo todos los pasos a dar con detenimiento.

—Esta vez no te fallaré —murmuró en voz baja.

Pasados unos diez minutos el coche se detuvo y Santi abrió los ojos. Durante el camino había repasado una y otra vez el plan. Tal vez se había equivocado y al final su hija estaba a salvo en casa de alguna amiga, alejada de todo el follón que se había montado por su culpa. La experiencia le había enseñado que era mejor estar preparado y, además, su intuición —que no solía fallar— le gritaba que una amenaza acechaba. Si ese fuera el caso, llegado el momento nada debía quedar al azar. Con esos pensamientos rondándole, el portón del coche se abrió. Se encontró de bruces con la misma cara y esos ojos grandes y abiertos que había visto en el hospital.

—Hemos llegado —murmuró el joven.

—¿Hay alguien?

—No hay moros en la costa —respondió el chico que debía sentirse como en una película policíaca.

Blanes se incorporó y ojeó a ambos lados del parking subterráneo a través de las ventanillas traseras. Habían aparcado al lado del Smart

coupé, en el centro de Alicante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin Santi.

—Jesús, bueno mi tía todavía me llama Jesusito. Yo ya le he dicho mil veces que deje de llamarme así, que tengo dieciocho años y ya no soy un niño.

Blanes lo observó. Tenía buena musculatura, una incipiente barba y la voz grave, a pesar de esos ojos de besugo recién sacado del mar.

—Jesús, ¿has traído lo que le pedí a tu tía?

El joven asintió satisfecho y le entregó el pequeño trozo de cerámica que hasta hacía unas pocas horas servía de recubrimiento para una bujía de moto. Santi se acercó hasta el Smart.

—Aparta.

El chico reculó un par de metros y Santi lanzó la pieza con fuerza contra la luna del maletero. Esta se quebró en mil pedazos.

—¡La hostia! —gritó el chaval como si hubiera asistido a un acto de magia.

—Trucos que aprende uno.

Blanes recogió la bolsa y la ropa. Aparte de lo llamativo del vehículo, no podía circular con la luna rota.

—¿Es el coche de tu tía? —su dedo señaló el Opel ranchera.

El joven asintió.

—Toma, te puedes quedar con el *coupé*. Cambia la luna, yo correré con los gastos. Ahora necesito tu coche.

—No —le respondió Jesusito con mucho temple.

Joder, el chaval ha salido gallito. Santi resopló.

—Ahora no podemos llamar a tu tía —Blanes había endurecido su tono de voz—. ¿Pero no te ha informado de lo que ocurre? ¿No te ha dicho que me ayudes en todo lo que necesite?

—Por eso mismo voy contigo. Te puedo ser de ayuda.

Blanes vaciló un buen rato. Servirse de la ayuda de un chico de dieciocho años con las hormonas disparadas no había entrado en sus planes, pero lo cierto es que Jesusito tenía razón. Era mucho más seguro que condujera el joven y él se mantuviera escondido. Cuando Luengo se enterase lo iba a matar. Ya arreglaría eso.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —preguntó Jesusito.

Había abierto la mano y se la había tendido, boca arriba. Blanes, de forma instintiva dejó caer la suya para que chocaran y al ver entonces que Jesusito la levantaba, hizo el gesto para que chocaran de nuevo. El pacto quedó sellado con un fuerte apretón.

—Tenemos un trato —dijo Santi. Los grandes y negros ojos de Jesusito se iluminaron como farolillos—. ¿Te ha dado tu tía unos papeles?

—¿Qué vamos a hacer? —una sonrisa bendita se extendió en los labios de su nuevo e inesperado compañero—. ¿Hará falta que vaya

armado?

—Jesusito —dijo resoplando Blanes—, sólo vas a hacer de chófer un rato. Luego te vas y lo olvidas todo.

—*Okis*, me limitaré a ser un *observer* —asintió el chico.

Observer, bufó para sus adentros Blanes mientras el joven le daba una cartera que había sacado de debajo del asiento. Santi la abrió. Había varios paquetes de hojas con separadores de colores. Rebuscó y sacó una carpeta de cartón amarilla con unas letras grandes en rojo que rezaban: «Propiedades de las sociedades de la esposa de Pelayo Pellicer en Alicante». Empezó a hojear cada uno de los folios con rapidez pero sin descuido. La primera casa era un apartamento de dos habitaciones en primera línea de la Playa de San Juan. Era muy difícil esconder a un rehén ahí. A continuación estaba el chalet donde habían retenido a Clara y del que había conseguido escapar aquella noche de tormenta para llegar hasta su casa. Un lugar muy arriesgado para regresar. Había una tercera propiedad, una villa de lujo en Altea, en las laderas de la Sierra de Bernia. Memorizó la dirección, cogió la cartera y se fue directo al maletero, bajo la manta.

—¿Dónde vamos? —preguntó el joven.

—Rumbo a Altea.

—Guay, es un pueblo muy guapo —dijo el joven con un tono animado—. Ah, una cosa, inspector.

—Dime —la voz llegaba entrecortada desde el maletero.

—No me llame Jesusito, como mi tía.

Lo cierto es que el joven tenía cuerpo atlético, hombros anchos y unos bíceps desarrollados motivo por el que ciertamente no parecía apropiado usar el diminutivo.

—Claro hijo. ¿Practicas algún deporte?

—Rugby, juego de ala, por el extremo izquierdo. No hay quien me pare —confesó con una amplia sonrisa.

Al cabo de unos minutos enfilaban la recién remodelada avenida de Denia en dirección a Valencia que, tras las obras se había poblado de túneles y rotondas, generando un tráfico mucho más fluido. Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia cuando llegaron a la pedanía de la Santa Faz. Eran unas gotas gruesas y aisladas.

—A lo mejor deberíamos entrar al monasterio para encender una vela, ¿no cree inspector?

—Jesusi… —Santi Blanes rectificó a tiempo, no era menester molestar al chaval cada vez que lo llamara por su nombre, aunque una vez quedaba grabado como llamar a una persona, era muy difícil cambiarlo—. Jesús tenemos que llegar a Altea cuanto antes.

—Inspector, lo decía de broma —el chico soltó una carcajada fresca y Santi no pudo distinguir lo que murmuraba por lo bajo. También sonrió.

Hacía una eternidad que Santi Blanes no acudía a la famosa romería de Santa Faz que se celebraba el segundo jueves posterior al Jueves Santo. Miles de peregrinos partían año tras año desde la concatedral de San Nicolás de Bari, muchos de ellos ataviados con el típico blusón negro y un pañuelo al cuello, hasta el monasterio en el que se veneraba la reliquia. A lo largo de esos ocho kilómetros, se encontraban las típicas «paraetas» donde se podían tomar rosquillas y mistela para reponer fuerzas. Los jóvenes habían abandonado el carácter religioso de la festividad. Santi recordaba haber leído que la romería se remontaba al siglo XV, cuando tras una pertinaz sequía que amenazaba a los cultivos de la zona, un sacerdote decidió sacar el lienzo de la faz de Cristo y días después llegaron abundantes lluvias que los fieles atribuyeron a la divina intervención.

Cecilia había sido la fan número uno de la romería de la Santa Faz desde la primera vez que acudió cuando tan solo contaba con catorce años. Como era habitual en el estreno, había quedado con las amigas y amigos del instituto a primera hora de la mañana. Recorrían el trayecto con los carros repletos de bebida y comida y la música de los altavoces a todo trapo. Santi no olvidaba el momento en que la había recogido a media tarde junto a su amiga Noelia y tuvieron que hacer tiempo antes de llevar a casa a Noelia para que no se notara que había bebido calimocho. Cecilia se lo había suplicado y Blanes había accedido a regañadientes, un poco compadecido también. En cambio, su hija siempre había odiado el alcohol y Blanes no recordaba haberla visto tomar una copa de vino o ni tan siquiera una cerveza, ni ese día ni ningún otro de su vida.

Cecilia, hija, esta vez no te defraudaré.

—¡Inspector!

La voz de Jesusito sonó como un cañonazo en la malherida cabeza de Blanes.

—¿Qué ocurre? —gritó Santi desde el fondo del coche.

—Problemas —el joven tragó saliva.

—¿Qué problemas Jesusito?

—Hay un control policial ahí adelante.

El cuerpo del inspector dio un respingo.

—¿Alguna vía de escape?

Los segundos que Jesusito tardó en responder le parecieron una eternidad sin fin.

—Es imposible, saben dónde ponerse. No hay manera que nos piremos sin que nos vean, estamos atrapados —sentenció el joven.

Maldita sea, el plan se ha ido a la mierda.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

10

Clara dudó unos segundos. Lo más sencillo sería disparar todo lo que necesitaba sacar del fondo de su alma, oscura como el carbón, y escupírselo a la cara para que se arrepintieran y le pidieran perdón. Su padre, como siempre, le leía el pensamiento y le dirigió una mirada paternal al tiempo que negaba poco a poco.

—Nunca debiste irte de esa manera —meneó la cabeza con resignación—. No sabes lo que ha sufrido tu madre todos estos años.

Clara se tiró para atrás, un poco asombrada.

—¿Ella? ¿Sufrir?

—Por favor Clara. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—¿Sabéis quién ha sufrido de verdad desde que era una niña? —le devolvió una mirada cargada de odio, primero a ella, luego a él—. Yo —notó que el labio le empezaba a temblar—. Por vuestra culpa.

—Clara, por Dios —su madre le puso la mano sobre el hombro.

Clara se la quitó de un manotazo.

—¡Qué haces! —gritó su padre.

La mujer perdió el equilibrio. Se había quedado arrodillada en el suelo, el costado contra la pared.

—¿Por qué nos haces esto? —suplicó ella con ambas manos sobre el zapato de su hija.

Sollozaba como un animalillo. Clara recordó las noches que los gritos se colaban hasta sus oídos a través de la puerta entornada. Aquellas palabrotas, insultos, proferidos por el inspector Sánchez se difuminaban cuando todo acababa con el ruido violento de la puerta del piso al cerrarse. Luego, venía aquel silencio punteado de lamentaciones, como las que estaba escuchando ahora mismo.

—¿Mamá, de verdad nunca te preguntaste qué hacía papá cuando venía a darme las buenas noches con alguna copa de más?

El hombre fuerte y vigoroso que recordaba respiraba con dificultad. Se agitaba sobre el sillón, como un muñeco de latón antiguo con las articulaciones oxidadas. Ese cuerpo frágil únicamente mantenía unos ojos grises, penetrantes, los que siempre la habían dominado.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él.

—Que admitas la verdad.

Sánchez rio levemente.

—¿La verdad? Tú y yo sabemos que no existe tal cosa. La verdad es la correspondencia entre lo que pensamos con la realidad —un silbido metálico resonó por la habitación—. Tu realidad no se corresponde con la mía.

Clara explotó.

—¡Maldito hijo de puta! —las lágrimas le caían por las mejillas y le temblaban los labios—. No hay más que una realidad. Aquella en la que te arrastrabas hasta mi cama con la excusa de darme las buenas noches, la que me susurrabas al oído lo que me querías mientras tu mano se deslizaba por debajo del pantalón, la que…

—¡Basta!

El hombre se había levantado pero sus débiles piernas, unos alambres que se intuían tras la tela del pijama, fallaron y volvió a recostarse. Se pasó las manos por la cara. Eran nudosas, con las venas muy azules y saltonas.

—De acuerdo, reconozco que me equivoqué —afirmó él en lo que parecía un acto de confesión.

Clara sintió que la adrenalina que la había enfurecido se templaba como al sumergir hierro candente en agua.

—Sí, reconozco que me equivoqué. Te pido disculpas. ¿Es eso lo que quieres?

Otra vez un juego, una nueva artimaña para darle la vuelta a las cosas y conseguir desviar la culpa hacia otro lugar. *Nos conocemos demasiado bien papá.*

—Porque si hace falta me arrodillo —e hizo un nuevo amago de levantarse.

Los lamentos de su madre seguían desde el suelo, otra vez ese animalillo débil y vulnerable, a merced de su dueño. El inspector continuó hablando.

—No tengo problema en postrarme ante ti y pedirte perdón —tras un par de inspiraciones, recuperó su tono paternal—. Pero antes tú debes también saber algo. Tu traición nos hizo mucho daño, a mí, pero sobre todo a tu madre —la miró con unos ojos cargados de odio —. Mírala, no recibir ni una llamada tuya, ni en los cumpleaños, ni las navidades, como si no existiéramos. Ese dolor la consumió como una vela, de forma lenta. Día a día, mes a mes, año a año, siempre pensando en ti. Hemos acudido a los mejores psicólogos, por tu culpa. Por ti Clara, la hija que nunca tuvimos. Por tu indiferencia. Ni tan siquiera una despedida, tan sólo el vacío de la distancia. Tú has sido la culpable del mal que acecha a esta familia. ¿Cómo pudiste hacernos tanto daño?

Señaló a la mujer que no podía contener las lágrimas en el suelo. Entonces la escena giró en una dirección totalmente inesperada.

—Ya basta —balbuceó su madre.

Sánchez suspiró con expresión de disgusto. Iba a decir algo pero su madre se adelantó.

—¡Ya basta! —repitió ella y apoyándose con esfuerzo en la pared consiguió levantarse. Cogió las dos manos de Clara y la miró a los ojos —. No ha habido ni una sola noche desde que te llevamos al internado

en que no haya pensado en ello. Ni una sola noche. Clara, no podía dar crédito, debes entenderme —sorbió los mocos que no le dejaban apenas respirar—. Tu padre el inspector al que todo el mundo idolatraba. Un policía respetado por todos, en el trabajo, en el barrio, admirado por nuestros vecinos, tus compañeras de clase, tus amigas. Es cierto que siempre fue un hombre duro y autoritario, pero cómo podía pensar yo que… —parecía no encontrar las palabras—. Dios mío, jamás me pude imaginar que… —se mordió los labios y nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Perdóname, hija mía, perdóname por todos estos años de dolor, perdóname si todavía puedes.

La abrazó. Clara permanecía erguida, como un pasmarote. Miró de soslayo a su padre y le pareció distinguir unos ojos vidriosos.

—Pídele perdón a tu hija o no podrás morir en paz —su madre había arrancado una voz poderosa, una llamada que surgía de años de dudas y sufrimiento.

La escena se congeló en el tiempo.

¿Qué estará pasando por tu cabeza papá? ¿Vas a aceptar por fin la realidad o siempre la negarás?

El hombre tenía la mirada distante, perdida. Tragó saliva un par de veces antes de poder balbucear unas palabras que salieron en una voz muy baja, apenas imperceptible.

—Perdóname.

Clara lo observaba asombrada, porque al duro inspector de policía Sánchez le temblaba ahora ligeramente el mentón, donde despuntaban unos cuantos pelos blancos sin afeitar.

—Mírame a los ojos y repítelo —Clara se mantenía inflexible, tanto tiempo había pensado en ese momento que necesitaba comprobar que lo decía de verdad y no retorcería de nuevo la situación para responsabilizarla de todos los males familiares.

El viejo inspector alzó levemente la barbilla. Pero ya no había desafío en su gesto, parecía más vulnerable. Había envejecido cinco años de golpe, como si aquellos minutos hubieran quebrado la dura coraza que le protegía y por fin hubieran alcanzado su viejo y malherido corazón. Los ojos grises estaban vidriosos y agrietados por miles de diminutos hilos rojos.

—Clara, perdóname —repitió esta vez con sinceridad.

Por primera vez vio a su padre como un ser de carne y hueso. Tenía corazón y sentimientos como el resto de los humanos.

Lo ha confesado, me ha pedido perdón.

Experimentó por fin una profunda paz que le arrancaba desde el fondo de sus entrañas y recorría cada parte de su cuerpo. Su madre la abrazó más fuerte. Clara fue relajando la musculatura poco a poco y

finalmente la rodeó por la cintura mientras la mujer sollozaba con fuertes convulsiones sobre su pecho. No estaba segura de cuánto tiempo se mantuvieron así con su padre observándolas en silencio.

Clara sabía que si ahora era ella quien les ofrecía el perdón, podría incluso llegar a tener sentimientos de comprensión para su madre y su padre. *Perdonar no significa olvidar*, confirmó para sus adentros, que mantenía la vista fija en el famoso inspector Sánchez. Ni siquiera serviría para reconciliarse con ellos.

Por el contrario sabía que perdonar le podía proporcionar el tipo de paz que necesitaba para continuar con su vida y mirar al futuro de otra manera. La base para una existencia plena y feliz. «Solo puedes mirar al pasado de dos formas: perdonando o agradeciendo». Esa frase la había utilizado múltiples veces cuando ayudaba a las mujeres a superar los problemas de abuso en su etapa como psicóloga.

Clara respiró hondo un par de veces y cerró los ojos.

—Yo también os perdono —murmuró en la oreja de su madre que no había dejado de llorar en todo el rato—. Pero no olvido —matizó en un susurro apenas perceptible.

LA NOCHE DE LOS CERDOS

MADRID – OCTUBRE 1982

1

Estaba siendo un otoño más húmedo y frío de lo habitual. La plaza de Colón, en la que confluían los paseos de la Castellana y Recoletos y centro neurálgico de la ciudad, recibía su nombre por el famoso descubridor de América y era conocida porque se podía encontrar en ella una gran bandera de España. En ese momento el cielo estaba cubierto por unas espesas nubes y el viento la hacía ondear de lado a lado. Sánchez andaba por el amplio espacio abierto y se subió el cuello de la chaqueta justo al pasar a su lado.

—Arriba España —musitó con el recuerdo de Resines en su cabeza.

Luego bordeó la estatua del descubridor de estilo neogótico de finales del siglo XIX, tallada en mármol blanco y de 3 metros de altura y que en ese momento se encontraba en medio de la vorágine del tráfico matutino de la Castellana. Sánchez se encontraba algo desconcertado por el punto de encuentro elegido por Pellicer. Sabía de su afición por la pintura y la música clásica, ¿pero un museo lleno de figuras de cera? Le dio las últimas caladas al cigarrillo y esperó a que un grupo de turistas que venían del norte de Europa sacaran las entradas y entraran al recinto. Miró con atención a ambos lados de la calle antes de cruzar.

Nada sospechoso.

El inspector pagó las trescientas pesetas y entró en aquel mundo de muñecos que aparentaban tener vida aunque en el fondo no eran más que figuras de cera de personajes famosos congelados en el tiempo. Atravesó la galería de historia, dejando atrás a emperadores romanos, visigodos y a toda la monarquía española que había reinado a lo largo de siglos. Tuvo que preguntar a una de las mujeres que vigilaba una de las salas por el Café Literario, el sitio específico que Pellicer había elegido. Miró su reloj de muñeca. Llevaba algo de retraso y, consciente de la escrupulosa puntualidad de su jefe, aceleró el paso.

Le vio de espaldas. En un primer instante se sorprendió por su disposición en la sala, aunque rápidamente detectó que Pellicer estaba situado de manera que podía ver las imágenes reflejadas en un espejo que colgaba de la pared, sobre el cuerpo de la figura de Juan Ramón Jiménez. La estancia estaba inspirada en el Café Gijón, famoso lugar por sus tertulias a lo largo del siglo XX. Sentados en las mesas, Pío Baroja, Miguel de Unamuno o Antonio Machado, y en un lugar destacado Federico García Lorca con Pelayo, de pie, enfrente suyo parecían debatir sobre la vida, con un café en la mano. Su jefe llevaba un elegante traje gris de raya y por un instante le pareció otro más de esos muñecos de cera. Sin embargo, tan solo un par de segundos

después de llegar a su lado, Pelayo habló.

—¿Has comprobado si te han seguido?

Sánchez negó con la cabeza.

—¿Estás seguro?

En esta ocasión el inspector asintió.

—Como te avisé es muy probable que me estén investigando —hablaba en un tono de voz bajo y sin mirar a su interlocutor.

—¿Quién? —preguntó Sánchez.

—Más tarde —Pelayo se ajustó el nudo de la corbata—. ¿Cómo está el tema con el inspector Resines? ¿Has conseguido algo más?

—He descubierto dónde guarda las fotografías.

Pelayo se giró de forma brusca y le miró fijamente. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Dónde?

Unas voces en un idioma que no reconoció irrumpieron en la sala. Se trataba del grupo de extranjeros que Sánchez había visto en la entrada. Nadie de quien desconfiar. Señalaban cada de unas de las figuras, y a veces reían a carcajadas tras algún comentario hecho por uno de los integrantes de la camarilla. No debían reconocer a los personajes españoles que estaban sentados en el café, ya que al poco de haber entrado se marcharon como una manada que no encuentra nada de interés. Una vez se hubieron alejado lo suficiente ambos hombres retomaron la conversación.

—En una taquilla. Lleva siempre con él la llave.

Sánchez pudo adivinar la sonrisa lobuna que se había dibujado en el rostro de Pelayo.

—Buen trabajo.

El inspector miró a ambos lados y bajó la voz.

—Lo que todavía no sé es dónde está la taquilla.

Pellicer empezó a andar y se detuvo frente a la figura de Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de Literatura. Al no haber más visitantes con ellos, Sánchez sintió como si se encontrara en un gran panteón, frío e inhóspito. Allí no había nadie vivo aparte de ellos dos, pero sentía esas presencias a su lado, unos ojos que les observaban con intenciones poco claras. Era como si aquellas personas sin vida, paralizadas en un movimiento cotidiano, estuvieran a punto iniciar una animada tertulia junto a ellos.

—Sánchez, es posible que me ofrezcan un puesto de responsabilidad en el CESID.

Se conocían desde los tiempos de la policía franquista, donde ya desempeñó un cargo de inteligencia y Sánchez dedujo que el nuevo trabajo debía de ser goloso e importante para su jefe.

—Estoy seguro de que me investigan y siguen todos mis movimientos, para asegurarse de que soy la persona apropiada —

Pellicer se ajustó el reloj de oro en la muñeca—. Es de vital importancia que consigamos el material en poder de Resines, cuanto antes.

Sánchez carraspeó antes de hablar.

—No va a ser fácil. Resines es un hombre astuto al que no debemos subestimar.

—No tenemos tiempo.

Era curioso como aquella frase de tan solo tres palabras podía resumir tantas cosas, pensó irónico Sánchez. Conseguir adivinar en qué taquilla guardaba Resines el material conllevaba la posibilidad más que real de enfrentarse a un enemigo muy peligroso. Tal vez él mismo resultara herido, o por qué no, muerto. Para su jefe podía tratarse tal vez de una tarea rutinaria, pero él se podía convertir en otro cadáver de un inspector de policía involucrado en un tema turbio de drogas y que había acabado con un tiro en la nuca. Ese podía ser el desenlace de aquella historia.

—Necesitamos conocer ya de qué información dispone Resines —prosiguió Pelayo.

—Esta misión es muy peligrosa —Sánchez se pasó la mano por la cara y suspiró—. Voy a necesitar tiempo.

—Dos días —dijo de forma tajante Pellicer—. Entiendo que estés cansado de que las cosas funcionen así, yo también lo estoy. Pero ahora mismo es nuestro trabajo y nuestro deber conseguir las fotografías de las que alardea Resines. Te necesito totalmente involucrado en esto, Sánchez.

La voz de Pellicer se volvió gélida.

—Mejor dicho, España te necesita. Cuando termines, he pensado en que vendrás conmigo al CESID. Voy a necesitar a hombres de confianza dispuestos a defender la nación. Tú no me defraudarás como otros han hecho —de nuevo le miró de forma fija—. Hay hombres que aparentan serlo y en el fondo no son más que unas niñas. Contigo, en cambio, sé que puedo confiar. Recuerda, es un servicio a España.

Pelayo le dio unas palmadas en la espalada y empezó a andar. Sánchez le seguía a una distancia prudencial. Seguían solos, acompañados por esas figuras de cera que no cesaban de observarles. Llegaron al rincón de los científicos y se encontraron de bruces con el Premio Nobel de Medicina, Santiago Ramón y Cajal junto a su inseparable microscopio y acompañado por los científicos Pasteur y Fleming. Pellicer se detuvo ante ellos y esperó a que Sánchez llegara a su lado.

—Me gustaría que acudieras a una fiesta que organizan unos amigos esta noche. Yo, por el motivo que te he explicado antes, no voy a poder asistir.

Mientras lo decía, el hombre sacó un sobre del bolsillo de la

chaqueta y se lo entregó.

—Ahí tienes la dirección y la hora.

Sánchez iba de sorpresa en sorpresa. Una propuesta de un nuevo trabajo en el futuro CESID y ahora la invitación a una fiesta. Sabía que le caía bien a su jefe, pero dudaba de que se preocupara por sus diversiones sociales. Algo debió de interpretar Pellicer que no tardó en aclararle el motivo.

—Vas a conocer a gente muy interesante. Ya verás.

Pelayo repitió una última palmada de despedida sobre el hombro de Sánchez y se marchó hacia la sala repleta de actores y actrices famosos a lo largo de la historia del cine.

2

El internado no parecía un lugar para jóvenes ricas. Aunque muchas de sus alumnas provenían de familias de bien, la disciplina era la primera virtud que se enseñaba, como si ese hubiera sido el elemento principal a la hora de elegir la institución por parte de los padres. En el fondo, Clara tenía la sensación de que se trataba más de un reformatorio que de un colegio de monjas. Las más de trescientas chicas de entre trece y dieciocho años dormían en dormitorios compartidos por diez personas, con literas cubiertas de mantas grises y una taquilla metálica como todo espacio para poder guardar las cosas.

Aquella mañana, como todos los días, tras la campana y el control de las habitaciones, se lavaron con agua fría y bajaron al comedor. El desayuno era muy básico. Un vaso de leche y una rebanada de pan con mantequilla y mermelada. Luego partían en fila india a la clase y lo primero era rezar un avemaría.

En aquel momento en que todo se desarrollaba con normalidad, Clara no era consciente de que aquel día iba a ser especial. Después de pasar lista y tras leer en voz alta un texto, la profesora explicó la lección de ciencias naturales. Cuando acabó, en lugar de bajar al recreo, la madre superiora vino a decirles que esa tarde saldrían a la calle para hacer una colecta a favor de la Asociación Española Contra el Cáncer.

Maia le contó luego en el patio que todos los años las monjas hacían colectas para el DOMUND. Les daban una hucha en forma de negrito, de chino o de indio, e iban por las calles del barrio poniendo banderitas y pidiendo unas monedas a cambio. «Una vez, una mujer muy elegante le había dado un billete de quinientas pesetas», le contó Maia con sus ojos negros muy abiertos. Esta vez era la primera que iban a hacer la colecta para la AECC.

A Clara no le hizo mucha gracia, pero sabía que en algún momento tendría que enfrentarse de nuevo al mundo exterior. El resto de la mañana no se pudo quitar de la cabeza esa actividad que iba a quebrar la rutina a la que se había acostumbrado con demasiada facilidad y en la que se encontraba a gusto.

Por la tarde tenían clase de educación física en el gimnasio, a cubierto. Clara lo odiaba. Cuando la actividad era en el patio y tenían que correr o jugar a algún deporte de equipo con pelota, disfrutaba, e incluso se consideraba una de las alumnas aventajadas. Pero enfrentarse a todos esos aparatos como si fueran a prepararse para unas Olimpiadas o para el circo, le parecía una tortura más que una actividad física. Aquella clase empezó con el salto de potro. Primero abriendo las piernas, que Clara consideró era la forma más asequible y

lo hizo sin problemas. Luego tuvo que pasarlo con los pies juntos pasando por encima. A medida que se aproximaba su turno, las manos le sudaban y la sensación de vacío en el estómago se iba acrecentando. En su interior rezaba para que ocurriera algún tipo de milagro que detuviera la clase, pero este no se produjo y le llegó el turno. No quería ser el blanco de burla de sus compañeras, como le había ocurrido el primer día que tuvo que enfrentarse a aquel aparato diabólico, donde el miedo le venció. De modo que apretó las mandíbulas y salió a la carrera. No fue muy consciente de como lo hizo, pero lo pasó a la primera, y con cierta sensación de facilidad. No pudo evitar una sonrisa. Una a una el resto de las chicas lo fueron saltando.

La cosa se complicó cuando la profesora llamó a dos de las chicas para que la ayudaran.

—Hoy vamos a empezar con el plinto —dijo en voz alta.

Las tres entraron en una pequeña sala que hacía de almacén y sacaron varios cajones de madera de forma rectangular que fueron superponiendo uno sobre otro en el suelo, desde el de mayor tamaño, hasta el más pequeño. A Clara le recordó un ataúd, si no hubiera sido porque la última pieza iba recubierta por una almohadilla marrón para poder apoyar las manos.

—No os preocupéis, que vamos a empezar con poca altura. A final de curso, ya veréis lo que sois capaces de hacer.

Las palabras de la hermana no parecieron tranquilizar a ninguna de las presentes. Maia le susurró por lo bajo que si era tan sencillo, porque no hacía la demostración la profesora. La excepción era la chica regordeta con la que habían tenido el problema del walkman en el patio. A pesar de su sobrepeso era la más ágil realizando aquel tipo de acrobacias y no parecía tenerle miedo a nada. Enseguida se ofreció como voluntaria para hacer el primer salto delante del resto de chicas. Clara observó cómo sin pensárselo dos veces, la joven tomó carrerilla y sin ni tan siquiera mirar, lo saltó como la cosa más sencilla del mundo. *La clave es no tener miedo*, dedujo al ver como lo hacía.

—¿Otra voluntaria para intentarlo? —preguntó la profesora.

Sin saber bien el cómo ni el porqué, Clara levantó la mano.

—Señorita Sánchez, ¿está usted segura?

De repente se había convertido en el centro de atención de sus compañeras. Incluso la chica regordeta la miraba con una curiosidad inquisitiva. Clara se sintió por un instante atenazada por el miedo pero agachó la cabeza, apretó las mandíbulas e imitó a la anterior saltadora. Arrancó a correr sin mirar hacia el plinto. Todo sucedió muy rápido. Sin saber bien como, estaba al otro lado de la máquina, sobre la colchoneta, con el corazón galopando como un caballo desbocado.

—Señorita Sánchez, enhorabuena, está haciendo unos progresos muy rápidos —la profesora hacía unas ligeras oscilaciones con la cabeza, los brazos en cruz.

Clara recibió el abrazo de Maia. Sí, tal vez aquel internado le acabara gustando.

3

Sánchez tamborileaba con los dedos sobre el volante. El sobre que le había entregado Pellicer contenía la información justa y precisa: una dirección, la hora de la fiesta, y, como único extra, la palabra CLAVE en mayúsculas seguida de la frase «El mono acaba de aterrizar». Eso era todo. El inspector de policía miró su reloj de muñeca. Un poco de retraso ya parecía inevitable. Y eso que había tomado todas las precauciones: había salido con antelación y se había asegurado de que por lo general los dos carriles de la A6, conocida como la carretera de La Coruña, tenían poco tráfico a esa hora de la noche. Y sin embargo ahí llevaba más de diez minutos avanzando a trompicones. Aún le faltaban cinco kilómetros hasta la salida de Las Rozas cuando la circulación se detuvo por completo y, tras apenas cinco segundos, volvió a arrancar hasta que se paró de nuevo bruscamente. El conocido efecto acordeón de las autovías que nunca había acabado de comprender. Sánchez abrió ligeramente la ventanilla del Seat 124 y se encendió un cigarrillo. Era ya noche oscura y las luces de las urbanizaciones brillaban en la distancia bajo un cielo despejado. Por la radio no dejaban de hablar de las inminentes elecciones generales y la apagó de un manotazo.

—No tenía que haber venido —se dijo en voz alta.

Estaba a punto de golpear el volante, sobre el claxon, cuando le pareció ver el motivo del atasco unos metros más adelante.

—Bueno, ya queda poco —suspiró más relajado.

Todo el embrollo había sido provocado por un golpe entre dos coches. La parte trasera de un Renault 5 amarillo había prácticamente desaparecido por el impacto de una berlina de lujo que no le dio tiempo a reconocer porque un guardia civil, con su uniforme verde y tricornio en la cabeza, soplaba con fuerza el silbato y hacía amplios gestos con los brazos para que el tráfico no se detuviera. La brisa fresca que empezó a entrar por la rendija de la ventanilla le ayudó a calmar su estado de ánimo. Volvió a girar el sintonizador de la radio y sonó la aguda voz de Camilo Sesto cantando *El amor de mi vida*. Todo iba bien hasta que miró el reloj del salpicadero y lanzó un improperio. Esperaba no tener problemas para encontrar la calle cuya localización había memorizado del callejero.

Tras otra retahíla de nuevas y variadas maldiciones, llegó por fin al punto de encuentro. Se detuvo a unos metros de la puerta de entrada exterior. Era una gran casa unifamiliar que supuso debía estar rodeada de un extenso jardín, por la distancia a la que se distinguía el piso superior de la vivienda, y con los vecinos más cercanos alejados lo

suficiente. Un muro de piedra con una verja metálica de más de dos metros de altura tras la que sobresalían abetos y espigados cipreses se encargaban de su protección. Varias cámaras de seguridad controlaban el perímetro. El inspector se arregló el pelo con las manos y pulsó el timbre con decisión.

—¿Clave? —preguntó una voz metálica a través de la caja clavada al muro.

—El mono acaba de aterrizar —respondió Sánchez.

Un ligero crujido separó las dos hojas metálicas de la valla exterior. Sánchez entró y empezó a andar por un camino empedrado con estatuas a los lados que parecían centinelas y que le escoltaban hasta la puerta de la casa principal. A mano derecha, había una amplia piscina con porche, una mesa muy larga y una barbacoa. A mano izquierda, una caseta que debía servir de garaje donde podían caber sin problemas cuatro coches. La vivienda era una construcción clásica de tres plantas, con gruesos muros de piedra de granito y donde también se había usado madera y pizarra, otorgando al conjunto un aspecto conservador, alejado del uso de otros materiales más modernos que se empezaban a utilizar en los chalets nuevos de la zona. *Cuánto costará todo esto*, pensó Sánchez mientras pulsaba el timbre.

Le abrió un joven alto y musculoso, que parecía pertenecer al personal de seguridad. Con un gesto de la cabeza le invitó a que pasara hacia el salón. Al entrar se encontró a un grupo de hombres con traje y corbata. Dejaron de hablar y todas las cabezas se giraron en su dirección. Podía ver los ojos tras una densa niebla creada por los cigarrillos. Notó la tensión en el ambiente. Todos debían rondar entre los treinta y cuarenta años. Había uno más gordo que el resto, con una gran papada, que se había despojado de la americana y se había soltado la corbata. Llevaba la camisa arremangada y se acercó hasta él. Unas pequeñas piernas desproporcionadas se movían bajo un vientre enorme, con el botón a la altura del ombligo a punto de reventar. Al llegar a su lado le tendió la mano.

—Yo soy Perro —las gotas de sudor le caían por las mejillas.

—Yo soy Mono —le respondió de forma intuitiva Sánchez.

—Al resto —señaló hacia el grupo de hombres que había retomado la conversación—, ya los irás conociendo poco a poco. Mira el más alto con bigote es Cerdo y aquel ancho de hombros y con mucho pelo es Lobo. Ven, te pongo una copa.

Era un salón muy grande, con un suelo de mármol blanco brillante y una gran chimenea central. Estaba lleno de sofás de todos los tamaños, como si hubieran limpiado la sala del resto de mobiliario. El mueble bar, con forma de una bola del mundo gigante, rebosaba de botellas de licor, refrescos y dos cubiteras con hielos bien grandes.

—¿Qué quieres? —le preguntó Perro mientras se preparaba un gintonic.

Sánchez observó las botellas y se decantó por un escocés de malta.

—Uno de estos —señaló con el dedo el envase—. Con dos hielos.

Perro era rápido con las manos a la hora de servir las copas, pero más todavía a la hora de bebérselas. Bridaron y el hombre engulló medio vaso de un trago, con la papada moviéndose de tal forma que a Sánchez le recordó la de un pelicano deglutiendo un gran pez.

—Ya estamos todos —dejó caer su pesado cuerpo sobre un sofá que emitió un sonido parecido a una queja—. Mono, ven aquí conmigo.

Los presentes tomaron asiento en alguno de los múltiples sillones. La iluminación bajó de intensidad y una música empezó a sonar. Apareció una mujer joven que llevaba una blusa blanca anudada por debajo de unos senos voluptuosos, pantalones vaqueros muy ceñidos y unos zapatos negros con tacón de aguja. Tenía unos ojos claros y un pelo abundante rizado, oscuro. Se movía con suaves oscilaciones y pasaba una larga pluma roja por las caras de los asistentes. Cuando llegó junto a Sánchez le acarició el cuello y le susurró al oído.

—Tú eres nuevo, guapito.

Le acercó los pechos a la cara y luego se retiró moviendo las caderas de forma sensual.

—Hoy os he traído algo especial —le guiñó el ojo a Perro, que ya se había bebido la copa—. Chicas, entrad —dejó la pluma y dio dos palmadas.

Apareció una primera chica. Era muy joven, Sánchez consideró que tal vez no debía llegar a la mayoría de edad. Muy delgada y de baja estatura, con un pelo rubio mal tintado, media melena y el flequillo cortado a lo casco. Llevaba una minifalda vaquera, una camiseta blanca y unas bambas del mismo color. Distinguió marcas de agujas en los brazos y en el dorso de las manos, aunque le pareció que las intentaba ocultar por los movimientos que hacía. Tenía los ojos brillantes y distantes y Sánchez pensó que el chute debía haber sido fuerte. La joven se acercó hasta él y se levantó ligeramente el trozo de tela vaquera. No llevaba bragas y se veía un sexo abultado poblado por unos pelos negros y retorcidos.

—¿Te gusta mirarlo, verdad?

Se palpó la entrepierna y a continuación se introdujo el dedo índice en la boca, para chuparlo.

—No seas tímido, venga.

Luego la chica se dio media vuelta y se levantó la falda por completo. Le enseñó unas nalgas respingonas, perfectas, muy blancas. Perro empezó a reír y se levantó a preparar más copas. Otras chicas iban saliendo y se acercaban a los hombres que tumbados en los sofás les miraban con ojos de depredadores.

—¿Es que no te gusto? —la joven había entonado la pregunta con cierta decepción.

Entonces le cogió la mano a Sánchez y se la puso sobre su pecho izquierdo.

—¿No te gusto? —repitió. Esta vez había acercado su cara a la del policía, y sus labios le rozaron la oreja. Era una voz dulce.

Sánchez sintió un escalofrío por el bajo vientre y como la sangre empezaba a abultar su pene. Iba a decirle que se quitara, pero Perro llegó en ese momento, le dio otra copa y le dijo mientras acariciaba el culo de la joven:

—Esta noche puedes hacer lo que quieras. Está todo permitido.

Sánchez perdió la conciencia del tiempo transcurrido entre copas de alcohol, cigarrillos y mujeres. No estaba seguro de cuantas horas llevaba en aquella orgía desenfrenada donde, como bien le había advertido Perro, todo estaba permitido. Se sentía a disgusto consigo mismo, pero no podía parar. Y lo que era tal vez peor, en el fondo no quería.

En un momento de la madrugada, la joven rubia del comienzo de la noche estaba de pie, con el cuerpo agachado, haciéndole una felación mientras él se encontraba recostado en el sofá. En un gesto mecánico, ella se incorporó. Tenía la misma mirada triste y distante, pero estaba muy blanca. Perro, que intentaba penetrarla por detrás pero que no podía porque no la tenía lo suficientemente dura, se paró de golpe.

—¿Qué haces, zorra? —preguntó el hombre.

Ella abrió mucho los ojos y no dijo nada. De repente, se desvaneció. Al caer al suelo Sánchez vio que una gota de sangre le resbalaba por el muslo.

—¿Pero qué cojones? —gritó Perro.

Fue a buscar al de la puerta que se llevó a la chica como un saco de patatas. Sánchez sintió una arcada cuando vio ese rostro joven sobre la espalda del hombre, los ojos muy abiertos perdidos en el infinito. Se levantó y agarró a Perro que iba a por más bebida. Este se giró hacia él, la gran papada sudorosa.

—¿Qué van a hacer con ella? —le preguntó Sánchez.

—No te preocupes, joder —Perro se limpió la boca con la palma de la mano—. Otra puta drogadicta que encontraran muerta en la cuneta de una carretera.

LOS OLVIDADOS

ALICANTE – OCTUBRE 2009

1

Inés Hudson salió del despacho del comisario y se perdió en un pasillo solitario, alejado de curiosos, en el que podía hablar con cierta libertad. Marcó el número de Floren y tuvo que esperar varios tonos de llamada para que su compañero respondiera. Recordaba a la perfección que le había dicho que no sabía si lo que había encontrado respecto a Pelayo Pellicer eran buenas o malas noticias.

—Floren, cuéntame lo qué has descubierto —lo apremió—. Porque yo estoy viendo cosas muy raras en este caso.

—¿Tienes tiempo?

—Tú empieza y ya veremos.

—En los archivos de papel no he encontrado ni un solo documento donde se mencione el nombre de Pelayo Pellicer.

—¿Cómo? —la voz de la agente Hudson sonó desafinada por la incredulidad.

—Tranquila Inesita, que esto no ha hecho más que empezar. ¿Te suena la SSN?

—*Carallo* Floren, déjate ya de adivinanzas.

—La SSN se corresponde con el acrónimo de la Sección de Seguridad Nacional. Te cuento, al parecer es un grupo ultrasecreto que se debió fundar a principios de los ochenta. Una unidad estratégica dentro de La Casa, pero que por algún motivo no aparece en ningún informe o partida presupuestaria de la época. Tampoco me queda muy claro cuál era su misión ni su estructura, es como si no hubieran querido dejar rastro, no he podido encontrar nada de forma oficial. Parece que alguien ha hecho limpieza y se ha empleado a fondo.

—¿Por qué has dicho qué esa unidad era estratégica?

—Calma Inesita —Inés percibió como el hombre se alejaba del micrófono y tosía—. Al parecer surgió a raíz de la reestructuración del CESID en 1982. Todo lo que he podido encontrar son anotaciones a mano, en los márgenes de un informe donde se detallan los cambios organizativos que sufrió La Casa en aquella época. ¿Te puedes creer que las únicas aclaraciones que arrojan algo de luz sobre esa supuesta unidad secreta fueron hechas a mano con un lápiz?

—¿Por ejemplo?

—En la primera que he encontrado, la persona escribió: «Sección de Seguridad Nacional, la última línea de defensa, un reducto de afines a la Patria». Más adelante en la misma hoja anotó «Vigilar las amenazas a la democracia» y subrayó con trazo grueso la palabra «democracia».

—¿Todo lo que tenemos son las anotaciones a mano de alguien? ¿Cómo podemos dar credibilidad a esas frases? ¿Cómo es posible que

no quede ningún documento o referencia oficial sobre si existió la Sección de Seguridad Nacional?

—Ni idea, yo te cuento lo que he encontrado. Lo que sí que te puedo confirmar es que todas esas observaciones fueron escritas por la misma persona. Debía de tratarse alguien muy meticuloso y ordenado.

—¡O meticulosa! —le interrumpió la agente Hudson.

—Inesita, ¡qué estamos hablando del año 1982!

La agente no hizo ningún comentario y le dejó proseguir.

—Estamos ante una caligrafía de trazo muy claro, amplio, si hubiera sido yo quien lo hubiera escrito no se habría entendido nada —la risa se acabó con una tos ronca—. Ha llenado de palabras los márgenes del documento que como te he dicho explica la reorganización de La Casa en el año 1982. Y ahora, escucha con atención lo que puso en una de ellas, porque te va a interesar —Floren prolongó intencionadamente el silencio.

—Venga, ¡suéltalo ya!

—P punto P.

—¡Pelayo Pellicer! —apenas había acabado de gritar el nombre cuando un par de agentes que pasaban por allí levantaron la cabeza y la miraron. Inés les puso la mejor de sus sonrisas y se giró.

—Podríamos suponer que sí, pero…

—Floren, dame otros cinco minutos y te llamo.

—Inesita, ya te he dicho que estoy a punto de irme.

—Floren, aquí y ahora no puedo hablar con comodidad. Déjame que salga a la calle y te vuelvo a llamar. Te compensaré a mi vuelta, me han hablado de un asador nuevo de obligada visita.

Inés escuchó otra gran risotada antes de colgar.

Bajó las escaleras de la comisaría a la carrera y por poco sale despedida al fallarle el pie en el último escalón. Una vez fuera, se guareció de las gotas de lluvia bajo el toldo de una tienda de equipos de música y altavoces para coches que estaba en la misma calle de la comisaría. La gente corría con las manos sobre la cabeza para no mojarse. *No están acostumbrados a llevar paraguas por aquí*, pensó con cierta suficiencia norteña. Pulsó la tecla de repetir la última llamada. *Ni a mojarse.*

—Ya creo que tenías novedades —no le dio oportunidad a Floren a ni tan siquiera decir algo al descolgar—. Decías que una anotación hacía referencia a «P. P». ¿Dónde se hizo ese apunte?

—Justo en la parte en que se explica la necesidad de crear una unidad para proteger a una joven democracia de amenazas internas y externas. También escribió «acumular todo el poder» y «presupuesto fondos reservados».

—*Carallo*, tenían el poder para hacer lo que quisieran sin ningún control.

—Espera, que hay más. Aquí, tal vez por los años, se pierde calidad y es más complicado leerlo, pero se distingue que puso «policías, no militares».

Inés se quedó pensativa unos segundos.

—¿Me estás diciendo que se creó una unidad para proteger a una incipiente democracia de las amenazas internas y externas y que no has encontrado nada más en todos los archivos? ¿Ni una sola referencia a la Sección de Seguridad Nacional, la SSN o a Pelayo Pellicer? ¿Nada?

—Nada Inesita, únicamente las anotaciones que te he comentado.

Inés Hudson resopló y empezó a andar trazando círculos bajo el toldo del establecimiento. Floren continuó hablando.

—¿Y si son inventadas? ¿Y si alguien las ha puesto ahí de forma intencionada para conducirnos por algún motivo hacia una pista falsa, para desviar la atención?

—Tal vez haya que mirarlo con otro prisma —objetó Inés.

—¿De qué prisma me hablas?

Inés sintió que la lluvia por momentos arreciaba.

—A ver qué te parece esta teoría. Se han preocupado de limpiar toda prueba sobre la existencia de Pelayo Pellicer y la SSN. Como bien decías antes, se han empleado a fondo. No hemos encontrado ni un solo documento oficial, ni un mísero registro en las bases de datos. Sin embargo, se les pasó por alto las anotaciones hechas a mano en uno de los múltiples memorandos que produce La Casa, uno que no pensaban pudiera hacer esas referencias, uno que se escapara de la criba.

—*Touché* —rio Floren al otro lado de la línea—. Aunque recuerda, yo no he leído el nombre de Pelayo Pellicer, tan sólo P.P., unas siglas por cierto utilizadas también por un conocido partido político — carcajeó de nuevo entre toses.

Inés apenas hizo caso al comentario.

—Floren, la existencia de la SSN, aunque fuera en el pasado, puede convertirse en una auténtica bomba de relojería para La Casa. Es posible que en su creación se tuviera las mejores de las intenciones pero no se puede estar por encima del control parlamentario, haciendo uso de fondos reservados. Es una invitación al abuso de poder. *Carallo*, Floren, espero que todo esto no nos explote entre las manos.

«Si huele a mierda y parece mierda, es muy posible que sea mierda». Aquella frase le había acompañado desde sus primeros días de prácticas en la comisaría de Madrid. Inés no debía llevar más de una semana de trabajo cuando se celebró el cumpleaños del inspector Gozálvez, un hombre que debía rayar la cincuentena. Unos cuantos se acercaron hasta un restaurante italiano, cercano a la comisaría, donde acudían para las celebraciones. Era como si lo estuviera viendo de nuevo sentado frente a ella, en aquella mesa redonda repleta de

policías veteranos. El camarero había retirado los platos y únicamente quedaban los vasos de tubo medio vacíos junto a las botellas de licor y refrescos y una nube de humo que flotaba por encima de sus cabezas como una espesa neblina.

El inspector tenía el físico de un toro de lidia: los hombros voluminosos y unos bíceps poderosos junto a una tupida barba moteada de canas que contrastaba a su vez con una cabeza bronceada reluciente. El grupo reía y hablaba sobre un caso resuelto recientemente e Inés se limitaba a escuchar. Un joven estudiante universitario alemán había cometido un crimen pasional y había asesinado a la conocida hija de un restaurador de Madrid. El chico alegó que había visto a una persona de mal aspecto merodeando por la zona. Sin embargo, en la escena del crimen comprobaron que no se había forzado ningún elemento para acceder a la vivienda y a la chica no le habían robado ni joyas, ni dinero… nada. Tampoco parecía haber ofrecido resistencia a su agresor. El joven aguantó pocas horas el interrogatorio del inspector Gozálvez antes de derrumbarse y confesar el crimen. Fue la primera vez que escuchó la frase, cuando el policía acabó la exposición y el resto rio repitiéndola a voces, celebrando la escatológica pero precisa sentencia.

Inés Hudson miró primero hacia la comisaría y luego cerró los ojos. «Si huele a mierda y parece mierda, es muy posible que sea mierda», la voz de ultratumba de Gozálvez sonó de nuevo en su cabeza. Todos los indicios apuntaban a que detrás de aquellos asesinatos en el Levante se escondía una unidad secreta fundada hacía tres décadas, posiblemente formada por policías, y cuyo descubrimiento podría dañar seriamente los cimientos de La Casa. El tema clave, desde ese mismo momento, consistía en averiguar si todavía existía algún tipo de conexión que la mantuviese vinculada con el CNI, o no. *No quiero ni pensarlo.*

ALICANTE – OCTUBRE 2009

2

Santi Blanes sufrió un repentino ataque de tos en la parte trasera del Opel que le debía llevar hasta la villa en Altea donde creía que podían tener retenida a Cecilia.

—Inspector, ¿está bien? —Jesusito lo miró de reojo mientras conducía despacio.

—Bien chaval, bien, estoy bien. Tú ve contando lo que ves.

—Eso está hecho. Han cruzado los coches sobre la carretera y solo se puede continuar si hacemos un zigzag, y también han puesto unas…

—Jesusito, habla pero con cuidado. Y calla cuando estemos cerca.

—Inspector, que no soy ningún niño ni un estúpido.

Blanes rio para sus adentros.

—Claro Jesusito. ¿Puedes ver qué cuerpo es?

—¿Cómo que qué cuerpo?

Santi meneó la cabeza.

—¿Policía Nacional, Guardia Civil, Policía Local?

—Ah… ¡Son pitufos!

Esta vez el turno de preguntas le correspondía a Blanes.

—¿Cómo qué pitufos?

—Locales, inspector, van de azul, Policía Local de Alicante. Estamos cerca, a unos cincuenta metros. Ya no voy a decir nada más, no sea que me vean hablando.

—Muy bien, tú tranquilo y sobre todo no cometas ninguna tontería. Recuerda, obedece a todo lo que te digan y tal vez tengamos suerte —Blanes cerró los ojos y repitió—. Jesusito no se te ocurra hacer una locura.

Santi suspiró, sabiéndose en manos del chaval. Al poco, los destellos azules y pálidos de las sirenas barrieron el maletero. El coche se detuvo y escuchó como el joven bajaba la ventanilla.

—¿Dónde va usted? —era una voz autoritaria la que preguntó.

—A casa de mi tía, a devolverle el coche.

A Santi le pareció que iluminaban el interior del vehículo con una linterna.

—¿Dónde vive?

—En Campello.

—¿Lleva documentación?

—¿Quiere que se la enseñe?

—No hace falta. ¿Qué lleva ahí detrás?

—¿En el maletero?

El policía debió asentir con la cabeza porque no lo escuchó pronunciar ninguna palabra salvo la respuesta de Jesusito.

—Estuve con mi padre esta mañana en el campo recogiendo aceitunas. Llevo unos capazos, los plásticos para recogerlas, y por supuesto las aceitunas. Si quiere se lo enseño.

—Está bien, circule —aquellas palabras le parecieron música celestial a Santi Blanes.

Coño Jesusito, al final vas a ser resultar un fichaje de primera.

Habían pasado Villajoyosa y estaban ya cerca de Altea cuando el joven volvió a hablar.

—Inspector, ¿qué tal? —parecía orgulloso—. ¿Cómo lo he hecho?

—Muy bien, tenías razón, eres una gran ayuda.

Nadie sabía quién era Jesusito ni nadie lo esperaba y lo que era todavía más importante, nadie lo podía vincular con Santi Blanes. Un comodín imprevisto que a veces ofrecía el destino.

Blanes se quitó finalmente la manta y se incorporó.

—Inspector, se acerca tormenta —el joven señaló hacia el mediterráneo.

Blanes vio un cielo tejido de relámpagos a lo lejos.

—Sí, parece que va a caer una buena.

Al final todo quedó en unas pocas gotas sueltas y las nubes alejándose hacia el norte, por el mar. Habían abandonado la autopista y el Opel serpenteaba cuesta arriba por las laderas de la sierra de Bernia. Pronto enfilaron una pequeña carretera de grava fina pincelada por pinos que llevaba a la parte más alta de la montaña. Iban rumbo a la lujosa villa. La zona estaba desierta a aquellas horas. Las luces de las farolas solitarias dibujaban apenas la silueta del coche a su paso. Por fin la vieron. Parecía sacada de una revista de arquitectura, situada sobre una ladera, hacía prevalecer su estructura blanca rectangular por encima de la vegetación natural. Al fondo, el pueblo de Altea con sus casas blancas, la cúpula azul bizantina de la iglesia en el centro y el macizo del Albir que se elevaba de forma majestuosa por detrás, bajo el reflejo de una luna que ya asomaba débilmente entre las nubes. Desde aquel promontorio, en días de cielo despejado y soleado, las vistas debían ser envidiables.

Blanes le indicó al joven que aparcara al final de la calle, en una zona sin iluminación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jesusito.

—Esperar y observar.

Media hora más tarde se oyó el rumor de un vehículo que se aproximaba. Al poco, avistaron las luces de un automóvil cortando la noche.

—Agáchate —ordenó Blanes.

El coche aparcó y de él descendió un individuo con deportivas, vaqueros, un anorak oscuro y capucha. Tenía un cuerpo bastante

atlético, juvenil, aunque entre la distancia y la falta de luz, era complicado hacerse una imagen real. El hombre, miró a ambos lados de la calle, abrió la puerta y desapareció tras ella. En unos segundos el chalet se iluminó. Santi estudió el muro que rodeaba la villa. La calle estrecha que serpenteaba montaña arriba, por el lateral, también estaba desierta.

—Sígueme.

La recorrieron hasta avistar lo que parecía la fachada posterior de la casa. Santi se llevó la mano a la cabeza, a la parte recién suturada.

—Inspector, ¿le duele?

Aunque Blanes negó, no debió de resultar muy creíble.

—Ande, déjeme a mí.

Jesusito se aupó a lo alto del muro.

—¿Qué ves?

—Poco.

Jesusito asió una rama que le sirvió para plantarse de un ágil salto al otro lado.

—¿Pero qué coño haces? —preguntó Santi, aunque ya era demasiado tarde.

Jesusito tragó saliva. El inspector no le había dicho que saltara, pero sentía que si de verdad quería ayudar, ese era la única forma. Se le había empequeñecido el estómago y tenía ganas de orinar. Andaba sin estar muy seguro de lo que se esperaba encontrar en aquel chalet. Por un momento se le ocurrió que podría haber algún perro. Le temblaron las piernas. Desde pequeño les tenía pánico, cuando siendo niño un chucho le dio una dentellada en el gemelo al irlo a acariciar. Pero pasados unos instantes, confirmó que aquel lugar estaba muerto: no se escuchaba ni un murmullo. El jardín era más amplio de lo que parecía desde fuera. Pasó entre las palmeras y buganvillas que lo adornaban hasta ganar la fachada posterior de la casa. Se escondió detrás de un tupido seto y estiró con cuidado la cabeza por un resquicio del mismo. A través de un gran ventanal, distinguió al sujeto que había aparcado el coche en la calle. Estaba sentado en un sofá, con un refresco en la mano y veía la televisión. Parecía relajado. El resto de ventanas estaban oscuras excepto una pequeña cristalera escondida en la parte posterior. Jesusito llegó hasta allí y, ocultando el rostro de la claridad que salía, asomó la mirada al interior. Había una mujer tumbada en la cama, extrañamente inmóvil, con los ojos abiertos. Le pareció atractiva y los rasgos le resultaban vagamente familiares, aunque no acertaba a descifrar de qué. En la mesita de al lado había una bandeja con un vaso de agua y algo de fruta. Se detuvo a observarla de nuevo con detenimiento. Se estremeció, reprimiendo un juramento.

Está atada de pies y manos al cabezal y al somier.

Una sombra cruzó frente a ella y Jesusito dio un respingo. Le faltó poco para perder el equilibrio y golpear el cristal con la cabeza. Un sudor frío le recorrió la espalda. A lo mejor no era tan héroe como había pensado inicialmente. Una vez había leído que el miedo era una emoción imprescindible para protegernos de los peligros y que tener miedo y ser capaz de superarlo, era la auténtica prueba de valentía. El chico comprobó que era el hombre con el anorak de capucha del salón. No parecía que hubiera nadie más en la casa.

Se acercó a la mujer. Le dijo algo, pero ella permanecía quieta, como indiferente a lo que le decían. El hombre le quitó las ataduras de las muñecas y le ofreció un vaso de agua. La mujer le daba largos tragos mientras el hombre continuaba hablando. Ella permaneció en silencio, sin despegar los labios ni una sola vez.

El hombre aguardó unos segundos erguido al lado de la cama, como si esperara una respuesta o alguna petición, pero la mujer se había recostado de nuevo. La ató otra vez, sin que ella opusiera ninguna resistencia, apagó la luz y se fue. *Joder, el inspector tenía razón, va a ser Cecilia*. Jesusito, se retiró de la ventana, a toda prisa, deslizándose de nuevo a través del jardín hasta encontrar el árbol que le había servido para pasar el muro. Al saltar al otro lado, el Santi Blanes lo estaba esperando con una mirada dura, amenazante.

MADRID – OCTUBRE 2009

3

Clara Sánchez se miró las manos y juntó las palmas apretando los dedos. *Ya no tiemblan. ¡Por fin!* Finalmente había sacado la rabia y el rencor acumulado durante tantos años. No se encontraba triste ni deprimida. Se lo impedía tal vez estar de nuevo sentada en su cama, con la luz de la lámpara que siempre le había acompañado las largas noches que no podía conciliar el sueño. Nada había cambiado, los peluches seguían cada uno en su sitio, como testigos de un tiempo pasado que se resistía a morir. Los muebles eran los mismos, lo delataba su decrepitud: la mesa de estudio seguía con la pata rota, apoyada en una cuña de madera y el muñeco del perro había perdido el color, pasando de un rojo intenso a una crema pálida. Se puso a reflexionar en voz baja, igual que los últimos veinticinco años.

—Sí papá, supongo que por eso he vuelto —dijo con un susurro apenas perceptible—. A hacerte pasar un mal rato. ¿Acaso tú que sí pudiste arrancar de tu memoria el daño que me causaste? ¿Lo borraste todo? Yo no. Ni un solo día. Tú me tenías que haber protegido y en lugar de ello te convertiste en un monstruo. Te he perdonado, pero no olvido —tuvo un acceso de risa histérica—. Te he perdonado para poder seguir con mi vida. Y tú, mamá, ¿realmente no sospechabas lo que pasaba? Por eso cuando me llamabas por teléfono y oía tu voz, colgaba. «Hija, eres tú…». *Clic*. «Clara, estás…». *Clic*. Por eso jamás te devolví una llamada ni te escribí una carta. Yo rompí todas las tuyas sin tan siquiera abrirlas. Supongo que ahora, al admitir vuestra culpa después de tantos años, he podido perdonaros. ¿Pero, sabes una cosa papá? Con todo el odio que te tuve ahora no puedo más que sentir pena y compasión.

—Hija, ¿quieres algo? —le dijo desde el marco de la puerta con la miraba triste.

Las palabras de su madre la sacaron de su ensimismamiento.

—Sí, debo resolver un caso y necesito su ayuda.

La apartó y volvió a la salita. La mirada del inspector Sánchez se endureció al verla entrar.

—Tranquilo, no he venido a hurgar donde no hay nada que hurgar —Clara sonrió con tristeza.

Su padre parecía meditar con mucha calma lo que le iba a decir.

—En el fondo, tú y yo no somos tan diferentes —dijo él finalmente con un gesto duro.

—¿Ah, sí?

—Pues claro, ¿piensas que no sé para qué has vuelto? Estás aquí para conocer quiénes son los de la fotografía. ¿O me equivoco? Yo también era como tú, pero lo dejé todo hace ya muchos años. Ahora

estás empeñada en ayudar a ese inspector que sale todos…

—Tú y yo nunca hemos sido iguales —le interrumpió ella.

—Clara, Clara…, anda, siéntate.

Ella se calló porque en efecto necesitaba su ayuda y se sentó en el sofá a su lado. La piel estaba desgastada y descolorida, como toda la casa, como la de su padre.

—Las respuestas que estás buscando las encontrarás donde siempre. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

—No tengo la menor idea.

Su padre se inclinó un poco, con cierto aire de confidencia.

—De los de arriba, de los que dirigen al resto como muñecos de guiñol de una pieza de teatro de la que no quieren formar parte y que ni tan siquiera conocen. De los políticos y de la gente poderosa que mueve los hilos del país. Y si te metes con ellos, te arriesgas a que acaben con lo que más quieres.

—¿Incluye asesinar a inocentes y violar a mujeres?

Su padre rio fríamente y retiró el rostro, que había acercado al de Clara.

—Incluye cosas todavía mucho más terribles.

—Aquello eran otros tiempos, ahora estamos en el siglo XXI. Papá, tu época de grandeza y de atrocidades ya pasó a la historia.

—Lo mismo se decía de la guerra en Europa. Que la segunda guerra mundial sería la última que se libraría en suelo europeo. Que la lección se había aprendido. ¿Qué pasó en la ex Yugoslavia? Asesinatos en masa, violaciones, una guerra salvaje entre pueblos que no se supo detener a tiempo. ¿De verdad piensas que será la última? Clara, las cosas no han cambiado. La ambición y el ansia de poder del ser humano no cesará por mucho que nos encontremos en el siglo XXI. Habrá más guerras en el futuro. Guerras mucho más terribles.

—Gracias por la lección acelerada de historia.

El hombre negó con la cabeza.

—Clara, yo te protegí de ellos.

—¿De qué me estás hablando?

Sánchez sonrió con malicia.

—Da igual. Supe controlarlos y protegerte. Es cierto que todo tendría que haber sido diferente. Algún día lo entenderás.

—Pues como no te esfuerces en explicarte mejor…

—No puedo —se intentó incorporar pero las fuerzas no lo acompañaban—. Te intenté avisar pero no me escuchaste. Si te enfrentas a esas personas, ellos ordenarán la muerte de todos aquellos que se impliquen en la aventura contigo y se asegurarán de no dejar ningún cabo suelto. Es su trabajo y son los mejores en ello.

Clara se levantó.

—Papá ¡estoy viva de milagro! Intentaron acabar conmigo. Desde

el último día que vine a esta casa no he hecho más que huir —el dedo lo señalaba en actitud amenazante—. Huir de ti, huir de todos, desaparecer.

El hombre sacudió la cabeza.

—Vuelve a casa con nosotros. Tu madre te necesita en compensación por todos estos años de ausencia.

—¿Vas a cuidar ahora de mí, papá? ¿Vendrás a la cama a darme un beso de buenas noches?

El inspector Sánchez se retorció en el sillón y la respiración silbante se empezó a expandir de nuevo por la habitación.

—Si quieres protegerme, dime quiénes eran los de la fotografía. ¡Te lo ordeno! ¿Quiénes eran los que acompañaban al juez aquel día soleado en el Parque del Retiro?

El hombre resoplaba y sus labios empezaron a adquirir cierta tonalidad violácea. Su madre que debía estar afuera escuchando llegó con pasos cortos pero apresurados y lo conectó al respirador.

—Hija —le dijo con cierto reproche—, déjale descansar un rato. Está muy alterado.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

4

Inés Hudson observó como el comisario salía acompañado por una mujer que debía rayar los cincuenta y tantos, obesa, embutida en unos pantalones vaqueros ajustados, a punto de reventar y con zapatos de tacón. Allí, protegidos de la lluvia bajo el techo saliente del edificio de la comisaría, Muñoz no dejaba de hablar y gesticular con ambas manos y la mujer aparentaba asentir a todo lo que le decía, la cabeza gacha.

Así que tú debes de ser Luengo.

Apenas caían ya unas cuantas gotas sueltas y una ligera neblina brillaba al fulgor de las farolas. La agente cruzó la calle rodeando un par de vehículos que estaban parados en un pequeño atasco. El comisario arqueó las cejas al verla llegar y dejó de hablar a la mujer.

—Agente Hudson —Muñoz carraspeó—. Pensaba que se había ido ya. Me gustaría presentarle a Luengo.

La mujer pareció forzar una sonrisa.

—Encantada —Inés le tendió la mano y apretó unos dedos gruesos.

—Le estaba informando que desea hacerle unas preguntas y que, por supuesto, maneje este encuentro de forma confidencial.

Luengo tenía unas bolsas oscuras bajo los ojos y un pelo rubio oxidado con unas raíces negras que delataban la falta de tinte desde hacía varios días.

—Encantada —y miró de reojo a Muñoz, como si tuviera que concederle el beneplácito en cada una de sus acciones.

Inés se deshizo rápidamente del comisario y convenció a Luengo para ir a tomar algo. Por un lado quería llevarla a un ambiente más íntimo, a ver si la oficial se relajaba, pero además no había parado en todo el día, desde el madrugón para coger el tren; por si fuera poco, el estómago le rugía con fuerza. Era conocedora del auge en los últimos años de la gastronomía alicantina, desde ese año la provincia contaba por primera vez con un dos estrellas Michelin en Denia y había leído que el producto fresco de la bahía y los arroces componían los platos más demandados de la capital.

—Luengo, ¿tu nombre es…?

—Victoria —respondió lacónicamente, casi en guardia.

—Victoria, ¿te parece que nos tuteemos?

La mujer emitió una risa corta y aguda, como la de una cotorra, y por primera vez relajó sus facciones.

Inés aprovechó el trayecto hasta el bar que Luengo había elegido como el más apropiado para probar los platos típicos alicantinos, para interesarse por detalles que no tenían nada que ver con la investigación. Conocía bien su trabajo: lo primordial era ganarse la

confianza de la otra persona para que se abriera. A partir de ahí, el trabajo se facilitaría, y mucho.

Enfilaron la calle peatonal de Castaños, que empezaba a animarse tras la tarde desapacible y donde numerosos bares de copas y restaurantes se habían establecido convirtiendo esa arteria y las colindantes en una de las principales zonas de marcha de la ciudad. Según le explicó Luengo, los fines de semana era prácticamente imposible conseguir mesa. Entrar en los pubs a partir de las cinco de la tarde era cruzar una puerta del tiempo que te transportaba automáticamente a las noches de fiesta loca. «El mejor "tardeo"», dijo con cierta guasa.

Pasaron junto al Teatro Principal, de estilo neoclásico y con un suntuoso pórtico de seis columnas dóricas. Del frontón triangular colgaban unos grandes carteles anunciando los estrenos previstos en fechas próximas. La actriz Concha Velasco iba a actuar en *La vida por delante*, una producción que Inés ya había visto en Madrid. Le había encantado y sorprendido por igual. A pesar de narrar la vida de Momo, un niño árabe que vivía en la pensión de la señora Rosa, una exprostituta judía superviviente de Auschwitz, que recogía a niños abandonados en un suburbio de Paris, la obra destilaba toques de actualidad por todos sus poros.

Inés reparó entonces que Alicante era una ciudad con más vida de la que se había esperado en un principio. Cruzaron la avenida de Alfonso X el Sabio justo por enfrente del Mercado de Abastos. La parte posterior del edificio la poblaban multitud de bares que Inés dedujo se debían abastecer a primera hora de la mañana de género fresco y de primera calidad provenientes de los puestos cercanos.

—Entremos aquí —propuso Luengo.

El local daba directamente a la plaza. Parecía más un bar, sin pretensión de ser un restaurante. Tenía unas pocas mesas dentro y el eje principal lo componía una barra con vitrinas repletas de productos del mar. Para ser un día entre semana, ciertamente estaba muy concurrido.

La camarera, una mujer en la cuarentena y de origen sudamericano, apenas les dio tiempo a sentarse y ya había tomado nota de las consumiciones y se las había acercado a la mesa. Un refresco de Cola para Luengo y una cerveza para Hudson.

Las dos hicieron caso de Pepi, que tras la barra les había sugerido que empezaran con un plato de marisco hervido, que incluía cigalas, quisquilla y langostino y una ensalada de tomate de Muchamiel y salazones. «Para abrir boca», habían sido sus palabras.

Ya con la comida sobre la mesa, Inés convenció a Victoria para tomar un vino blanco que debía acompañar a la perfección aquellos manjares del mediterráneo. La agente del CNI observó la bandeja con

el marisco hervido.

—En el norte son bastante más grandes —dijo señalando a una de las cigalas que parecía haber adoptado una actitud desafiante con las pinzas apuntando hacia ella.

—Ya, pero aquí tienen más sabor.

Inés no recogió el guante y se reservó su opinión hasta catar el género.

—Voy a probarlo primero.

Todo estaba apoteósico, pero si debía elegir entre los tres contendientes que se disputaban el espacio de aquella fuente, se hubiera decantado por las quisquillas sin lugar a dudas. Sabrosas y prietas, en su punto de sal y con todo el frescor del mediterráneo.

—Esta gambita está deliciosa —confirmó mientras sorbía con fuerza una de las cabezas.

La camarera trajo unas servilletas perfumadas con colonia y la botella de vino blanco. Inés propuso un brindis.

—Por nosotras, nos lo hemos ganado tras un duro día de trabajo.

—Por nosotras —y las copas chocaron.

Tras darle un largo sorbo, Luengo se quedó mirándola fijamente, como si su cabeza estuviera en otro sitio, hasta que por fin preguntó.

—Entonces, ¿de Madrid? ¿Del Centro Nacional de Inteligencia?

Para recibir, primero hay que dar, pensó la agente Hudson, con una actitud totalmente contraria a la que había adoptado con el comisario.

—Sí, como comprenderás, no es habitual que intervengamos en este tipo de asuntos policiales. Sin embargo, en este caso, hay ciertos elementos que nos han hecho sospechar.

—¿Sospechar de qué? —había bajado el tono de voz y sus ojos se entrecerraron con un aire conspiratorio.

—Victoria, como puedes entender es información confidencial y no puedo decirte mucho. Acércate.

Luengo acercó sus mejillas y amplia papada hasta ella.

—No estamos convencidos de que el asesino de Magdalena de Pombo y Soto sea aquel ciudadano rumano que falleció en el hospital —dijo Inés entre dientes—. Tenemos algún indicio de que el origen de todas esas muertes pueda ser otro, uno de dimensiones mucho mayores. Pero ahora, déjame preguntarte algo.

La oficial de policía se replegó de nuevo en la silla.

—Adelante.

—¿Conoces bien al inspector Santi Blanes?

Luengo tomó la copa y la apuró antes de hablar.

—He trabajado con él desde el año… —se quedó pensativa durante unos segundos—, sí desde el año noventa y dos, justo un par de meses antes de que empezaran las olimpiadas de Barcelona. Te puedo asegurar que es el mejor inspector de homicidios que he conocido. Es

el mejor policía con el que se puede trabajar —la mujer se mordió el labio—. Un hombre con sus imperfecciones, como todos, como tú y como yo, pero recto y muy profesional.

Inés recordó las fotos que le tomaron en el interior de la sucursal bancaria. *Desde luego, perfecto no es*. La agente le sirvió otra copa de vino a la oficial de policía.

—¿Por qué entonces se habría dado a la fuga?

La mujer frunció el ceño y bajó la vista, como concentrada en la elección de una gamba. Le salvó la camarera que en ese justo instante vino a retirar la fuente repleta de cáscaras, pinzas y cabezas de marisco aplastadas.

—¿Qué les ha parecido?

—Dígale a la mujer de la barra que tenía razón, de once sobre diez —dijo la agente.

—¿Y el salazón?

Inés miró la ensalada. Además de las aceitunas partidas y un par de cebollas en vinagre, blancas con tonalidades rojizas, acompañaban al plato unas finas lonchas de color naranja y granate. Tomó uno de los trozos y lo examinó al trasluz, debatiendo sobre si la ingesta de semejante cosa era una buena idea.

—¿Qué es?

—Hueva y mojama, en Galicia esto no lo conocen, ¿verdad? —dijo la mujer antes de marcharse.

Carallo, sí que se nota mi acento, pensó para sus adentros Inés Hudson.

—Creo que Santi Blanes es inocente de lo que le acusan —confesó en voz baja Luengo—. Todo lo que te voy a contar es confidencial, ¿verdad Inés?

5

Santi Blanes hubiera dado media vida por poder fumarse un cigarrillo el tiempo que Jesusito se perdió dentro de aquel chalet. Durante la espera había ido a buscar la bolsa al coche y ya había acoplado el supresor de sonido y acerrojado una bala en la recámara de la Walther. Todo rápido y eficaz. Se había dado otros cinco minutos y si el chaval no volvía, ya tenía previsto saltar al interior. Sentía como si una prensa le oprimiera la cabeza con la intención de hacérsela estallar, cuando vio una cara pálida y unos ojos inquietos encima del muro.

Jesusito se dejó caer del muro con una agilidad sorprendente y le contó lo que había visto. Tenían a una chica joven encerrada en contra de su voluntad, atada a una cama. La custodiaba el hombre al que habían visto aparcar el coche un rato antes. Parecía desarmado y miraba la televisión, salvo cuando se había acercado a dar de comer y beber a la mujer.

—¿La chica, está bien? —preguntó Santi.

A lo cual el chico contestó moviendo afirmativamente la cabeza varias veces, confirmando que le parecía que estaba en perfecto estado. Tras contarle que el hombre había vuelto al sofá del salón para seguir viendo la tele, sin aparentemente tomar ninguna otra precaución, Blanes supo que había llegado el momento. No esperaban la visita de nadie, y mucho menos su presencia.

—Jesusito, escucha bien lo que te voy a decir.

—Dígame inspector.

—Vas a volver al coche y vas a mirar la hora. Si veinte minutos después de que yo entre en ese chalet no he salido, coges el teléfono y llamas al 112. Les das la dirección exacta en la que estamos y les dices que has escuchado una pelea y tiros en el interior de la casa.

—Pero…

—Ni peros ni hostias —movió una mano tajante—. Eso es lo que vas a hacer. Luego llamarás a tu tía, le contarás lo mismo y arrancarás el maldito coche para volver directo a tu casa. ¿Has entendido?

El joven asintió trémulo, incapaz de decir nada. Santi dejó la pistola en lo alto del muro y se giró hacia él.

—Venga, ayúdame a subir.

No lo inundaba la habitual oleada de tensión y placer que le acompañaban cuando se requería acción. En su lugar, sentía un martilleo constante en la cabeza, como si estuviera a punto de explotar, lo que le dificultaba tomar las decisiones con rapidez.

Una vez en el interior eligió las sombras más espesas de los árboles para acercarse con sumo sigilo a la casa. De camino se tuvo que

apoyar en un par de ellos, para recuperar el aliento y centrar sus pensamientos. El martilleo de la cabeza no lo abandonaba. Llegó hasta un seto desde donde se vislumbraba la esquina iluminada. El hombre seguía en el salón, iluminado por la débil claridad de una lámpara de techo. Se encontraba recostado con los pies sobre la mesa y veía la televisión en una gran pantalla. El resto de la vivienda estaba a oscuras, incluido el ventanuco de la parte posterior donde Jesusito le había comentado que estaba encerrada la mujer.

Aquella era una casa discreta para retener a un rehén, sin levantar sospechas. Alejada de miradas de curiosos y a nombre de una de las sociedades donde la esposa de Pelayo Pellicer era la principal accionista. Todo encajaba en el puzle del secuestro de Cecilia.

Santi comprobó que el arma estaba cargada y la volvió a empuñar. Tenía calor y ese terrible dolor de cabeza, *bum*, *bum*, *bum*, que martilleaba su cabeza de forma insistente. Con mucha precaución, procurando pisar de puntillas, fue hasta el porche. Se encontraba unos metros por detrás del hombre. Subió un par de peldaños y se detuvo bajo un gran ventilador que colgaba del techo. Pudo escuchar cómo el desconocido reía con el programa de televisión que estaba viendo. Respiró despacio, hondo, para oxigenarse los pulmones y se dispuso a continuar. *No puedo fallar*, se repitió mentalmente.

Iba a tocar con la pistola sobre el cristal cuando el rostro del hombre se apareció ante él, como si hubiera sido activado por un resorte. Esta vez sí que pudo verlo bien: pelo castaño claro, casi rubio, de piel blanquecina, pero de aspecto fornido, con un cuello de toro y el brazo derecho completamente tatuado. Iba en vaqueros y llevaba una camiseta negra ceñida a un torso musculoso. Santi le apuntó con el arma y le hizo un gesto con la mano izquierda para que no se moviera. Iba a correr la cristalera cuando el joven se adelantó, la abrió y le empujó. Santi rodó hacia atrás pero mantenía la pistola en la mano.

—¡Alto, detente! —gritó.

Le apuntaba desde el suelo, pero sabía que no debía disparar hasta comprobar si Cecilia estaba en esa casa o qué demonios estaba ocurriendo en aquel chalet. Blanes se incorporó y vociferó de nuevo la orden de que se detuviera, aunque el hombre estaba ya abriendo la verja de salida. Entonces se puso a correr pero un mareo le obligó a pararse. Tras un par de bocanadas de aire, reemprendió la persecución. Cuando por fin alcanzó la calle, vio como unos metros más adelante, una sombra salía como un obús y derribaba al desconocido con un placaje de rugby profesional a la altura de las rodillas. El golpear de los cuerpos contra el asfalto sonó como un crujido seco, *croc*. Jesusito intentaba inmovilizar al sujeto pero este se revolvió y le lanzó un puñetazo desde el suelo que derribó al

muchacho. *Maldito hijo de puta*.

Blanes los alcanzó y cuando el joven de pelo rubio y cuello fornido, intentaba incorporarse, Santi le dio un tremendo puntapié. Fue directo a la mandíbula. Una pieza dental salió volando bajo la tenue luz de la farola. Las dos patadas siguientes tuvieron como objetivo las costillas. Iba a propinarle un tercer golpe en la cabeza cuando unos brazos fuertes lo sujetaron por la espalda y lo apartaron.

—Déjelo ya, inspector —susurró Jesusito, que ya tenía un hematoma visible en el pómulo izquierdo, donde había recibido el puñetazo.

Blanes se pasó la palma de la mano por la nariz. Desde el suelo el hombre gemía y mascullaba algo en lo que parecía ruso.

—Quítate el cinturón y átale las muñecas a la espalda —Santi le apuntaba con el arma a la cabeza—. Bien fuerte —le dijo a Jesusito.

Cinco minutos más tarde estaban los tres otra vez en el interior de la vivienda. Jesusito empuñaba un revólver y apuntaba a la rodilla del hombre que tenía las manos inmovilizadas por el cinturón a la espalda, los tobillos atados a los pies de la silla y una bola de trapo dentro la boca. Tenía el rostro enrojecido y los ojos vidriosos.

—Si intenta algo, le disparas —le dijo Santi—. Si con el primer tiro a la rodilla no es suficiente, el segundo al pecho.

Jesusito asintió.

Santi Blanes fue abriendo las puertas con precaución, una tras otra. Había tres, y la primera resultó ser un cuarto de baño. En ninguno de los dormitorios encontró a nadie más. Atravesó la cocina, y al fondo, había otra portezuela, de peor calidad, como si se tratase de una despensa o algo similar. La única luz provenía de la lámpara del salón. Santi se detuvo frente a ella, puso la mano en el picaporte y abrió despacio. Dentro estaba oscuro. Tanteó con su mano izquierda sobre la pared mientras mantenía la pistola en la derecha, y pulsó el interruptor. Cuando la bombilla que colgaba de un cable del centro de la habitación se encendió vio a su hija Cecilia tendida boca arriba, vestida y atada de pies y manos al somier. Había alzado un poco la cabeza y lo miraba con ojos aturdidos, mezcla de sueño y sorpresa.

—Ahora vuelvo —le dijo Santi con el corazón acelerado.

Tenía que asegurarse que en la casa no había nadie más. Tan sólo le quedaba revisar el sótano. Bajó y echó un vistazo.

¿Pero qué cojones es esto?

Aquel lugar parecía sacado de una retorcida película de Hollywood pornográfica y de explotación sexual. Era un lugar repulsivo.

En ausencia de ventanas, el centro lo ocupaba una gran cama entre dos grandes focos orientables y un trípode desde el cual se realizaban las filmaciones. Unas cadenas gruesas de hierro colgaban del techo a través de unas poleas. Abrió un arcón y se encontró con todo tipo de

lencería, ropa y máscaras en cuero y un arsenal de juguetes eróticos y artilugios para practicar sadomasoquismo. Lo que hizo que realmente se le revolviera el estómago fue cuando abrió una funda plegable de piel repleta de cuchillos de todos los tamaños. Gracias a la película Tesis que había visto años atrás sabía que las grabaciones *snuff* consistían en filmar escenas cortas de torturas que incluso podían llegar a la muerte. Blanes nunca se había planteado que existieran de verdad degenerados de tal calibre, y que encima semejantes cabrones pudieran ser alguien como tu vecino de al lado. Aquel antro —se dijo, dando unos pasos y pasando las manos por los objetos—, sin ningún margen de duda, reunía las condiciones necesarias para cometer esas atrocidades. Blanes sintió un ligero mareo y por poco vomitó. Antes de salir, rebuscó de forma rápida a ver si encontraba por los muebles de la sala alguna cinta de vídeo, alguna prueba, pero aquellos malnacidos se habían encargado de no dejar ninguna evidencia. Se estremeció pensando que tal vez habrían podido bajar su hija a aquel sótano. El odio prendió como una mecha en su interior, e invadió cada célula de su cuerpo. *Está embarazada*. Apretó con fuerza la pistola. Ya no sentía el dolor de cabeza, solo la rabia que se había apoderado por completo de él.

De regreso a la planta de arriba fue corriendo hasta la habitación de Cecilia. Se cruzó con Jesusito y el joven a quien habían reducido y maniatado. Llevaba una cadena de oro macizo con una cruz cristiana ortodoxa por encima de la camiseta.

—Más te vale no haberle tocado ni un pelo —dijo Santi en voz alta.

El joven le miró con los ojos entreabiertos y cierta expresión de estupor. «Te voy a despellejar vivo, hijo de puta», eso se lo dijo solo con la mirada.

Santi entró en la habitación y cortó las ligaduras de su hija con un cuchillo que había cogido al pasar por la cocina. Cecilia lo miraba sin decir palabra. Estaba pálida, pero no tenía ni una sola marca de violencia física visible. Le pareció aún más indefensa. La tomó entre sus brazos.

—¿Estás bien?

Ella lo miraba como si le costase trabajo reconocerlo. Blanes se dio cuenta entonces de que en la mesita, junto al agua y la fruta, había un par de botes de somníferos y tranquilizantes. Se sentó a su lado y con mucho cuidado le ayudó a que se bebiera el vaso. Cecilia parecía recuperar poco a poco la conciencia.

—¿Por qué? —fue lo primero que balbuceó—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Lo siento, lo siento de verdad —fue todo lo que alcanzó a decir. Tenía un nudo en la garganta y los ojos húmedos. La abrazó más fuerte contra su cuerpo y luego le cogió con las dos manos la cara—.

¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

Cecilia empezó a llorar con la cara apretada contra el pecho de Santi Blanes que no pudo reprimir las lágrimas.

MADRID – OCTUBRE 2009

6

Clara se retiró de nuevo a su habitación y cerró la puerta. Aunque el inspector Sánchez estuviera al borde de la muerte, no iba a dejarlo en paz tan fácilmente. Tenía que conseguir sonsacarle quiénes eran los de la fotografía y por qué insistía en que se mantuviera alejada de ellos. ¿Eran realmente tan peligrosos? ¿Qué sabía y le había ocultado esos últimos días? ¿Pero fundamentalmente, qué demonios tenía que ver en todo el embrollo?

Apartó un par de peluches y se sentó en la cama. Movía la pierna derecha, la punta del pie apoyada contra el suelo y con la rodilla que subía y bajaba a toda velocidad en un continuo vaivén. Se levantó para abrir el primer cajón de la mesa de estudio. *Es increíble, todo sigue igual que cuando me fui*. Ese era el compartimento destinado a almacenar todo el material del colegio. Con mucho cuidado fue sacando cada uno de los objetos. Primero fueron los mapas de España en plástico duro y a diferentes colores para aprenderse la geografía del país, las delimitaciones de las comunidades autónomas y provincias, los ríos, las montañas y demás accidentes geográficos. Luego el estuche de lápices Alpino. Clara observó la caja. Todavía le faltaba uno de los carboncillos, el de tono marrón y, sus colores preferidos, el verde y azul marino, eran los más desgastados. Allí seguía su sacapuntas con forma de ratón, la goma de borrar de Milan y hasta un tubo rojo de pegamento a medio usar.

El siguiente cajón contenía las libretas que tuvo que abandonar al comienzo de curso por su repentino y forzado cambio al internado. Recordaba como si fuera ayer mismo, aquella tarde lluviosa de septiembre que se había pasado forrando con partes de la revista *Superpop* y papel celofán toda la gama de cuadernos para el curso entrante. Clara ojeaba una a una las fotografías recortadas mientras rememoraba una época que ya no volvería jamás. Mecano, Los Pecos, Miguel Bosé… Sus amigas del colegio… Miles de recuerdos se amontaban en su mente, un torbellino de pensamientos que revoloteaban en un zigzag continuo por su cabeza. *Qué distinto podía haber sido todo.*

Por su culpa, por la de ambos, su vida había dado un giro brutal de un día para otro. Clara se había esforzado insistentemente en olvidar un pasado que, por mucho empeño que pusiera en evitarlo, la asaltaba de forma recurrente.

Le quedaba por revisar el último de los cajones. No pudo reprimir un grito cuando comprobó lo que contenía. Su madre abrió la puerta apenas un par de segundos después. Debía estar al acecho al otro lado, deseosa de saber algo de ella. En eso, no había cambiado.

—Hija, ¿qué ocurre?

Clara no podía hablar. Estaba ahí, delante de sus narices, en el cajón de la mesa de su habitación. Todos esos años pensando que alguien se lo había robado en el internado, para jugarle una mala pasada. Jamás habría podido sospechar que la persona responsable de la desaparición podía ser su propio padre.

—¿Tú sabías esto? —su dedo señaló hacia el cajón abierto.

—Clara, ¿a qué te refieres? —la voz de su madre volvía a tener esa nota de aprensión y temor.

Entonces sacó el diario de tapa dura en tonalidades cremas, que conservaba el candado con llave para que nadie pudiera leerlo cuando lo cerraba. Su madre arqueó las cejas y se acercó para ver bien de qué se trataba.

—Por Dios mamá, habéis sido unos auténticos monstruos.

—Clara, ¿qué es? ¿Un diario?

—Me lo regaló la abuela, cuando tenía doce años.

La mujer parecía zozobrar en sus recuerdos, sin resultado satisfactorio.

—El día anterior a mi doceavo cumpleaños fuimos a verla a la residencia. La abuela estaba sentada en aquella silla, haciendo punto de cruz. Había un hombre mayor, a su lado, en una silla de ruedas. No dejaba de aullar, no sé si bien si de pena, o de dolor, o una mezcla de ambas, lo que sí sé a la perfección es que me daba mucho miedo. En la mesa de enfrente había otro anciano al que le faltaba una pierna, y que mantenía la cabeza apoyada entre sus manos, con los ojos cerrados. Dios mío, nunca he podido quitarme de la cabeza aquella escena. Nos sentamos a su lado, pero ella, que era la que mejor me conocía de todos, dijo que mejor saliéramos al jardín, a dar un paseo. ¿No lo recuerdas mamá?

La mujer no abrió la boca pero por su mirada huidiza parecía admitir que sí, que claro que lo recordaba.

—La abuela me cogió del brazo y salimos afuera de aquella sala, al menos para mí, tan espeluznante. Anduvimos un rato. Hacía una tarde soleada y nos sentamos a la sombra de un alcornoque con una copa inmensa. Ocupaba prácticamente todo el jardín. Ella siempre se acordaba de mi cumpleaños, y sacó el regalo con su gran sonrisa. «Ahora que ya eres toda una mujercita, deberías empezar a usar esto». Cuando lo abrí, me hizo muchísima ilusión.

Clara se quedó mirando a su madre fijamente. La mujer seguía sin decir palabra, pero sus ojos mostraron un brillo especial. Se limitó a asentir levemente con la cabeza.

—Aún recuerdo sus palabras. Me dijo que escribir en el diario me ayudaría a entender lo que sentía y me sería de gran ayuda para desahogarme de preocupaciones. Cuánta razón tenía la mujer —no

pudo controlar un suspiro—. Tú no le hiciste mucho caso, por lo que veo, pero para mí fue muy importante.

Clara lo abrió y empezó a leer. Habían transcurrido muchos años pero se acordaba a la perfección de la clave para poder descifrar el texto. Al cabo de un par de minutos, lo cerró con rabia.

—Mamá, estaba aquí, en mi mesa de estudio.

—Hija, hace años que no abro esos cajones. Si te digo la verdad, no sé qué hay de raro en todo esto, ni a qué viene lo del diario.

—Viene a cuento de que este diario me desapareció en el internado. Al poco de llegar. Y ahora, después de cerca de veintisiete años, lo encuentro en este cajón.

Su madre apretó la mandíbula y puso el mismo rostro que hacía unos minutos, cuando por fin se había atrevido a plantarle cara al inspector Sánchez.

—Ven, vamos.

La cogió del brazo y fueron de nuevo hasta la salita. Su padre estaba con los ojos cerrados, la mascarilla cubriéndole la boca y nariz, insuflando oxígeno a unos pulmones maltrechos.

—¡Rodrigo! —gritó su madre.

Sánchez dio un respingo y abrió mucho los ojos. No era la cara de alguien que se divirtiera.

—¿Cómo es posible que el diario de tu hija estuviera en su mesa de la habitación? Le desapareció al poco de que llegar al internado.

El hombre permanecía encogido, quieto, esperando.

—¡Por Dios Rodrigo! Ya está bien. Tienes la oportunidad de sincerarte con nuestra hija. Se lo merece.

El hombre ladeó ligeramente la cabeza.

—Escucha papá, ahora, lo que necesito es que me cuentes qué relación tenías con los hombres de aquella fotografía.

El inspector Sánchez había levantado la barbilla y apretado los labios. Alguien que no lo conociera bien podría interpretarlo como un gesto de soberbia, pero tras una infancia dependiendo de saber leerle el rostro, Clara comprendió que en el fondo estaba desconcertado. E incluso, asustado.

—Es una historia larga y… —consiguió enderezarse—, y poco agradable. Ven, siéntate a mi lado y te contaré todo lo que quieres saber.

Clara vaciló un segundo pero al final decidió sentarse junto a él y escuchar lo que tenía que decirle.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

7

Inés Hudson comprobó que la botella de vino estaba por la mitad y que la oficial Luengo se mostraba cada vez más parlanchina. A medida que habían pasado los minutos en ese bar, su rostro resultaba cada vez más fresco. Incluso se le habían rebajado las bolsas oscuras bajo los ojos. Tenía los mofletes con un par de círculos colorados que una multitud de diminutas venas atravesaban en vertical, y una pequeña risa, aguda, acompañaba el final de cada una de sus frases. Inés no dudó en llenar de nuevo las copas.

—Antes me he quedado corta —dijo la policía.

—¿A qué te refieres?

—Santi es el mejor inspector de policía del mundo, pero… —la mujer se mordió el labio—. Pero tiene un problema.

—¿Cuál?

—Es tan perfeccionista que llega a tener rasgos de un adicto, es muy obsesivo. En cuanto le asignan un caso lo prioriza de tal manera que toda su energía se vuelca en su resolución y se olvida del resto del mundo.

Tal vez ella y el inspector Santi Blanes no eran tan diferentes, pensó fugazmente Inés mientras servía las copas. El local estaba lleno y tenían que alzar un poco la voz para escucharse.

—No veo que eso sea un problema.

Luengo aceptó su copa y la miró antes de hablar.

—En su caso, llega al extremo de descuidar las más mínimas necesidades físicas. Siempre fue así. Al principio, cuando lo conocí, podía estar un día entero sin comer, fumando un cigarrillo tras otro, sin ver a su familia, a su mujer, a su hija. Era tan obsesivo que habría hecho lo que hiciera falta para resolver un caso. Una vez había sospechas de un crimen, se encomendaba en cuerpo y alma hasta encontrar a los culpables y llevarlos ante el juez con pruebas sólidas —Luengo se paró y cambió el tono de voz por uno más grave—. «Pruebas sólidas como el hormigón» —debía querer imitar el semblante y la voz de Blanes cuando pronunció esas palabras—. No recuerdo ni un solo caso, ni uno, que Santi no haya resuelto.

Inés la miraba a los ojos y asentía con la cabeza a todo lo que decía.

—Victoria, ¿por qué crees tú que Blanes se dio a la fuga tras encontrar el cuerpo del subinspector Urrutia en aquella habitación de hotel con una bolsa de plástico alrededor de la cabeza?

Se hizo un silencio tenso entre ambas mujeres.

—Es por su hija —suspiró finalmente, como si se quisiera quitar un peso de encima al decirlo.

—¿Cecilia? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Cecilia está en peligro.

La agente Hudson iba a decir algo cuando la camarera llegó con un par de fuentes de tamaño medio con comida.

—Aquí está el calamar de bahía a la plancha y la fritura de pescado. No quedaban palayas, así que lleva boquerones, salmonetes y pescadillas —le aclaró a Inés, a la cual parecía quería impresionar al ser gallega y nueva en el local—. Ya me dirás qué te parece.

Inés sonrió y nada más la mujer se marchó, preguntó.

—¿Cómo que corre peligro?

Luengo tomó la copa de vino y la apuró de un trago.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —la agente le cogió la muñeca y apretó con suavidad. Ese gesto de cercanía había funcionado a la perfección en otras ocasiones.

—Santi no estaba convencido de que Lucian fuera el responsable de la muerte de Magdalena de Pombo y Soto. Cuando estuvieron en Madrid…

—¿Estuvieron? —la interrumpió Inés.

—Sí, él y la inspectora Clara Sánchez.

La agente Hudson frunció el ceño.

—Una inspectora que llegó recién salida de la academia y fue asignada a la investigación junto con Santi.

—El comisario no me ha comentado nada. ¿Puedo hablar con ella?

—Renunció a la placa el día siguiente después de que el caso quedara sobreseído. Y por lo tanto resuelto —matizó.

—Un poco raro, ¿no? Que se fuera tan poco tiempo después de ser destinada a Alicante y resolver el que ha sido el caso más mediático de España en los últimos años.

Luengo asintió y señaló los platos.

—Se nos va a enfriar el calamar, y así no valdrá nada.

La policía lo troceó por el punto que ya estaba marcado. Luego le sirvió a Inés los medallones centrales y la mitad de las patas que había dividido de forma salomónica. La agente del CNI se llevó un trozo a la boca.

—*Carallo*, está endiabladamente… —se quedó pensativa—, dulce —dijo finalmente—. ¿Sabes si ocurrió algo entre la inspectora Clara Sánchez y Santi Blanes? —preguntó tras deleitarse con la carne prieta y sabrosa del calamar.

—Vaya memoria tienes para los nombres. Te ha bastado que te lo dijera una vez —Luengo rio—. No, no al menos que yo sepa. Clara me pareció una mujer muy reservada. Formal, algo distante quizá. Apenas tuve trato con ella, solo la veía bebiendo café o tomando alguna de esas pastillas que llevaba consigo a todas partes. Eso, sí en la

comisaría era la comidilla de muchos.

—¿Por qué? —Hudson trinchó un trocito de anillo de calamar y se detuvo a medio camino.

—Es una mujer espectacular.

Inés Hudson asintió.

—¿Y por qué decías que Blanes no estaba convencido de la culpabilidad de Lucian?

—No me contó los detalles pero algo debió ocurrir después del fallecimiento del rumano. Algo que le hizo sospechar que no habían encontrado al verdadero culpable de aquel crimen. Santi no compartía la euforia que se respiraba en la comisaría. Andaba pensativo, taciturno. Yo sabía que algo no cuadraba en su cabeza. Hasta que un día vino a mí, apoyó ambas manos en mi mesa, me miró directamente a los ojos y me pidió que investigara a una persona.

—¿A quién?

La oficial de policía se mordió el labio y finalmente soltó.

—A Urrutia.

A Inés Hudson se le cayó el tenedor con el trozo de calamar a medio morder sobre el plato.

—¿Por qué te pidió que investigaras a Urrutia? —preguntó mientras recuperaba y daba cuenta del trozo de molusco que había quedado a medio comer.

Luengo bajó el tono de voz, como si estuviera contándole un secreto.

—Santi me llamó al móvil el día siguiente a la muerte del rumano y me preguntó si Urrutia estaba en su mesa. Yo le dije que sí. Entonces se puso muy serio y me pidió que si hablaba por teléfono, escuchara lo que decía. Que era muy importante.

—¿Y habló?

La mujer asintió.

—Todo lo que le pude escucharle decir aquella tarde antes de marcharse fue: «Sacadme de aquí» —el rostro de Luengo se entristeció —. En aquel momento yo no sabía lo que estaba por llegar. Recuperé de su teléfono fijo el número al que había llamado y vimos que se trataba de una empresa de seguridad con sede en Madrid. A partir de ahí empezamos a tirar del hilo.

—¿Qué empresa era?

Luengo lanzó una de sus pequeñas risotadas.

—Inés, dame tiempo para respirar. No estoy segura del nombre, creo recordar que incluía la palabra «seguridad» y un par de letras.

—Pues seguro que serían las iniciales de sus nombres o apellidos, ya sabes, la originalidad de los españoles.

—Es posible, ahora mismo no recuerdo —confirmó Luengo pensativa—. No veíamos cuál podía ser la relación así que me puse a

navegar por la base de datos del Registro Mercantil. La accionista principal era Concepción Canales junto con otros dos socios. Seguimos buceando entre cientos de empresas hasta que por fin encontré más sociedades a nombre de la señora Canales. En las empresas siempre aparecía ella como la socia mayoritaria y el resto de accionistas nunca coincidían entre ellos. Concepción Canales era el único punto de unión. Fue imposible encontrar ninguna información en internet sobre los servicios que realmente prestaban. Ni siquiera aparecen en el listín telefónico, imagínate. Era como si buscáramos empresas fantasmas. También me costó encontrar cualquier tipo de información personal sobre la tal Concepción. Tras mucho pelear, pude leer una noticia sobre la ONG que estaba a su nombre y en la que aparecía el nombre de su marido: Pelayo Pellicer.

—¿También son accionistas de una ONG? —preguntó sorprendida Inés.

—Sí, una que se dedica a ayudar a los niños en las barriadas pobres de la capital.

Hudson se quedó meditativa unos segundos.

—¿Quién sabe todo esto?

Luengo bajó la cabeza antes de responder.

—Únicamente Santi y yo.

—¿No has informado al comisario Muñoz?

La oficial de policía negó y Hudson le apretó de nuevo el antebrazo.

—Victoria, créeme, has hecho bien.

La mujer se mantenía con el cuerpo encorvado y la mirada baja, hasta que finalmente confesó:

—Hay otra cosa que no te he contado.

8

Santi Blanes abrazó con fuerza a Cecilia durante un par de minutos, el tiempo que necesitó su hija para dejar de llorar. Su rostro había recobrado algo de color y el inspector le acercó la sábana para que se limpiara la cara de lágrimas y mocos. Luego, ella se bebió otro vaso de agua de un único trago.

—Dime que no te han hecho nada.

—No papá, me han tenido aquí atada todo el tiempo —empezó a tiritar—. Ese chico rubio, que habla español tan mal, se ha preocupado por mí. Sí, él me quería cuidar, era amable. Se aseguraba que me encontrase bien, no como los otros.

—¿Los otros?

—Los que me raptaron cuando estaba dando el paseo. Me lanzaron como si fuera un saco al suelo metálico de la furgoneta. Pensé que me iban a matar. Al llegar aquí —a Blanes le pareció que iba a ponerse a llorar de nuevo—. Yo creía que…

—¿Recuerdas algo? ¿Cómo eran?

—Todo ocurrió muy rápido. Me pude fijar bien en uno. No era alto, un cuerpo fuerte, de hombros anchos, tenía la nariz aplastada como la de un boxeador y una cicatriz que la cruzaba la mejilla. Me levantó como si fuera una pluma.

La misma descripción que le había dado Clara sobre el tipo que intentó violarla cuando la capturaron y encerraron en el chalet.

—¿Te preguntaron algo? ¿Sobre mí?

—No. Me trajeron aquí con los ojos vendados, con una bola de tela dentro de la boca. Por un momento pensé que me iba a ahogar, apenas podía respirar. Papá, tuve mucho miedo —se abrazó con fuerza nuevamente a él—. Me ataron a la cama, me hicieron tragar varias pastillas y luego se marcharon. No sé cuánto tiempo me han tenido aquí. Pensé que era el fin. Que mi bebé no tendría…

Blanes se levantó y la cogió.

—Vamos, tenemos que irnos. Es peligroso seguir aquí.

Cecilia se apoyó en el hombro de su padre. Anduvieron despacio hasta el salón donde Jesusito sentado en el sofá mantenía la pistola apuntando a las piernas del joven. Al verlos llegar se levantó.

—Inspector, ¿todo bien?

Santi le hizo un gesto y el chico se aproximó a ellos.

—Llévala afuera, al coche.

Jesusito lo miraba muy atento. Le dijo que sí con la cabeza hasta que arqueó las cejas.

—¿Y usted?

—Ahora voy. Necesito comprobar unas cosas —miró de reojo al

joven—. No dejes la pistola en ningún momento y no dudes en usarla si fuera necesario.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Cecilia con expresión temerosa.

—Ahora os alcanzo.

Blanes esperó a que hubieran salido y sacó la automática que llevaba en el parte posterior del pantalón. Se aseguró de que el joven viera cómo le quitaba el seguro y comprobaba que había una bala en la recamara antes de preguntarle.

—¿Cómo te llamas?

Intentó hablar pero la servilleta que le habían metido en la boca hacía que pareciera un muñeco de guiñol. Se agitaba de lado a lado, e intentaba articular las palabras, pero no se le entendía nada, solo una especie de plegaria. Santi introdujo la mano con violencia por los labios y le arrancó el trozo de tela. Lo lanzó al suelo.

—¿Cómo te llamas?

—Sergey —balbuceó el ruso.

—¿Sergey qué más?

—Sergey Popov.

Blanes lo cogió por el cuerpo e hizo que levantara ligeramente el culo. Le quitó la cartera que llevaba en el bolsillo trasero del vaquero. Era una pequeña cartera de piel, apenas abultada. Sacó el documento de identidad. En efecto, no le había mentido. Era ruso, y en la fotografía Sergey parecía un adolescente que no hubiera roto un plato en toda su vida. El chico había nacido en Moscú en el año mil novecientos ochenta y ocho. Sus padres se llamaban Andrei y Katia. Santi apoyó el cañón sobre la frente del joven muy despacio.

—¿Entiendes lo que te digo Sergey?

El chico de pronto estaba más blanco que la pared. Hizo movimientos muy rápidos con la cabeza en vertical, asintiendo con vehemencia. Un hilo de sangre seca se le había quedado petrificado en la comisura de la boca, tras la pelea en la calle. Blanes rememoró la imagen del diente volando tras la primera patada que le había dado, al lado del coche, cuando intentaba escapar.

—Que me digas si entiendes lo que te digo.

—Sí, te entiendo —alcanzó a balbucear con un marcado acento extranjero.

—Bien Sergey, es importante entenderse para que no haya equivocaciones. Yo te voy a hacer unas preguntas y tú me vas a responder.

El joven volvió a asentir con la cabeza.

—¿Quién te ha contratado?

—Yo no saber nombre de…

Bom, fue un golpe seco. El revés con la culata del arma al lado

lastimado de la cara tras el forcejeo en la calle resultó tan violento que la silla volcó de lado. Santi lo agarró del pelo y lo levantó de nuevo. Sergey empezó a lloriquear. Tenía el labio partido y sangraba abundantemente.

—Juro que yo no…

—Ssshhhh —y le puso la mano en la frente—. ¿Sabes que mi hija está embarazada?

—Yo no saber que tu… —tuvo que callar y escupir un borbotón de sangre—. Juro yo no sabía que ella…

—Ssshhhh —volvió a susurrar Blanes—. Sí Sergey, Cecilia está embarazada y la habéis tratado como si fuera una mierda. Ahora es pronto, todavía no tienes hijos, pero tal vez algún día lo llegues a entender. No te puedes imaginar el dolor que supone para un padre —lo agarró por la barbilla e hizo que sus ojos le miraran fijamente. El ruso tenía las pupilas dilatadas y con ese brillo, el del miedo, que el inspector conocía tan bien—. Hay que ser muy cobarde para amenazar a una mujer indefensa. Escúchame. Te voy a dar otra oportunidad para salir vivo de esta casa. ¿Quién te contrató?

—Juro no saber nombre —Sergey no paraba de gimotear—. Lo juro.

—¿Cómo es?

—Yo no ver jamás. Solo teléfono y dejar llaves en buzón de mi casa, con dirección de chalet. Solo tener que venir tres veces al día y comprobar que todo bien. No preguntas y mucho dinero a cambio.

El joven mantenía la cabeza gacha. Santi lo sujetó nuevamente por el pelo para que le pudiera leer los ojos.

—Sergey, no te creo.

Le acercó muy despacio el cañón del revólver y lo apoyó en la frente.

—Dios, juro que no sé nada más —gritaba entre sollozos el ruso—. Yo no hacer daño a su hija, yo cuidarla.

Blanes echó el percutor hacia atrás.

—No, por favor —gritó—. No haga tonterías.

Santi había aprendido a leer cuando un hombre decía la verdad o mentía ante la muerte. El miedo de Sergey se podía oler. Era un aroma agrio, el que emana del cuerpo cuando uno siente que todo se va a acabar. Entonces recordó las palabras de Cecilia. Le había dicho que aquel chico que hablaba mal español se había portado bien con ella. Lentamente, retiró el arma de su cabeza.

—Sergey, si alguna vez vuelves a tener algo que ver con mi hija, un hecho tan simple como cruzarte con ella en la calle, te mataré con mis propias manos. ¿Has entendido?

El joven asintió con la cabeza y Blanes se guardó el arma en la parte posterior del pantalón. Un súbito dolor explotó como una

detonación donde tenía los puntos y le atravesó la cabeza hasta los ojos, como un relámpago. Una punzada que lo obligó a arrodillarse. Apretó los dos puños con fuerza contra el suelo. Necesitaba calma y algo de reposo, eso era todo. La seguridad de su hija dependía de él, sin su ayuda nadie podría asegurar que Cecilia iba a estar a salvo. Se mantuvo así, solo y en silencio, con los ojos cerrados, un minuto. Finalmente, tomó un par de bocanadas de aire, se levantó y salió del chalet. Hacía frío.

Una bruma había bajado por las laderas de la sierra de Bernia y había anegado el ambiente de una humedad cortante que calaba hasta los huesos. Al fondo, las luces del pueblo de Altea titilaban como barcos pesqueros en un mar de oscuridad. Santi Blanes se dirigió hacia la ranchera. El motor estaba encendido. Jesusito tenía una mano en el volante y todavía empuñaba el arma en la otra. El joven lo miraba muy atento, concentrado. Cecilia se había sentado en la parte posterior y había apoyado la cabeza contra la ventanilla. Santi se sentó al lado de su hija. La calefacción estaba encendida y un reconfortante calor reinaba en el interior del coche. Lo primero que hizo Blanes, tras frotarse las manos, fue abrazar a su hija con fuerza.

—Inspector, ¿dónde vamos? —preguntó Jesusito.

MADRID – OCTUBRE 2009

9

—Conocí a Pelayo Pellicer en el año mil novecientos setenta y tres —empezó su padre—. En aquella época él formaba parte de la Brigada Político-Social. Yo era un joven inspector de homicidios que había resuelto un caso muy sonado en los medios de la época: El Guapito. ¿Conoces la historia?

Clara pensó que el nombre del Guapito algo le quería decir, pero se había esforzado durante tantos años en borrar cualquier rastro de su padre, que le tuvo que pedir que le contara para así ella recordar.

—Encontraron el cuerpo de una funcionaria del ayuntamiento de Madrid, María Giménez, estrangulado en un banco del parque del Retiro. Desde ese mismo instante, el régimen convirtió en primerísima necesidad acabar con la alarma social y acallar cualquier crítica de un sistema que ya empezaba a tambalearse. Me pusieron al frente de la investigación. No tardé en relacionar los asesinatos de dos jóvenes prostitutas que habían llegado a la ciudad en busca de nuevas oportunidades —el viejo hizo una pausa, como si se le acabara de ocurrir algo—. Es curioso, recuerdo sus nombres como si aquello hubiera sucedido esta misma mañana y sin embargo a veces olvido en qué día estamos —luego carraspeó—. Aquellas primeras muertes, ocurridas con bastantes meses de antelación y escalonadas, no le habían importado a nadie. Clara, no todos los muertos valen lo mismo —lo dejo caer con cierta suficiencia—. A nadie le importaba una mierda aquellas dos prostitutas hasta la aparición del cuerpo de María. Trabajé día y noche, sin parar, incluso los fines de semana, hasta que por fin encontré el nexo de unión de todas aquellas muertes: un centro social en un barrio humilde donde se impartían clases de lectura y escritura para la gente necesitada y donde nuestra amiga funcionaria ayudaba en las tareas administrativas. No tardé en descubrir que ambas jóvenes habían asistido a clase con el mismo profesor, un ciudadano normal, casado, padre de dos hijos y que regentaba el negocio familiar de toda la vida, la librería Hijos de Poveda. Un hombre ejemplar en su comportamiento. Tú eras muy pequeña Clara, pero debes saber que si muchas veces no venía a dormir a casa era por trabajo, como cuando tuve que vigilar a aquel desgraciado.

Oyéndote, cualquiera diría que eras el mejor padre del mundo, pensó Clara que observó que el simple esfuerzo para hablar de forma continua lo agotaba. Su padre se tomó unos segundos para recuperar al aliento.

—Una noche El Guapito salió de casa vestido de negro y con una mochila. Le seguí pero el muy cabrón me despistó. Menos mal que tuve una corazonada. Me fui a la librería, aparqué y me quedé

esperando en el coche. No podía dar crédito cuando lo vi llegar con lo que me pareció un cuerpo. Forcé la puerta de la tienda y bajé hasta el sótano, una especie de almacén que había convertido en su taller de embalsamiento de los cuerpos. Allí, en la intimidad, se aplicaba con siniestra meticulosidad a un ritual en el que las lavaba y perfumaba. Todo bajo la tenue luz de unas velas. Luego las engalanaba y vestía para finalmente dejarlas como estatuas de época por los parques de Madrid. Cuando lo fui a detener me agredió. Por eso tuve que disparar. Tres tiros que lo llevaron al hospital. Pero no murió. Acabó ahorcándose en la cárcel de Carabanchel. El caso quedó resuelto y me convertí en el inspector más famoso del momento.

—Tu padre era un héroe —corroboró su madre.

Sánchez se puso la mascarilla de oxígeno y recuperó el aliento antes de volver a quitársela.

—Estuve trabajando con Pelayo varios años en la Brigada. Era un hombre de fuertes convicciones ideológicas. Yo… —pareció meditar sus siguientes palabras—, yo era un soldado que se limitaba a ejecutar órdenes. Nada más.

—¿Qué órdenes papá?

—Eso no importa ahora —cerró un momento los ojos hasta que tuvo aliento para seguir—. Pelayo confiaba en mí. Un día, en el año 82, con la democracia ya asentada en el país, me convocó a una reunión con el Director de la Dirección General de Seguridad. Todavía recuerdo muy bien aquel domingo lluvioso que tuve que acercarme hasta el hotel Wellington.

—¿Tras la dictadura mantuvieron a Pellicer? —lo interrumpió Clara.

Sánchez hizo un ruido que se parecía más al gruñido de una hiena que a una forma de risa humana.

—Las competencias de las distintas unidades policiales se fueron restringiendo, pero el cambio no se produjo de un día para otro y las personas siguieron. Y en efecto, el proceso de la Transición no tuvo en cuenta ninguna depuración contra miembros de la Brigada Político-Social. Es cierto que algunos de los miembros fueron destinados a puestos poco relevantes o directamente salieron de la policía. Sin embargo, la mayoría, como el propio Pelayo, continuaron su carrera.

—No doy crédito —lo interrumpió Clara.

La risa de hiena volvió a sonar.

—El año 1977 se fundó la principal agencia de inteligencia de España, el Centro Superior de Información de la Defensa, el CESID. La mayoría eran militares y miembros de la Guardia Civil, pero también había civiles y algún que otro policía. En esos primeros años sus actividades se centraron en la inteligencia interior —se incorporó como para aclarar la última frase—. Básicamente, sus tareas se

desarrollaban en el seno del mismo ejército para evitar acciones militares que pusieran en peligro el proceso de transición democrática. Teniendo en cuenta el golpe de febrero del 81, la cosa no funcionó muy bien.

—¿Pero cuál era el papel de Pellicer en todo eso?

—En aquella época Pelayo descubrió lo importante que era tener grabaciones comprometedoras de la nueva oligarquía del país. Empresarios, políticos, jueces, incluso de la Casa Real, nada quedaría fuera de su margen de actuación. Desplegó una red de escuchas al nivel de las agencias europeas de inteligencia, con las que colaboró y de las que aprendió las más modernas técnicas de aquel entonces.

—No todo el mundo se corrompe —dijo Clara, a la que se le hacía complicado pensar que cualquiera con poder escondía algún vicio oculto o cometía delitos.

—Hija, el dinero y el poder magnifican la maldad del ser humano hasta extremos que ni tan siquiera puedes imaginar.

—¿Cómo abusar de niñas?

Sánchez empezó a respirar con un silbido metálico entrecortado y en seguida Clara arrepintió del comentario. *Si le atacas de ese modo, te arriesgas a que no te cuente lo que quieres saber.*

—Tranquilo papá, descansa un rato —le dijo Clara mientras se levantaba para ponerle la mascarilla.

El hombre mostraba un rostro agotado, los ojos entornados y las fauces ligeramente abiertas. Esta vez necesitó algo más de tiempo para recuperarse.

—Pelayo era muy astuto. Descubrió que la información le daría un poder inmenso. Todo gracias al inspector Resines.

Debería tomar notas, pensó Clara.

—Papá, dame un segundo, voy a coger un cuaderno.

La exinspectora de policía se arrastró de nuevo hasta su cuarto. Estaba cansada. Recuperó aquella libreta forrada con las fotografías de Mecano y Los Pecos y probó cada uno de los bolígrafos pero ninguno funcionaba. Su madre fue a rebuscar por su cuarto y consiguió encontrar uno que sí escribía. Era de publicidad, de una empresa de mensajería de correo, con un grueso trazo de tinta negra. Clara anotó los nombres y las fechas y empezó a trazar flechas que los unían a modo de esquema. Cuando acabó el diagrama, le pidió a su padre que prosiguiera. Quería llegar hasta el final.

—Me habías contado que tuviste una reunión importante con el director de la Dirección General de Seguridad.

—Sí, Don Fernando Medina de Valderrama. Me encomendaron una misión, una que cambiaría mi vida para siempre.

Ya nos estamos poniendo melodramáticos.

—Me asignaron al Grupo 3 de la zona norte de Madrid. Una unidad

antidroga que tenía al mando al inspector Resines, que te he mencionado antes.

Clara comprobó cómo su padre retorcía el gesto al nombrarlo.

—¿Por qué en un grupo operativo de la policía contra la droga?

—Eran años muy duros donde la heroína se estaba llevando demasiados jóvenes a la tumba. Los políticos debieron pensar que la situación era insostenible. Al principio eran chicos de las barriadas, pero cuando empezaron a caer muchachos de clase alta, la cosa cambió. Había que pararlo a toda costa. Aunque es cierto, no me asignaron al Grupo 3 para luchar contra la droga.

Sánchez hizo una pausa que parecía estratégica.

—¿Por qué entonces?

¿Contento de que te haya preguntado, papá?

El hombre parecía coger fuerza cuando su hija mostraba interés por él.

—El inspector Resines había amenazado con hacer pública una información del ministro del Interior que le haría dimitir de su puesto y pondría al Gobierno en una situación en extremo delicada. Alardeaba que tenía información de muchos políticos y que de salir a la luz, haría tambalear los cimientos de la joven democracia.

—Y tú tenías que averiguar de qué información disponía realmente el inspector Resines.

Lo que empezó como un nuevo sonido de hiena, acabó convirtiéndose en una tos profunda, que retumbaba en el pecho del inspector Sánchez, como si sus pulmones estuvieran huecos. Tras unos instantes en que Clara no estuvo segura de cómo reaccionar, su padre se recuperó.

—Carmen, tráeme un vaso de agua.

Esperó que su madre saliera de la salita.

—Aquel trabajo iba a cambiar mi vida para siempre.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

10

Inés Hudson tenía información más que suficiente para volver a Madrid y explicar a Fernando Cortés que debía ordenar una investigación que podía salpicar a los mismísimos cimientos de La Casa. Pero la velada no había acabado y parecía que Luengo guardaba todavía algún conejo que sacarse de la chistera. El bar se había llenado aún más de parroquianos y el revuelo general obligaba a hablar en voz alta. Un grupo de hombres sobre la cuarentena parecían estar de celebración. Vociferaban de tal manera que Inés se levantó y les mandó bajar el tono de voz. En un primer momento se quedaron como estatuas, pero luego rieron. La mujer tras la barra habló con ellos y, al menos parcialmente, le hicieron caso.

Inés acercó su silla a la de Luengo para poder escucharla mejor. La agente la miraba expectante a ver cuál era esa noticia especial que le debía contar. La oficial de policía parecía pensarse mucho lo que iba a decir. Finalmente levantó la barbilla y la miró directamente a los ojos, para asegurarse de que la entendiese.

—Santi se ha escapado.

Aquello fue como el estallido de una bomba nuclear.

—¿Cómo qué se ha escapado? —gritó la agente del CNI—. ¿Del hospital?

La mujer se sirvió una nueva copa de vino y se mojó los labios.

—Sí.

—No es posible —Inés buscaba el apoyo visual de Luengo—. Estaba grave, después de la caída desde un séptimo piso esta mañana, tras acudir a la casa de su hija —meneaba la cabeza incrédula—. Tú misma me lo has confirmado antes. Yo pensaba que nuestro querido inspector se debatía entre la vida y la muerte —Luengo le hacía gestos de que se equivocaba y que por inverosímil que pareciera, el inspector Santi Blanes había conseguido huir de la unidad de cuidados intensivos—. ¿Cómo lo ha hecho?

Esta vez Luengo dio cuenta de todo el vino que le quedaba en la copa y levantó la botella para indicarle a la camarera que les sirviera otra.

—Yo lo ayudé.

Esto ya no era bomba, sino las dos potencias mundiales intercambiando todo su armamento nuclear. *Luengo, como te descubran te has metido en buen lío*, eso se lo calló.

—¿Quieres contármelo?

Luengo permaneció en silencio.

—Puedes contármelo —le apretó con la mano el antebrazo.

La agente la animó con la cabeza para que le relatara qué había

ocurrido. Tras unos instantes de titubeo, Luengo le explicó cómo ella y Santi habían hablado por teléfono. Él le había explicado que Cecilia estaba en peligro y que la única manera de asegurarse de que no le pasase nada era que él, y únicamente él, se encargara de encontrarla. No se podían fiar de nadie más de la comisaría.

—¿Pero dónde ha ido? —preguntó la agente Hudson.

—No lo sé —la expresión de Luengo era desvalida.

—Victoria no me mientas.

Luego emitió una risa aguda. Inés le volvió a apretar con cariño el brazo.

—Puedes confiar en mí.

—¿Puedo?

Ahora debo darte algo.

—Estoy aquí para averiguar si una antigua unidad del CNI tiene alguna relación con todos estos asesinatos, empezando por el de Magdalena de Pombo y Soto. Estoy de tu lado, es posible que Blanes esté detrás de la pista correcta.

Esta vez fue Luengo quien la agarró con suavidad del hombro.

—De verdad, no sé dónde está Santi.

La agente intentó sonsacarle más información, pero Luengo se había enrocado de una manera muy efectiva. Mientras hablaban, las dos mujeres dieron buena cuenta de las bolas de helado. Inés, más propensa al salado que al dulce, se quedó sorprendida por la cremosidad del dulce a base de almendras y miel.

—Es muy refrescante —dijo tras la última cucharada—. Ahora en mi tierra diríamos: «Quedar como un Pepe».

—Que te has quedado a gusto, ¿no?

Inés asintió. Su cuerpo le pedía un buen orujo para rematar aquella comida, pero tenía que hablar con Fernando Cortés y acabar el informe. Mucho trabajo por hacer. También iba a intentar una última llamada a la viuda de Urrutia. Las veces que lo había intentado a lo largo de la tarde no había tenido éxito. No olvidada que la mujer había insistido en que tenía algo importante que contarle.

—¿Te gusta Alicante?

La pregunta sacó de su ensimismamiento a Inés.

—Parece una ciudad muy animada. Por esta zona, hay mucha marcha ¿no?

Luengo reflexionó durante unos instantes antes de responder.

—¿Sabías que esta plaza y el mercado fueron bombardeados por la aviación fascista italiana que apoyaba a Franco hacia el final de la guerra?

—¿Qué me dices? —exclamó Hudson.

—Los aviones no entraron por el mar, sino que le hicieron desde el interior, escapando de las escuchas antiaéreas situadas en la Playa del

Postiguet y del Puerto, más orientadas hacia el Mediterráneo.

—No sabía nada.

Luengo suspiró.

—Sí, la ciudad sufrió numerosos bombardeos durante la contienda. Alicante estaba repleta de refugios antiaéreos, los había por todos lados. Pero esa mañana, no hubo tiempo para alcanzarlos. Mi abuelo fue testigo. Estaba de camino a la farmacia, bordeando la Plaza de los Luceros cuando empezó la pesadilla. Oyó los rumores de los aviones pasar justo por encima de él y unos segundos después vio como en la distancia un racimo de bombas se desprendía del cielo. Se desplazó a toda prisa hasta el mercado, para ayudar en lo que pudiera. Fue un espectáculo dantesco. Vio cadáveres destrozados, miembros esparcidos por todas partes. La gente gemía, entre polvo, sangre y escombros. Cogió a un niño y lo llevó hasta la Casa de Socorro, pero ya no había sitio para nadie más. Los moribundos se hacinaban por las aceras entre gemidos de dolor y de espanto.

—Que terrible. Desconocía semejante barbarie. Si te digo la verdad, de la guerra solo conocía el bombardeo de Guernika.

—Sí, es recordado por todos gracias al cuadro de Picasso —afirmó Luengo—. Se calcula que el 25 de mayo en Alicante fallecieron más de trescientas personas. Muchas fueron enterradas en fosas comunes, y sin embargo ha permanecido en la ignorancia y el olvido por la represión ejercida durante tantos años.

—Tu abuelo —Inés mantuvo un silencio—, debió ser muy duro para él presenciar aquella atrocidad.

—Era un hombre muy culto. Se preocupó mucho de que no olvidáramos el horror y la barbarie que representa la guerra. A menudo, en las reuniones familiares nos juntaba a todos los nietos y se aseguraba de qué escucháramos la brutalidad que suponía el enfrentamiento entre hombres. «Durante la guerra resulta demasiado fácil hacer el mal», repetía una y otra vez. «Hombres grises que simplemente obedecen a ciegas las órdenes de sus superiores y renuncian a ejercer su sentido moral». No se cansaba de repetírnoslo. En esas situaciones, cualquiera podría comportarse como un asesino despiadado y cometer crímenes inhumanos. «Vicky, el mal está al alcance de cualquiera», me dijo una vez, con sus grandes ojos que yo he heredado, «tan solo es necesario que se den las circunstancias. Todos llevamos una bestia dentro».

—Una gran persona. ¿Cuándo falleció?

—Hace siete años —dijo la oficial de policía—. Vivió hasta los noventa y tres años. No dejó de pasear y leer en toda su vida, hasta que un buen día no se levantó de la cama por un problema circulatorio y ya no salió del hospital. Todavía sueño con él a menudo —Luengo torció el gesto—. Poco antes de morir ya me avisó del riesgo

que veía venir.

—¿Qué riesgo?

—Otra guerra.

—*Carallo* con tu abuelo.

—Sí, la generación que vivió la Guerra Civil española y la Segunda Guerra mundial aprendió unas lecciones que, por desgracia, hoy no se enseñan. Ni en las escuelas, ni en los hogares, ni en ningún sitio —dijo Luengo de forma tajante—. Mi abuelo me advirtió sobre cómo los populismos y nacionalismos estúpidos crecían de nuevo por Europa. El abono necesario para toda guerra. Para él, el verdadero origen de esos nuevos totalitarismos había que buscarlos en la soledad y la falta de confianza en las costumbres sociales sólidas que todo ser humano necesita para dar sentido a la vida.

Inés asentía cuando la camarera se paró en su mesa.

—¿Algún chupito para bajar la comida?

La agente Hudson secuenció en su mente todo el trabajo que le quedaba todavía por hacer: la llamada a Cortés, a la viuda de Urrutia, la redacción del informe, pero tras un debate interno apasionado y veloz, dijo:

—Un orujo.

Ya tendré tiempo para arrepentirme.

Miró a Luengo a ver si se animaba con ella, pero la policía confesó que no estaba acostumbrada a beber alcohol y se sentía, según sus propias palabras, chisposa.

VILLAJOYOSA – OCTUBRE 2009

11

El temporal había pasado ya de largo cuando el coche que conducía Jesusito se adentró en el barrio antiguo de Villajoyosa. La brisa soplaba de Levante arrastrando el sonido de las olas que rompían a escasa distancia de las casas, edificaciones de pocas plantas que mantenían la antigua tradición de los pescadores de pintar con colores llamativos las fachadas para distinguir su hogar desde el mar y recibir mensajes familiares colgados de los balcones. Un coro de miradas recelosas les recibió al enfilar el primer callejón. Era un entramado de callejuelas por donde apenas cabía el vehículo, que avanzaba lentamente. Algunos hombres envejecidos antes de hora les observaban al pasar con gesto atento y más bien amenazante.

—Inspector, ¿está seguro de que es por aquí? —preguntó Jesusito.

Blanes, que se había mantenido recostado en el asiento posterior con la cabeza en la rodilla de su hija para que no se le viera, se incorporó.

—Sí, continúa —unos pequeños que jugaban con una bicicleta oxidada y una rueda pinchada se pegaron contra la pared pare dejarles pasar. Serpentearon por las callejuelas otros cien metros—. Para —ordenó finalmente.

Al poco les salieron al encuentro tres hombres de gesto hostil que rodearon el Opel ranchera. Jesusito bajó la ventanilla.

—¿Te has perdido, payo?

Jesusito estaba tan nervioso que no pudo hablar.

—Busco a Raimundo —dijo Santi, con la voz templada.

El más joven de ellos, un armario que no debía bajar de los ciento veinte kilos de peso, y con una cicatriz que le recorría la frente, entornó los ojos, apoyó una mano que parecía una maza sobre el marco de la ventanilla y miró hacia la parte de atrás del coche.

—¿Inspector Blanes? —preguntó—. ¿Qué le ha pasado con el pelo?

—Cambio de estilo —respondió Santi que se quedó mirando a su vez al mastodonte con gesto de sorpresa—. Armando, ¿eres tú? —aquella papada con una barba sin afeitar de tres días se movió con un movimiento vertical—. La última vez que te vi no debías pesar más de cincuenta kilos.

El joven sonrió al fin.

—Mucho tiempo ha pasado —era una voz ronca y potente.

Santi observó como Jesusito mantenía las manos apretadas con fuerza contra el volante. Le dio una palmada en la espada.

—Los Heredia son amigos.

El resto de hombres se hizo a un lado y Blanes apenas pudo abrir la puerta para bajarse del coche por la estrechez de aquella calle. Salió

con dificultad porque el muro apenas dejaba ángulo libre.

—A ver quién le reconoce con ese nuevo look —Armando se giró hacia el de mayor edad del grupo—. Primo, ¿dónde está el tío?

—En el paseo.

—Ven, te acompaño —le hizo un gesto a Blanes con la cabeza para que lo siguiera.

—Jesusito ahora vuelvo —dijo Blanes.

Anduvieron por unos callejones paralelos al cauce del río Amadorio, hacia el mar. Las fachadas se habían pintado recientemente, cada una de un color diferente y los verdes, azules y pasteles predominaban. Bordearon la iglesia de la Asunción que se había levantado al tiempo que unas murallas renacentistas, adquiriendo desde el momento de su construcción un carácter poco habitual de ser también fortaleza.

—Qué bonito está el barrio —exclamó Santi.

Armando pareció hinchar su pecho, pero no respondió. El pasaje se torcía hacia el mediterráneo y alcanzaron una zona con un paseo marítimo donde unos niños jugaban con una pelota. Habían hecho las porterías con los abrigos y había estallado una fuerte discusión sobre si la pelota había entrado o no. Una bandada de gaviotas revoloteó por encima de sus cabezas. Al fondo, los barcos pesqueros estaban amarrados y se mecían con suavidad al abrigo del espigón portuario y a la espera de que llegara la madrugada para zarpar de nuevo mar adentro, a ver qué tal se daba la faena. *Dura vida también la del pescador*, pensó Santi Blanes. Con el mar al fondo, Raimundo, vestido de negro, sentado en una silla de madera y con un sombrero oscuro de fieltro ladeado sobre su cabeza, contemplaba a los niños jugar. Fumaba un cigarrillo liado a mano. Llegaron junto a él sin que el hombre quitara la vista del oleaje que la tormenta se había encargado de agitar.

—Que bien se lo pasan los *chavorrillos* —sentenció con una voz grave mientras uno de los niños celebraba un gol con los brazos en alto, a pecho descubierto—. ¿Qué le trae por estos lares, inspector?

Blanes fue directo al grano.

—Necesito ayuda.

Raimundo hizo un gesto con la cabeza y el joven les dejó solos.

—Me cuentan que se ve mucho su cara por la televisión.

—Le cuentan bien.

Las olas rompían con fuerza sobre la orilla.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Salvar una vida.

Antes de hablar, Raimundo dio una silenciosa chupada al cigarrillo.

—¿La suya?

—No, la de mi hija.

El hombre escupió sobre el suelo. Luego lanzó la colilla y la aplastó contra el asfalto con un zapato negro de charol.

—Sospecho que la ha traído usted consigo.

—Está arriba, al lado de su casa.

Raimundo se levantó.

—Inspector, usted salvó a mi hijo, ya es hora de que le devuelva el favor como corresponde —le tendió la mano.

—Debe saber que puede ser peligroso.

—Si fuera fácil no hubiera venido a pedir ayuda a los Heredia, ¿me equivoco? —apenas sonrió, atento al partido de los niños.

Santi Blanes negó con la cabeza y ahora sí se miraron a la cara, antes de estrecharse las manos con fuerza.

—¿Cómo se llama?

—Cecilia.

Los dos hombres volvieron caminando con calma al coche. Santi se encontró a Jesusito dando vueltas alrededor del Opel y a Cecilia adormilada sobre el asiento posterior. El chico la había tapado con la manta que había usado Blanes para esconderse cuando escaparon del hospital. Cecilia debía tener pesadillas porque no paraba de agitarse sobre el asiento del coche y decir en voz alta palabras incomprensibles. Blanes la quiso coger para llevarla hasta la habitación pero notó que le flaqueaban las piernas. Un repentino ataque de tos le obligó a apoyar las manos sobre las rodillas.

—Déjeme a mí —dijo Armando que estaba a su lado.

La tomó en brazos como si fuera una muñeca y entraron en la casa que tenía una llamativa fachada color amarillo. Del balcón de la segunda planta colgaba la ropa tendida. Jesusito le dio un toque en la espalda a Santi antes de pasar adentro.

—¿Está seguro de que estará bien aquí? —le susurró en el oído.

—Raimundo es un «hombre de respeto».

Llevaron a Cecilia hasta la cama y una mujer se dirigió hacia la cocina para encender los fogones de gas.

—Voy a preparar algo caliente para templar el cuerpo —les había dicho nada más verlos entrar—. Un buen guiso resucita a los muertos.

Fue un sueño agradable. Un príncipe de facciones perfectas con una lacia cabellera negra y barba de pocos días cargaba en brazos a Cecilia. El hombre la apretaba contra sí, en un gesto inequívoco de protección. Era un contacto duro, pero reconfortante. La estaba llevando por un corredor palaciego y el cielo oscuro había dado paso a una bóveda ocre a la luz tenue de unas velas y un ambiente cálido. La posó con mucha suavidad sobre una cama y la arropó con una manta. Cecilia tuvo la extraña sensación de que el aire olía a manteca de cerdo. Oía voces de fondo.

—Acércate —le pidió a su príncipe azul.

Aquel rostro hermoso se acercó.

—Dame un beso —susurró Cecilia.

En su lugar notó un par de golpes en las mejillas.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó Santi.

Cecilia abrió los ojos y los rostros de Blanes y un hombre inmenso, de tez morena y una gran papada sin afeitar, asomaron bajo el techo. La miraban atentamente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? —preguntó.

Santi le acarició la frente.

—Aquí estarás a salvo. Ahora descansa, hasta que llegue el doctor.

EL MATADERO

MADRID – OCTUBRE 1982

1

Sánchez regresaba a casa tras una dura jornada de trabajo que se había alargado más de la cuenta en la comisaría por el informe que Resines le había pedido sobre el clan de Los Charlines. Pasaban las diez de la noche cuando ya había aparcado el coche en una calle cercana a la suya. Había bajado la temperatura y hacía frío. Se subió el cuello de la chaqueta. Caminaba despacio por la acera derecha de la calle, lo más lejos posible del bordillo y de los automóviles. Iba a cruzar el parque para tomarse una copa en el bar, sin embargo, en el último momento, cambió de opinión y se fue directo a la portería. Estaba fatigado y sentía sueño.

Las imágenes de aquella chica perdiendo sangre en la fiesta organizada por Pelayo no le habían abandonado durante todo el día. ¿Qué habría sido de ella? ¿Realmente la habrían abandonado en la cuneta como a un perro atropellado? Tenía la sensación de que todo aquello era como un gran teatro de marionetas donde una mano oscura movía los hilos y se divertía viendo cómo se movían las figuritas. Su hija Clara también cruzó fugazmente por su mente. Se mordió el labio con tanta fuerza que casi se hace una herida. Respiró hondo. Sánchez se imaginó la cena lista sobre la mesa. Comerían y luego se iría directo a la cama, apenas había podido descansar la noche anterior.

Había una luna creciente y las farolas reflejaban su sombra a su paso. Se paró bajo una de ellas y echó mano al bolsillo de la chaqueta. Sólo le quedaba un Ducados en el paquete. Lo encendió, alargó la primera calada todo lo que pudo, para llenarse los pulmones de nicotina, y empezó a andar de nuevo. Iba a encarar la entrada cuando el pitido de un claxon sonó.

—¡Sánchez!

El inspector giró la cabeza y vio el rostro rechoncho de piel oscura y las patillas largas y espesas del Rocker asomar por el hueco de la ventanilla. No respondió, se le habían quitado las ganas de hablar. No era tranquilizador que su compañero hubiera ido hasta su casa a buscarle a esas horas. Se acercó hasta el coche con paso lento.

—¿Qué quieres?

—Tienes que acompañarme.

—¿Para qué?

—Resines tiene un plan para vengar al Largo.

—Es tarde. Mi mujer me espera. Podemos… —no tuvo tiempo de acabar la frase.

—Pues le dices que ha habido una emergencia —le hizo un gesto con la cabeza y vio como la coronilla estaba perlada de gotas de sudor

—. Vamos, no hay tiempo.

Sánchez tiró el cigarrillo al suelo y se subió al coche. Qué remedio, no había otra opción. En el Grupo 3 estaban para apoyarse unos a otros, cualquier día de la semana, a cualquier hora. Ese había sido uno de los compromisos que había aceptado cuando fue asignado a la unidad. Sánchez miraba a través de la ventanilla. Respiraba despacio y pensaba rápido. Se había cuidado mucho de asegurarse de que nadie le hubiera seguido, ni cuando se reunió con Pelayo en el museo de cera ni en la fiesta de aquel chalet. No había motivo para que sospecharan de él. De hecho, el último día que estuvo en La Paloma, Resines, contra todo pronóstico, le había confesado estar en posesión de aquellas fotografías y, aunque a aquella altura de la noche apenas lo había podido vocalizar con claridad por los efectos del alcohol, le había enseñado la llave de la taquilla donde las guardaba. Era una señal inequívoca de que había conseguido ganarse su confianza, no había motivo para preocuparse. Sin embargo algo en el gesto del Rocker le hacía desconfiar.

—¿Dónde vamos?

—A un sito tranquilo, para poder hablar sobre el plan para vengarnos de esos hijos de puta de Los Charlines como se merecen.

—¿A cuál?

—Ahora lo verás.

Cogieron la M30 en dirección sur. Se alejaban del centro de la ciudad. Sánchez se hubiera fumado de buen gusto otro cigarro. Salieron en Legazpi y bordearon el antiguo depósito de agua.

—Ahí vamos.

Era el antiguo matadero de Madrid. Cruzaron la fachada principal y se dirigieron hacia la parte meridional del recinto. Aparcaron el coche en una posición céntrica respecto a los edificios. Andaban con prisa, y sin dirigirse la palabra, hacia una de las naves que tenía una marquesina de hormigón. Tan sólo se escuchaban los tacones de las botas camperas del Rocker repiquetear sobre el cemento. Se paró y señaló la estructura.

—Una de las salas de degüello.

Sánchez entornó los ojos.

—Tranquilo, coño, que está en desuso —dijo entre dientes el policía—. Queda algo de material, piensan rehabilitarlo para que se pueda visitar.

La puerta metálica estaba entreabierta. Al empujarla un crujido seco se extendió por el interior. Los techos eran muy altos. Al fondo, bajo la tenue luz que se filtraba por arriba, se distinguía la silueta de un hombre. Un punto color rojo cobró intensidad en la distancia y enmarcó una cabeza. Fumaba un cigarrillo. Era Resines.

—¿Sabes que a pleno rendimiento en esta sala se mataban al día 500 cabezas de vacuno? Aquí mismo —el inspector jefe del Grupo 3 miró hacia arriba—, con esos huecos que ves para iluminar y ventilar el interior —luego señaló hacia el fondo—. Las reses entraban por la parte más cercana al río, se mataban y luego por la parte norte se sacaban las carcasas por un sistema de monorrieles hacia los colgadores y naves de oreo. Interesante, ¿no crees?

—Debía haber un buen aroma a ganado, mierda, sangre y vísceras —respondió Sánchez, irónico.

Resines le dio una palmada en la espalda y se fueron hasta una pequeña sala en el lateral. Le dio al interruptor y un casquillo que colgaba del techo por un cable iluminó la estancia. Había un riel con varios ganchos metálicos y una mesa con los juegos de cuchillos que usaban los matarifes para el despiece. Sánchez se imaginó a las reses ensangrentadas colgando de los garfios y siendo arrastradas por los rieles. Resines había tomado un cuchillo de grandes dimensiones. Jugueteaba con él en sus manos hasta que lo clavó con un golpe fuerte sobre la madera.

—Ahora que el morito nos ha chivado quienes son los responsables de la muerte del Largo, les vamos a cortar los huevos y hacer que se los coman crudos.

Ambos inspectores se sentaron y El Rocker llegó hasta su lado. Los ojos amenazantes de Resines se clavaron en él. Unos segundos después, Sánchez notó el cañón de una pistola en la nuca.

—¿Qué coño hacéis? —preguntó.

—No te muevas —la voz gélida del Rocker a su espalda no dejaba margen de dudas de que apretaría el gatillo si era necesario.

Resines le quitó el arma reglamentaria y palpó por la parte atrás del pantalón, a la altura del camal derecho. Sabía que era ahí donde escondía su revólver de calibre 38 de cañón corto y cinco cartuchos, siempre listo para la acción. Lo dejó todo en la mesa, junto con el material para el despiece.

—¿Para quién trabajas?

El inspector se había arremangado y las venas se marcaban en los antebrazos.

—¿De qué va esto? —respondió Sánchez, con mucha sangre fría.

Resines le miraba con odio, la boca torcida en una mueca de desprecio. Estaban rodeados de oscuridad, la única bombilla pendía sobre sus cabezas. La primera bofetada sonó seca. Sánchez contrajo las mandíbulas. Las cosas se estaban poniendo muy feas.

—Sé lo que le pediste al camarero la otra tarde en La Paloma.

Sánchez puso cara de sorpresa.

—El otro día nos colocamos a gusto —alcanzó a decir.

—¿Me tomas por un idiota? —espumajeó Resines—. ¿Me tomas

por un puto idiota?

—*Cagoendiez* Sánchez —le susurró El Rocker por la espalda—. No nos hagas perder…

Le interrumpió otra bofetada más fuerte que la anterior. El tímpano izquierdo de Sánchez empezó a zumbar y le quemaba la oreja y la mejilla. Resines le cogió por el pelo y le levantó la cara.

—Te vamos a reventar todos los huesos.

El Rocker le dio un calvote.

—Coño, dilo ya y acabemos de una vez con todo esto.

—¿Qué se supone que pasó en La Paloma? —Sánchez puso de nuevo tono de sorpresa al formular la pregunta. Había que ganar algo de tiempo.

—Hiciste que me emborrachara para sacarme información mientras tú te bebías refrescos aguados —gotas de saliva salpicaron el rostro de Sánchez. Resines se levantó y lanzó un maletín de cuero al suelo—. Maldito cabrón, ¿es esto lo que buscas?

—No sé de qué me estáis hablando.

Esta vez el golpe vino por detrás, sobre el lado derecho. Se le había abierto el labio y notó el sabor metálico y caliente de la sangre en la boca. Se le acababa el tiempo. Ya no notaba el frío metal en la nuca. Le dio tiempo a pensar que El Rocker era diestro. ¿Habría cambiado el arma de mano o la habría enfundado? Tal vez había una oportunidad.

—Por favor —suplicó Sánchez—. Me obligaron.

Resines cambió el gesto y lo miró con atención.

—Repite eso —dijo, triunfal.

—Por favor —gimió Sánchez de nuevo. Se llevó las manos a la cara, los codos apoyados en las rodillas—. Por favor, no me matéis, os contaré todo.

—Deja de lloriquear como una…

Sánchez se levantó propulsado como una bala para impactar con la cabeza contra la barbilla de Resines. Fue un golpe duro y notó cómo se le abría una brecha bajo el pelo pero el jefe del Grupo 3 trastabilló y cayó hacia atrás. Luego agarró el cuchillo clavado en la mesa y se giró hacia El Rocker. La prioridad era neutralizar la pistola. Su compañero de unidad había echado mano a la funda y levantaba el brazo con la intención de dispararle. Hubo una fracción de segundo en que la boca del arma pasó por delante de su cara. Un tiro retumbó en la sala. Sánchez sintió como la bala pasaba rozando su cabeza y se lanzó sobre él. Todo ocurría muy deprisa. Cayeron. Tomó impulso, levantó el brazo derecho arriba y lo dejó caer con todas sus fuerzas. El cuchillo describió una curva descendente y se hundió en el centro del pecho del policía. El Rocker murió fulminado. La hoja de acero le había atravesado el corazón. Sánchez quedó tumbado sobre él.

Había que asegurarse la retaguardia. Justo cuando se iba a

levantar, recibió una patada en el costado. Rodó y se quedó sin aire para respirar. Si se quedaba en el suelo estaba acabado. Usó el brazo izquierdo para apoyarse cuando un nuevo puntapié en el mismo sitio hizo que se encorvara. Sintió un vacío en el estómago. La siguiente sacudida lo dejó tumbado. Se puso en posición fetal, con los brazos y las manos protegiendo la cabeza. Resines repetía de forma metódica las patadas sobre el costado derecho. No estaba seguro de cuantas fueron. Le había hecho trizas las costillas y era más que probable que alguna astilla hubiera perforado el pulmón. Tomaba bocanadas de aire como un pez fuera del agua.

—Maldito hijo de puta —dijo finalmente Resines—. Te voy a moler todos los huesos del cuerpo y luego te cortaré en canal, como a un cerdo.

Sánchez giró la cabeza y vio el cuchillo clavado en el tronco del Rocker. La sangre de su compañero, que se expandía como un pequeño pantano, empapaba su cara y pelo. Era su última oportunidad. A gatas, en un movimiento rápido, con las escasas fuerzas que le quedaban, lo arrancó del pecho, y usando el peso de su cuerpo, se lo clavó a Resines en el muslo. *Grr*, *grr*, era el sonido de la carne desgarrada. Un chorro de sangre salió despedido. El inspector aulló de dolor y empezó a lanzar puñetazos sobre la cara de Sánchez que, de rodillas en el suelo, retorcía el mango para que el filo cortara músculo, tendones y venas. Contra la cabeza, el ojo, la mejilla izquierda, la nariz, los puños del inspector golpeaban una y otra vez a Sánchez, que seguía aferrado al cuchillo con las dos manos.

Grr, *grr*, gritos y más sangre. Notó como uno de los puñetazos le rompía un par de dientes y los escupió. Mantenía a duras penas el equilibrio sobre el gran charco viscoso que se había formado bajo él. Pensaba que era el fin, que las fuerzas le iban a abandonar, cuando el fornido inspector dejó de moverse. Se desplomó como una de las miles de reses que habrían matado en aquella sala de degüello del matadero. *Grr*, *grr* Sánchez siguió girando el filo del cuchillo sobre la carne del muslo hasta que lo soltó agotado. Se tendió exhausto sobre el tibio charco bajo la luz del casquillo.

La cara de Resines quedó cerca de la suya. Estaba completamente blanquecina, los ojos muy abiertos. El inspector se había desangrado. *Como un gorrino*, pensó Sánchez. Soltó el arma y se tumbó. Le costaba mucho respirar. Tras un par de intentos, consiguió enderezarse. Sánchez se sentó sobre aquel mar rojo para inhalar algo de aire. Tenía la ropa teñida de carmín. Intentó incorporarse, pero tuvo que esperar unos minutos porque las piernas le flaqueaban y le invadía una debilidad que se extendía por todo el cuerpo. Se mantuvo en silencio viendo los cuerpos de sus dos compañeros y como los surcos del suelo canalizaban la sangre por un riachuelo espeso y granate que se perdía

por la boca de un sumidero.

Logró levantarse y se sostuvo en pie apoyándose en la mesa de madera. Finalmente, con la cara desfigurada por los golpes, dolorido, y sin apenas poder respirar, tomó la bolsa de cuero para esconderla donde nadie pudiera encontrarla jamás.

2

La clase de inglés con la hermana Natividad era la que más se le había atragantado a Clara desde su llegada al internado. Su nivel estaba bastante por detrás del de sus compañeras y, aunque Maia, que había vivido una temporada en Inglaterra, repasaba siempre con ella la lección por las noches, los progresos eran más lentos de lo que le hubiera gustado. No poder ser la primera de la clase como en el resto de las asignaturas le ponía de muy mal humor. Acababa de leer en voz alta la primera parte de la lección del día. Era un texto con un vocabulario básico, pero a pesar de ello, durante todo el rato, no había dejado de escuchar las risitas de sus compañeras de fondo. Todavía sentía un intenso calor en las mejillas cuando la puerta de la clase se abrió con violencia. Era la madre superiora. Sus ojos se movieron entre sus compañeras hasta que se pararon sobre los de ella.

—Sánchez, me tiene que acompañar.

Clara sintió que el pulso se le aceleraba. Se levantó. Cuando pasó al lado de Maia, esta le acarició la mano. Abandonó la clase mientras con un clamor de vocecillas crecía a sus espaldas. La hermana no le dijo absolutamente nada en todo el camino, tan sólo le repitió que tenía que acompañarla. La monja andaba con un paso firme y decidido, con el gesto altivo y Clara iba detrás suyo, cabizbaja. Cruzaron el patio bajo unos árboles que ya habían perdido muchas hojas. El follaje se había acumulado en el suelo, y giraba en pequeños remolinos por la acción del viento. Llegaron al edificio principal y recorrieron unos pasillos en los que no se oía nada, únicamente las pisadas de las dos sobre el cemento, hasta que alcanzaron su despacho. La puerta estaba cerrada. La madre superiora giro el pomo muy lentamente. La lámina de roble se desplazó con suavidad y vio a una mujer sentada de espaldas con las dos manos juntas a la altura del pecho, como en un gesto de súplica. Era su madre. Nada más notar su presencia, Carmen se levantó e hizo un amago de ir a darle un abrazo. Clara se paró en seco, como si hubiera visto al mismísimo demonio. La madre superiora la cogió por el cuello, e hizo fuerza para que entrara, pero Clara se quitó el brazo de un manotazo.

—Señorita, ¿qué hace? —gritó, enrabietada.

Parecía que iba a darle un empujón o un bofetón cuando Carmen levantó la mano.

—Da igual, no hace falta.

Clara vio que su madre tenía los ojos rojos. No había tenido tiempo de ponerse la laca. Ni tan siquiera olía a esa colonia tan floral y penetrante que tan malos recuerdos le traía. Carmen se volvió a sentar. Parecía que no abrigaba fuerzas ni para mantenerse en pie.

Clara se mantuvo tensa bajo el marco de la puerta, con la mirada inquisitiva de la madre superiora sobre ella. Sabía que esa actitud tendría su castigo, pero en ese momento era lo que menos le importaba. El odio y los recuerdos recientes la dominaban por completo. Su madre se mordió el labio antes de hablar, y por un momento, le pareció que se iba a poner a llorar.

—Hija, tengo que decirte algo.

Clara se mantenía inflexible. La observaba con dureza desde la entrada. No abrió la boca. El tiempo se había congelado.

—Se trata de tu padre —acertó a decir la mujer tras unos segundos interminables.

—¿Qué le ha pasado?

Su madre empezó a gimotear.

—Ha tenido un accidente.

—¿Está muerto? —preguntó Clara.

Se dio cuenta de que no iba a sentir el más mínimo dolor o preocupación si su padre hubiese fallecido. Si acaso, una satisfacción. Como quien se quita un gran peso de encima. Su madre la miró primero y luego negó con la cabeza repetidas veces, hasta que volvió a sumirse en un llanto. La madre superiora le alcanzó un pañuelo para que se sonara y se limpiara la cara. La mujer recobró la entereza para volver a hablar.

—Tu padre ha tenido un accidente de coche. Está muy grave ingresado en el hospital —volvió a usar el pañuelo—. No saben si sobrevivirá.

ÚLTIMA ESPERANZA

MADRID – OCTUBRE 2009

1

Por el ventanal de la sala de estar de la casa de sus padres penetraba una declinante claridad. A medida que la luz había disminuido, la cara de su padre había adquirido una tonalidad más sombría.

—Papá, ¿me vas a decir la verdad? —preguntó Clara.

—Esto no va a ser fácil —respondió el famoso inspector Sánchez hundido en el sillón—. Te pido que primero me escuches.

Su madre llegó en ese instante con el vaso de agua. El hombre le dio una serie de tragos cortos. Luego ella le limpió los labios con una servilleta y se lo llevó todo de vuelta a la cocina. Sánchez adoptó un semblante compungido, apoyó las manos en los reposabrazos y bajó sus ojos acerados.

—Me temo que alguna de las cosas que vas a escuchar no te van a gustar, Clara.

—Tú dime la verdad.

—El inspector Resines estaba al mando del Grupo 3. Un buen policía, un tipo duro y metódico que se había propuesto acabar con el tráfico de heroína en Madrid. Era su misión y la quería cumplir a toda costa. Lo importante para él era el fin, los medios daban igual. Su formación militar lo hacía confiar más en el grupo que en el individuo. No se cansaba de repetir que la clave era que la maquinaria estuviera bien engrasada y cada uno hiciera el papel que le correspondía, sin alardes, pero sin bajar la guardia. En aquellos tiempos tan duros muchos jóvenes morían por la heroína. La unidad conseguía resultados. Recibió varias condecoraciones y sus golpes contra el narcotráfico aparecieron numerosas veces en la prensa. Todo se torció cuando asesinaron al Largo, uno de los inspectores de la unidad. Eso fue en el año ochenta y dos, un poco antes de que me asignaran a trabajar en el Grupo 3. El Largo apareció envuelto en polvo blanco y repleto de agujeros del plomo de una recortada. En realidad no murió por las balas, sino por la heroína que entró por sus venas. Una mala imagen para la policía y los políticos de turno que se debía limpiar. No nos llevó mucho tiempo descubrir que El Largo había estado traficando a sus espaldas —la risa de hiena volvió sonar en los oídos de Clara—. A Resines le dolió mucho, muchísimo, saber que su compañero lo había traicionado. Ahora, pensándolo fríamente, fue un elemento clave para conseguir que Resines confiara en mí —levantó la mirada. Sus ojos habían cobrado brillo—. Clara, a la gente debes conocerla, llegar a saber cuáles son sus inclinaciones y preferencias. Luego es suficiente con alimentar su ego para que se abran y te cuenten todo lo que necesitas. Sí Clara, es más fácil de lo que crees llegar al interior de las personas y descifrar lo que esconden

sus mentes.

—¿Quién formaba parte de la unidad, exactamente?

—Resines y otros dos inspectores. Pero esa unidad y su lucha contra la droga no es la clave de todo este embrollo, debes concentrarte en lo que te cuento.

Clara rio.

—No espero que te creas todo —replicó su padre—. Al menos no todavía. Como te he contado, el inspector Resines tenía en su poder fotografías y grabaciones del ministro de Interior muy comprometedoras. Esas imágenes eran su salvoconducto para evitar problemas y poder actuar a sus anchas. Un policía que campaba por Madrid sin tener que rendir cuentas a nadie ni a nada.

—¿Qué tipo de fotografías?

—Sexuales —su padre empezó a toser, pero en esta ocasión se rehízo rápidamente—. En aquellos años no estaba bien visto que un alto cargo fuera homosexual, y todavía menos que tuviera encuentros con jóvenes, algunos presumiblemente menores de edad. Pero Resines no guardaba grabaciones solo del ministro, otros hombres importantes también habían sido detenidos en situaciones comprometidas. Sabía que disponer de esa información le podía ser de gran utilidad en el futuro. Le ayudaría a sobrevivir en un mundo de rapaces y a acabar si quería, como a él le gustaba calificar, con sus nuevos enemigos y lo que representaba la mayor amenaza para el país: los políticos.

Clara desvió la mirada al oír un ruido. Su madre había vuelto y se apoyaba contra el marco de la puerta. Las miradas de sus padres se cruzaron pero esta vez, en lugar de desaparecer, ella permaneció.

—¿Qué es ahora del inspector Resines? —preguntó Clara.

El inspector Sánchez bajó todavía más los ojos.

—Resines está muerto.

—¿Estás seguro?

—Yo lo maté. Con mis propias manos.

—Dios mío —susurró Carmen dando un involuntario paso hacia atrás.

—¿Qué ocurrió? —preguntó fríamente Clara.

—Me fui ganando su confianza poco a poco. Estaba cerca de que me hiciera partícipe de lo que sabía cuándo todo se torció, muy rápido —movió la cabeza con desolación—. Una vez comenzó la espiral de violencia fue imposible detenerla. Peleamos. La causa de esta incapacidad respiratoria se encuentra en la fuerte contusión pulmonar que sufrí aquella noche. Después de aquello ya nunca volví a ser el mismo.

—Nunca me dijiste nada.

—Tú nunca volviste a casa.

El cerebro de Clara procesaba la información a toda velocidad.

—Si Resines está muerto, ¿cómo puedes estar tan seguro de la existencia de todas esas fotografías y grabaciones? —Clara se detuvo a meditar unos segundos—. ¿No me irás a decir que encontraste todo ese material? —preguntó.

—No, yo no lo tengo —atajó de inmediato su padre.

Se miraron durante un largo silencio.

—Papá, no me mientas.

El inspector Sánchez se encogió de hombros.

—Hija, todo lo que esté relacionado con esas fotografías es muy peligroso.

—¿Qué demonios encontraste?

—¡Te he dicho que no lo tengo! —su padre se había conseguido enderezar en el sillón y pronunció aquellas palabras con una fuerza que parecía salir del interior de sus entrañas.

El inspector Sánchez prosiguió relatando lo que él sabía, o quería contar, esta vez de Pelayo Pellicer y los integrantes de la SSN. En aquella época la agencia española de inteligencia apenas contaba con unos doscientos agentes. En su mayoría militares, guardia civiles y algún policía, pero los menos. Disponían de un importante material, sofisticado para la época, para realizar sus misiones. Junto al director de la flamante y nueva sección para la seguridad nacional del CESID había un grupo muy reducido de hombres que no llegaba a la decena y que formaban la SSN. Ellos fueron quienes se dedicaron a espiar y grabar a los que movían los hilos del poder. Gente que en muchos casos había estado bien colocada durante el régimen franquista y que supo ver a tiempo el cambio que venía. Personas que vendieron que estaban por la transformación y por un impulso hacia el progreso en un momento clave del país. Supieron jugar muy bien sus cartas y ganaron la partida. No sospechaban que una mano negra, astuta y silenciosa, había cambiado de bando y les espiaba. La SSN.

—Son gente oscura —dijo, de pronto sobresaltado—. Y muy peligrosa. Si alguna vez descubren que esas fotografías existen harán todo lo que esté en sus manos para acabar con ellas y no dejar el menor rastro de su existencia, ni de todo aquel que haya tenido la desgracia de estar en contacto con ellas.

—Es increíble —exclamó Clara.

Su padre se hundió en el sillón y un arrebato de tos hizo que se le pusieran los labios amoratados de nuevo. Su madre volvió a encargarse de ponerle la mascarilla para que el oxígeno le llegase a los pulmones. Necesitaba descansar.

Clara volvió a su habitación y tomó el diario en sus manos. Sonrió al recordar a su abuela. Iba a ponerse a leerlo cuando su madre apareció de nuevo, en el marco de la puerta.

—Clara, debo contarte algo —la mujer parecía temerosa—. Cuando

el accidente de papá —su madre carraspeó—. Bueno, tras la pelea con el inspector tu padre ya no volvió a ser el mismo. Siempre me dijo que la lesión en el pulmón fue consecuencia de un accidente de coche. Ahora, escuchando lo que te ha contado, he ido atando cabos y creo que hay una cosa más que debes saber. A lo mejor, es sólo una tontería mía, pero…

Su madre se mordió el labio nerviosa. Parecía no tener el valor de decirlo.

—Mamá, ¿de qué se trata?

—Verás, lo primero que quiso hacer tu padre tras salir del hospital fue acudir a la tumba de la abuela.

—¿Al cementerio?

La mujer asintió.

—Me pareció muy raro, pero se empeñó de tal manera que lo tuve que llevar yo misma hasta allí en la silla de ruedas. Estuvimos un rato, en silencio, y nos fuimos.

—¿Y no preguntaste…?

La mujer obvió esa cuestión.

—Me percaté de que la lápida estaba rota en una de las esquinas. Y hay más —Carmen tomó aire—. Desde ese día, tu padre se empeñó en ir al cementerio cada 1 de noviembre, el día de Todos los Santos, a poner flores. Sin falta. Debes saber que jamás habíamos acudido con anterioridad a esa fecha.

Otra pausa larga.

—Dímelo ya —exigió Clara.

—El roto de la tumba apareció arreglado con algo de masilla. Yo creo que necesitaba comprobar que nadie había abierto la lápida en todo ese tiempo.

ALICANTE – OCTUBRE 2009

2

El paso del alcohol de cuarenta grados por la garganta había aclarado las ideas de la agente Hudson. Tenía elementos más que suficientes para que Fernando Cortés iniciara una investigación a fin de dilucidar hasta qué punto la Central de Inteligencia de España estaba involucrada con Pelayo Pellicer. Era el momento de volver al hotel. Inés pagó la cuenta y ambas mujeres salieron. Afuera la lluvia había dado paso a un cielo estrellado y hacía una noche con una temperatura muy agradable que invitaba a alargar la velada. Pasaron junto a los hombres con los que habían discutido en el interior del local, que seguían vociferando con la mesa repleta de botellines de cerveza vacíos. No se habían alejado ni un par de metros, cuando uno de ellos, dejó caer en voz alta: «Además de antipáticas, gordas».

Inés Hudson apretó la mandíbula. La última vez que la rabia había rugido en su estómago con esa intensidad, la furia había acabado venciendo y por poco tuvo que pasar la noche en el cuartelillo de la policía local. En aquella ocasión fue Cortés quien usó su influencia para sacarla del calabozo sin que la cosa pasara a mayores. Esa noche tuvo la fortuna de estar con Luengo. La mujer la había agarrado por el brazo y la arrastraba con ella, andando en dirección contraria a donde estaba el grupo.

—¡Vete a la mierda! —gritó la oficial de policía sin volverse. Entonces levantó el puño con dedo corazón extendido y lo agitó varias veces por encima de sus cabezas—. Que te den, gilipollas.

Atravesaron la plaza del mercado, con las mesas repletas de gente que disfrutaban de aquella noche espléndida. Inés no pudo evitar recordar lo que Luengo le había contado sobre el bombardeo ocurrido durante la Guerra Civil y fue asaltada por un escalofrío al imaginar los cuerpos destrozados por las bombas. Bajaron por la Rambla y giraron en la calle Mayor, una vía peatonal con bares y restaurantes ocupando el centro de la vía y repletas las mesas de turistas. Cruzaron bajo uno de los pasajes del Ayuntamiento y se detuvieron un momento en la plaza de enfrente. Luengo señaló hacia el edificio de planta rectangular del siglo XVIII, con la fachada principal simétrica y compuesta de un cuerpo central de tres plantas flanqueado por dos torres de mayor altura en los extremos. El reloj de la torre mayor que quedaba a la derecha marcaba las nueve de la noche.

—¿Sabías que al pie de la escalinata principal se encuentra la llamada «cota cero», un punto de referencia que se utiliza para medir la altitud sobre el nivel del mar de cualquier lugar de España?

Inés admitió desconocerlo y tras ladear la Casa Carbonell frente a la Explanada, decidieron detenerse en el paseo marítimo del Puerto.

La agente del CNI se alojaba en uno de los hoteles construidos sobre el muelle de Levante, que separaba la zona de restauración que ocupaba la dársena con respecto a la playa del Postiguet. Una ligera brisa proveniente del mar les acariciaba el rostro.

—Supongo que habrán enviado un agente a buscarme —dijo Luengo.

—Ya sabes lo que tienes que contar.

La mujer asintió. Lo habían estado ensayando por el camino: «Nadie podía ni imaginar que Santi estaba en condiciones de escapar del hospital, ni tan siquiera de ponerse de pie. Ella había hablado con el agente a cargo de su vigilancia preocupada por su estado de salud ya que tenía la información del médico que le había operado. El fugaz momento en que descuidaron la habitación fue aparentemente aprovechado por Blanes para darse a la fuga y ella, sin sospechar de la huida, había vuelto a la comisaría tras la llamada de Muñoz que le exigía presentarse allí ya que había una agente del CNI que quería hablar con ella».

—Volveremos a vernos —fueron las palabras de despedida de Inés antes de que ambas mujeres se abrazaran.

La habitación del hotel tenía un amplio ventanal que daba al mediterráneo. Inés Hudson tenía la frente apoyada sobre el cristal. La agente miraba el agua que tenía enfrente y donde la luna relucía como pececillos de plata entre las crestas del oleaje mientras su cabeza estaba sumida en un auténtico torbellino. Llegaba el turno de las llamadas. La primera fue a la viuda de Urrutia. No guardaba excesivas esperanzas de poder hablar con ella de modo que cuando la mujer descolgó, Inés se quedó algo sorprendida.

—¿Consuelo? —preguntó.

—Sí —respondió la mujer.

—¿Puede hablar ahora?

—Dígame.

Su voz era seca.

—Esta mañana, en su casa, cuando estaba a punto de marcharme, me dijo que tenía algo importante que contarme.

Un espeso silencio se alargó.

—Escuche, mi marido no se suicidó —dijo finalmente.

—¿Cómo puede estar tan segura?

La viuda de Urrutia hablaba en voz muy baja, como si tuviera miedo de que pudieran escucharla.

—El día anterior a su muerte, Jaime estaba contento. Yo le conocía muy bien y le puedo asegurar que estaba de verdad ilusionado.

—¿Le dijo por qué?

—Me confesó que, después de tantos años, íbamos a regresar a

Madrid. Un ascenso importante que se había ganado para disfrutar de un buen puesto hasta la jubilación.

Inés arqueó las cejas y echó el cuerpo ligeramente hacia atrás. El comisario no le había mencionado nada al respecto.

—Me dijo que por fin le iban a reconocer todo el trabajo como se merecía —prosiguió Consuelo.

—¿Sabe a qué trabajo se refería?

—No me lo comentó.

—¿Le ha contado esto a alguien más?

—No —le pareció que la mujer tapaba el auricular con la mano unos segundos—. Ahora no puedo hablar, llámame mañana —dijo finalmente y antes de que Hudson pudiera protestar, colgó.

Luego llegó el turno de su jefe. Fernando Cortés escuchaba con atención mientras le resumía las anotaciones hechas a mano en aquel viejo documento encontrado en el archivo y que trataba de la remodelación que se hizo en 1982 de La Casa. Hacían referencia a la creación de la SSN, la Sección de Seguridad Nacional. Al parecer un grupo ultrasecreto que se debió fundar a principios de los ochenta. Una unidad estratégica dentro de La Casa, pero que por algún motivo no aparecía en ningún informe o partida presupuestaria de la época, tan solo garabatos hechos a mano con un lápiz en los márgenes de un documento sobre el nuevo organigrama. Había anotaciones tales como «Sección de Seguridad Nacional», «la última línea de defensa», «un reducto de afines a la Patria» o «Vigilar las amenazas a la democracia» con la palabra «democracia» subrayada con trazo grueso. El remate final llegaba con la escritura de las iniciales P.P., que podían corresponder a las iniciales de Pelayo Pellicer.

A continuación, le contó la movida que se había montado en torno a Santi Blanes fugado del hospital y en paradero desconocido y lo que había visto en la casa del inspector.

Fernando Cortés sintió que el suelo se le movía debajo de sus pies.

—O sea que alguien que no es de la policía vigila la casa del inspector.

—Correcto.

—¿Y por qué crees que lo harían?

—Jefe, no puedo saberlo. Está claro que si la SSN todavía existe, querrán asegurarse de que el inspector calle para siempre.

—¿Alguna idea de quiénes eran?

—Todavía no. Voy a enviar las fotografías en un rato a ver si tenemos fichado al tipo que estaba haciendo guardia en la furgoneta y nos ofrece alguna pista.

Para finalizar le puso al tanto del contenido de la llamada que acababa de mantener con la viuda de Urrutia y ese misterioso ascenso que tanta ilusión le hacía al subinspector y del cual el comisario no

había hecho ninguna mención.

Fernando Cortés no tardó ni cinco minutos en exigirle que cogiera el primer avión de la mañana y se presentara en su despacho. Las conclusiones a las que había llegado, por muy inverosímiles que se le antojaran, confirmaban lo que denunciaba aquel maldito correo electrónico, al menos en parte: una serie de personas lideradas por Pelayo Pellicer habían conspirado para asesinar a Magdalena de Pomo y Soto, la hija del Presidente del Tribunal Supremo. Tenía la impresión de que ese grupo llevaba funcionando desde hacía muchos años, por lo menos desde 1982 cuando Pellicer fue nombrado responsable de una unidad secreta dentro de los propios servicios secretos españoles. Eso presuponía que podía haberse instrumentado desde arriba y haber contado con el beneplácito de las altas esferas y que de alguna manera todavía podía contar con autorización operativa. Lanzó un suspiro. No tenía ni idea de hasta dónde podía llegar en la jerarquía. Había que actuar con sumo cuidado hasta que no tuviera bien cubiertas las espaldas. En esos momentos se encontraba en una situación muy peligrosa ya que no tenía autorización para realizar las pesquisas que en secreto le había encomendado a la agente Hudson. Si algo de todo aquello salía repentinamente a la luz, era una bomba que podía explotar en su cara en cualquier momento.

Se hacía imprescindible encontrar un subterfugio para legitimar esas investigaciones. De confirmarse las sospechas que tenían, se trataba de un delito extremadamente delicado donde cualquier paso en falso conduciría a su destitución fulminante. Pasó la noche hasta bien entrada la madrugada encerrado en su despacho pensado en qué hacer.

VILLAJOYOSA – OCTUBRE 2009

3

El doctor Herranz llegó a Villajoyosa pasadas las diez de la noche. Se encontró con Santi Blanes sentado a la mesa con la familia Heredia. A regañadientes el inspector había dado unas pocas cucharadas al plato de berza gitana que Loli había cocinado, según sus palabras, «con la energía suficiente como para resucitar a un muerto». Santi tuvo que reconocer que el guiso estaba delicioso, con las legumbres, verduras y el embutido a trozos pequeños que flotaba en el caldo, pero apenas pudo dar unos bocados. Tenía un nudo en la garganta que le impedía tragar. Por si fuera poco, un martillo hidráulico no había dejado de percutir su cabeza con insistencia desde que se había sentado a la mesa.

—Dios mío Santi, ¿qué te ha pasado? —preguntó Herranz.

Su aspecto debía ser deplorable en vista de las palabras de saludo que su viejo amigo había empleado al verlo en el salón.

El doctor parecía un muñeco al lado del sobrino de Raimundo que había entrado con él, mientras otros dos hombres se quedaban de guardia en la calle.

—Que un médico forense amigo tuyo te vea y lo primero sea esa pregunta, no es buen augurio.

Blanes se levantó y ambos hombres se abrazaron.

—Anda, siéntate y déjame que te mire —dijo el forense.

El inspector apoyó las manos sobre sus hombros.

—No te he llamado por mí, es por Cecilia.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Es una larga historia. Ahora mismo está descansando.

—Pues déjala que descanse y vamos a ocuparnos primero de ti —el hombre se detuvo en seco y frunció el ceño—. ¿Y el pelo? ¿Qué le ha pasado a tu melena plateada?

—El inspector necesitaba un cambio de imagen —terció Raimundo que había dejado la cuchara en el plato y miraba con la cabeza ladeada al médico forense. El hombre tenía el rostro tallado de profundas arrugas y marcas—. Pasen a la habitación si quieren.

El «hombre de respeto», según le reconocía la comunidad gitana, se había puesto en pie y con un gesto enérgico de la mano les indicó que le siguieran. Andaba con paso solemne, marcial, escoltando a los demás. Los tres hombres se internaron por un pasillo alargado y oscuro. Los tacones de madera de los zapatos de charol resonaban sobre la piedra del suelo. Les abrió la puerta de lo que Blanes pensó debía de ser su habitación y con la cabeza les invitó a que entraran.

—Están en su casa —y cerró.

El cuarto estaba algo recargado. Los muebles blancos de estilo

barroco y el reflejo dorado de los adornos metálicos brillaban a través de una multitud de espejos bajo la luz de los focos que colgaban del techo. Santi pudo ver su rostro reflejado en el cristal que había apoyado sobre un aparador y no se reconoció. Era la imagen de un anciano. Se sentó en una cama de matrimonio inmensa.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Herranz.

—La cabeza —levantó la mano para señalar la zona que le dolía—. Es un dolor que no cesa, parece que me vaya a estallar.

—Déjame ver.

El doctor se puso las lentes y palpó la zona. Blanes no pudo controlar un movimiento brusco al sentir el roce de la yema de sus dedos cerca de los puntos.

—¿Qué te han hecho? ¿Te han operado?

—Eso no importa.

—¿Has tenido fiebre?

Santi negó.

—Te vas a tomar una de estas cada ocho horas y…

—¿Qué es? —lo interrumpió Blanes.

—Antibiótico.

—Y para el dolor otra de estas —el doctor abrió el estuche y sacó varias cajetillas de cartón—. Ya sabes que no es bueno tener el estómago vacío. Si ves que te sigue doliendo puedes subir la dosis a 2 cápsulas en cada toma.

A continuación el forense sacó el tensiómetro y le hizo arremangarse. Apretaba la bola de goma con fuerza, de forma rápida y repetidas veces. Blanes sintió como aumentaba la presión en el brazo y podía sentir los latidos del corazón en la vena. Herranz miraba concentrado las manillas del manómetro.

—Quince y nueve —dijo al cabo de un rato mordiéndose los labios —. La tienes algo alta, pero bastante bien.

Se quitó el estetoscopio de los oídos y lo guardó junto con el resto de cosas en la funda de cuero.

—Santi, ¿qué coño está pasando?

—Ya te he dicho antes que es una historia larga de contar. De momento solo te pido que te asegures de que Cecilia está bien. Sabes que ella lo es todo para mí.

Herranz asintió primero y luego apretó los labios.

—Coño, Santi, sales todos los días en la prensa —el doctor resopló. Parecía que se iba a sentar a su lado en la cama, pero finalmente optó por coger una silla y se acomodó enfrente suyo. Lo miraba fijamente, de forma inquisitiva—. Ahora te acusan de tener una cuenta numerada en Suiza con al menos un millón de euros.

—Ya sabes que en periodismo si un perro muerde a un niño no es noticia. Los titulares necesitan que la noticia sea que el niño muerde al

perro.

—Hostia Santi, déjate de refranes.

—Te lo voy a decir de otra manera, lo usual no merece la atención, lo inusual, sí. Que no sea verdad, es lo de menos.

El doctor lo miró de soslayo y meneó la cabeza.

—Hay muchos medios que también aseguran que eres el responsable de la muerte de Urrutia. ¡He tenido que mentir a mi mujer! —el tono de voz de Herranz se alzó, indignado—. ¿Cómo cojones quieres que le explique que he venido a ayudar al inspector más hijo de puta del país? Mucha gente desea que mueras, ahora mismo eres el mal personificado en el cuerpo de un policía. No hay un solo día en el que no se descubra algo nuevo —el hombre se quitó las lentes y apoyó los codos sobre las rodillas. Luego se pasó las dos manos por la cara y por las sienes—. Si no fuera por todos estos años —dijo con una voz que se iba amortiguando poco a poco y con los ojos fijos en el suelo.

—Mírame —le exigió Blanes.

El doctor levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron.

—La vida de mi hija está en peligro. Me han tendido una trampa y el único que puede arreglar este embrollo soy yo. Únicamente yo —Blanes apoyó la mano sobre el hombro del médico—. Debes confiar en mí.

Santi Blanes le contó lo del rapto de su hija y cómo la había rescatado de aquella villa en la sierra de Bernia. También confirmó que no mostraba ningún daño físico aunque le habían hecho tomar sedantes.

Cecilia estaba adormilada. Herranz se había encorvado y con dos dedos como pinzas buscaba la vena yugular. De repente, como si despertara de golpe, ella abrió los ojos bajo la tenue luz de una bombilla.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Es mi amigo el doctor Herranz, ¿lo recuerdas? —el rostro de su padre apareció por detrás del hombre.

—¿El forense? —preguntó Cecilia.

Blanes asintió.

—¿Estoy muerta?

—No te hagas ilusiones —replicó el doctor—. Todavía estás en el mundo de los vivos. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo mucha sed.

—Toma toda el agua que te apetezca —Herranz le acercó el vaso —. Puede ser un efecto de los calmantes.

—¿Y el bebé? —Cecilia se incorporó como un resorte sobre la cama.

La sonrisa del doctor fue tierna.

—Estupendamente. No te preocupes.

Herranz apartó las sábanas y Cecilia sintió sus manos por encima del estómago. Palpaba con suavidad. Estuvo un rato haciendo comprobaciones hasta que por fin preguntó.

—¿Has tenido algún dolor?

Cecilia negó.

—¿Alguna molestia? ¿Fiebre, escalofríos, vómitos?

—No.

Le tomó la temperatura, la tensión y le auscultó el vientre.

—Ese corazoncito va muy rápido —dijo el doctor—. ¿Quieres escuchar?

Cecilia levantó los brazos hacia su padre y Blanes le dio un fuerte abrazo. Estuvieron así un largo rato. El inspector tuvo que apretar los dientes con fuerza para contener las lágrimas que querían brotar de sus ojos. Había un gran espejo en una de las paredes y la imagen que le devolvió en esta ocasión mostraba una sonrisa en su cara que parecía atenuar las arrugas del rostro, rejuveneciéndolo.

MADRID – OCTUBRE 2009

4

Aquella noche Clara Sánchez no tenía ganas de nada, como mucho de tomarse un par de pastillas y dormir sin pausa hasta la mañana siguiente. Pero no tuvo más remedio que reunirse con Antonio y Cornelius en su habitación del hotel. Ellos estaban hospedados en una de las suites más lujosas del establecimiento y le habían contado que disponían de una amplia y cómoda sala de estar y un estudio privado para los huéspedes. Cuando Clara entró no pudo evitar detenerse y mirar con atención a su alrededor. Una gran alfombra circular presidía la estancia principal, con una cama matrimonial aristocrática encarada a unos ventanales enormes que describían un arco circular por donde asomaban las copas verdes de los árboles y el parque del Retiro al otro lado. El techo era también circular y del centro colgaba una lámpara de ocho brazos de plata. En la superficie tenía pintado un fresco en tonos azules que representaba un cielo nublado.

Cornelius la cogió del brazo y la acompañó hasta el despacho privado. Era una habitación pequeña, con dos puertas vidrieras que la podían aislar del resto de la estancia. Sobre la pared lateral unas representaciones de un bosque húmedo daban cierta profundidad visual a la sala. En el centro había una pequeña mesa con un búcaro blanco repleto de orquídeas del mismo color. Antonio estaba sentado en una de las butacas, con una pierna cruzada por encima de la otra y una copa de brandy en la mano. La saludó con una sonrisa. Cornelius le ofreció a Clara sentarse en una *chaise longue* que tenía enfrente tapizada en terciopelo azul.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó el expolicía.

Clara no dijo nada. Por los altavoces del hilo musical sonaban los acordes del *Allegro Moderatto* para cuarteto de cuerda en re menor de Mozart, una obra que conocía muy bien por su dificultad para interpretarla. No pudo evitar que su mente viajara al pasado, a las infinitas horas de práctica de violín en soledad, allí en casa de sus padres.

—¿Algo de fruta? —Antonio hizo un gesto con la cabeza y al instante Cornelius regresó con una bandeja repleta de naranjas, manzanas y una gran piña en el centro.

—Gracias, no tengo hambre.

—Por favor, siéntate.

Clara quedó ligeramente recostada sobre la *chaise longue*. Los dos hombres estaban frente a ella.

—¿Qué tal en casa de tus padres? —se interesó el expolicía—. ¿Algo que nos pueda ser de utilidad para el caso?

Cornelius puso una mano sobre la rodilla de Antonio.

—Clara, lo primero —el holandés se incorporó y apoyó los dos codos en las rodillas, con las manos sujetando el rostro—. ¿Has podido decirles todo el daño que arrastras desde niña por su culpa? Dime, ¿has podido?

Clara volvió a ver la imagen de su padre hundido en el sillón, con la mascarilla insuflando oxígeno en un cuerpo marchito y admitiendo, por fin, su culpa. La expresión que debía mostrar el rostro de Clara en ese momento debió ser más explícita que cualquier palabra que hubiera pronunciado. Cornelius sonrió y cogió una manzana de un color rojo tan intenso que parecía le acababan de sacar brillo con algún producto de limpieza. Antonio permanecía impasible, con la copa de balón entre los dedos de la mano derecha. El primer bocado del holandés sobre la fruta resonó con estruendo por la habitación. El expolicía bajó la pierna y le miró con dureza.

—*Ab uno disce omnes* —murmuró por lo bajo.

El periodista holandés no respondió pero dejó la manzana sobre la mesilla con violencia. Faltó muy poco para que el búcaro con las orquídeas blancas cayera sobre la alfombra. Clara estuvo de acuerdo que tanto comentario en latín empezaba a ser cansino. La escena en la pequeña sala de su casa volvió a su mente. Tuvo que apretar las mandíbulas y tragar saliva antes de continuar hablando.

—Por fin, después de tantos años, he tenido el valor de decirles a la cara todo lo que llevaba guardándome desde que era niña. Me he quitado un gran peso de encima —dijo con la mirada distante—. Quiero pensar que en realidad mi madre nunca fue consciente de lo que ocurría durante esas noches de alcohol y tabaco cuando él venía a darme las buenas noches —apretó los dientes con fuerza—. Supongo que todos estos años, en que los excluí de forma definitiva de mi vida, tampoco debieron ser fáciles para ella.

—¿Y él? —preguntó Cornelius.

—El muy cabrón —los dientes de Clara rechinaron—. Lo ha reconocido y hasta me ha pedido perdón. Por ahora eso me basta. Tal vez le quede poco tiempo. Al principio se resistió y empezó a emplear sus artimañas para darle la vuelta a la tortilla y hacer creer que la verdadera culpable del problema era yo. Creo que al ver a mi madre en contra suya de esa manera… —Clara no encontraba las palabras a emplear—. No estoy segura, tal vez todos tengamos que confesar algún día nuestros pecados para poder morir en paz.

—En efecto, cada uno debe de encontrar su propia paz antes de morir —dijo Antonio que había adoptado de nuevo su pose preferida, con una pierna apoyada sobre la otra mientras calentaba el cristal de la copa con ambas manos. Le dio un sorbo al brandy y tras dejar la bebida en la mesa, se recostó. Llevaba un chaleco tweed marrón, camisa blanca y pantalón azul marino con la corbata a juego—.

¿Habéis hablado sobre algún tema que pueda ser importante para nuestro asunto? —se ajustó el nudo que tenía ligeramente el lazo abierto.

Clara se quedó pensativa ante el brusco giro de la pregunta.

—Lo cierto es que sí.

Antonio entornó los ojos. La miraba con curiosidad.

—Es la primera vez que mi padre me ha hablado sobre un inspector de policía que estaba a cargo de una unidad antidroga y operaba en el centro de Madrid.

—¿Quién? —se interesó Cornelius.

—Resines.

Antonio se incorporó sobre el sillón de un salto. Había abandonado su aspecto relajado y tenía la espalda rígida apoyada contra el respaldo. La observaba, aunque de modo diferente, más atento. El hombre se volvió a ajustar el nudo de la corbata, aunque esta vez sus manos se movían con menos precisión.

—¿Le conoces? —preguntó ella.

El expolicía hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Nunca tuve trato directo con él —aclaró de forma rápida—. Todos lo conocíamos en Madrid. Fue un inspector muy famoso en la década de los setenta y principios de los ochenta. Intervino varios alijos importantes de heroína y acabó con la red de distribución más importante que introducía la droga en el país, vía Turquía. También se enfrentó a los clanes que se encargaban del menudeo y reparto final entre los camellos de los barrios más humildes de Madrid. Fue un asiduo de los medios de comunicación, ofrecía la imagen de una policía implacable contra el mal que estaba diezmando a nuestros jóvenes. Una buena propaganda política para mostrar la mano dura que se demandaba desde muchos sectores de la sociedad.

—Sí, yo también lo recuerdo —lo interrumpió Cornelius—. Si no me equivoco, escribí un artículo entero sobre él. Una pena que no podamos consultar mis archivos.

—Igual de rápida fue su subida como su caída —añadió el expolicía, ajeno a la interrupción—. No pasó mucho tiempo hasta se descubrió que en realidad tenía conexiones con un grupo de narcotraficantes.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Clara.

—Murió —afirmó Antonio, tajante—. Mejor dicho, lo asesinaron.

—¿Asesinado? —Clara se agitó sobre el sillón—. ¿Quién lo mató?

El holandés abrió sus grandes manos y se encogió de hombros.

—Fue uno más de los muchos crímenes sin resolver de aquel momento —dijo el periodista y tomó la manzana para darle otro bocado, aunque esta vez con más suavidad. Masticaba lentamente, mirando de soslayo a su compañero.

—Nunca hubo pruebas fiables, pero todo apuntaba a un ajuste de cuentas del clan de Los Charlines —Antonio recuperó su pose tranquila—. Fuera quien fuera, se ensañaron con él, fue un crimen de una violencia brutal. El que lo hiciera quiso asegurarse de que sufriera antes de morir.

Clara sintió que se le encogía el estómago. Su padre le había confesado tan solo un rato antes que él lo había matado con sus propias manos. ¿Quién era en realidad el inspector Sánchez? Toda una vida escondida entre secretos, oculto en oscuros puestos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. ¿Para qué? ¿Con qué propósito? ¿Cuántas víctimas habría dejado atrás, aparte de ella misma? Aún le debía muchas explicaciones.

VILLAJOYOSA – OCTUBRE 2009

5

Aquella noche, después de la intensidad de los dos últimos días y habiendo dormido mucho menos de lo que era saludable, el cuerpo de Santi Blanes pidió una tregua. Necesitaba descansar, y más teniendo en cuenta que ante la insistencia de Loli se había visto obligado a acabarse todo el plato de berza gitana. Haber podido rescatar a Cecilia esa tarde de aquella villa en la Sierra de Bernia le producía una reconfortante sensación de bienestar. Se acordó también de las palabras de Herranz y la necesidad de empezar el tratamiento para su cáncer de pulmón. No tenía miedo a la muerte. Aunque él pronto ya no estuviera, la vida, para su hija y para su nieto, seguiría adelante. El ser humano llevaba muriendo desde el origen de los tiempos y así seguiría siendo. La vida y la muerte no se podían separar. En su cabeza sonaba de nuevo el ritmo veloz del corazón del feto que había escuchado al ponerse el estetoscopio. El latir era como el galope de un caballo. Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

Santi había estado tentado de echarse a dormir con Cecilia, pero era un colchón estrecho y Herranz le había dicho que los dos necesitaban recuperar fuerzas. Finalmente ella dormía en la habitación de al lado. No eran ni las diez y se encontraba tumbado boca arriba en ropa interior sobre la cama, los pies cruzados y la cabeza apoyada sobre las manos, recapitulando los acontecimientos vividos, las personas con las que se cruzó y los lugares por los que había pasado aquel día. Habían sido numerosos y demasiado intensos. Santi se acordó de la cara de Sergey, el joven ruso que habían dejado al cuidado de su hija en la villa de Altea. Si le hubiera puesto la mano encima a Cecilia habría acabado sin ningún tipo de remordimiento con su vida. En más de treinta años investigando homicidios jamás había experimentado ese ansía de venganza. Habían sido muchos los delincuentes a los que se había tenido que enfrentar en su carrera como inspector, la carroña de la sociedad, pero siempre se había cuidado de cruzar la peligrosa línea de acabar con la vida de otro hombre.

¿Hubiera realmente apretado el gatillo? ¿Habría sido capaz de esparcir los sesos del joven ruso por aquel salón? ¿Acaso no llevamos todos un asesino en nuestro interior si las circunstancias nos lo exigían? Sabía que la respuesta a todas sus preguntas era afirmativa, habría acabado con la vida de aquel joven sin el menor titubeo.

Por su mente volvieron a pasar los familiares de las víctimas de los asesinatos que había investigado, madres y viudas en su mayoría, aunque también algunos padres y huérfanos. Ese dolor que representaba la pérdida de los seres queridos había sido el alimento

necesario para enfrentarse con la energía necesaria a tantos años como inspector de policía. Escenas y rostros que se habían impreso en su memoria y aunque no solía sacar a menudo, de alguna manera explicaban lo que era.

No supo bien como, pero con esos pensamientos rondándole, Santi se acordó de Clara. Dudó si llamarla, pero ahora que Cecilia iba a estar a salvo en casa de los Heredia, era el momento de ir a Madrid a ayudarlos. Marcó su número. Ella respondió enseguida.

—Santi, ¿sabes algo de Cecilia? —preguntó ella al descolgar.

—Está conmigo y a salvo.

Al otro lado de la línea escuchó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Me ha visto mi amigo el forense y dice que estoy estupendo. De esta todavía no me retiro.

—Me alegra. Te voy a necesitar cuando me reincorpore.

Santi sonrió sobre la cama, Clara había tomado la decisión correcta volver a ser inspectora de policía.

—Cuéntame lo de Cecilia —prosiguió ella.

Santi repasó lo que había dado de sí el último día, que no había sido poco. Empezó explicando cómo para poder escapar del hospital sin hacer daño al enfermero había tenido que amenazarlo de muerte. A él y a su familia. «Cuando salga a la luz, te odiaran todavía más», le había comentado ella. También le contó como gracias al sobrino de Luengo habían llegado hasta el chalet de Altea sin levantar ninguna sospecha. Le refirió con detalle como tenían a su hija atada bajo la vigilancia de un ruso que se había comportado bien con Cecilia. Se trataba de una villa muy lujosa y en apariencia normal hasta que había inspeccionado el sótano de la casa. Le explicó lo de la cama, las cadenas, el trípode para la cámara, los utensilios sadomasoquistas y el juego de cuchillos en la funda de cuero. Después de escuchar el resumen, Clara le preguntó:

—Sabes, que cuando estuve en la casa de Pelayo, en la buhardilla, también había una cama y todo tipo de material para rodar escenas de sexo.

—¿Viste alguna cinta?

—No me dio tiempo a registrar a fondo.

—Entiendo —respondió Santi—. Yo tampoco encontré nada.

—Hay algo que no termina de encajar —dijo ella.

—¿A saber?

—Estuve en casa de mis padres y… —Clara se interrumpió.

Santi la animó a proseguir.

—Hubo un famoso inspector de policía en los principios de los ochenta que trabajó con él. Al parecer, el hombre durante años se

dedicó a grabar a gente importante y alardeaba de que podía hacer lo que quisiera.

—¿Qué tipo de grabaciones?

—Políticos y empresarios en situaciones comprometidas. Un arsenal de fotografías que le permitían hacer y deshacer a su antojo.

Blanes meditó un par de segundos antes de preguntar.

—¿Está vivo ese inspector?

—No —en esta ocasión fue ella la que hizo la pausa—. Creo que lo mató mi padre.

—Joder —susurró Santi.

—Mi madre me dijo algo más.

—¿De qué se trata?

—Tal vez sea un comentario sin importancia. Mi padre estuvo ingresado muy grave por lo que siempre habíamos pensado fue un accidente de coche. En realidad, él y Resines, el otro inspector, se enfrentaron y mi padre debió resultar vencedor. Sin embargo, como consecuencia de las secuelas de aquella pelea, nunca volvió a ser el mismo. Hay algo muy curioso. El primer día que mi padre salió del hospital le pidió a mi madre una cosa.

—¿Cuál?

—Que lo llevara al cementerio. A ver la tumba de mi abuela.

—¿La madre de tu padre?

—No, mi padre quedó huérfano de niño. Perdió a sus padres en la Guerra Civil y él se crio en un orfanato. Quería visitar la tumba de su suegra. Lo raro es que cuando llegaron al cementerio, mi madre vio que la lápida estaba quebrada en una de las esquinas.

—¿La habían profanado?

—No, pero se notaba como si la hubieran roto recientemente y se hubieran apresurado en arreglarla. Y desde ese momento iban cada año a La Almudena el día de Todos los Santos para poner flores. No han fallado ni uno.

—¿Y no lo habían hecho antes?

—Exacto.

Santi se quedó pensativo.

—¿Sabes qué día es mañana?

—Uno de noviembre.

—Clara, ¿estás pensando lo mismo que yo?

Hablaron un par de minutos más y tras una despedida algo seca por parte de él, colgaron. Blanes cerró los párpados para repasar lo que le había contado Clara. Con el chute de antibióticos y calmantes que circulaba por sus venas no tardó ni cinco minutos en quedarse profundamente dormido. Esa noche soñó con un joven caballo galopando por una pradera verde. Sin saber bien cómo, él era el jinete y ya no trotaba por una pradera, sino que corrían sobre el agua de un

mar plano. Era un pura sangre negro, muy musculoso y Blanes lo azuzaba con la rienda a ambos costados. Se dirigían veloces hacia un sol anaranjado que se ponía sobre el horizonte.

MADRID – OCTUBRE 2009

6

Fernando Cortés había considerado llamar en primer lugar al director del CNI pero se abstuvo por la sencilla razón de que no sabía hasta qué punto podía haber llegado aquella conspiración en la jerarquía de La Casa. Acudir a la policía ordinaria resultaba imposible por razones obvias. Sólo le quedaba una alternativa si quería salvar su culo. Aún le sudaban las manos a raíz de la conversación telefónica que había mantenido a primera hora, antes de amanecer. Había conseguido que la reunión se celebrara finalmente a las diez y disponía de una hora. Lo único positivo del día es que así tenía tiempo para revisar el enfoque que le iba a dar. Miró el reloj: las manecillas marcaban las nueve.

Faltaba poco para que el avión de Inés aterrizara, de modo que Cortés bajó al sótano, cogió el coche oficial y se fue directo a recogerla al aeropuerto de Barajas. Soltó el vehículo en la primera plaza libre que vio en el parking y salió a la carrera hacia la terminal de llegadas. Los paneles anunciaban que el vuelo había aterrizado a la hora prevista, sin embargo la agente no salía. Cada vez que se abrían las puertas correderas el jefe del servicio de inteligencia del CNI observaba deseoso de verla aparecer. Un hilo interminable de personas provenientes de todos los rincones del mundo llegaba a su destino con los ojos de quien llega a una ciudad nueva. Miró de nuevo el reloj: las nueve y cuarenta. Empezó a dar vueltas en círculo por la terminal. Estaba ya decidido a llamarla al móvil cuando la vio tras un grupo de turistas con aspecto de venir de algún lugar con poco sol a juzgar por el color lechoso de sus pieles y porque empujaban sus carros con una montaña de maletas. Inés podía haber pasado como una más del grupo, salvo que ella llevaba únicamente una mochila a la espalda y arrastraba un pequeño maletín con ruedas, con unos auriculares colgando del cuello.

—Te podías haber vestido más elegante —Fernando la miró de arriba abajo.

—Yo siempre voy elegante —respondió ella, mientras se estiraba el jersey holgado y oscuro por encima de los vaqueros.

Los intermitentes del Audi A6 negro con cristales tintados pestañearon y emitieron un pitido cuando Cortés pulsó el botón del mando. Por las prisas no recordaba dónde había aparcado el coche y habían estado recorriendo la planta en busca del sonido del vehículo. Lanzó la maleta de la agente al maletero y entró veloz en el vehículo.

—Vamos, que llegamos tarde —le apremió a ella.

La autovía de circunvalación M30 les acogió con un inmenso embotellamiento para entrar al centro de Madrid.

—¡Joder! —Cortés golpeó con las dos manos sobre el volante—. No podemos quedarnos aquí parados.

Puso el intermitente a la derecha y se incorporó de forma violenta al arcén. Circulaba entre los pitidos de los coches y camiones, con las luces de emergencia parpadeando.

—¿Has sonreído? —le preguntó Inés al rato.

—¿Cómo?

—¿Qué si has sonreído a la foto del radar?

Cortés maldijo algo incompresible por lo bajo. A las diez menos un minuto y varias multas más dejaban el coche en la puerta de un palacete del siglo XIX de tres plantas, que albergaba las dependencias del Ministerio de Defensa. Se identificó a los agentes de la Guardia Civil que custodiaban la verja metálica y les dio la llave para que se encargaran del vehículo. Unas órdenes que se vieron obligados a acatar. A las diez y cinco minutos llegaron a la primera planta donde se encontraba Carlos Seisdedos. El director de gabinete les esperaba de pie en la puerta de su despacho.

—Llegáis tarde.

Ambos hombres se estrecharon la mano y luego el director se la ofreció a Inés.

—Inés Hudson —dijo ella.

El director de gabinete se la apretó con tanta fuerza que por un momento la agente pensó que le iba a romper los dedos. Era un hombre en la cincuentena, de mediana estatura y complexión poco atlética, pero sin duda con unas manos como garras. Tal vez su apellido tuviera algo que ver. Según le había contado Cortés en el rally en el que se había visto obligada a hacer de copiloto minutos antes desde el aeropuerto de Barajas, ambos se conocían desde hacía años y habían coincidido en diversos actos del ministerio, donde habían trabado una buena amistad. Disponían de una hora para exponer la situación al ministro de Defensa. Había sido un milagro encontrar un hueco en su agenda. Por fortuna a última hora se había cancelado la visita del embajador de Estados Unidos para tratar los asuntos de seguridad de una posible visita privada del presidente y su familia a la península para el verano del siguiente año.

El ministro de Defensa contemplaba al jefe del servicio de inteligencia con un aire que parecía mezcla de desconfianza e interés. La agente Hudson no había abierto la boca en los cuarenta minutos que duró la presentación y el director del gabinete se removía de vez en cuando sobre la silla. Cuando Fernando Cortés acabó, el ministro se quitó las gafas y permaneció un instante mirando al vacío.

—Necesitamos café.

El hombre se levantó y cogió una cafetera eléctrica que estaba oculta tras las banderas de España y la Unión Europea. Sirvió cuatro

tazas y lo acercó todo en una bandeja con varios azucarillos en el medio.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo el ministro tras tomar asiento. Tenía los codos apoyados sobre la mesa, las manos entrelazadas—. No tenemos bastante con ver aparecer a un inspector de policía todos los días en los medios, acusado de haber asesinado a su compañero y de haberse enriquecido con actividades ilícitas, sino que encima se sospecha de la existencia de una organización secreta que se originó en el CNI en la década de los ochenta y que podría estar detrás de la muerte Magdalena de Pombo y Soto. Se trataría de una unidad que debía en principio velar por la democracia de la nación, la SSN y con permiso oficial para realizar escuchas y operaciones de seguimiento para asegurar el buen funcionamiento de los órganos constitucionales.

El ministro miró a su director de gabinete con aire acusador.

—¿Tú sabes algo de esto?

Carlos negó con la cabeza. El ministro le seguía mirando y Hudson comprobó que el hombre estaba más pálido que cuando habían entrado.

—En absoluto —dijo Seisdedos, finalmente—. Jamás he escuchado que exista la supuesta Sección de Seguridad Nacional ni constancia de que haya existido en el pasado. Tampoco he visto ni una sola referencia en ningún informe —hizo una pausa y se tomó la taza de café de un trago—. Me cuesta creer que se hiciera algo así.

—Pues alguien que no es de los nuestros ni de la policía vigilaba la casa del inspector Blanes en Alicante —Inés notó un puntapié en la espinilla y retiró las piernas bajo la silla—. Esas anotaciones a mano en el memorándum de La Casa parecen fiables. Parece lógico que un año después del fallido golpe de estado, el gobierno quisiera poner una unidad encargada de vigilar las nuevas y jóvenes instituciones democráticas. Otra cosa es que la cosa se le fuera de las manos y pusieran a la persona equivocada al mando y sin ningún tipo de control parlamentario. Esa unidad podía hacer uso de unos fondos reservados muy jugosos.

El ministro lanzó un profundo suspiro.

—Debemos evitar a toda costa que esta información se filtre a los medios. No quiero imaginar el coste político de todo esto. Y también para el CNI —matizó—, unos espías enriqueciéndose y cometiendo actos delictivos financiados por el Estado. Esta misma tarde informaré al presidente del gobierno —había adoptado un semblante serio mientras tamborileaba con las yemas de los dedos sobre la madera—. Ahora necesito saber cómo vamos a actuar.

Fernando Cortés carraspeó antes de hablar.

—Hay dos problemas por resolver. Primero debemos confirmar la

veracidad sobre la SSN y en caso afirmativo, comprobar si todavía existe alguna conexión de La Casa con esa trama delictiva. Si así fuera y dado que desde el ministerio no se tiene conocimiento, eso implicaría que las actividades se han financiado de forma ilegal y sin ningún control político. Una bomba de relojería que ya habría empezado la cuenta atrás. —Cortés se aclaró la voz—. Lo segundo es investigar si el asesinato de Magdalena de Pombo y Soto y todas las muertes posteriores que se han producido tienen relación entre sí y quienes son los ejecutores.

—Y el porqué —apostilló Inés.

El ministro asintió apesadumbrado.

—A todos los aquí presentes nos interesa resolver este galimatías lo más rápido posible —dijo tras mirar a las tres personas que tenía sentadas enfrente—. No sé si me entienden —todos asintieron. La agente Hudson vio como pendía una guillotina sobre las cabezas de los tres hombres que estaban sentados a su alrededor—. Ahora, continúe.

—El problema es que nuestras competencias no incluyen investigar a los nuestros, a la policía o un asesinato ordinario —dijo Cortés—. Y entiendo que todos queremos que esto se haga de la forma jurídica correcta y amparados por la Constitución.

—Todos lo queremos —confirmó el ministro.

—En tal caso necesito una orden por escrito que incluya las competencias necesarias para mis agentes.

El ministro se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho.

—No tengo claro que lo que está pidiendo sea legal.

—Sí, es legal —Inés había tomado la palabra de nuevo—. Al existir indicios de que el fallecimiento del presidente del Tribunal Supremo se ha producido en condiciones sospechosas, el servicio secreto puede ser el responsable de investigar el caso. Se habría atacado de forma directa a uno de los pilares de la democracia, el poder judicial.

—Entiendo su argumentación —dijo el ministro—. Tiene usted una ayudante muy espabilada.

Fernando Cortés se aflojó ligeramente el nudo de la corbata. El ministro dejó de caminar y se dirigió de forma directa al director de gabinete.

—Llama al director jurídico para tratar este asunto. Quiero tener un documento que le otorgue al servicio secreto poderes especiales para poder actuar en este caso. Es una prioridad de seguridad nacional confirmar el grado de implicación de La Casa en la supuesta SSN creada en el pasado e identificar la veracidad de la información sobre los asesinos de Magdalena. Y tal vez hasta la muerte del mismísimo presidente del Tribunal Supremo —en esta ocasión el ministro se giró hacia Cortés y lo señaló con un dedo—. Usted será el único

responsable de la investigación y nombrará a los colaboradores que necesite. Todo lo que encuentre lo pondrá a nuestra disposición y en conocimiento del fiscal general del estado, que ya decidirá qué diligencias son necesarias tomar —se acercó hasta la ventana y corrió la cortina. Un reflejo dorado iluminó el despacho—. Debemos evitar a toda costa que nada de esto salga a la luz pública hasta que lo tengamos bien atado. Por el bien de todos. Señores, tienen mucho trabajo por hacer.

VILLAJOYOSA – OCTUBRE 2009

7

Cuando Santi Blanes abrió los ojos la claridad de la mañana se filtraba por las rendijas de la persiana. Miró hacia arriba y le sorprendió un crucifijo grande de madera, que no reconocía. Por un momento dudó de dónde se encontraba. Tenía un brazo por encima del pecho que le abrazaba y una respiración de cadencia tranquila sobre el cuello. Era un aliento cálido y agradable. Giró la cabeza y vio a Cecilia. No sabía en qué momento de la noche, o ya por la mañana, ella se había metido en la cama con él. Una sensación de paz y satisfacción recorrió todo su cuerpo. Hacía muchos años que no se encontraba tan a gusto durmiendo con otra persona a su lado. Ella parecía disfrutar también. Decidió permanecer un rato más recostado, sin moverse, con los ojos cerrados. No quería molestarla pero sobre todo quería prolongar esa felicidad que le estaba resultando tan esquiva últimamente.

Su mente metódica y analítica empezó a trabajar de nuevo, como siempre hacía. Toda una serie de cálculos técnicos y de acciones que debía acometer si quería zanjar aquel asunto de una vez por todas y que su hija y nieto pudieran encontrarse a salvo, sin preocupaciones. La decisión estaba tomada, ya lo había hablado la noche anterior. Iba a reunirse en Madrid con Clara y no debía demorar mucho la salida. Quedaban varias cosas por resolver.

Tras varios minutos ordenando cada hipótesis según grado de riesgo y amenaza, retiró con sumo cuidado el brazo de su hija y se levantó con mucha precaución. De buen gusto se hubiera fumado un cigarrillo, pero un dolor indeterminado en el pecho le recordó que había tomado la decisión correcta de dejar de fumar. Además, el martilleo en la cabeza empezaba de nuevo, para recordarle el episodio ocurrido en el bloque de apartamentos de Cecilia. Debía tomarse el antibiótico y los analgésicos cuanto antes, antes de que fuera a más. Se dirigía al baño, andando de puntillas, cuando Cecilia se despertó.

—Papá. ¿Cómo estás? —preguntó ella desde la cama.

Santi regresó y se sentó a su lado. Le cubrió con la sábana la parte del cuerpo que había quedado al descubierto.

—¿Cómo estás tú? —retiró con delicadeza unos cabellos de su frente.

Su hija sonrió como cuando era niña.

—Muy bien papá, hacía tiempo que no dormía tan a gusto.

—Yo también.

Blanes era consciente de que lo que le tenía que contar no iba a ser de su agrado. Había que acabar de una vez con el peligro que la amenazaba y cuanto antes se lo dijera, mejor.

—Cecilia, tengo algo que decirte.

Ella lo miró con recelo y asintió con la cabeza.

—Tengo que marcharme. Hoy mismo.

—¿Cómo? —gritó ella.

Se había incorporado sobre la cama de un salto. Santi le cogió la cara con ambas manos.

—Es por el bebé —le dio un beso en la frente—. Y por ti. Necesito ir a Madrid y aclarar todo este asunto de una vez por todas. Se han propuesto hundirme, no saben que a este barco le queda mucho por navegar.

Ella pareció pensar las palabras a emplear.

—Siempre que te necesito, tú no estás.

—Hija, mírame. Lo más importante que hay en este mundo para mí sois tú y el bebé. Te prometo que cuando todo quede arreglado volveré para estar con vosotros y ayudaros en lo que haga falta. Esta va a ser la última vez que nos separemos.

Los rayos de luz habían subido de intensidad y el haz que se colaba por la parte de debajo de la persiana iluminó los ojos de Cecilia.

—Papá…

—Dime, hija.

—Papá, te quiero —Cecilia lo abrazó como no lo hacía en mucho tiempo—. Estos últimos años han sido muy difíciles, para mí, para ti, para todos —se mantenía apretada a él, la cabeza de lado, sobre el pecho—. El tiempo que estuve encerrada en ese maldito chalet, pensé que iba a ser el fin de todo —se separó y lo miró fijamente—. Pensé muchas cosas, buenas y malas. Pero quiero que sepas que decidí que si todo salía adelante y el bebé es un niño, se llamará Santiago —Cecilia volvió a hundir la cara en su pecho—. Estoy segura de que a mamá le hubiera encantado.

Santi sabía por experiencia propia y de otros que cuando se estaba cerca de la muerte, más ganas se tenía de vivir. Recordó que se trataba de la primera vez que le hablaba de su esposa desde el accidente sin mostrar ninguna agresividad.

—Gracias, hija.

La apretó muy fuerte contra sí.

—Papa, prométeme que volverás.

—Te lo juro —una amplia sonrisa había aflorado en la cara de Santi—. Y ahora déjame ir al baño o me mearé encima.

En el comedor flotaba de nuevo ese agradable aroma a guiso casero. La olla de lo que había sobrado la noche anterior de berza gitana estaba en el centro de la mesa, humeante. A los lados, había un par de fuentes con huevos y embutido frito. Unas rebanadas de pan de pueblo y una gran jarra de agua fresca complementaban la escena. Un nuevo olor a café recién hecho llegaba desde la cocina, relegando al del estofado a un segundo plano. Raimundo estaba sentado a la cabeza

de la mesa. Llevaba puesto el sombrero, ladeado, y pelaba una pera jugosa con la ayuda de una navaja de hoja fina y alargada.

—La Loli se ha empeñado en recuperarle a usted a fuerza de comer como un toro —rio el hombre—. Yo por la edad necesito cuidarme un poco —se llevó un trozo de pulpa sobre el filo de acero a la boca y se lo introdujo en la boca—. Sabe inspector, el chico se ha portado como un hombre —señaló hacia el otro extremo de la mesa donde estaba sentado Jesusito con los ojos medio entornados.

Blanes arqueó las cejas.

—¿Pero no te fuiste anoche a casa?

Jesusito tenía dos bolsas oscuras que colgaban bajo los ojos.

—Inspector, el joven quiso ayudar en las guardias. Se ha turnado con Armando y el resto, toda la noche.

Raimundo se llevó el dedo índice al oído y con la otra señaló hacia la entrada de la casa. Santi pudo distinguir con claridad unos ronquidos armónicos que se propagaban por el pasillo.

—Ya escucha como duerme mi hijo —y el hombre remató la pieza de fruta de un único bocado—. Si necesita usted arreglar sus asuntos, puede marchar tranquilo —dijo Raimundo mientras limpiaba la hoja de la navaja con la servilleta—. Nosotros nos ocuparemos de su hija. Vamos a cuidar bien de ella —plegó la navaja y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta que colgaba de la silla—. Desde anoche, no puede entrar una mosca en el barrio sin que Raimundo Heredia lo permita.

Santi Blanes no tenía la menor duda de que el hombre estaba en lo cierto. Cecilia estaba a salvo de todo peligro en casa de los Heredia. Como último favor le pidió si le podía prestar cierto material, algo de ropa de abrigo y dinero en metálico.

—Lo que usted necesite, inspector.

El tamaño del fajo de billetes de 50 euros cogidos por un clip grande que le entregó Raimundo era más que considerable. Con los billetes doblados, Santi le calculó al menos tres centímetros de grosor. Por mucho que le insistió que no necesitaba tal suma de dinero, se vio obligado a aceptarlo. El «hombre de respeto» de aquella comunidad no era de los que fueran fáciles de convencer una vez habían adoptado una decisión. Santi se lo guardó en el bolsillo interior del abrigo largo de lana de tonos oscuro prestado, que le venía algo justo, y agarró la bolsa de cuero que contenía el material que le había pedido. Cecilia miraba la escena desde el marco de la puerta. Santi se acercó hasta su hija.

—Júrame que volverás nada más aclares todo esto —le pidió ella en tono de súplica.

Se mantuvieron un buen rato abrazados hasta que Santi le dio un beso en la frente y marchó.

Jesusito había llenado el depósito del coche. El Opel era un utilitario bastante modesto, pero en comparación con el primer viaje a Madrid que había hecho con la familia a principios de los setenta, cuando se trataba de una carretera de únicamente un carril por sentido, aquello era un auténtico lujo. En aquella época los adelantamientos a los camiones se convertían en auténticas pesadillas. Desde entonces se habían puesto muchos millones desde Europa para mejorar la red viaria pero Santi estimó que pasados los años de bonanza, con la crisis, iba a ser difícil que se volviera a invertir así en infraestructuras. En cualquier caso, circular por la autovía era ahora mucho más seguro y más rápido. Santi recordó aquel primer viaje hacía ya veinticinco años, pasada La Roda, parada obligatoria a medio camino, con su esposa de acompañante y con Cecilia tumbada en la parte posterior del Seat 1500. Un coche grande y voluminoso pero con poco reprís. Nunca podría olvidar aquel adelantamiento a un camión que se le hizo interminable y por el que por muy poco no la cuentan.

—El camionero no pisó el freno en ningún momento, el muy cabrón —dijo en voz alta y sintonizó una emisora de radio por la que sonaba *Sunday, Bloody Sunday* de U2.

Canturrear le ayudó a olvidar aquellos segundos de angustia en el Seat 1500 donde pensó que iban a morir todos en la carretera y también el dolor de cabeza que había empezado a manifestarse. Tatareando la melodía del famoso grupo irlandés de rock pisó el acelerador, con el sol a su espalda.

MADRID – OCTUBRE 2009

8

Fernando Cortés ya tenía la autorización del ministro y podía por fin crear una unidad operativa para investigar los hechos. Eligió a cuatro colaboradores, jóvenes llenos de talento y ambición que habían adquirido cierta experiencia con el funcionamiento de La Casa, y puso a Inés Hudson al mando. Esa misma mañana todos fueron convocados al despacho del responsable del Servicio de Inteligencia del CNI que les explicó el carácter de la misión y sobre todo la necesidad de mantenerla bajo la más estricta confidencialidad. Les quiso dejar a todos bien claro que la operación contaba con el beneplácito directo del ministro y era de carácter totalmente legal. Quiso también remarcar el impacto que podría llegar a tener en La Casa si la información que manejaban se filtraba a los medios. Estaba en juego el prestigio de la institución, afirmó.

La agente Hudson ordenó al grupo recién formado las acciones prioritarias en las que había que centrarse. Por un lado buscar en la base de datos la fotografía del hombre de la furgoneta en Alicante. Por otro, encontrar todas las propiedades y las sociedades en las que la mujer de Pelayo Pellicer apareciera como socia mayoritaria. Si Luengo no estaba equivocada, una de las empresas se dedicaba a tareas de seguridad. Podía tratarse de una tapadera para sus actividades delictivas. Necesitaban que la investigación avanzara rápida, muy rápida. Inés Hudson era consciente de que los siguientes días dormiría muy poco así que llevó varios termos de café a la sala que iba a utilizar y sin pérdida de tiempo empezó a organizar el trabajo.

Uno de los agentes asignados propuso como primer paso detener a Pelayo Pellicer y someterlo a un interrogatorio. Tras un debate a tres bandas con Cortés y Hudson, decidieron que se arriesgaban a sacar a la luz una investigación sin pruebas sólidas y con un posible efecto negativo ya que pondría en alerta a la organización. No había que mover ninguna ficha hasta que estuviera todo bien atado para poder aportar un sumario muy sólido a la Fiscalía General del Estado.

Fernando ubicó a la reciente creada unidad en una planta del edificio que estaba de reformas pero a punto de inaugurarse y que contaba con los medios y el material necesario. Un sitio perfecto dado el carácter secreto de la misión. El equipo trabajaba en un despacho moderno sin muros, con grandes cristaleras desde el suelo hasta el techo. Tenían los estores completamente echados, de modo que no se veía el trabajo que se hacía en el interior y la puerta se mantenía siempre cerrada con llave. Habían previsto que alguno se quedara de guardia 24×7 para no dejar nunca la estancia sin nadie. Una gran mesa central presidía la sala y uno de los laterales contaba con

ordenadores de última generación y cuatro monitores de 25 pulgadas dispuestos en forma de cuadrícula. Cortés les había proporcionado acceso a todas las aplicaciones y a las bases de datos estatales para acelerar la investigación. Además, contaban con el material más moderno existente para las tareas de escuchas y seguimiento que presumiblemente tendrían que realizar.

Dos horas más tarde y con el primer termo de café ya ventilado por el equipo, la gallega llamaba a la puerta de su jefe.

—Jefe, creo que tenemos algo.

—Siéntate —dijo él.

—¿Te acuerdas del hombre en la furgoneta en la casa de Santi Blanes?

Cortés asintió con la cabeza.

—Hemos introducido la fotografía en la base de datos de delincuentes y no había ninguna coincidencia. Pero gracias al nuevo programa de reconocimiento facial y a las habilidades de Diego, ha conseguido identificar a nuestro hombre.

—¿Quién coño es?

—Ignacio Echavarría, policía nacional. ¿Te dice algo ese apellido?

Esta vez el hombre negó.

—Pues trabaja en la Comisaría General de Información.

—Joder, ¿y qué hacen los que se supone deben centrar su trabajo en materia antiterrorista vigilando la casa de un inspector de la policía en Alicante?

—A este paso podría ser que el inspector Santi Blanes sea también el líder de alguna célula yihadista establecida en el Levante.

—¡Déjate de hostias, Inés! —Fernando se frotó la cara con las manos—. ¿Qué sabemos de él?

—Empezó como militar en el año 89. Infantería de marina en Cartagena. Unos pocos años más tarde fue destinado al cuartel general de la Armada. No sabemos cuáles fueron sus tareas. De todas formas, estuvo poco tiempo en Madrid. Le asignaron a varias embajadas en el extranjero: Líbano, Brasil, un periplo por medio mundo, como agregado militar.

—Vaya, vaya —meditó en voz alta Fernando—. Así que tenemos ante nosotros a un señor espía de la Sección de Seguridad Naval Central del Estado Mayor de la Armada. Un hombre que para el desarrollo de sus funciones debe controlar al personal con acceso a información clasificada y también a quienes ocupen puestos sensibles, un tío que puede saber cosas muy interesantes… ¿no te parece mucha coincidencia?

—Así es jefe. Y ahora viene la parte más curiosa. A principios de la década de los 90 regresa a España y nuestro querido espía deja la Armada para convertirse en un policía con destino en la Comisaría

General de la Información.

—Vale —musitó Fernando que a continuación se pasó la mano por el mentón—. Eso ya me lo has dicho antes. ¿Qué más sabemos de él?

—*Carallo* jefe, para hacer tan sólo dos horas que hemos empezado, yo creo que no está nada mal.

—Continúa.

—Estamos vigilando la empresa Seguridad PyC.

—Inés, explícate —los dedos de Fernando empezaron a tamborilear sobre la mesa—. ¿De qué empresa me hablas?

Inés le refirió la lista de sociedades a nombre de la esposa de Pelayo y que sospechaban se podían usar como tapadera para actividades delictivas. Estaba acabando su exposición cuando Fernando recibió una llamada del ministerio y la despachó con prisas. Quería un informe actualizado para última hora de la tarde, exigió. La agente miró la hora: casi las tres. El día había sido un auténtico infierno desde el vuelo que había cogido a primera hora en el aeropuerto de Alicante. El cuerpo le pedía hacer una pausa y comer algo. Ya había confirmado a Floren que a mediodía iban a resolver la invitación que tenían pendiente en el asador nuevo abierto hacía unos pocos meses justo al lado de la oficina.

El local estaba decorado con un estilo moderno, ligeramente minimalista, pero aquello no era lo que había captado realmente la atención de Inés. Los ojos se le quisieron salir de las órbitas cuando pasó junto a una nevera con paneles de cristal de la que colgaba un lomo de vaca espectacular. La carne, de un rojo intenso, más oscura de lo normal, tenía un aspecto envidiable e Inés se interesó por la pieza. El camarero le explicó que había seguido un proceso de maduración, en un ambiente de temperatura y humedad controladas. También le aseguró que se trataba de piezas seleccionadas con un gran contenido graso distribuido de modo uniforme. Habían pasado un mínimo de ocho semanas en aquella cámara y se conseguía concentrar el sabor por la evaporación de la humedad y un ablandamiento por la descomposición de los tejidos. Inés ya estaba salivando cuando se sentó en la mesa con Floren. No le llevó más de diez minutos hacer un resumen de todo lo que había descubierto sobre Pelayo Pellicer. Floren se llevó el vaso de agua a los labios antes de hablar.

—Te voy a decir lo que pienso yo de todo esto.

—Estoy deseando conocer tu versión.

—A ver qué te parece. Pelayo Pellicer trabajó en efecto para La Casa a principios de los ochenta y dirigió la SSN. Descubrió que era una actividad muy lucrativa, pero también arriesgada y difícil de mantener en secreto así que decidió dejarlo, por supuesto sin dejar ningún rastro de su existencia. ¿Cómo seguir haciendo que la máquina del dinero gire? —Floren mantuvo el puño izquierdo cerrado y la

mano derecha giraba, como soltando el hilo de una caña de pescar—. Estableciendo unas sociedades que te permitan facturar unos ingresos generosos para poder blanquear parte de los beneficios en territorio nacional. El resto se puede guardar lejos en paraísos fiscales sin problemas, pero para vivir bien aquí y sin levantar sospechas, se necesita liquidez y que el dinero entre de forma regular. Ahora bien, necesitas empresas legales para canalizar los encargos. ¿Me sigues?

Inés asintió.

—Ahora viene la segunda parte. ¿Dónde conseguir una mano de obra preparada y con los medios para poder ejecutar el trabajo?

—En la policía —murmuró Inés tras unos segundos de duda.

Floren movió su gran cabeza para continuar su argumentación.

—Si consigues que una unidad operativa de la policía ya establecida trabaje para ti, luego se trata de usar las empresas tapadera para facturar esos encargos de espionaje.

—¿Pero… quién contrata a esas empresas?

Floren soltó una gran carcajada.

—Inesita, ¿en qué mundo vives? Las grandes familias empresariales cuando quieren hundir a alguna de las partes por temas de herencias, las empresas para acabar con los rivales y quedarse con todo el pastel, los políticos para borrar del mapa a un contrincante —el hombre meneaba la cabeza en signo de desaprobación—. Todos los que mueven los hilos del poder. Clientes no van a faltar, es un negocio que ha funcionado y funcionará siempre. Piensa que el encargo puede venir de cualquiera de ellos. Basta con disponer de cuantiosos recursos económicos, y eso es justamente lo que les sobra.

La agente se quedó meditando un largo rato.

—¿Por qué el asesinato de Magdalena de Pombo y Soto?

—Inesita, conociéndote, estoy seguro de que eso no tardarás en descubrirlo.

La gran sonrisa que se dibujó en la cara de Floren era la señal inequívoca de que la chuleta de kilo y medio de vaca vieja que habían pedido estaba de camino a la mesa. Venía acompañada de unos pimientos de piquillo caramelizados y patatas fritas. Mientras disfrutaba de aquel manjar, Inés Hudson no era todavía consciente de que los hechos que iban a ocurrir tan solo unas horas más tarde por fin le permitirían encajar todas las piezas del puzle.

MADRID – OCTUBRE 2009

9

La lluvia de la mañana había despejado la boina de contaminación del cielo de Madrid y lo había teñido de un azul eléctrico. Clara Sánchez se sentía algo más confiada gracias a la llegada de Santi Blanes que estaba prevista en menos de una hora. Antonio había estado repasando con ella y Cornelius en el hotel durante toda la mañana el plan para entrar en la empresa dónde supuestamente podrían hacerse con los documentos que demostrarían que Pelayo Pellicer estaba detrás del asesinato de Magdalena. De nuevo, Clara había visto discutir con agresividad al expolicía y al periodista holandés en más de una ocasión en el hotel. En una de las riñas tuvo que intervenir como si fuera un árbitro cuando Cornelius, con los mofletes colorados, arremetió contra Antonio como un búfalo. La sangre no llegó al río y las aguas, finalmente, volvieron a su cauce. A regañadientes, Antonio había aceptado visitar la tumba de Veneranda, la abuela de Clara.

Los cuarenta minutos que tardaron en llegar hasta el cementerio de La Almudena le parecieron cuarenta años a Clara. Ella viajaba en la parte posterior del taxi. El conductor, que en un par de ocasiones había probado a romper el hielo con unos temas banales, rápidamente se percató de que era preferible mantenerse en silencio. Había sido un día con una brisa y temperatura agradables, aunque el interior del coche estaba congelado. Ninguno de los dos hombres despegó los labios en todo el trayecto y se percibía una incómoda tensión entre ambos. Apoyando la cabeza en el cristal, Clara se dijo que echaba de menos esa risita de Cornelius que tan molesta le pareció el día que él la abordó en el bar, cuando se conocieron.

El cementerio de Nuestra Señora de la Almudena tomaba el nombre de la patrona de la ciudad. Con 120 hectáreas era el más grande toda Europa Occidental. El día de Todos los Santos bullía siempre una aglomeración en la entrada de gente con ramos de flores, familias, hombres o mujeres solitarios. El taxista, con la excusa de que luego vería dificultada la salida, los dejó a una distancia prudencial. Cuando Clara bajó del coche inspiró un aire limpio que le llenó de energía los pulmones. Enseguida se acercó una vendedora ambulante que insistía en que no iban a encontrar nada parecido a un precio mejor. Cornelius compró un ramo con rosas, claveles, lirios de agua y gladiolos. El más grande de todos.

—Seguro que tu abuela se lo merece —y le dio un fuerte abrazo a Clara.

Clara inspiró los aromas de las flores. Se encaminaron hacia una de las oficinas de información. El periodista no disimuló su cara de sorpresa, arqueando las cejas, ante la cantidad de personas que

desfilaban por delante de sus ojos. Se detuvieron y leyeron la información que rezaba un cartel de uno de los edificios situado al lado del pórtico de entrada. Observaron que el proyecto arquitectónico se había finalizado de construir a principios del siglo XX y que finalmente se había apostado por una solución modernista en la que confluían elementos exóticos. Debía tener presencia habitual de turistas ya que según leyeron en unas cuartillas de publicidad, ese mismo mes empezaban las visitas guiadas a los numerosos panteones, sepulturas, capillas y monumentos de interés artístico que poblaban la necrópolis.

El sol empezaba a bajar y las sombras de los árboles y las personas se alargaban en el pavimento.

—Al igual que los museos y las bibliotecas, los cementerios también cuentan la historia de las ciudades —explicó Antonio—. Pero en este caso a través de las lápidas y las tumbas.

—¿No es raro visitar el cementerio de una ciudad? —preguntó Clara con genuino desconcierto.

—A mí lo que me parece raro es celebrar este día, el día de Todos los Muertos —explicó Cornelius limpiándose de polvo las mangas—. En mi país no es festivo ni se acude al cementerio.

Se hicieron con un plano del lugar. Según las explicaciones de la madre de Clara, el nicho de Veneranda, su madre, no quedaba lejos de la tumba de Benito Pérez Galdós. Habían confiado en que la lápida del famoso escritor estuviera señalizada, pero ante su sorpresa, no aparecía indicada en la leyenda del mapa que habían cogido para facilitar la visita. Debieron aguardar un tiempo hasta poder hablar con uno de los operarios que amablemente les indicó el lugar donde poder encontrar al famoso novelista y dramaturgo. A partir de ahí, y de acuerdo a las indicaciones de la madre de Clara, sería sencillo encontrarla. Iban a arrancar a andar cuando el móvil de la exinspectora sonó.

—¿Sí?

La voz de Santi al otro lado de línea la reconfortó.

—Clara, ya he llegado. He tenido que aparcar algo lejos, esto está imposible, pero en unos minutos estaré en la puerta principal.

—Nosotros estamos aquí. Te esperamos —y colgó.

—¿Contenta de tener con nosotros de nuevo al inspector Blanes? —preguntó Cornelius con una sonrisa juguetona.

Clara no pudo disimular como se dibujaban los dos hoyuelos en las mejillas.

La espera se le hizo eterna. La expolicía daba vueltas en círculo o volvía a leer los carteles de información del cementerio, que ya casi se sabía de memoria. Cuando por fin lo vio aparecer entre la multitud que deambulaba por la zona, una sensación de seguridad la embargó.

Andaba encorvado, la cabeza rasurada con una especie de vendaje y un abrigo de lana que le venía pequeño. A pesar de todo Clara se sentía más segura en compañía del inspector Santi Blanes. Vio que también llevaba con él una bolsa de cuero que parecía bastante pesada.

Empezaba a oscurecer y al fondo los faros de los coches descubrían las siluetas de las familias que todavía entraban, algo apresuradas ya, con los ramos de flores y al cabo de un momento emprendían el regreso con las manos vacías. Santi saludó primero a los dos hombres y luego se fundió en un largo abrazo con Clara. Ella se percató de que no olía a tabaco. En su lugar el abrigo desprendía una fragancia desconocida, que por curioso que pareciera, le recordó a los guisos de su abuela.

Cruzaron bajo el pórtico y siguieron un camino empedrado que les condujo hasta la capilla, una estructura de planta de cruz griega y del mismo estilo que la puerta de la entrada. El aire había cambiado y Clara se sorprendió de que ahora una brisa fría y cortante barriera el cementerio anunciando la llegada del otoño. Los cuatro ascendieron por una calle adoquinada en cuya orilla se alzaban mausoleos solitarios y abandonados. Recorrieron un tramo a la vera de una larga hilera de cipreses y llegaron hasta un punto que no conseguían identificar en el plano. Tras unas cuantas discusiones sobre cómo hacer para encontrar la tumba y pasarse el plano de mano en mano, alcanzaron por fin las inmediaciones de la puerta al cementerio civil. Estaban rodeados en esta ocasión de ostentosos mausoleos junto con la sepultura, muy sencilla, de Benito Pérez Galdós y su familia. Anduvieron esta vez por otro camino flanqueado de cipreses hasta que por fin descubrieron el nicho vertical donde reposaban los restos de Veneranda.

Clara cerró los ojos, apoyó las manos y acarició la lápida con suavidad. El mármol estaba frío. Luego apartó unas pocas hojas que cubrían parte de la piedra y pudo comprobar con sus yemas cómo en efecto la esquina inferior derecha tenía una textura diferente. Se giró hacia los tres hombres que la miraban con atención.

—Es aquí —su mano señaló hacia el borde.

—No entiendo que esperáis encontrar ahí dentro —reparó Antonio, que miraba con recelo, a un lado y a otro—. Deberíamos concentrarnos en el plan de mañana para acceder al interior de Seguridad PyC. Sólo falta que ahora nos inculpen de profanadores de tumba.

—Mira, algo nuevo de lo que acusarme de la larga lista que ya arrastro —apuntilló Santi, que se había agachado y había abierto la bolsa.

El inspector de homicidios extrajo un cincel de hierro macizo de

unos treinta centímetros y un martillo de cabeza ancha. Miró a su alrededor y esperó a que unos transeúntes que pasaban cerca de la tumba de Pérez Galdós se alejaran.

—Ahora —dijo Clara.

Blanes agarró el cincel con la mano izquierda, lo apoyó en la zona que parecía recubierta de otro material y pegó con fuerza. *BOM*. El golpe resonó en su cabeza, multiplicado por un eco, y sintió una punzada de dolor muy intensa en la parte del cráneo donde lo habían operado. Lanzó un grito y se le cayeron las herramientas al suelo. Luego se desplomó a cámara lenta, las dos rodillas sobre el adoquinado.

—¡Santi! —gritó Clara.

Se había agachado para ayudarle.

—Siéntate aquí —Cornelius lo aupó y lo dejo sobre una lápida que estaba a ras de suelo, frente al nicho de Veneranda.

Santi Blanes se llevó las manos a la cabeza.

—¿Te duele? —preguntó Clara.

Santi no respondió en un primer instante y luego lo negó. Clara lo miraba con atención. No lo reconocía. Era el rostro y la piel de Santi, pero los ojos de un extraño.

—¿Quieres que vaya a buscar algo de beber? —le dijo.

—Lo que quiero es que rompamos esa tumba de una vez a ver lo que nos encontramos dentro.

Antonio tomó la palabra.

—Sí, vamos a acabar de una vez con esto. Todos necesitamos estar descansados para mañana.

Cornelius agarró los utensilios y empezó a golpear sobre el mármol. Golpeaba de forma suave, para no llamar la atención, como si estuviera rematando una escultura delicada. Tuvo que parar porque escucharon unas voces pero por fortuna rápidamente se perdieron en la lejanía.

—Creo que ya casi está —dijo en un susurro apenas perceptiblemente.

El sonido rítmico del golpeteo del metal sobre la piedra se rompió con un crujido. *Crack*.

Cornelius asomó la cabeza al interior del nicho.

—¡Vaya peste! —gritó y se llevó las manos a la nariz, retirándose.

Clara lo reemplazó enfrente de la lápida y acercó la cara al orificio. Un hedor a humedad y sitio cerrado le golpeó la cara. Contenía la respiración. Entornó los párpados, pero no conseguía distinguir nada claro en la oscuridad. Le pareció que había algo en lo más profundo, al lado del ataúd.

—¿Tenéis con qué hacer un poco de luz? —preguntó extendiendo una mano al vacío y escudriñando en el oscuro interior de la lápida.

El periodista holandés le acercó un mechero. Clara alumbró el interior desde la apertura. Había restos de tierra y alguna hierba había crecido en aquel ambiente húmedo. Introdujo la mano pero al sentir una telaraña, dio un grito y la retiró.

—¿Qué ocurre?

Clara se movió por el escalofrío que había recorrido su espina dorsal.

—Tengo fobia a las arañas.

Introdujo de nuevo el mechero y lo encendió. La débil claridad de la llama le permitió distinguir una silueta de lo que parecía una cartera de documentos. Extendió, con mucho repelús el brazo por dentro del nicho, pero el objeto quedaba lejos de su alcance.

—No llego —dijo entre dientes—. Vamos a necesitar un palo o algo.

—Déjame a mí —el holandés la apartó y estiró el brazo hasta introducir parte del hombro—. Imposible.

Cornelius y Antonio fueron a buscar algo con lo que ayudarse y dejaron a Clara con Blanes sentado sobre la tumba. No habían pasado ni cinco minutos cuando el holandés regresó triunfante con un rastrillo en la mano. Venía a la carrera, la grasa abdominal oscilando de lado a lado, las mejillas enrojecidas. Tuvo que pararse, apoyar los dos brazos sobre las rodillas y tomar aire antes de introducir el largo mango de madera que había agarrado por los dientes metálicos. Tras unos cuantos intentos, lanzó un grito de victoria.

—¡Lo tengo!

Como si de un malabarista se tratara, sacó la cartera que colgaba en equilibrio sobre el extremo del palo y la lanzó al suelo. Clara se acercó. La piel estaba agrietada por el paso del tiempo y el polvo la recubría por completo. Unas partículas se elevaron sobre el aire e hicieron que estornudara en un par de ocasiones. Tras forcejar con la cremallera durante unos segundos eternos, finalmente esta cedió.

El portafolio estaba lleno de carpetas. Cogió la más abultada, una de color rojo, repleta de fotografías que sobresalían. Empezó a hojearlas, las fotos eran de hombres en su mayoría. Hombres que, a juzgar por el aspecto y la ropa que llevaban, confirmaban que aquellas imágenes habían sido tomadas a finales de los setenta o principios de los ochenta. Pasaba una a una con mucha atención. Tras unas primeras imágenes de personas bajando de un coche o entrando en portales, empezaron a ver gente bien vestida comprando y tomando droga. Clara no reconocía a ninguno de ellos. Luego empezaron a aparecer fotos con marcado carácter sexual. En una de ellas había un grupo de hombres, algunos en ropa interior, otros desnudos, y chicas más jóvenes con ellos. Desprendían un aroma a rancio muy desagradable. Los ojos inocentes de ellas contrastaban con las miradas

de lobo de ellos, y en ocasiones se percibía una violencia extrema y lasciva. Cornelius dio un grito al ver una de las fotografías y se la arrebató de las manos.

—No puede ser —masculló en voz baja y la imagen se le resbaló de las manos.

El periodista se había quedado en estado de shock, inmóvil, los ojos perdidos en el infinito. Clara se agachó para cogerla. La miraba con detenimiento. El dedo índice señaló la cara de un hombre joven en calzoncillos, en pose aristocrática, pero como único complemento una corbata de seda azul marino que le daba un aspecto deplorable.

—Este no es…

El holandés suspiró en voz alta, sin dejar acabar la frase a la expolicía y preguntó.

—¿Cómo es posible?

El periodista siguió pasando fotografía tras fotografía, muy lentamente, que dejaba a continuación caer al suelo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Clara y Santi observaron atónitos las instantáneas que en ocasiones reflejaban comportamientos sexuales de extrema dureza con chicas muy jóvenes.

Antonio regresó en ese instante con una rama seca de árbol en la mano. Todas las miradas convergieron en él. Era el centro de atención.

—Me has estado usando todo este tiempo —le reprochó Cornelius.

—¿De qué me hablas?

Antonio fue cambiando la mirada sobre cada uno de los presentes, en busca de una explicación sobre esos rostros tan tensos.

—Tú sabías que detrás de la muerte de Magdalena estaba Pelayo Pellicer —prosiguió el holandés con unos ojos vidriosos—. Me has usado todo este tiempo para sacar a la luz la verdad.

El expolicía palideció súbitamente y dio unos pasos hacia atrás.

—¿Qué habéis encontrado en la tumba?

Cornelius le lanzó una de las fotografías. Era una orgía en un salón donde al fondo se podía distinguir a Antonio con aquellos ridículos calzoncillos blancos y la corbata. El hombre que aparecía en medio, con un hinchable en forma de pez tapándole sus partes, era Pelayo Pellicer. Había varias chicas de miradas tristes junto a ellos y otros hombres entre un mobiliario antiguo, botellas de alcohol y vasos repartidos por la estancia. Antonio no parecía capaz de articular palabra, miraba la fotografía en completo silencio. El holandés sí que reunió el coraje para hablar.

—Por eso me insinuaste que debíamos hablar con los investigadores del crimen de Magdalena. Por eso me pediste que buscara entre mis archivos a ver qué encontraba. Me has manipulado todo este tiempo, como a una estúpida marioneta.

Antonio recogió unas cuantas fotografías del suelo. Las pasaba

despacio, de una en una, con una mirada de incredulidad.

—Pelayo organizaba unas fiestas dónde todo estaba permitido. Si querías formar parte de aquel grupo, era obligatorio acudir —titubeaba, como si no supiera bien que decir—. Lo que desconocía es que tenía aquella casa repleta de cámaras —el expolicía meneó la cabeza de lado a lado—. Tú no entiendes nada —le dijo al fin mirándolo a los ojos.

—Explícamelo —exigió Cornelius.

Antonio carraspeó un par de veces antes de hablar.

—Estuve con ellos a principios de los 80, quería cambiar este país. Ellos descubrieron mi homosexualidad y me defenestraron como a un perro. Era otra época, me humillaron ante todos.

—Me has engañado todos estos años. Nunca me dijiste nada —le reprochó el holandés.

—Intenté enterrar aquel pasado muy hondo hasta que la muerte de Magdalena de Pombo y Soto me hizo sospechar que aquello no era fruto de la casualidad. Su padre, el insigne Presidente del Tribunal Supremo, también colaboró con Pelayo en el pasado —intentó recobrar algo de aire—. No te he engañado Cornelius. Lo que sentía, siento y sentiré toda mi vida por ti es real, te amo.

—Me ocultaste la verdad.

Clara intervino con brusquedad.

—¿Eras uno de ellos? —dijo acercando mucho su rostro al de Antonio—. ¿Eras uno más de ese grupo de hijos de puta liderado por Pelayo Pellicer?

—No podéis juzgarme por algo que ocurrió hace más de treinta años, ¿verdad? No sería justo. Las cosas eran muy distintas entonces.

Antonio tragó saliva y se llevó la mano a la parte posterior del pantalón.

—Necesito esas fotos —exigió.

—Nadie te va a dar nada —respondió Clara—. Nos debes muchas explicaciones, sobre todo a él —señaló hacia el periodista holandés.

—¡Dadme las fotos! —el expolicía había elevado el tono de voz—. No pueden salir a la luz. Yo no sabía que nos grab…

—Nadie te va a dar nada, maldito mentiroso —respondió Cornelius —. Vas a tener que contarme la verdad.

Antonio sacó una pistola Sig Sauer que llevaba a la espalda, bajo la chaqueta. Temblaba y sus ojos parecían enloquecidos. Todos retrocedieron un paso.

—He dicho que me deis esas fotos —el tono de voz era más calmado pero los labios se movían de forma incontrolada.

Les había encañonado con el arma. El chasquido metálico de la Sig Sauer acerrojando una bala rompió el tenso silencio que se había producido.

—¿Qué vas a hacer? Dime, ¿qué vas a hacer?

La cara del periodista se había puesto muy colorada. El holandés empezó a andar hacia él con determinación.

—¿Vas a dispararme?

Antonio lo encañonó.

—Cornelius, no se te ocurra dar un paso más. Necesito esas fotos y destruirlas para siempre.

El expolicía le apuntaba con los dos brazos en alto a unos escasos cinco metros de distancia. Le temblaban las manos. Clara se interpuso entre los dos hombres.

—Nadie te va a dar nada, maldito cerdo.

Todo sucedió a la velocidad de la luz. Clara sólo pudo escuchar las dos detonaciones cuando una sombra se cruzó entre ellos. No estaba segura de qué había ocurrido hasta que vio a Santi Blanes tendido en el suelo, a su lado. Había quedado boca arriba. Tenía los ojos muy abiertos y dos orificios en ese abrigo que le venía pequeño, uno a la altura del hombro, el otro en medio del pecho. Un hilo de sangre empezó a fluir lento por los adoquines de aquel rincón apartado del cementerio. Clara se arrodilló a su lado.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho? —gritó la expolicía a Antonio.

Tambaleándose, ella se agachó junto al cuerpo de Blanes que yacía tendido en suelo, al lado de la tumba. Le abrió el abrigo y comprobó que había dos puntos rojos a la altura del pecho.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —gritó Clara a continuación.

Cornelius se encaró hacia su pareja.

—¿Cómo has podido disparar? —alcanzó a balbucear mientras sacaba el móvil para llamar a emergencias.

El periodista holandés avanzaba lentamente en dirección al expolicía. Antonio parecía desconcertado, lo miraba de forma fija. Había bajado el arma.

—Perdóname —exclamó finalmente—. No, quería…, perdóname.

El expolicía levantó la pistola una última vez, se la llevó a la sien y apretó el gatillo. La detonación sonó amortiguada. Cayó al suelo y pateó espasmódicamente unas cuantas veces antes de quedarse quieto. En el suelo, a su alrededor, se había dibujado una flor de sangre y restos de víscera cerebral se mezclaban entre los surcos de los adoquines.

Clara mantenía en su regazo a Santi. A lo lejos se empezaron a distinguir los sonidos de unas sirenas que se acercaban. Deseaba con todas sus fuerzas que las heridas no fueran graves. Le apretaba la cabeza contra su pecho.

—Tengo frío —susurró Blanes.

Clara comprobó que estaba pálido.

—Aguanta, la ambulancia está de camino —le dijo ella.

—Acércate —balbuceó él—. Tengo que pedirte una cosa.

Clara estuvo un rato escuchando las palabras de Blanes, en silencio, los ojos llenos de lágrimas. Era un último mensaje para su futuro nieto. Luego él insistió en que tenía mucho frío. Clara le acarició la cara. Santi sacó un último resquicio de fuerza para pedirle que acercara la oreja a su boca.

—Prométeme que se lo dirás —le exigió con un tono duro.

Clara asintió mientras el policía exhalaba un suspiro y cerraba los ojos como si al fin se abandonara a un descanso.

MADRID – OCTUBRE 2009

10

La fiscal Mercedes Palacios de la Fiscalía General del Estado se quitó las gafas de leer y empezó a jugar con el anillo de matrimonio que llevaba en el anular. Tenía cincuenta y cuatro años y ocupaba el cargo desde el final de la década de los noventa. Había optado por no usar tinte y una larga melena lacia de plata le caía sobre la espalda pero bajo esa frente ligeramente arrugada unos ojos vivaces no dejaban de moverse de lado a lado.

Miró a los reunidos en su despacho. Tenía previsto un viaje al norte de España en un par de días con su marido, pero tuvo que cancelarlo todo en el último minuto. No estaba de muy buen humor. El Fiscal General del Estado le había encomendado la misión de investigar a una supuesta organización criminal que actuaba de forma clandestina y encubierta por policías o miembros del CNI que se encontraban en activo. Enfrente de ella, al otro lado de la mesa, estaban sentados Fernando Cortés, el responsable de inteligencia del CNI, Inés Hudson, agente del CNI, Clara Sánchez exinspectora de homicidios y Santiago Castro, Comisario General de la Comisaría General de Información. Llevaban reunidos más de una hora y la fiscal empezaba a experimentar un ligero dolor en la cabeza. Inés no había dejado de hablar. Mercedes levantó la mano para que callara y así poder expresar su opinión.

—De modo que han visto entrar al policía Ignacio Echevarría en la empresa de la esposa de Pelayo Pellicer.

La agente asintió con cara muy seria y le enseñó más imágenes en la pantalla del ordenador. Luego tomó una de las carpetas que habían llevado.

—Además tenemos una serie de fotos de principios de los ochenta donde vemos a Pelayo Pellicer y a otros hombres, entre los que se incluye el Presidente del Tribunal Supremo, en unas situaciones muy comprometedoras. Estas fotografías han permanecido ocultas durante casi tres décadas en el interior de una tumba y fueron realizadas por un famoso inspector de policía de los setenta, Resines.

Fernando Cortés carraspeó y tomó la palabra.

—Pensamos que la muerte del juez y su hija es la culminación de una venganza ejecutada por Pelayo Pellicer y algunos policías todavía en activo contra De Pombo y Soto —Cortés se aclaró la garganta—. En el año 82 Pellicer organizó la Sección de Seguridad Nacional en el seno del CESID, para defender a la joven democracia de posibles ataques internos. En realidad, se trataba de una tapadera para realizar todo tipo de trabajos de escuchas y seguimiento de las personalidades del país con el uso de fondos reservados y sin ningún tipo de control

político. Pronto vio que era fácil sacar un gran rendimiento económico a aquellas actividades y tras abandonar el CNI montó una serie de empresas tapadera. En aquella época De Pombo y Soto y Pellicer trabaron su amistad.

La fiscal se frotó las sienes.

—¿Y qué es lo que ocurre para que Pelayo asesine a Magdalena primero y luego a su padre?

—La venganza —Clara intervino—. El juez formó parte en el pasado de ese grupo, pero luego sus caminos se separaron. El año 2008 el hijo de Pelayo es condenado a ingresar en prisión. Pelayo le pide ayuda al juez para que interceda y este se la niega, con la mala fortuna que el hijo se quita la vida en la prisión de Soto del Real.

—Y hacen que el asesinato de Magdalena parezca el crimen del mecánico rumano que ya había tenido problemas con la justicia —apostilló Hudson.

—¿Y el hombre que se quitó la vida en el cementerio de La Almudena? —la fiscal no había dejado de negar con la cabeza.

Era el turno de Clara.

—Antonio era un policía que formaba parte de la red de confianza de Pelayo en los ochenta pero al descubrirse su homosexualidad lo rechazaron, y permaneció muchos años sin ninguna relación con los inculpados hasta que la muerte de Magdalena le hizo sospechar que aquello no podía ser fruto de la casualidad.

—El azar y las investigaciones policiales están reñidos —añadió Hudson.

—E hizo que su pareja y compañero, un periodista holandés que llegó a España con la democracia, iniciara una investigación para así poder vengarse y acabar con Pelayo Pellicer.

—El pasado siempre vuelve —sentenció Inés Hudson abriendo sus manos.

—Mmmm —murmuró la fiscal Palacios consultando sus notas—. Todo este asunto se me hace demasiado enrevesado, ¿no les parece?

—En efecto, pero aunque suene a tópico, la realidad supera a menudo a la ficción —la agente Hudson se removió sobre la silla, satisfecha de su frase.

La reunión se prolongó tres horas más. La Fiscal General del Estado intentó hacerse una idea de todo el material e información que le habían entregado. Cuando le empezó a quedar clara la magnitud de los delitos se dio cuenta de que tenía entre manos el caso más importante de su vida. Uno que saldría por mucho tiempo en los medios de comunicación y que marcaría el futuro y la credibilidad de las instituciones sobre las que se sustentaba la democracia del país. Todo lo que hiciera desde ese preciso instante en adelante se iba a mirar con lupa. Tenía ante ella un caso excepcional en la historia

jurídica de España.

—De acuerdo —Mercedes se cambió el anillo de mano—. Esto es lo que vamos a hacer…

Clara y Cornelius fueron alojados en un sitio seguro situado a las afueras de Madrid. Se trataba de un chalet con un pequeño jardín y unas espléndidas vistas a la sierra. Dos agentes hacían guardia fuera y otros dos iban a convivir con ellos las veinticuatro horas del día hasta que la operación policial puesta en marcha finalizara. Clara se encontraba todavía en estado de shock tras el tiroteo en el cementerio. Se dejó caer sobre la cama. Se sentía profundamente desgraciada. Cornelius se sentó al otro lado. Le cogió la mano.

—Se han ido y nunca volverán —dijo él.

—Te equivocas —le corrigió Clara—. Mientras sigan en nuestros pensamientos, seguirán con nosotros.

Cornelius dibujó una pequeña sonrisa.

—¿Qué es lo que te contó Santi en el cementerio?

Clara apretó los dientes y los ojos se le humedecieron.

—Algo muy bonito para su nieto.

—O nieta.

En esta ocasión fue Clara la que sonrió.

—¿Tienes ganas de volver a Alicante? —preguntó Cornelius—. ¿Retomar tu trabajo de inspectora de homicidios?

—Santi no solo me dio un mensaje para su nieto —Clara remarcó la o final—. También me pidió que encontrase a los asesinos de Samir.

—¿Samir?

—Un joven magrebí al que una organización criminal torturó y lanzó al mar con un bloque de cemento atado al tobillo. Santi me dijo que le juró a su madre que encontraría a los culpables, que todos los muertos valen lo mismo.

—Entiendo —asintió despacio, Cornelius.

Se quedaron un momento en silencio y luego los dos se fundieron en un abrazo.

La operación policial había sido planificada con poco tiempo de antelación. Aun así el comando del Grupo Especial de Operaciones de la Policía Nacional había salido de madrugada de Guadalajara con instrucciones precisas. Les acompañaba la agente Inés Hudson. A las seis de la mañana aparcaban la furgoneta en una calle elegante y poco transitada del barrio de Salamanca. Bajaron del furgón y empezaron a andar a buen ritmo, uno tras otro, en línea. A esa hora una pareja de corredores que se encaminaban a hacer ejercicio en el cercano Parque del Retiro se pararon y los miraron con los ojos muy abiertos. Inés

cedió la llave al hombre que iba en cabeza. Abrieron la portería y subieron sigilosos por las escaleras hasta la entreplanta. Hudson miró su reloj. Otro comando sincronizado estaba participando en una operación similar en la vivienda de Pelayo Pellicer en Boadilla del Monte.

Cuando llegaron a la puerta de las instalaciones, dos agentes fornidos y uniformados con las botas, chalecos antibalas y cascos levantaron un ariete de acero de unos cincuenta kilos de peso y golpearon la puerta con una presión de más de veinte toneladas por metro cuadrado. Al segundo embiste esta cedió y los agentes se apartaron para dejar entrar al resto del equipo adiestrado en tales operaciones.

—¡Policía! —gritó el que entró primero con un escudo que le cubría todo el cuerpo y el arma del compañero que iba en segunda posición por encima de él.

Avanzaban por un pasillo cuando una de las puertas se abrió y apareció un hombre no muy alto, de complexión fuerte y nariz de boxeador. Llevaba un revólver en la mano y lo apuntó hacia los agentes.

—¡Tire el arma al suelo!

El sonido de las detonaciones rebotó por las paredes de la casa como un eco multiplicado y unos destellos brillantes se reflejaron en el escudo del policía que encabezaba la operación. El segundo policía abrió fuego de inmediato contra el hombre. Dos tiros certeros al pecho que lo hicieron caer de rodillas. Otro de los policías de la fila se abalanzó sobre él para inmovilizarlo. Inés le pudo ver bien la cara: Ignacio Echevarría. Debía haber pasado la noche en las instalaciones haciendo guardia. Hudson se aseguró el chaleco antibalas y acerrojó una bala en la recámara de su pistola semiautomática CZ 75 del calibre 9 mm. Recorrió el piso con el resto de los agentes. Habían estudiado los planos, pero los casi quinientos metros cuadrados de superficie parecían muchos más en aquellos momentos, quizás por efecto de la adrenalina, las órdenes y los pasos acelerados. Abrió un par de puertas de unos despachos de trabajo corrientes. Luego se encontró con una puerta metálica que estaba cerrada con llave. Le dio un par de patadas pero era más sólida de lo que había pensado en un principio.

—¡Qué vengan los del ariete! —ordenó a uno de los agentes.

El primer golpe la hizo saltar por los aires. Era una habitación sin ventilación y repleta de cajas y carpetas que atestaban las estanterías. Pensó en todo el trabajo que tendrían que realizar los ayudantes de la fiscal con los miles de papeles que se levantaban ante sus ojos.

Unos segundos más tarde abría otra puerta, esta vez de madera, situada al fondo de la entreplanta. De repente se encontró cara a cara

con Pelayo Pellicer. Llevaba unos ridículos calzoncillos blancos y tenía el cuerpo de un anciano, un amasijo de piel y grasa blanquecina con la cara de alguien recién despertado.

—Las manos en la nuca y al suelo —gritó Inés mientras lo encañonaba con el arma.

El hombre sonrió antes de hablar.

—Agente Hudson, debería saber que…

Inés le lanzó un puntapié con todas sus fuerzas a los testículos. El hombre gruñó de dolor y quedó encorvado, con las manos sobre la parte delantera de los calzoncillos. Tenía el gesto desencajado.

—¡Al suelo! —gritó ella de nuevo—. Las manos en la nuca.

En esta ocasión el hombre, entre gemidos, obedeció y se tumbó boca abajo con las manos por detrás de la cabeza. La agente le clavó la rodilla en la columna vertebral mientras sacaba las esposas.

—Pelayo Pellicer, queda usted detenido como sospechoso de dirigir una organización criminal, de instigar el asesinato de Magdalena de Pombo y Soto, de su padre, el presidente del Tribunal Supremo y de los intentos de homicidio de Clara Sánchez y Santi Blanes.

El sonido de los grilletes al apretar las muñecas de Pelayo coincidió con un nuevo gemido de dolor del anciano, que acompañaba los gruñidos con todo tipo de improperios. En apenas diez minutos los GEOs habían asegurado la planta al completo. No encontraron ningún otro sospechoso. Inés se aflojaba el chaleco cuando uno de los agentes vino a buscarla. Querían enseñarle algo. Tras otra puerta que habían podido derribar habían encontrado multitud de cajas con cintas de vídeo y fotografías de índole sexual.

EPÍLOGO

La brisa de Levante mantenía el cielo despejado sobre el mar de Villajoyosa. Cecilia estaba sentada en una de las sillas del paseo. Respiraba calmada el aire salobre que olía a mar y combustible. Al fondo, al abrigo del espigón de cemento, tras la jornada de faena, los barcos de la flota pesquera se mecían amarrados al puerto. Esta se componía mayoritariamente de buques de arrastre y embarcaciones destinadas para artes menores. La ciudad contaba, orgullosa, con una importante lonja de pescado. Cecilia mantenía la mirada fija en unos pescadores que recogían las redes y los utensilios de pesca para repararlos.

—Hay que ver como corre el *chavorrillo*.

La voz ronca de Amador, con un cigarro liado a mano colgando de los labios, el sombrero agachado para protegerse los ojos del sol, sonó con el suave rugir de las olas de fondo. Apoyaba las dos manos sobre la cabeza dorada de un bastón.

Cecilia sonrió. Santiago acababa de cumplir cinco años y perseguía una pelota de fútbol, sobre la arena de la playa, entre otros niños y niñas amigos de la familia Heredia. Era un pequeño muy activo que no se cansaba nunca. Acababa de marcar un gol y lo celebraba con los brazos en cruz, dando círculos, como lo hacía su ídolo cuando veía los partidos por la televisión.

—Su abuelo estaría bien orgulloso de él —sonrió Amador.

—Su abuelo está orgulloso de él —respondió Cecilia, que miraba hacia el cielo como si el inspector Santi Blanes los pudiera ver desde arriba.

El primero en llegar a la carrera y dar vueltas alrededor de la silla donde estaba sentada fue Turco, que considerando su condición de can y los años que tenía, mantenía la vitalidad de siempre. Olfateó los tobillos de Cecilia y luego se fue a correr con los niños. Un poco más tarde Clara y Cornelius llegaron junto a ellos. El holandés transpiraba copiosamente. Tenía los mofletes colorados y respiraba como si hubiese hecho un gran esfuerzo.

—Este calor me mata —alcanzó a decir, entre resuellos.

Hizo un amago de levantar las bolsas de plástico que colgaban de ambas manos.

—Tenemos gamba roja, cigala, salmonete y un pulpo.

—Creo que hoy vamos a cenar bien —dijo Amador, tras un chasquido con la lengua—. La Loli tiene buena mano para los fogones.

—¿Sabes que al final no viene Jesusito? Tienen un partido importante para subir a la División de Honor de rugby —Cecilia

parecía meditativa—. Y Luis tiene guardia hoy hasta la noche.

Clara se sentía feliz de que por fin Cecilia tuviera pareja estable. Luis era un cardiólogo del Hospital de San Juan, con unas facciones que le recordaban vagamente a las de Santi. Estaba radiante por Cecilia, pero también por muchos otros motivos. Por fin se sentía aliviada de la pesada carga que había arrastrado desde la infancia. Aquella tarde en la casa sus padres, donde el famoso inspector Sánchez le había pedido perdón, había florecido una nueva mujer. Más completa, más fuerte y ante todo más libre para afrontar el futuro con optimismo. Clara sonrió y se acercó hasta la arena de la playa. Era fina y dorada, y los reflejos del sol la hacían brillar con fuerza. Se descalzó y se acercó hasta el pequeño Santi.

—Hola tía —su pequeña cara chocó contra la de ella y le dio un beso muy sonoro en el moflete.

Clara lo abrazó contra su pecho. Aunque era muy pequeño para entenderlo, decidió que había llegado el momento de contarle por primera vez las últimas palabras de Santi, en su lecho de muerte, aquella fatídica tarde en el cementerio de La Almudena en Madrid. La primera parte de la promesa que le hizo a Blanes ya la había cumplido. Los responsables de la muerte de Samir, los cabecillas de la banda de moteros que introducían la droga desde el norte de África, estaban cumpliendo condena en prisión. Le faltaba únicamente hacerle llegar las palabras que Santi había dedicado a su nieto.

—¿Quieres te cuente una historia?

El niño asintió.

—Es un cuento de tu abuelo. Ya sabes que te llamas Santiago por él. ¿Sabes una cosa? Era casi, casi, tan guapo como tú —le apretó con los dedos la nariz—. Antes de marcharse me rogó que te contara algo.

—¡Vale!

El pequeño se sentó en su regazo.

—Tu abuelo era un policía muy bueno, siempre conseguía pillar a los malos para llevarlos a la cárcel.

—¿Sí tía? —el pequeño abrió aún más los grandes ojos.

—Sí, tu abuelo era un gran hombre. Me exigió que te hiciera saber que aunque por desgracia vuestros caminos no se llegarían a cruzar, el tuyo era todo futuro, y el suyo salvo milagro, pasado, debías saber algo muy, muy importante.

—¿El qué, tía?

—Tu abuelo quiso que cuando llegues a uno de esos momentos en la vida en los que deberás rendir cuentas de ti mismo y de tus acciones, de lo que has sido y hecho para el mundo, nunca olvides que llenaste de alegría y esperanza los últimos instantes de vida de un hombre que te adoraba sin conocerte. Tu abuelo. Gracias a ti, él se fue con una alegría inmensa al saber que tú vendrías en poco tiempo, una

dicha absoluta y totalmente desconocida en todos sus años de vida anteriores —el niño la miraba atento, sin perder detalle—. Tal vez ahora no lo entiendas, pero tu abuelo tuvo la inmensa suerte de morir repleto de felicidad gracias a ti.

—Tía, ¿estás triste?

Clara le acarició primero a él el pelo y luego se limpió una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

—No Santi, ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por leer *Los hilos del poder*, la tercera y definitiva parte de la trilogía *El pasado siempre vuelve*. Después de tres años conviviendo con Clara Sánchez y Santi Blanes, compartiendo sus alegrías, y sufriendo sus desdichas, ha llegado el momento de poner el punto final. Ambos formarán ya parte de mi vida para siempre, y espero, que si has llegado a leer estas líneas, también te acompañen, al menos durante una temporada. También confío que hayáis disfrutado con la lectura, pasando un buen rato, que en definitiva de eso se trata. En mi caso, me gustaría subrayar que yo sí que he disfrutado todo el proceso creativo desde que empecé a esbozar la trilogía, a principios del 2019.

A la hora de iniciar la escritura de *El pasado siempre vuelve* tenía muy claros los ingredientes que iba a utilizar en su preparación: suspense, misterio, acción y unos personajes con unos conflictos personales intensos, que ayudaran a mantener la tensión constante a lo largo de la historia. Todos ellos elementos que yo considero importantes cuando leo una novela, y que he intentado incorporar con cariño, como un buen chef cuando elabora sus platos. Cocinando a fuego lento, escuchando el *chup-chup*, como diría la abuela de Inés Hudson.

El hecho de haberla ambientado principalmente en Alicante también me ha permitido conocer hechos y anécdotas que no era consciente se habían producido en mi ciudad.

El gusanillo de escribir me ha picado con fuerza, de modo que ya estoy pensando en la próxima. Estoy dando vuelta a una historia de espías, a dos tiempos, aunque todavía no estoy seguro de si el embrión verá finalmente la luz. Espero no haber pecado de atrevido, pero en estos instantes, esa es la idea que me ronda la cabeza.

Toca ahora agradecer a todas las personas que de una manera u otra han contribuido a las tres novelas. Empezando por mi mujer y mis dos hijos, que siempre me han mostrado su apoyo y comprensión cuando inicié este viaje bastantes años atrás, a los amigos de diferentes cuerpos de seguridad del estado que me sirvieron de apoyo y guía, a todos los lectores cero que me dieron sus opiniones y sugerencias y como no, a todos vosotros, lectores, por haberme apoyado con las valoraciones.

Como siempre estaré encantado de que me dejes tu opinión en Amazon o me la envíes a través de mi página web

www.jorgezaragozagomez.com . Leo personalmente todo lo que me llega porque me ayuda a crecer como escritor. Siempre he confiado en la opinión de los lectores como la principal fuente de mejora.

No me queda más que agradecerte tu tiempo y atención y espero que sigamos en contacto.

Jorge Zaragoza Gómez.

FIN

-

TRILOGÍA

EL PASADO SIEMPRE VUEVE